UN MUNDO NUEVO

12 conferencias de

KRISHNAMURTI

EDITORIAL KRISHNAMURTI
1953

UN MUNDO NUEVO

12 Conferencias de

KRISHNAMURTI

EDITORIAL KRISHNAMURTI
1 9 5 2

CONFERENCIAS PRONUNCIADAS EN BOMBAY, EN 1948

Traducción directa del inglés

Por

Arturo Orzábal Quintana

CONFERENCIAS PRONUNCIADAS EN BOMBAY, EN 1948

I

Comunicarnos unos con otros, aun conociéndonos bien, es en extremo difícil. Aquí estamos; vosotros no me conocéis ni yo os conozco. Hablamos en diferentes niveles. Podré usar palabras que para vosotros tengan diferente sentido que para mí. La comprensión sólo llega cuando nosotros —vosotros y yo— nos encontramos en el mismo nivel al mismo tiempo. Ello ocurre tan sólo cuando existe verdadero afecto entre las personas; entre marido y mujer, entre amigos íntimos. Esa es la verdadera comunión. El entendimiento instantáneo adviene cuando nos encontramos en el mismo nivel al mismo tiempo.

Resulta muy arduo, en una reunión de esta índole, establecer contacto unos con otros en forma fácil, eficaz y con efectos definitivos. Yo empleo palabras que son muy sencillas, que no son técnicas, porque no creo que ningún tipo técnico de expresión vaya a

ayudarnos a resolver nuestros difíciles problemas. No emplearé, pues, términos técnicos, ya sean de psicología o de ciencia. No he leído, por suerte, ningún libro sobre psicología ni libros religiosos. Desearía transmitir, con las palabras muy sencillas de que nos valemos en nuestra vida diaria, algo de significación más profunda; pero ello resulta muy difícil si no sabéis escuchar.

Existe un arte de escuchar. Para escuchar de veras, habría que abandonar o hacer a un lado todos los prejuicios, formulaciones previas y diarias actividades. Cuando os halláis en un estado mental receptivo, las cosas pueden comprenderse con facilidad; cuando vuestra verdadera atención está puesta en algo, escucháis. Desgraciadamente, empero, la mayoría de nosotros escucha a través de un tamiz de resistencia. Nos escudamos en prejuicios religiosos o espirituales, psicológicos o científicos; o en nuestros diarios deseos, preocupaciones y temores. Escuchamos con todo eso por tamiz. De ahí que en realidad escuchemos nuestro propio ruido, nuestro propio sonido, no lo que se dice. Es en extremo difícil hacer a un lado nuestra educación, nuestros prejuicios, nuestras inclinaciones, nuestra resistencia, y, llegando más allá de la expresión verbal, escuchar de modo tal que comprendamos al instante. Esa va a ser una de nuestras dificultades.

En breve voy a explicar que la verdad puede ser comprendida instantáneamente. No es cuestión de tiempo; no es cuestión de desarrollo ni de hábito. La verdad sólo puede comprenderse directamente, de inmediato, ahora, en el presente, no en el futuro;

y ella puede ser comprendida, sentida, realizada, cuando existe la capacidad de escuchar directamente, de un modo abierto y con el corazón abierto. Pero si nuestra mente está embargada y nuestro corazón cansado, no hay posibilidad alguna de recibir aquello que es la verdad. Nuestra dificultad, pues, estriba en tener esa capacidad instantánea de percibir directamente por nosotros mismos, sin esperar la mediación del tiempo. El tiempo y la vida conviértense en un proceso de destrucción cuando somos incapaces de comprender directamente. Es obvio, pues, por qué he insinuado que escuchéis sin resistencia alguna.

Si, durante esta disertación, algo de lo que se dice resulta opuesto a vuestro modo de pensar y a vuestra creencia, escuchad, nada más; no resistáis. Podréis tener razón, y yo podré no estar en lo cierto; pero escuchando y considerando esto juntos, vamos a descubrir qué es la verdad. La verdad no puede dárosla nadie. Tenéis que descubrirla; y, para descubrir, es preciso que haya un estado mental en el que existe la percepción directa. No hay percepción directa cuando hay una resistencia, un resguardo, una protección. La comprensión llega dándose uno cuenta de lo que *es*. Saber exactamente lo que *es*, lo real, lo efectivo, sin interpretarlo, sin condenarlo ni justificarlo, es, por cierto, el comienzo de la sabiduría. Sólo cuando empezamos a interpretar, a traducir de acuerdo a nuestro "condicionamiento", a nuestro prejuicio, pasamos por alto la verdad. Ello, al fin y al cabo, es como la investigación. Saber lo que una cosa *es*, lo que ella es exactamente, requiere inves-

tigación; no podéis traducirla conforme a vuestros estados de ánimo. De un modo análogo, si podemos mirar, observar, escuchar, darnos cuenta de lo que *es,* exactamente, entonces el problema está resuelto. Y eso es lo que procuramos hacer en todas estas disertaciones. Voy a señalaros lo que *es,* y no a traducirlo caprichosamente; y tampoco vosotros deberíais traducirlo o interpretarlo conforme a vuestro "trasfondo" o educación.

¿No es posible, entonces, darse cuenta de toda cosa tal como ella es? Partiendo de ahí, ciertamente, puede haber comprensión. Reconocer, darse cuenta, descubrir lo que *es,* pone fin a la lucha. Si yo sé que soy mentiroso, y ése es un hecho que reconozco, la lucha ha terminado. Reconocer, darse cuenta de lo que uno es, representa ya el comienzo de la sabiduría, el comienzo de la comprensión que os libra del tiempo. Introducir el factor tiempo —no el tiempo en un sentido cronológico sino como medio, como proceso psicológico o de la mente— resulta destructivo y crea confusión.

Podemos, pues, tener comprensión de lo que *es,* cuando lo reconocemos sin condenación, sin justificación, sin identificación. Saber que uno se halla en cierta condición, en cierto estado, es de por sí un proceso de liberación; pero un hombre que no se da cuenta de su condición, de su lucha, trata de ser otra cosa que lo que él es, lo cual produce hábito. Tengamos presente, entonces, que deseamos examinar lo que *es,* observar y percibir exactamente qué es lo existente, sin tendencia alguna, sin darle una inter-

pretación. Se necesita una mente en extremo astuta, un corazón extraordinariamente flexible, para darse cuenta de lo que *es* y seguirlo; porque lo que *es* está en movimiento constante, sufre incesante transformación; y si la mente está amarrada a la creencia, al saber, deja de seguir el veloz movimiento de lo que *es*. Lo que *es* no es estático, por cierto; se mueve constantemente, como veréis si lo observáis bien de cerca. Y para seguirlo necesitáis una mente activa y un corazón flexible, cosa imposible cuando la mente es estática, cuando ella está fija en una creencia, en un prejuicio, en una identificación; y una mente y corazón secos no pueden seguir fácilmente, velozmente, aquello que *es*.

¿Qué vamos, pues, a hacer en todas estas pláticas, discusiones, preguntas y respuestas? Yo voy simplemente a decir lo que *es* y a seguir el movimiento de lo que *es;* y lo que *es,* vosotros lo comprenderéis tan sólo si sois también capaces de seguirlo.

Creo que uno se da cuenta sin demasiada discusión, sin excesiva expresión verbal, de que hay caos, confusión y miseria, tanto en lo individual como en lo colectivo. No sólo en la India sino en el mundo entero. En China, en América, en Inglaterra, en Alemania, en todo el mundo, hay confusión, creciente infortunio. Ello no es sólo nacional, cosa de aquí particularmente; ocurre en el mundo entero. Hay un sufrimiento extraordinariamente agudo; y él no es sólo individual sino colectivo. Se trata, pues, de una catástrofe mundial, y resulta absurdo confinarla a una simple área geográfica, a una sección de un mapa en

colores; porque entonces no entenderemos la plena significación de este padecimiento, mundial a la vez que individual. Y dándonos cuenta de esta confusión, ¿cuál es hoy nuestra respuesta? ¿Cómo reaccionamos?

Hay sufrimiento: político, social, religioso. Todo nuestro ser psicológico está confuso, y todos los dirigentes, políticos y religiosos, nos han fallado. Todos los libros han perdido su significación. Podéis consultar el *Bhagavad Gita* o la *Biblia,* o el último tratado sobre política o psicología, y encontraréis que ellos han perdido ese sonido típico, esa cualidad de la verdad; se han vuelto meras palabras. Vosotros mismos, que sois los repetidores de esas palabras, estáis confusos e inciertos, y la simple repetición de palabras nada sugiere. Las palabras y los libros, por consiguiente, han perdido su valor. Es decir, si citáis la *Biblia,* o a Marx, o el *Bhagavad Gita,* vuestra repetición se convierte en una mentira porque vosotros mismos estáis inciertos, confusos. Lo que allí está escrito, en efecto, se vuelve mera propaganda; y la propaganda no es la verdad. De modo que, cuando repetís, habéis dejado de comprender el estado de vuestro propio ser; sólo cubrís con palabras de autoridad vuestra propia confusión. Lo que nosotros tratamos de hacer, empero, es comprender esta confusión y no encubrirla con citas. ¿Cuál es, pues, vuestra respuesta a la confusión? ¿Cómo respondéis a este extraordinario caos, a esta confusión, a esta incertidumbre de la existencia? Daos cuenta de ella mientras yo la dilucido; no sigáis mis palabras sino el pensamiento que está activo en vosotros. Casi todos estamos acos-

tumbrados a ser espectadores y a no tomar parte en el juego. Leemos libros pero nunca escribimos libros. Ha llegado a ser nuestra tradición, nuestro hábito nacional y universal, el de ser espectadores, el de ver jugar al fútbol, el de observar a los políticos y oradores públicos. Somos simples extraños que miran, y hemos perdido la capacidad creadora. Queremos, por lo tanto, absorber y participar.

Y aquí en esta multitud, si no hacéis más que observar, si sois meros espectadores, perderéis enteramente el significado de la disertación; porque esto no es una conferencia que hayáis de escuchar por la fuerza del hábito. No voy a brindaros información que podáis recoger en una enciclopedia. Lo que procuramos hacer es seguirnos mutuamente los pensamientos, seguir tanto y tan profundamente como podamos las insinuaciones, las respuestas, de nuestros propios sentimientos. Os ruego, pues, que averigüéis cuál es vuestra respuesta a este proceso, a este sufrimiento; no cuáles son las palabras de alguna otra persona, sino cómo respondéis vosotros mismos. Vuestra respuesta es de indiferencia si os beneficiáis con el sufrimiento, con el caos, si obtenéis provecho del mismo, ya sea económico, social, político o psicológico. No os importa, por lo tanto, que este caos continúe. No hay duda de que, cuanto más perturbación y caos hay en el mundo, más busca uno seguridad. ¿No lo habéis notado? Cuando hay confusión en el mundo —en lo psicológico y en todo lo demás— os encerráis en alguna clase de seguridad, ya sea la de una cuenta bancaria o la de una ideología; o bien recurrís a la oración, vais

al templo, lo cual es en realidad escapar a lo que sucede en el mundo. Más y más sectas se van formando; más y más "ismos" surgen a través del mundo. Porque, cuanto mayor es la confusión, más necesitáis de un dirigente, de alguien que os guíe para salir de este revoltijo. Por eso apeláis a los libros de religión o a uno de los instructores más en boga; o bien actuáis y respondéis de acuerdo a un sistema que parezca resolver el problema, un sistema de izquierda o de derecha. Eso, exactamente, es lo que está ocurriendo.

No bien os dais cuenta de la confusión, de lo que *es*, exactamente, procuráis esquivarlo. Y las sectas que os ofrecen un sistema para hallar solución al sufrimiento económico, social o religioso, son lo peor; porque entonces lo importante se vuelve el sistema, no el hombre, ya se trate de un sistema religioso o de un sistema de izquierda o de derecha. El sistema, la filosofía, la idea, llegan a ser lo importante, no el hombre; y en aras de la idea, de la ideología, estáis dispuestos a sacrificar a todo el género humano. Eso, exactamente, es lo que está sucediendo en el mundo. Esta no es mera interpretación mía; si lo observáis, veréis que eso, exactamente, es lo que ocurre. El sistema se ha vuelto lo importante. Por consiguiente, como el sistema es lo que importa, el hombre —vosotros y yo— perdemos significación; y los que controlan el sistema, religioso o social, de izquierda o de derecha, asumen autoridad, asumen el poder y a causa de ello os sacrifican a vosotros, al individuo. Eso, exactamente, es lo que está ocurriendo.

Ahora bien: ¿cuál es la causa de esta confusión, de

esta miseria? ¿Cómo se ha producido esta desgracia, este sufrimiento que no sólo es íntimo sino externo, este temor y espectativa de la guerra, de la tercera guerra mundial que ya se está desencadenando? ¿Cuál es la causa de ello? A buen seguro, si buscáis la causa según Marx o según Spengler, o según el *Bhagavad Gita,* nada entenderéis, ¿no es así? Debéis descubrir por vosotros mismos cuál es la causa, debéis conocer la verdad al respecto, ver esto tal cual es realmente, no tal como alguien lo ve. ¿Cuál es, pues, la verdad al respecto? ¿Cuál es, en primer término, el significado de esta confusión? Ella indica, por cierto, el derrumbe de todos los valores morales, espirituales, y la glorificación de todos los valores sensuales, del valor de las cosas hechas por la mano o por la mente. ¿Qué ocurre cuando no tenemos otros valores que el valor de las cosas de los sentidos, el valor de las cosas de la mente, de la mano o de la máquina? Cuanto mayor es la significación que atribuimos al valor sensual de las cosas, mayor es la confusión. ¿No es así? Nuevamente: ésta no es una teoría mía. Cuando andáis por la calle, ¿cuál es para vosotros el valor predominante? No necesitáis citar libros para descubrir que vuestros valores, vuestra riqueza, vuestra existencia social y económica, se basan en cosas hechas por la mano o por la mente. De modo, pues, que vivimos y funcionamos con nuestro ser impregnado de valores sensuales, lo cual significa que las cosas —las de la mente, las de la mano y las de la máquina— han llegado a ser lo importante; y cuando las cosas adquieren importancia, la creencia cobra predominante significación.

Eso, exactamente, es lo que ocurre en el mundo, ¿verdad?

Discutiré toda esta cuestión durante las muchas pláticas que tendremos, pero en esta primera conferencia deseo simplemente mostrar lo que ocurre, señalar lo que *es*, para que podamos darnos cuenta de lo existente.

Trae, pues, confusión, el atribuir significación cada vez mayor a los valores de los sentidos; y estando confusos, tratamos de escapar a ello de diversas maneras, ya sea religiosas, económicas o sociales, o mediante la ambición, el poder, la busca de la realidad. Pero lo real está cerca: no necesitáis buscarlo; y el hombre que busca la verdad nunca la encontrará. La verdad está en lo que *es*; y en eso consiste su belleza. Pero no bien la concebís, no bien la buscáis, empezáis a luchar; y el que lucha no puede comprender. Por eso es que debemos estar en silencio, en observación, pasivamente perceptivos. Vemos que nuestro vivir, nuestra acción, está siempre en los dominios de la destrucción, en los dominios del dolor; como una ola, la confusión y el caos siempre nos alcanzan. No hay intervalo en la confusión de la existencia. Espero que percibáis la significación de esto. ¿O tendré que explicarlo un poco más?

Todo lo que actualmente hacemos parece conducir al caos, parece llevarnos al dolor y a la infelicidad. Mirad vuestra propia existencia y veréis que nuestro vivir está siempre al borde del dolor. Nuestro trabajo, nuestra actividad social, nuestra política, las diversas asambleas de naciones para poner coto a la

guerra, todo ello produce más guerra. La destrucción es la secuela del vivir; todo lo que hacemos lleva a la muerte. Eso es lo que en realidad acontece.

¿Podemos, pues, poner fin en seguida a esta desgracia, y no seguir siendo atrapados de continuo por la ola de confusión y dolor? ¿Me explico con claridad? Es decir, grandes instructores, ya sea Buda o Cristo, han aparecido; ellos aceptaron la fe y se libertaron, tal vez, de la confusión y del dolor. Pero ellos nunca impidieron el dolor, jamás pusieron coto a la confusión. La confusión continúa, el dolor prosigue. Y si vosotros, al ver esta confusión social y económica, este caos, esta miseria, os retiráis a lo que se llama "vida religiosa" y abandonáis el mundo, podréis tener la sensación de que os unís a esos grandes instructores; pero el mundo continúa con su caos, su miseria y su destrucción, con el sempiterno sufrir de sus ricos y de sus pobres. De modo, pues, que nuestro problema –el vuestro y el mío– consiste en saber si podemos salir de esta miseria instantáneamente. Si, viviendo en el mundo, rehusáis formar parte de él, ayudaréis a otros a salir de este caos, no en el futuro, ni mañana, sino ahora. Ese, por cierto, es nuestro problema. La guerra, probablemente, se viene, más destructiva y aterradora en sus formas. Es indudable que nosotros no podemos impedirla, porque los puntos en litigio son demasiado marcados, demasiado próximos. Pero vosotros y yo podemos percibir la confusión y la miseria de inmediato, ¿verdad? Tenemos que percibirlas; y entonces estaremos en condiciones de despertar la misma comprensión de la verdad en los demás. En otras palabras:

¿podéis ser libres al instante? Esa, en efecto, es la única salida de esta miseria. La percepción sólo puede ocurrir en el presente. Mas si decís "lo haré mañana", la ola de confusión os alcanza, y entonces os veis siempre envueltos en la perturbación.

¿Es, pues, posible llegar a ese estado en que percibís la verdad instantáneamente, y por lo tanto ponéis fin a la confusión en vosotros mismos? Yo digo que lo es; y ése es el único camino posible. Digo que puede y debe hacerse, sin basarse en la suposición ni en la creencia. Producir esa extraordinaria revolución, que no es la revolución para deshacerse de los capitalistas e instalar otro grupo; traer esa maravillosa transformación que es la única revolución verdadera, tal es el problema. Lo que generalmente se llama "revolución" es tan sólo la modificación o la continuación de la derecha de acuerdo a las ideas de la izquierda. La izquierda, después de todo, es la continuación de la derecha en forma modificada. Si la derecha se basa en valores sensuales, la izquierda es mera continuación de los mismos valores sensuales, diferentes tan sólo en el grado o en la expresión. La verdadera revolución, pues, sólo puede llevarse a efecto cuando vosotros, individuos, os volvéis perceptivos en vuestra relación con los demás. Indudablemente, lo que vosotros sois en vuestra relación con los demás —con vuestra esposa, vuestro hijo, vuestro patrón, vuestro vecino— eso es la sociedad. La sociedad no existe por sí misma. La sociedad es lo que vosotros y yo hemos creado con nuestras relaciones; es la proyección hacia fuera de todos nuestros estados psico-

lógicos íntimos. De modo, pues, que si vosotros y yo no nos comprendemos a nosotros mismos, la mera transformación de lo externo —que es la proyección de lo interno— no tiene significación alguna. Es decir, no puede haber alteración ni modificación significativa de la sociedad mientras no me comprenda a mí mismo en relación con vosotros. Estando confuso en mi vida de relación, doy origen a una sociedad que es la reproducción, la expresión externa de lo que yo soy. Este es un hecho obvio que podemos discutir. Podemos dilucidar si la sociedad, la expresión externa, me ha producido a mí, o si yo he producido la sociedad. Eso podremos analizarlo después.

¿No es, pues, un hecho evidente que lo que yo soy en mi relación con el prójimo, crea la sociedad; y que, sin transformarme radicalmente, no podrá haber transformación de la función esencial de la sociedad? Cuando esperamos de un sistema la transformación de la sociedad, no hacemos sino eludir la cuestión, porque un sistema no puede transformar al hombre; siempre es el hombre quien transforma el sistema, como lo muestra la historia. Hasta que yo, en mi relación con vosotros, me comprenda a mí mismo, seguiré siendo la causa del caos, de la miseria, de la destrucción, del miedo y de la brutalidad. Comprenderme a mí mismo no es cuestión de tiempo. Es decir, yo puedo comprenderme en este mismo instante. Si yo digo "me comprenderé a mí mismo mañana", introduzco el caos y la miseria, mi acción es destructiva. En cuanto digo que "habré" de comprender, introduzco el elemento tiempo, por lo cual ya me ha al-

canzado la ola de confusión y destrucción. La comprensión es ciertamente ahora, no mañana. "Mañana" es para la mente perezosa, la mente inactiva, la mente que no está interesada. Cuando estáis interesados en algo, lo hacéis instantáneamente; hay comprensión inmediata, transformación inmediata. Si no cambiáis ahora, jamás cambiaréis; porque el cambio que se efectúa mañana es mera modificación, no transformación. La transformación sólo puede producirse de inmediato; la revolución es ahora, no mañana.

Todos vosotros parecéis desconcertados. ¿Por qué? Porque os decís: "¿Cómo puedo cambiar ahora? Yo, que soy un producto del pasado, de innumerables condicionamientos; yo, que soy un manojo de modalidades, ¿cómo puedo cambiar, cómo puedo desprenderme de todo eso y ser libre?". Pero si no desecháis todo eso, si no se produce esa tremenda revolución, siempre viviréis en el caos. ¿Cómo es posible, pues, que esa revolución instantánea se lleve a efecto? Espero que veáis la importancia del cambio inmediato. Si no la veis, pasáis por alto toda su significación. La comprensión no llega mañana; hay comprensión ahora o nunca. El presente es siempre la continuación del pasado. ¿Puedo, pues, yo que soy un resultado del pasado, cuyo ser se basa en el pasado, yo que provengo del ayer —puedo salirme del tiempo, no en un sentido cronológico sino psicológico? Os salís ciertamente del tiempo cuando estáis vitalmente interesados; dais un gran paso en esa existencia atemporal que no es una ilusión, una alucinación autoinducida. Cuando eso acontece, os halláis completamente sin

problemas, pues en tal caso el "yo" no se preocupa por sí mismo; y entonces estáis más allá de la ola de destrucción. Y en el curso de estas pláticas, esa transformación atemporal es lo único que va a interesarme. No puedo inducirla en vosotros; eso sería falso. Mas si esto lo seguís libremente, sin resistencia, con comprensión, muy a menudo os encontraréis en ese estado de percepción inmediata, y, por lo tanto, de inmediata transformación.

Pregunta: Yo he nacido con cierto temperamento, cierto tipo psicológico y físico, sea cual fuere la razón de ello. Este tipo ha llegado a ser el mayor de los factores que obran en mi vida. Me domina en absoluto. Mi libertad resulta muy limitada dentro de tal molde, pues la mayoría de mis reacciones e impulsos están rígidamente determinados de antemano. ¿Puedo quebrar la tiranía de ese factor genético?

KRISHNAMURTI: Expresando eso de un modo diferente, estoy atrapado en un molde: social, hereditario, ambiental, ideológico, que o bien es el tipo de mis padres o el de la sociedad que me rodea. Estoy encerrado en un molde, y la pregunta consiste en saber cómo habré de quebrantarlo. Biológicamente, físicamente, soy el resultado de mi padre y de mi madre. Soy el resultado de las creencias, hábitos, temores de mis padres, los cuales han creado la sociedad que me rodea. Mis padres, a su vez, fueron el resultado de los padres *de ellos,* con su ambiente social, físico, psicológico, y así para atrás indefinida-

mente, eternamente, sin un comienzo. Cada persona está sujeta a una forma de existencia, y yo soy el resultado de ese pasado, no sólo del mío sino de todo el pasado de la humanidad. Soy, después de todo, el hijo de mi padre. Soy el resultado del pasado, modificado en conjunción con el presente. No estamos trayendo a colación eso de la reencarnación, que es simple teoría. Examinemos nada más que lo que realmente *es*. Mi existencia es el resultado de mi pasado, y mi pasado es el resultado de la existencia de mi padre. Soy un producto del tiempo; soy el pasado que atraviesa el presente para convertirse en futuro. Soy el resultado del ayer, que hoy está convirtiéndose en mañana.

Ahora bien: ¿puedo yo salirme de ese proceso del tiempo, es decir, puedo zafarme del molde que mi padre y mi madre han creado? No soy diferente de mi padre; soy mi padre modificado. Eso es exactamente lo que es. Pero si empiezo a interpretar lo que *es*; si, por ejemplo, introduzco la idea de que soy el alma, un ente espiritual, entonces penetro enteramente en otro terreno. Eso no está en discusión por el momento; ya lo discutiremos al analizar el problema de lo que es el alma, la continuidad, la reencarnación. En el momento actual, el problema es éste: ¿Puedo yo, que soy condicionado —no viene al caso si por la izquierda o por la derecha— salir de ese "condicionamiento"?

¿Qué es lo que os condiciona? ¿Qué es lo que limita el pensamiento? ¿Qué es lo que crea el molde que os tiene atrapados? Si dejo de pensar, ya no hay

molde alguno. Es decir, yo soy el pensador; mis pensamientos son el resultado del ayer, y respondo a cada nuevo reto según la pauta de ayer o del segundo que ha pasado. ¿Y acaso yo, cuyo proceso de pensar es el resultado del ayer, puedo dejar de pensar en términos de ayer?

No hago más que explicar el problema de un modo diferente, y vosotros mismos hallaréis la respuesta dentro de un minuto.

Mi pensamiento es condicionado porque cualquier respuesta del estado condicionado crea más "condicionamiento"; toda acción proveniente del estado condicionado es acción condicionada, y por lo tanto da continuidad al estado condicionado. Para salir de él, por lo tanto, hay que estar libre de condición, lo cual significa estar libre del proceso de pensar. Ello no quiere decir que yo insinúe tal cosa como medio de escape. Casi todos, por cierto, tratan de escapar, porque la vida es para ellos demasiado apremiante, demasiado violenta, demasiado exigente. Yo no propongo tal escape; lo único que hago es pediros que consideréis la verdad acerca del problema. ¿Podéis estar libres del proceso de pensar? ¿Puede haber una completa revolución en el pensar, no de acuerdo a la nueva pauta —que es continuación de la vieja con valores modificados— sino una transformación completa, una total ruptura de lo que *es*? Como soy producto del ayer, es obvio que la libertad no se halla al mismo nivel, lo que sería mera continuación del ayer. Sólo puedo, pues, salir de lo que *es,* cuando hay cesación del pensamiento.

Estamos simplemente considerando el problema, sin buscar una respuesta; porque la respuesta está en el problema, no alejada del problema. Si comprendéis el problema, la respuesta está ahí; mientras que si buscáis una respuesta y fracasáis, quedáis perplejos. Esperáis que yo os diga cómo salir del molde. No voy a deciros cómo salir de él; carece de sentido que os lo diga, porque entonces no seguís el problema. Esperáis que os diga qué hay que hacer, y por lo tanto os halláis muy perplejos. No voy a deciros qué hay que hacer; porque, si comprendéis el problema, éste cesa. Cuando veis una serpiente y sabéis que es venenosa, no hay problema, ¿verdad? Sabéis qué hay que hacer: no la tocáis, os alejáis o hacéis alguna otra cosa. De un modo análogo, tenéis que comprender este problema completamente, cosa que no estáis haciendo. Yo hago eso por vosotros, y vosotros no hacéis más que escucharme. Debemos comprender el problema, no preguntar cómo se resuelve. Cuando comprendéis el problema, lo cierto es que el problema mismo revela su respuesta. Es como un escolar que pasa un examen. No lee el problema con cuidado; lo que quiere es la solución, y por eso fracasa. Pero si lee el problema lentamente, con sumo cuidado, mirándolo desde todos los ángulos, entonces hallará la respuesta, o, mejor dicho, la respuesta está ahí.

Análogamente, vosotros consideráis este problema con el deseo de una respuesta. No creo que veáis su belleza. Probablemente estáis cansados, señores.

Comentario del auditorio: ¡No!

KRISHNAMURTI: Sí, estáis cansados. Os diré por qué. Es probable que todo esto sea para vosotros muy nuevo; tiene que serlo, ya que es enteramente un nuevo enfoque. Estáis, pues, un tanto perplejos, y cuando estáis perplejos o azorados la mente divaga. Yo puedo continuar; es mi ocupación. Esto, sin embargo, yo lo he hecho: no me limito a hablar. En cambio vosotros, señores —si así puedo expresarlo— no estáis estudiando el problema. Lo he presentado de diferentes maneras, pero rehusáis seguirlo. Yo señalo simplemente lo que *es*, cuál es el problema. Pero a vosotros no os interesa estudiar lo que *es*. Estáis a la espera de ver el resultado, mientras yo no me intereso por el resultado. Yo quiero entender la cosa tal como es, y por eso he encontrado la respuesta.

Me permito, pues, solicitaros nuevamente que sigáis el problema en sí, sin buscar una respuesta. Ved, os lo ruego, la importancia de esto: buscar una respuesta, una solución, no es comprender el problema; y si no comprendéis el problema, no hay respuesta a dicho problema. El problema está aquí, y vosotros buscáis una respuesta allá, lo cual significa que hallaréis una respuesta que resulte cómoda, satisfactoria. Mas si miráis el problema con mucho esmero e inteligencia, veréis su belleza; y entonces el resultado es maravilloso.

El problema, pues, es éste: mi pensamiento es condicionado, está fijo en un molde; y a todo reto, que siempre es nuevo, mi pensamiento sólo puede responder de acuerdo a su "condicionamiento", transforman-

do lo nuevo en lo viejo modificado. Mi pensamiento, por lo tanto, jamás puede ser libre. Mi pensamiento, que proviene de ayer, sólo puede responder en términos de ayer; y cuando pregunto "¿cómo puedo ir más allá?", formulo una pregunta equivocada. Cuando el pensamiento, en efecto, busca ir más allá de su propio "condicionamiento", es él mismo que continúa en forma modificada. Hay, por lo tanto, falsedad en esa pregunta. Sólo hay libertad cuando no hay "condicionamiento"; mas para que haya libertad, el pensamiento debe percibir su condición y no procurar convertirse en otra cosa que lo que él es. Si el pensamiento dice "debo libertarme de mi condicionamiento", jamás lo podrá, porque cualquier cosa que haga es su propia red, continuada o modificada. Todo lo que el pensamiento puede hacer, es dejar de ser. Evidentemente, basta que el pensamiento esté activo para que sea condicionado; es la continuidad modificada por una respuesta condicionada. De suerte que, siguiendo esa línea, no hay cómo salir del "condicionamiento". Sólo hay, por consiguiente, un camino, el cual es vertical, directo: que el pensamiento cese.

Ahora bien: ¿puede cesar el pensamiento? ¿Qué es el pensar, y qué entendemos por "pensar"? Por "pensar" entendemos la respuesta de la memoria. Esto lo presento de un modo muy sencillo; no deseo complicarlo porque el problema en sí es sumamente complejo. El pensamiento es la respuesta de la memoria. ¿Y qué es la memoria? La memoria es el residuo de la experiencia. Es decir, cuando hay un reto, el pensa-

miento de ayer —que es recuerdo— responde a ese reto, por lo cual dicho reto no es plenamente comprendido sino interpretado a través del tamiz del ayer. Lo que no ha sido comprendido deja, pues, una huella que llamamos "recuerdo". ¿No habéis notado que cuando habéis comprendido alguna cosa, cuando habéis completado una conversación, cuando ella está terminada, no deja huella? Sólo un acto incompleto, verbal o físico, deja su huella. La respuesta de ese rastro que es el recuerdo, se llama pensamiento. ¿Puede, pues, existir un estado en el que no haya ayer, es decir, puede haber un estado en el que no haya tiempo, ningún pensamiento que sea producto del ayer? El pensamiento condicionado que busca modificarse o cambiar, no hace sino continuar el estado condicionado. Eso es bastante evidente. El pensamiento es la respuesta de la memoria, lo cual es también obvio. Y el recuerdo es el resultado de una imperfecta comprensión de la experiencia, del reto. La imperfecta comprensión de la experiencia es la causa de la memoria. Cuando hacéis algo con la integridad de vuestro ser, ello no deja residuo alguno de recuerdo; mas cuando el residuo da una respuesta, esa respuesta es lo que llamamos "pensar". Tal pensamiento es condicionado, y ese "condicionamiento" puede llegar a su término tan sólo cuando el acto es completo. Eso significa que todo lo enfrentáis de un modo nuevo.

¿Cómo podéis enfrentarlo todo de un modo nuevo? ¿Cómo podéis enfrentar la vida, la existencia, de un modo nuevo, en el sentido de "sin tiempo"? Es un nuevo interrogante, ¿verdad? Ese es el problema que

se desprende de dicho interrogante. Cuando os formulo esa nueva pregunta, ¿cuál es vuestra respuesta? Si vuestra respuesta también es nueva, entonces estáis pasivamente perceptivos, alertas, vigilantes. Ese estado es atemporal. En ese estado, cuando todo lo enfrentáis con alerta y pasiva percepción, el tiempo no existe; hay una experiencia directa, y el reto lo entendéis directamente; os veis, pues, libres del pensamiento. Y esa libertad es eterna. Ella es ahora, no mañana.

Enero 18 de 1948

II

En adelante esta reunión se efectuará todos los domingos a las 6 de la tarde, y los debates en Carmichael Road serán los martes, jueves y sábados a las 6.

Tal vez algunos de vosotros recuerden lo que estuve discutiendo en mi plática del domingo pasado. Dije que, al comprender lo que *es,* hallaremos la verdad acerca de un problema; y resulta en extremo difícil comprender lo que *es,* porque lo que *es* nunca es estático, está constantemente en movimiento. Una mente que desee comprender un problema, debe no sólo comprender el problema en forma completa, integralmente, sino poder seguirlo velozmente; porque el problema nunca es estático. El problema siempre es nuevo, ya sea un problema de hambre, un problema psicológico o cualquier problema. Toda crisis es siempre nueva; para comprenderla, por lo tanto, la mente tiene siempre que ser lozana, clara, veloz en su empeño. Creo que casi todos percibimos la urgencia de una revolución interior, que es lo único que puede

traer una transformación radical de lo externo, de la sociedad. Éste es el problema que nos tiene ocupados a mí y a todas las personas de intenciones serias. Cómo producir una transformación fundamental, radical, en la sociedad: tal es nuestro problema. Y, como lo dije el domingo pasado, esa transformación de lo externo no puede ocurrir sin revolución interior. Como la sociedad siempre es estática, toda acción, cualquier reforma que se lleve a cabo sin esa revolución interior, tórnase igualmente estática. Sin esa constante revolución interior no hay, pues, esperanza, ya que sin ella la acción externa se hace reiterativa, habitual. La acción de convivencia entre vosotros y los demás, entre vosotros y yo, es la sociedad; y la sociedad se vuelve estática, carece de cualidad vivificante, mientras no haya esa constante revolución interior, una transformación psicológica creadora. Y es porque no existe esa constante revolución interior, que la sociedad siempre se vuelve estática, cristalizada, y por lo tanto tiene que ser constantemente desbaratada.

Nuestro problema, pues, consiste en saber —¿no es así?— si puede haber una sociedad que sea estática y al mismo tiempo un individuo en quien aquella constante revolución esté realizándose. Es decir, la revolución en la sociedad debe empezar por la transformación interior, psicológica, del individuo. La mayoría de nosotros desea ver una radical transformación en la estructura social. Esa es toda la batalla que se desarrolla en el mundo: producir una revolución social por medios comunistas o cualesquiera otros. Aho-

ra bien, si hay una revolución social, es decir, una acción con respecto a la estructura externa del hombre, la naturaleza misma de esa revolución social, por más radical que ella sea, es estática si no se produce una revolución interior del individuo, si no hay una transformación psicológica. De suerte que, para hacer surgir una sociedad que no sea reiterativa, estática, que no esté desintegrándose, que esté constantemente viva, resulta imperativo que haya una revolución en la estructura psicológica del individuo; pues sin una revolución interior, psicológica, la mera transformación de lo externo tiene muy poca significación. Es decir, la sociedad se vuelve siempre cristalizada, estática, por lo cual constantemente se desintegra. Por mucho y muy sabiamente que la legislación sea promulgada, la sociedad está siempre en proceso de descomposición; porque la revolución debe producirse por dentro, no sólo exteriormente.

Creo que es importante comprender esto, y no considerarlo con ligereza. Una vez llevada a efecto, la acción externa ha terminado, es estática; y si la interrelación de individuos —que es la sociedad— no es el resultado de la revolución interior, entonces la estructura social, por ser estática, absorbe al individuo y por lo tanto lo torna igualmente estático, reiterativo. Si se comprende esto, si se percibe el extraordinario significado de lo que he dicho, que es un hecho, no puede tratarse de acuerdo o de desacuerdo. Es un hecho que la sociedad siempre se está cristalizando, que siempre absorbe al individuo; y que la revolución constante, creadora, sólo puede ser en el

individuo, no en la sociedad, en lo externo. Esto es, la revolución creadora sólo puede ocurrir en la interrelación individual, que es la sociedad. Vemos cómo la estructura de la sociedad actual en la India, en Europa, en América, en todas partes del mundo, se desmorona rápidamente; y esto lo sabemos dentro de nuestra propia vida. Podemos observarlo cuando vamos por la calle. No necesitamos grandes historiadores para que nos revelen el hecho de que nuestra sociedad se derrumba; y es preciso que haya nuevos arquitectos, nuevos constructores, para crear una nueva sociedad. La estructura debe edificarse sobre nuevos cimientos, sobre hechos y valores nuevamente descubiertos. Tales arquitectos aún no existen. No hay constructores, nadie que observando, dándose cuenta del hecho de que la estructura se desploma, esté transformándose en arquitecto. Ese, pues, es nuestro problema. Vemos que la sociedad se derrumba, se desmorona; y somos nosotros —vosotros y yo— que tenemos que ser los arquitectos. Vosotros y yo debemos descubrir de nuevo los valores, y edificar sobre cimientos más fundamentales, más duraderos. Porque si algo esperamos de los arquitectos profesionales —los constructores políticos y religiosos— nos hallaremos precisamente en la misma situación de antes.

Ahora bien, como el individuo —vosotros y yo— no es creador, hemos reducido la sociedad a este caos. Vosotros y yo tenemos, pues, que ser creadores, porque el problema es urgente. Vosotros y yo debemos darnos cuenta de las causas del derrumbe de la sociedad, y crear una estructura que no se base en la

mera imitación sino en nuestro entendimiento creador. Y esto implica —¿no es así?— pensamiento negativo. El pensamiento negativo es la más alta forma de la comprensión. Es decir, para comprender lo que es el pensamiento creador, debemos abordar el problema negativamente; porque un enfoque positivo del problema —que es que vosotros y yo debemos volvernos creadores a fin de edificar una nueva estructura de la sociedad— será imitativo. Para comprender aquello que se está derrumbando, debemos investigarlo, examinarlo negativamente, no con un sistema positivo, una fórmula positiva, una conclusión positiva.

¿Por qué, pues, la sociedad se derrumba, se desploma, como sin duda ocurre? Una de las razones fundamentales es que el individuo, vosotros, habéis dejado de ser creadores. Explicaré lo que quiero decir. Vosotros y yo hemos llegado a ser imitativos; copiamos exterior e interiormente. Exteriormente, cuando aprendéis una técnica, cuando os comunicáis unos con otros en el nivel verbal, tiene naturalmente que haber algo de imitación, de copia. Copio las palabras. Para llegar a ser ingeniero, primero debo aprender la técnica; y empleo la técnica para construir un puente. Tiene, pues, que haber cierto grado de imitación, de copia, en la técnica externa. Pero cuando hay imitación interior, psicológica, dejamos por cierto de ser creadores. Nuestra educación, nuestra estructura social, nuestra vida llamada "religiosa", todo ello se basa en la imitación; es decir, me ajusto a determinada fórmula social o religiosa. He dejado de ser un

verdadero individuo; psicológicamente, me he convertido en una simple máquina de repetir, con ciertas respuestas condicionadas, sean ellas las del parsi, las del hindú, las del cristiano, las del budista, las del alemán o las del inglés. Nuestras respuestas son condicionadas según el tipo de sociedad, ya sea oriental u occidental, religiosa o materialista. De suerte que una de las causas fundamentales de la desintegración social es la imitación, y uno de los factores desintegrantes es el líder, cuya esencia misma es la imitación.

Para comprender, pues, la naturaleza de la sociedad en vía de desintegración, ¿no es importante investigar si vosotros y yo —el individuo— podemos ser creadores? Podemos ver que, cuando hay imitación, tiene que haber desintegración; cuando hay autoridad, tiene que haber copia. Y puesto que toda nuestra hechura mental, psicológica, se basa en la autoridad, hay que estar libre de autoridad para ser creador. ¿No habéis notado que en los momentos de "creatividad", en esos momentos relativamente felices de interés vital, no hay sentido alguno de repetición, de imitación? Tales momentos siempre son nuevos, frescos, creativos, dichosos. De suerte que una de las causas fundamentales de disgregación social es el copiar, que es el culto de la autoridad.

Por favor, no estéis de acuerdo conmigo. No se trata de estar de acuerdo sino de comprender lo que *es*. Si sólo concordáis conmigo, no hacéis más que convertirme en vuestra autoridad; pero si comprendéis, dejaréis de rendir culto a la autoridad porque el pro-

blema no consiste en substituir una autoridad por otra, sino en ser creador. Cuando tratáis de *tornaros* creativos, necesitáis autoridad; mas cuando *sois* creativos, no hay autoridad ni imitación. Existe una diferencia entre devenir y ser. El devenir admite tiempo, y el ser está libre del tiempo. En el devenir os hace falta autoridad, un ejemplo, un ideal; debéis tener un mañana. En el ser hay cesación del tiempo; y por lo tanto hay inmediata revolución, lo que dilucidaremos a medida que prosigamos con las muchas pláticas que aquí vamos a tener.

Así, pues, es importante comprender primero que nuestro enfoque de cualquier problema debe ser negativo, porque todo enfoque positivo es mera imitación. Y para comprender esta estructura social que se derrumba, debemos abordarla negativamente y no por medio de un sistema, ya sea de izquierda o de derecha; y al hacerlo encontraremos que el pensamiento negativo es la más alta forma de entendimiento, y que él tan sólo habrá de resolver las muchas dificultades de nuestra existencia en su totalidad.

Tengo varias preguntas, y continuaré con las respuestas. En todas estas pláticas haré observaciones preliminares, como acabo de hacerlo, y luego contestaré preguntas.

Pregunta: ¿Cuál es su solución para el problema del hambre?

KRISHNAMURTI: Examinemos en primer término la pregunta en sí. Como lo dije el domingo pa-

sado, no he estudiado esta cuestión; voy a considerarla por vez primera. Vamos, pues, a examinar y a comprender juntos el problema, lo que significa que vosotros no vais a convertiros en oyentes, en observadores, ni yo en el que contesta. Vamos a examinar juntos muy cuidadosamente el problema, paso a paso, porque es vuestro problema tanto como el mío. Os ruego, pues, que no esperéis una respuesta sino que veáis el significado de la cuestión, todo lo que ella implica. Porque, como ya lo he dicho, el problema contiene la respuesta; la respuesta nunca está fuera del problema. Si puedo comprender el problema con toda su significación, la respuesta está ahí; pero si tenéis una respuesta, jamás comprenderéis el problema, porque la respuesta, la conclusión, la fórmula, se interpone entre el problema y vosotros. Entonces sólo os interesa la respuesta, no el problema mismo.

Ahora bien, la pregunta es "¿cuál es su solución para el problema del hambre?". ¿Alguna solución pondrá fin al hambre? ¿Algún sistema –que es lo que una solución siempre implica– terminará con la inanición, ya sea que el sistema pertenezca a la derecha modificada o a la extrema izquierda? ¿La modificación de la sociedad capitalista, o un sistema comunista, pondrá fin al hambre? Eso es lo que se halla involucrado en esta pregunta. Cuando preguntáis acerca de una solución, queréis decir un sistema, ¿verdad? No estoy introduciendo en la pregunta algo que en ella no esté. Tenemos varios sistemas: el fascista, el comunista, el capitalista. Como ellos no han resuelto el problema del hambre, ¿tenéis *vosotros* un sistema

que lo resuelva? ¿Algún sistema puede, pues, acabar con la inanición?

Ahora bien, los sistemas llegan a ser más importantes que el alimentar a la gente, cuando el sistema se interpone entre el problema y vosotros. Permitidme que lo exprese de este modo. ¿Por qué los sistemas han adquirido importancia? ¿Por qué estos sistemas que se interponen, sean ellos de izquierda o de derecha, han llegado a ser importantes? Ellos han llegado a ser importantes porque creemos que resolverán el problema, que por la aplicación externa de cierta acción legislativa, es decir, por la coacción externa contra los poseedores, contra los que tienen en sus manos las cosas, las máquinas, vamos a poner fin al problema. Creemos que vamos a transformar la sociedad y poner fin al hambre mediante la coacción. Espero que prestéis atención a esto. Damos importancia a los sistemas porque creemos que mediante la coacción, la legislación, la acción externa, podemos terminar con el hambre. Eso, evidentemente, es verdadero hasta cierto punto; no necesitamos siquiera discutirlo. Pero ése no es todo el problema, ¿verdad? ¿Por qué el alimento, el vestido y el albergue han llegado a ser tan importantes en la vida del hombre? Son necesarios; ése es un hecho evidente. Sería estúpido, propio de alguien enteramente insano, decir que nada de eso es necesario. ¿Pero por qué han asumido tan abrumadora importancia? ¿Comprendéis? O mejor dicho: espero que me expreso claramente— ¡es más cortés decirlo de ese modo! ¿Por qué la propiedad, la vida de relación, la idea, la ideología, lle-

gan a absorberlo todo, siendo la misma cosa que el alimento, el vestido y el albergue, si bien en un plano diferente de pensamiento? Es decir, esperamos que un sistema resuelva este problema; decimos que éste o aquél es el mejor sistema —el comunista, el socialista o el capitalista— y ahí nos quedamos. Esa, por cierto, no es la respuesta. Si profundizamos algo más el problema, nos preguntaremos por qué aquellas cosas, hechas por la mano o por la mente, han llegado a ser tan extraordinariamente significativas en nuestra vida. ¿Es porque necesitamos alimento, vestido y albergue? ¿Pero por qué se han convertido en una influencia tan dominante en nuestra vida? Lo cierto es que si puedo descubrir la verdad en este asunto, entonces el alimento, el vestido y el albergue, por necesarios que sean, se tornarán de secundaria importancia. No daré entonces indebida significación a esas cosas, porque no me importará tener un poco más o un poco menos. Para mí no viene al caso, por lo tanto, que la sociedad esté organizada por este o por aquel grupo: yo no mataré, no me uniré a ninguno de los dos para ser destruído por el otro. ¿Ponéis atención? Cuando los sistemas adquieren importancia, el problema en sí se vuelve secundario; porque se hace hincapié en el sistema y no en el problema. Eso es lo que ocurre en el mundo actualmente. Si el mundo entero se preocupase por alimentar al hombre, el problema sería por cierto muy sencillo. Los hombres de ciencia ya han descubierto lo bastante para que sea posible alimentar, vestir y albergar al hombre. Ese es un hecho irrefutable. Pero no aprove-

chamos esas posibilidades porque más nos interesan los sistemas que el alimentar al hombre. Decimos "mi sistema es mejor que vuestro sistema", y nos preparamos para destruirnos, para liquidarnos, para hacer unos con otros una carnicería. ¿Qué sucede por tal causa? El pobre hombre que padece hambre, permanece hambriento. En cambio, si en vez de esperarlo todo de los sistemas, descubrimos lo que implica el problema en sí, los sistemas podrán ser utilizados pero no se convertirán en nuestros amos.

¿Qué es, pues, lo que el problema implica? ¿Por qué el hombre —es decir, vosotros y yo— ha dado una significación tan extraordinariamente dominante a las cosas, a la propiedad, al alimento y al albergue? Damos importancia a los valores sensorios, que son el alimento, el vestido y el albergue, porque nos servimos de ellos como medio de autoexpansión psicológica. Esto es, el alimento, el vestido y el albergue son utilizados por el individuo para su propio engrandecimiento psicológico. Después de todo, la propiedad tiene muy poco sentido en sí misma. Psicológicamente, empero, la propiedad adquiere extraordinaria significación porque os confiere posición, prestigio, nombre, título. Y como os da poder, posición, autoridad, os aferráis a ella; y sobre eso edificáis un sistema que destruye la equitativa distribución de las cosas entre los hombres. Así, pues, mientras vosotros y yo utilicemos psicológicamente la propiedad, el nombre, la creencia —que son lo mismo que el alimento, el vestido y el albergue en un nivel diferente— tiene que haber hambre, tiene que haber conflicto

entre hombre y hombre. Es posible que yo no busque poder mediante la propiedad, pero me convierto en el comisario, en el burócrata, dueño de un poder enorme, lo cual a su vez produce tensión entre hombre y hombre. Mientras vosotros y yo, o cualquier grupo de personas, utilicemos el alimento, el vestido y el albergue como medio de explotación, de poder, el problema del hambre continuará. Un sistema no es la solución del problema, porque un sistema está en manos de unos pocos; el sistema, por lo tanto, llega a ser lo importante. Esto no significa que *no* deba haber un sistema para reglamentar al hombre y su codicia. Pero este problema puede ser resuelto radicalmente, fundamentalmente, de una vez por todas, no mediante sistema alguno, sino tan sólo cuando vosotros y yo nos demos cuenta de que nos valemos de los bienes, de las cosas hechas por la mano o por la mente, como medio de autoexpansión. Después de todo, eliminad vuestro nombre, vuestro título, vuestra propiedad, vuestros grados universitarios, ¿y qué sois? Sois realmente la nada, ¿verdad? Sin vuestros bienes, sin vuestras medallas y todo lo demás, nada sois. Y, para encubrir esa vacuidad, utilizáis la propiedad, el nombre, la familia. El vacío psicológico del hombre busca siempre cubrirse con la propiedad, que es el alimento, el vestido y el albergue.

El problema del hambre es, pues, mucho más psicológico que legislativo; no es asunto de mera coacción. Si esta verdad la vemos realmente, dejaremos de utilizar las cosas como medio de autoexpansión, y por lo tanto contribuiremos a crear un nuevo orden

social. Ésta, sin duda, es la verdad al respecto: que vosotros y yo nos servimos de las cosas hechas por la mano o por la mente como medio de autoexpansión, por lo cual damos extraordinaria significación a los valores sensorios. Mas si no atribuimos una significación errónea a los valores sensorios, es decir, si no damos predominante importancia al alimento, al vestido y al albergue, entonces el problema resulta sencillo y se resuelve muy fácilmente. Entonces los hombres de ciencia se unirán y nos darán alimento, vestido y albergue; pero eso no lo harán ahora porque, tal como vosotros y yo, ellos pertenecen a una sociedad que utiliza las cosas como medio de agrandar el "yo". Los sabios son como todos nosotros; podrán ser diferentes en el laboratorio, pero son condicionados como vosotros y yo. Son nacionalistas, buscan psicológicamente el poder, etc. No hay, pues, solución por intermedio de ellos. La única solución a este problema está en nosotros mismos. Esa es la verdad; y si realmente la comprendéis, habrá una revolución, esa revolución interior que es creadora. Y habrá, por consiguiente, una sociedad que no ha de ser meramente estática sino creativa porque nos representará a vosotros y a mí. Señor: comprendiendo lo que *es* —y ése es el problema— la verdad se descubre. Es la inmediata percepción de la verdad que resulta libertadora, no la ideación. Las ideas sólo engendran más ideas; y las ideas no han de dar en modo alguno felicidad al hombre. Sólo cuando cesa la ideación hay ser; y el ser es la solución.

Pregunta: Dice Vd. que podemos mantenernos perceptivos hasta en el sueño. Ruégole nos explique eso.

KRISHNAMURTI: Éste es, realmente, un problema muy complejo. Requiere muy cuidadosa observación y que se siga velozmente el pensamiento. Espero que vosotros y yo podamos hacer eso juntos. Voy a explicar esta cuestión. Seguidla, por favor, en vosotros mismos, y no os limitéis a escuchar mi explicación verbal. Seguidla paso a paso a medida que yo la profundizo.

La conciencia se compone de muchas capas, ¿no es así? La conciencia no es simplemente la capa superficial; se compone de muchas, muchas capas, siendo éstas los móviles ocultos, las intenciones no reveladas, los problemas no resueltos, la memoria, la tradición, el impacto del pasado sobre el presente, la continuación del pasado hacia el futuro a través del presente. Todo eso, y aún más, es la conciencia. No estoy considerando una teoría sino lo que la conciencia es realmente. Las muchas capas de la memoria, todos los pensamientos, los problemas ocultos que no están resueltos y que crean la memoria, los instintos raciales, el pasado que en conjunción con el presente crea al futuro —todo eso es la conciencia.

Ahora bien, la mayoría de nosotros percibe, funciona, tan sólo dentro de las capas superficiales de la conciencia. Espero estéis interesados en esto; pero lo estéis o no, es un hecho. Aunque sea a título simplemente informativo, escuchad. En primer lugar, yo no he leído libros de psicología, y no uso ninguna

terminología especial, ninguna jerga de psicólogos; ni tampoco he leído ninguno de vuestros libros sagrados, de Oriente o de Occidente. Pero al percibirse a sí mismo, uno descubre todas estas cosas. En uno mismo está la totalidad de la sabiduría. El conocimiento propio es el comienzo de la comprensión, y sin conocimiento propio no hay recto pensar ni base alguna para el pensamiento. Comprendiendo esto, exploramos el conocimiento propio, exploramos la conciencia. Y podéis explorarla directamente mientras yo hablo, podéis daros cuenta de vosotros mismos y tener experiencia directa; o, simplemente, podéis escuchar verbalmente para informaros. A vosotros os toca elegir.

Casi todos, pues, funcionamos en las capas superficiales de la conciencia. De ahí nuestra persistente falta de profundidad, y de ahí que nuestra acción traiga más respuestas, más reacciones, más miserias. Sólo hay alivio, liberación, cuan[illegible]talidad de la conciencia ha sido cabalment[illegible] No es cuestión de tiempo; y esto lo [illegible] adelante, en el curso de estas p[illegible] que funcionamos tan sólo en l[illegible] de la conciencia, ello natural[illegible]s; ello nunca los resuelve, y si[illegible] semillero de problemas. Es decir, como casi todas las actividades de nuestra diaria existencia son la respuesta de esas capas superficialmente cultivadas, todo el conjunto de capas engendra sin cesar más y más problemas. Ahora bien, cuando tenéis un problema creado por las capas superficiales de la conciencia, tratáis de resolverlo superfi-

cialmente, como un perro que muerde y roe un hueso, luchando con él. Así ocurre siempre con las capas superficiales de la conciencia, y no halláis solución. ¿Qué sucede entonces? Os vais a la cama, dormís con el problema; y cuando os despertáis, descubrís que habéis resuelto el problema o veis un nuevo modo de encararlo, y podéis resolverlo. A veces esto nos sucede a todos. No es algo extraordinario ni misterioso; es bien conocido. ¿Y qué ha ocurrido, exactamente? Esta capa superior de la conciencia, el hombre —el hombre superficial— ha pensado en el problema el día entero, se ha preocupado a su respecto, tratando de interpretarlo conforme a sus propias exigencias, a sus prejuicios, a sus deseos inmediatos. Es decir, él busca una respuesta, y por eso mismo no puede hallarla. Luego se va a dormir, y cuando está dormido, la conciencia superficial —la capa superior de la mente— está un tanto quieta, en reposo, libre de la incesante inquietud acerca del problema. Entonces lo oculto proyecta su solución hacia aquella capa superficial; y cuando os despertáis, el problema tiene diferente significación. Ese es un hecho. No necesitáis convertiros en ocultistas, ni desarrollar mucho talento, para comprender eso; sería absurdo. Si lo observáis por vosotros mismos, veréis que es un hecho evidente, cotidiano. Pero esto no significa que hayáis de iros a dormir para que vuestro problema reciba respuesta. El problema está ahí; y si podéis abordarlo abiertamente, sin conclusión alguna, sin que ninguna respuesta se interponga entre vosotros y el problema, entonces os halláis en relación inmediata y directa con el problema, y

por lo tanto estáis abiertos a las insinuaciones de lo inconsciente.

¿He explicado esto con excesiva rapidez? Quizá. Pero no importa, señor. Volveremos a encontrarnos varias veces, porque ésta es una cuestión que hay que ahondar mucho más. Sólo hemos abordado una parte de la misma, si bien casi todos estaremos contentos de dejarla en ese nivel.

El siguiente punto involucrado en esta pregunta es la intimación de lo inconsciente. Nuestra vida, por cierto, no es la mera existencia superficial. Existen vastos recursos ocultos, tesoros de extraordinaria importancia, de extraordinario deleite, grandeza y júbilo, que siempre brindan indicaciones, insinuaciones; y como no somos capaces de recibirlas directamente cuando estamos despiertos, ellas se convierten en símbolos que aparecen en sueños. Es decir, lo inconsciente, las capas profundas, aquéllas que no han sido exploradas, siempre brindan intimaciones, insinuaciones de extraordinaria significación; mas la conciencia superficial está tan ocupada con su existencia diaria, con las inquietudes de todos los días, con su búsqueda del diario sustento, que resulta incapaz de recibir las intimaciones directamente. Es por eso que ellas se convierten en sueños; y éstos requieren intérpretes. Vienen entonces los psicólogos y ganan dinero. Mientras que, si hay inmediato y directo contacto con lo inconsciente, no se necesita interpretación alguna; y esto puede ocurrir tan sólo cuando la mente consciente está continuamente quieta, cuando hay en todo ins-

tante un intervalo, un espacio, entre acto y acto, entre pensamiento y pensamiento.

El otro punto involucrado en esto es la experiencia subjetiva de la conversación con otra persona. No sé si alguna vez habéis recordado, cuando os despertáis, haber mantenido una larga charla con alguien, reteniendo palabras, o una palabra, de extraordinaria potencia y significado. Esto tiene que haberos sucedido; recordáis haber discutido con un amigo, con un hombre a quien respetáis, con un asceta, "gurú" o Maestro. Ahora bien, ¿qué es eso? ¿No se halla eso incluido dentro del campo de la conciencia? No deja de formar parte de la conciencia; es, por lo tanto, una autoproyección que al despertar se ve interpretada como conversación con alguien, como instrucción recibida de un Maestro. El Maestro también está dentro del armazón de la conciencia, y ello es, por lo tanto, una proyección del propio "yo" en la imagen del Maestro. El recordar una palabra y atribuir a ella significación, es uno de los modos como el inconsciente funciona para dejar su impresión en la mente consciente. De suerte que ese recuerdo de un suceso que está dentro del campo de la conciencia, es asimismo la intimación o la proyección del pensamiento, y, por lo tanto, no es real. Lo real se manifiesta únicamente cuando el pensamiento cesa, cuando deja de crear.

El siguiente punto involucrado en la pregunta —y espero que no tengáis inconveniente en que lo explore aún más— es sí, durante el sueño, resulta posible encontrarse con una persona objetivamente. ¿Comprendéis? En otros términos: ¿puedo yo, durante el

sueño, encontrarme con alguien objetivamente, no subjetivamente? Ahora bien, ello implica identificación del pensamiento en calidad de "yo". ¿Qué es el "yo"? ¿Qué es el pensamiento, identificado? Cuando digo "Krishnamurti", me refiero al pensamiento identificado como tal hombre. El hombre es pensamiento, objetivado, el cual es una continuidad; y es posible, por cierto, encontrarse objetivamente con esa continuidad. Esto ha sido probado una y otra vez, objetivamente, no subjetivamente. O sea que el pensamiento, que es como una onda —una onda en movimiento— se ve identificado y recibe un nombre; y con eso, por cierto, podéis encontraros objetivamente.

Tales son, pues, algunas de las cosas involucradas en eso de mantener la percepción hasta en el sueño. Pero todas estas explicaciones carecen en absoluto de significación si no hay conocimiento propio. Podéis repetir lo que he dicho, pero la repetición es una mentira; es mera propaganda, y no es verdadera. Estas cosas han de ser experimentadas, no repetidas; y es preciso que experimentéis lo que *es*, que os deis cuenta de las muchas capas de la conciencia, lo cual se expresa de muchas maneras diferentes.

De suerte que hay un margen muy estrecho de división entre la conciencia de vigilia y la conciencia de sueño. Mas como la mayoría de vosotros se ocupa casi enteramente de la conciencia de vigilia, con sus inquietudes, sus creencias, la diaria ansiedad de ganarse el sustento, la tensión de las relaciones entre vosotros y los demás, todo ello impide la exploración de vosotros mismos en un nivel más profundo. Y no *tenéis*

que explorar, por cierto; lo oculto se proyecta con enorme rapidez cuando la mente no está superficialmente activa. ¿No lo habéis notado cuando os sentáis tranquilamente, sin ocuparos con la radio, cuando la mente no parlotea? En ese momento tenéis una nueva idea, un nuevo sentimiento, un nuevo júbilo; ¿pero qué ocurre, desgraciadamente? Cuando surge esa expresión creadora, de inmediato la traducís en acción, y deseáis que ella se repita. La habéis perdido, por lo tanto. Así, pues, el problema de la alerta percepción, que hemos tratado en parte, es en realidad muy creativo si podéis comprenderlo plenamente. Lo abordaré más adelante, ahondando lo que significa el ser perceptivo. Pero es importante que se comprenda —¿verdad?— que no puede haber recto pensar, y por lo mismo recta acción, sin conocimiento propio; y el conocimiento propio no es simplemente la comprensión de las capas superficiales, sino el entendimiento completo de la conciencia en su totalidad. Esto no es cuestión de tiempo; ya que, si la intención está presente, hay inmediata percepción; y la urgencia de esa percepción depende de lo honesto que uno sea. Cuanto más alerta, cuanto más pasivamente perceptivo se es, más se comprende las capas profundas de la conciencia; y os aseguro que hay un júbilo extraordinario en ello, en el hecho de descubrir, de desentrañar la totalidad del propio ser. Si perseguís el entendimiento, él os escapa; pero si sois pasivamente perceptivos, él se os revela y os brinda sus honduras extraordinarias.

¿Abordaré la pregunta siguiente? ¿Estáis cansados? Bueno, continuaré con ella.

Pregunta: Decís que la plena percepción del problema nos libra del problema. La alerta percepción depende del interés. ¿Qué es lo que engendra interés, qué es lo que hace que un hombre se interese y otro sea indiferente?

KRISHNAMURTI: Vamos ahora a examinar de nuevo la cuestión, el problema en sí. No os interpongáis, pues, con una respuesta. Vamos a descubrir el contenido del problema, no a descubrir una solución buscándola. Es que, si tenemos una conclusión, el problema no se comprende; si tenemos respuestas para nuestros diversos problemas, éstos nunca son examinados. O citamos el *Bhagavad Gita,* o a uno de nuestros dirigentes de estos últimos tiempos, o a un "gurú", y de ese modo jamás encaramos el problema mismo. Ello significa que nunca estamos en relación directa con el problema, porque siempre se interpone algo entre nosotros y el problema bajo forma de una conclusión, de una cita o de una respuesta. Como nunca hay relación directa entre vosotros y el problema, éste pierde su significación. Para daros cuenta directamente del problema, primero debéis percibir que os interponéis, que colocáis un tamiz entre vosotros y el problema. ¿Os dais cuenta de ello? Percibid de un modo directo vuestro propio problema, no el de otra persona, y veréis lo que ocurre. Pongamos eso a prueba. Veréis con cuánta rapidez podéis disolver el problema si seguís lo que voy a sugeriros.

Si tenéis un problema, ¿cuál es vuestra primera res-

puesta a dicho problema? Vuestra respuesta inmediata es que buscáis una solución. Queréis resolverlo, lo cual significa que deseáis escapar al problema mediante una respuesta; es decir, os interesa más descubrir la solución que estudiar el problema. Vuestro "gurú", vuestro *Bhagavad Gita* intervienen, lo cual quiere decir que ellos son en realidad una evasión del problema. Eso es un hecho, eso es lo que os sucede. Ahora bien, si eso es un hecho, ¿qué ocurre? No os importa el problema que tratáis de comprender; y así, como es natural, el problema decae, y por lo tanto no estáis directamente en contacto con el problema. ¿Pero qué sucede cuando el problema se os plantea en forma directa, sin interposición alguna, cuando estáis directamente relacionados con el problema? El problema deja de ser un problema; lo comprendéis enteramente y de inmediato. De modo que el darse cuenta de un problema implica percepción de las interposiciones, es decir, de las escapatorias, de las respuestas, de la autoridad, que consciente o inconscientemente buscáis con el objeto de eludir el problema; y ello sigfica que la comprensión del problema no os interesa realmente. Tener, pues, esa percepción de un problema, disuelve el problema; nos libra del problema.

A cada instante el problema es nuevo; el problema es un reto. La vida es reto y respuesta; y cuando hay un reto —que siempre es nuevo— yo respondo conforme a mi "condicionamiento". Mas si puedo hacer frente al reto sin el "condicionamiento" —que es la respuesta, la conclusión, la cita— mi mente está pura y por lo mismo puede hacer frente al reto de un modo

nuevo. Ella está capacitada, por lo tanto, para entender instantáneamente el problema. Observad que no se trata de que aceptéis mi palabra al respecto; experimentad con ello, y pronto veréis de qué manera extraordinaria la alerta percepción disuelve el problema. Una muestra de esa percepción la tenéis en momentos de gran crisis en que necesitáis resolver algo, en que algo extremadamente serio ocurre en vuestra vida. Entonces no buscáis una respuesta, un guía, una autoridad. Ello significa que no huís del problema, de la crisis, es decir, que hacéis frente al reto de un modo nuevo, como cosa nueva.

Continúo con la pregunta. "La alerta percepción depende del interés. ¿Qué es lo que engendra interés?"... ¿Por qué tenéis interés? ¿Ahora no estáis interesados? En realidad me estáis escuchando; ¿por qué? O mis palabras os hipnotizan, o hay interés. Ello es obvio. Espero que no estéis hipnotizados por mis palabras. Hay interés, por lo tanto. ¿Por qué estáis interesados? Porque *yo* lo estoy. Yo estoy urgentemente interesado en lo que digo, y no sólo por el momento. Me interesa vitalmente resolver los problemas del hombre, que soy yo mismo; y es porque estoy interesado con entusiasmo vehemente, que vosotros también os interesáis. Pero llegará el momento, apenas abandonéis este lugar, en que volveréis a caer en la rutina de vuestros bienes, de vuestra propiedad, de vuestro empleo y de todo lo demás. Estáis interesados porque yo estoy interesado, porque esto me importa tremendamente. El interés, pues, es contagioso. Eso sí: entonces no es duradero. Hay influencia buena e influencia mala; y

como no me interesa influir sobre vosotros en uno u otro sentido, perdéis interés. Y el ser influenciado es malo, resulta fatal, porque si uno puede influir sobre vosotros, otro también lo puede. Al igual que la moda, la influencia cambia, y por lo tanto carece de significación. Mas si en vosotros mismos sois serios, entonces sois sensibles —no sólo ahora sino constantemente— al enorme significado de la crisis. Y si no estáis interesados, es una desdicha para vosotros. ¿Qué es lo que hace que un hombre se interese y otro sea indiferente?

Qué es lo que hace que *vosotros* no os intereséis: ése es el problema, no la indiferencia de los demás. ¿Por qué sois indiferentes? Tal es el problema, ¿verdad? ¿Por qué sois indiferentes ante el problema del hambre, ante el problema de la conciencia, ante el problema de hallar solución a todos los problemas existentes? ¿Qué es lo que os torna indiferentes? ¿Por qué no estáis interesados en todo esto? ¿No os habéis sentado nunca a reflexionar al respecto? Es evidente que no estamos interesados por la razón muy sencilla de que deseamos distracciones: el "gurú", el caudillo, el *Bhagavad Gita, la Biblia,* etc. Todo eso es distracción, y la distracción embota la mente. La función misma del "gurú" consiste en embotar vuestra mente. Es por eso que acudís a él: para que os apacigüe, para que os brinde satisfacción. De no ser así, si no buscáseis satisfacción, jamás recurriríais a un "gurú". Queréis satisfacción, y es por eso que vuestra mente se embota; ¿y en qué puede interesarse una mente embotada? Se interesa en la existencia diaria,

en lucir con primor un nuevo "sari". Caemos, pues, en las redes del embotamiento, porque el pensar con mucha seriedad es estar descontento, lo cual resulta muy doloroso; y la mayoría de nosotros no desea atraer el dolor. Deseamos evitar el dolor, y por ello la estructura íntegra de nuestro pensamiento es una confusión, una distracción.

Lo importante, pues, no es saber quién es indiferente, sino por qué vosotros sois tan superficiales. ¿Por qué estáis presos en esta extraordinaria red del sufrimiento? La respuesta, ciertamente, está en descubrir por nosotros mismos las causas que nos hacen torpes, insensibles: insensibles al sufrimiento humano, a los árboles, a los cielos, a las aves; insensibles a nuestras relaciones humanas. El ser sensible significa dolor; pero es preciso que seamos dolorosamente sensibles a fin de comprender. Nos detenemos, empero, de este lado del dolor y tratamos de huírle, lo cual nos reduce a máquinas de imitar.

Enero 25 de 1948

III

¿No es importante en toda época, y especialmente durante estos días críticos, que pensemos muy claramente y que conozcamos nuestros sentimientos de un modo muy íntimo? Nosotros, evidentemente, no somos ajenos a la crisis. Todo lo que le ocurre a una nación, a un grupo de personas, nos ocurre en realidad a cada uno de nosotros individualmente; y como todos estamos tan íntimamente vinculados, deberíamos darnos plena cuenta y ser deliberadamente conscientes de nuestros pensamientos y sentimientos. Porque si se influye sobre nosotros, si tomamos partido, si los sucesos nos persuaden y no percibimos la causa de los sucesos, seremos simplemente arratrados por los sucesos; y como éstos, tanto locales como de alcance mundial, están ocurriendo con extraordinaria rapidez, y como su embate es tan fuerte y tan feroz, nos incumbe, por cierto, ser extremadamente claros en nuestro pensamiento y muy profundos en nuestro sentir. Cuanto más grave es el acontecimiento y mayor la confu-

sión exterior, en efecto, tanto más intensa es al agitación y el caos dentro de nosotros. Los sucesos externos, por ser tan cercanos a nosotros, tienen naturalmente que trastornar y perturbar a muchos; y yo creo conveniente —¿no es así?— que tengamos sentimientos muy pronunciados, emociones fuertes, dirigidas, no doblegadas, intencionadas, porque el que nada siente está muerto. La mera bambolla intelectual carece de significación en momentos trascendentales; y existe el peligro de interpretar intelectual y superficialmente los grandes acontecimientos, con lo cual se los pasa por alto. Si podemos, en cambio, seguir muy de cerca y muy claramente las causas psicológicas de perturbación, y mantener una atención emotiva sin la ingerencia del intelecto, entonces, tal vez, podremos percibir la significación de los problemas. Yo no me limito a proferir una cantidad de palabras para que vosotros las escuchéis; más bien, tratando juntos el tema como lo estamos haciendo, podremos quizá clarificar el confuso estado de nuestra mente y emociones.

Así, pues, como esta tarde voy a contestar preguntas, espero que las sigáis, y no de un modo puramente verbal o intelectual, porque eso muy poco significa, sino más bien que prestéis atención a lo que se habla como si realmente aconteciese. Porque, ciertamente, la responsabilidad de una crisis cualquiera no corresponde a los demás sino a vosotros y a mí como individuos; y para comprender cualquier crisis (como la presente, localizada en la India), deberíamos abordarla muy diligentemente, con intensidad, con clari-

dad, con la intención de profundizarla plenamente, y de ver toda su significación, toda su hondura. Como ya lo dije, esta tarde voy a contestar preguntas; y las preguntas tienen muy escaso sentido si sólo esperáis una respuesta. Mas si analizamos el problema, si reflexionamos juntos a su respecto —y no se trata simplemente de que vosotros escuchéis y yo explique—, si lo ahondamos juntos, tal vez ese mismo proceso de pensamiento dará origen a un entendimiento, a una revelación.

Pregunta: ¿Cuáles son las causas reales de la muerte intempestiva del "mahatma" Gandhi?

KRISHNAMURTI: Me pregunto cuál fué vuestra reacción cuando oísteis la noticia. ¿Cuál fué vuestra respuesta? ¿Ella os afectó como una pérdida personal, o como indicio del giro que toman los acontecimientos mundiales? Si por identificación lo sentísteis tan sólo como una pérdida personal, debemos analizar ese sentimiento con sumo cuidado, muy inteligente, e intencionadamente; y si lo visteis como indicio del rumbo de los sucesos en la crisis mundial, también esto tiene que ser seguido atentamente. Debemos, pues, averiguar cómo abordamos este problema, si como pérdida personal o como indicio de toda la catástrofe que está ocurriendo en el mundo. Ahora bien, si por identificación es una pérdida personal, tiene un significado del todo diferente. En todos nosotros existe la tedencia a identificarnos con algo más grande, ya sea una nación, una persona, una idea, una imagen, un pensamiento, o una conciencia superior; porque

resulta mucho más satisfactorio identificarse con un grupo, con una nación o con una persona que reprensenta a la nación: Hitler o Stalin por una parte, y Gandhiji por la otra, etc. Hay, pues, identificación con algo más grande; y cuando alguna cosa le sucede a esa persona, a esa idea o a ese grupo o nación, aquella identificación se ve quebrantada. ¿No lo siente usted así, señor? El deseo de identificarnos con algo es obvio, ¿verdad? Es que, en sí mismo, uno no es nada; es vacío, superficial, insignificante; y al identificarse con un país, con un líder, con un grupo, uno se convierte en algo, es algo. En esta identificación, precisamente, está el peligro; porque, si os dais cuenta de ello, veréis que conduce a las más extraordinarias barbaridades en la historia, en nuestra vida diaria. Es decir, si os identificáis con un país, con una comunidad, con un grupo de personas, con una idea, con el espíritu "comunalista", entonces, por cierto, sois responsables de cualquier calamidad que ocurra; porque si sois meros instrumentos que se identifican a sí mismo con alguna causa o persona, entonces se os utiliza, y la calamidad, la crisis, la catástrofe, resulta de esa misma identificación.

Ese, pues, es un aspecto del problema; y la pregunta, en realidad, debería ser, ésta: "¿cuáles son las causas coadyuvantes que yo he creado para producir este incidente, estas miserias, esta catástrofe?". Esa es, ciertamente, la verdadera cuestión, ¿no es así? Porque nosotros, individualmente, somos responsables de todo lo que está sucediendo en el mundo actualmente. Los acontecimientos mundiales no son incidentes in-

conexos: están relacionados. La verdadera causa de la muerte intempestiva de Gandhiji reside en vosotros. Sois vosotros la causa real. Como sois "comunalistas", fomentáis el espíritu de división mediante la propiedad, la casta, la ideología, el tener diferentes religiones, sectas, dirigentes. Es obvio, pues, que vosotros sois responsables. ¿No lo sois, acaso? Y de nada sirve colgar simplemente a un hombre; todos vosotros habéis contribuido a esa muerte. Se trata de saber de qué manera habéis contribuido. Intencionalmente no me incluyo a mí mismo porque no soy "comunalista", no soy hindú ni indio, no soy nacionalista ni internacionalista. Me excluyo, por lo tanto, no porque yo sea superior sino porque no pienso para nada en esos términos: no pertenezco a un grupo ni a una religión, ni tengo bienes que sean "míos". Deliberadamente, conscientemente, me excluyo a mí mismo; y os ruego comprendáis que no es porque me sienta superior a los demás. La identificación con un grupo, con una nación, con una comunidad, con la propiedad, conduce sin duda a la desdicha, ¿no es así? Tal identificación, evidentemente, lleva a asesinatos, a desastres, al caos; y vosotros sois responsables de ello porque *sí* creéis en el hinduismo, con sus muchas diferentes facetas, que son todas absurdas. Sois hindúes o sois parsis, budistas o musulmanes; bien conocéis todo el despropósito de la división identificada, del aislamiento. De modo, pues, que como os habéis identificado con un grupo, vosotros sois responsables. ¿No es cierto? Vosotros sois la verdadera causa de este asesinato. No estoy haciendo drama, lo cual sería demasiado absur-

do; pero ése es el hecho, ¿no es así? La verdadera causa, pues, sois vosotros, no alguna causa misteriosa, desconocida. Cuando una así llamada "nación" está compuesta de grupos separados, cada uno de los cuales busca poder, posición, autoridad, riqueza, es forzoso que produzcáis, no la muerte de un hombre, sino miles y millones de muertes. Ello es inevitable.

El problema fundamental consiste, pues, en saber si los seres humanos pueden existir en el aislamiento identificado; y la historia ha demostrado una y otra vez que ello es la destrucción del hombre. Cuando os llamáis hindúes, musulmanes, parsis, o Dios sabe qué, ello tiene por fuerza que producir conflicto en el mundo. Si observáis la llamada "religión" —la religión organizada— veréis que ella se basa esencialmente en el aislamiento, en el separatismo: el cristiano, el hindú, el musulmán, el budista; y cuando adoráis una imagen o ninguna imagen, cuando impedís que alguien penetre en vuestros templos —¡como si la realidad estuviera en el templo!— sois por cierto responsables del conflicto y de la violencia, ¿verdad? Observad que no os estoy arengando ni tengo interés en convenceros, sino que vosotros y yo estamos interesados en hallar la verdad acerca de la cuestión. De modo que esto no es simplemente una arenga política, cosa que carece totalmente de sentido. Para descubrir la verdad, para ver que somos responsables de lo que ocurre, debemos pensar con sumo cuidado, directamente. Cuando tenéis una religión a la cual pertenecéis, una religión organizada, ese hecho en si engendra conflicto entre hombre y hombre; y cuando la creencia lle-

ga a ser más fuerte que el afecto, que el amor, cuando la creencia es más importante que la humanidad, y toda vuestra estructura está hecha de creencia —ya sea la creencia en Dios o en una ideología, en el "comunalismo" o en el nacionalismo— es obvio que sois la causa misma de la destrucción.

No sé si sentís la extraordinaria importancia de todo esto, de meditarlo muy claramente y no esconderos detrás de las palabras.

Está luego el hecho obvio de la división por causa de la propiedad, del sentido adquisitivo. La propiedad tiene en sí misma muy escaso significado: sólo podéis dormir en una habitación, en una cama; pero el deseo de posición, el afán de adquirir, de poneros en seguridad cuando todos en derredor vuestro están inseguros, este sentido de adquisición, de propiedad, de posesión, es por cierto una de las causas de la espantosa miseria que hay en el mundo. No es que hayáis de renunciar a la propiedad, sino que debemos darnos cuenta de su significación, de su sentido en la acción; y cuando uno se da cuenta de ello, abandona naturalmente todas estas cosas. No es difícil renunciar, no es una tarea penosa la de dar la espalda a la propiedad, cuando veis de un modo directo que vuestra relación con la propiedad conduce a la miseria, no para una persona sino para millones; y que os halláis en lucha por la propiedad.

Estas no son meras palabras, si las analizáis; la propiedad y la creencia son las dos principales causas de conflicto. La propiedad como medio de engrandecimiento personal, la propiedad como medio de per-

manente continuidad de uno mismo, os da posición, poder, prestigio. Sin propiedad nada sois, evidentemente. Por lo tanto la propiedad llega a ser extraordinariamente importante, algo por lo cual estáis preparados para matar, mutilar y destruir personas. Asimismo ocurre con las organizaciones religiosas y las ideologías políticas que implican creencia. La creencia tórnase muy importante, porque sin creencia, ¿qué es de vosotros? Si no os llamáis por un nombre "comunalista", aislador, ¿qué es de vosotros? Estáis perdidos, ¿no es así? De suerte que, como sentís la amenaza para vosotros, os identificáis con la propiedad, con la creencia, con las ideologías, etc. Y ello inevitablemente trae destrucción. ¡De cuántas maneras diferentes procuráis aislaros de los demás! Este aislamiento es la verdadera causa del conflicto y de la violencia. Sois, pues, responsables, señores — y señoras, con vuestros hermosos "saris" y vestidos a la moda.

Este acontecimiento también tiene significado mundial. Justificamos y hemos aceptado el mal como medio para el bien. A la guerra se la justifica porque decimos que habrá de traernos paz, lo cual, evidentemente, es emplear malos medios para alcanzar un buen fin. Pero la tendencia del mundo es en esa dirección; grupos de personas, naciones enteras, se preparan para la destrucción final — como si al cabo de ella fueran a ser pacíficas. Este acontecimiento es realmente sintomático —¿verdad?— de la tendencia de los seres humanos a sacrificar el presente por el porvenir. Habremos de crear un mundo maravilloso, pero mientras tanto os vamos a asesinar; os vamos a

liquidar en aras del futuro. *Vosotros* no tenéis importancia; lo que importa es la idea, el futuro (sea lo que fuere que eso signifique). Después de todo, hacia la izquierda o hacia la derecha el futuro es tan incierto para mí como para vosotros; el futuro es alterable, susceptible de ser modificado, y estamos sacrificando el presente por un futuro desconocido. Esa es la mayor forma de ilusión, ¿no es así? Pero ésa es una de las tendencias del mundo, y eso es lo que ocurre actualmente. Es decir, tenemos un futuro ideológico por el cual los seres humanos son sacrificados: para salvar al hombre, estamos matando al hombre. Y en eso estamos enredados; *vosotros* estáis enredados en eso. Queréis la seguridad futura, y por lo tanto destruís la seguridad presente. El entendimiento, por cierto, es sólo en el presente, no en el futuro. La comprensión es ahora, no mañana.

Ahora bien, esas dos tendencias que prevalecen en el mundo actual, indican —¿no es así?— una falta total de amor; no de un misterioso amor por lo Supremo y todas esas sandeces, sino del amor corriente entre dos seres humanos. Sabréis que, viajando a través del mundo, uno observa una absoluta falta del sentido del amor en los seres humanos. Hay abundancia de sensaciones —sexuales, intelectuales o ambientales— pero afecto real por alguien, el amar a alguien con todo vuestro ser, eso no existe, por la razón obvia de que habéis cultivado el intelecto. Sois maravillosos para pasar exámenes, para retorcer teorías, para especular en el mercado, para ganar dinero, todo lo cual indica supremacia del intelecto. Y cuando el in-

telecto llega a ser supremo, es seguro que tendréis el desastre, porque el corazón está vacío; lo llenaréis, pues, de palabras y de las invenciones del intelecto. Eso es lo que se nota en grado extraordinario en el mundo de nuestros días. ¿No estáis llenos de teorías, sean ellas de izquierda o de derecha, sobre el modo de resolver el problema del mundo? Pero vuestro corazón está vacío, ¿no es así? Y el problema es por cierto muy sencillo, si realmente lo examináis. Mientras estéis identificados con la propiedad, con el nombre, con la casta, con determinado gobierno, comunidad, ideología, creencia, forzosamente engendraréis destrucción y miseria en el mundo. De suerte que *vosotros* sois la verdadera causa de su asesinato; sois vosotros que habéis dado origen a esta matanza del hombre por el hombre. Aceptáis el asesinato organizado en gran escala como un medio justo durante la guerra; pero si se lo comete contra una persona os horrorizáis. ¿No es verdad, señor, que Vd. como individuo ha perdido toda sensibilidad, todo sentido de los valores reales y del significado de la existencia? Para comprender esta cuestión, tenemos que transformarnos radicalmente, porque eso es lo que se requiere para revolucionar de un modo absoluto nuestros modos de pensar, sentir y obrar. Deseáis producir una revolución en la acción tan solo, lo cual carece totalmente de sentido; porque, sin una revolución en vosotros y en vuestro sentir, no podéis producir una revolución en la acción. No se puede producir una revolución excepto individualmente. Y puesto que sois responsables, puesto que sois la causa de este asesinato, y para

prevenir futuros asesinatos, vosotros mismos tenéis que cambiar radicalmente —¿no es así?— y no charlar de dioses y de teorías, de "karma" y "reencarnación"; debéis daros realmente cuenta de lo que ocurre dentro de vosotros. Y como es en extremo difícil y arduo darse cuenta, hiláis teorías, os evadís mediante la propiedad, el nombre y la familia, y todos los demás absurdos que acarrean destrucción. Siendo, pues, responsables de este asesinato y de pasados y futuros asesinatos, ya sea de una persona o de millones, es preciso que cambiéis. Tenéis que transformaros, no empezando a distancia sino empezando muy cerca, observando a diario las modalidades de vuestro pensar, sentir y actuar. Si estáis interesados, si vuestras disposiciones son serias, ése es por cierto el único modo de producir la transformación, ¿verdad? Mas si los acontecimientos os causan excitación emotiva, si a través de tantos años os han narcotizado las arengas políticas, es natural que muy poco responderéis. Pero os agrade o no, sois responsables de las miserias externas, porque en vosotros mismos sois miserables, confusos, impacientes, faltos de amor.

Pregunta: ¿Es inevitable la tercera guerra?

KRISHNAMURTI: No hay cosa alguna que pueda llamarse "inevitavilidad", ¿no es así? Un país, dándose cuenta de su propia debilidad, de su propia fuerza, puede decir: "No, nosotros no vamos a luchar". Una de las tendencias de la izquierda consiste en avanzar cuando no siente mucha presión, y ceder

cuando la presión es demasiado grande; de suerte que siempre podéis retiraros, esperar y organizaros. No hay inevitabilidad en lo que atañe a la guerra, pero mucho parece que la hubiera porque los problemas involucrados son tan vastos. Las ideologías están en guerra, la derecha y la izquierda. Existe la ideología según la cual la materia se mueve por sí misma, y la ideología que dice que la idea divina es lo que mueve la materia y actúa sobre ella. De un lado está la idea de que Dios actúa sobre la materia, y del otro la idea de que la materia está en movimiento por sí misma y produce las circunstancia exteriores, y que, por consiguiente, un rígido control del medio ambiente se impone. No entro a discutir las ideologías, sean ellas acertadas o erróneas. Ahondaremos esa cuestión otro domingo. Pero esas dos ideas son diametralmente opuestas; *se cree*, por lo menos, que son opuestas. Y esto plantea un problema muy complejo: el de saber si la izquierda no se basa en la derecha, si no es continuación de la derecha; si todo opuesto no es la continuación de su propio opuesto. Mas cuando dos poderosos partidos están determinados, cada cual por su parte, a dominar la situación y tener el poder, ello naturalmente habrá de destruir al hombre, atrapado entre ambos; y eso es lo que está ocurriendo en este país, en vuestra propia familia. Cuando domináis a vuestra esposa o a vuestro esposo, cuando sois posesivos, cuando os aferráis al poder en un pequeño círculo, ¿no contribuís al caos mundial? Cuando la creencia en el nacionalismo os domina, cuando vuestro país cobra para vosotros suprema importancia —lo cual

ocurre en toda nación— ¿no resulta inevitable una catástrofe de gran destrucción? No hay duda, señor, de que la existencia misma de un ejército es un indicio de guerra. La función del general es preparar la guerra; y cuando habéis producido un arma como la bomba atómica, ¿dónde vais a ponerla a prueba? De ese modo, lo repito, la guerra está en relación directa con nosotros. Si sois nacionalistas, contribuís a la guerra. Si os habéis circundado de propiedades, contribuís a la guerra. Si el nacionalimo, el "comunalismo", llega a ser lo más importante en vuestro país o en vuestra agrupación, es obvio que contribuís a la guerra. Nuestra propia existencia de todos los días está produciendo guerra, porque en nosotros no hay paz alguna. Si es que ha de haber paz en el mundo, vosotros mismos, por cierto, tenéis que ser pacíficos. Si quiero ser pacífico con vosotros, debo ser adaptable, debo ser considerado, no debo ser dominante. Mas si vosotros no sois adaptables ni yo lo soy, si insistimos en dominar, es seguro que ello producirá una catástrofe.

Una señora americana vino a verme hace un par de años, durante la guerra. Decía que perdió a su hijo en Italia, y que tenía otro hijo de 16 años al que quería salvar. Discutimos y charlamos ampliamente del asunto. Yo le sugerí que, para salvar a su hijo, ella debía dejar de ser americana; que debía dejar de ser codiciosa, de acumular riqueza, de buscar poder, dominación, y que debía ser moralmente sencilla; no sólo sencilla en materia de vestidos, en las cosas externas, sino en sus pensamientos y sentimien-

tos, en sus relaciones. Ella me dijo: "Eso es demasiado; Vd. me pide demasiado. No puedo hacer eso, porque las circunstancia son demasiado poderosas para que yo las altere". Por lo tanto, ella era responsable de la destrucción de su hijo. Las circunstancias pueden ser dominadas por nosotros, porque nosotros hemos creado las circunstancias. La sociedad es el producto de la interrelación, de mis relaciones a la vez que de las vuestras. Si cambiamos en nuestra vida de relación, la sociedad cambia; pero el confiar tan sólo en la legislación, en la coacción, para la transformación externa de la sociedad mientras interiormente seguimos siendo corrompidos, mientras en lo íntimo continuamos buscando poder, posición, dominación, es destruir lo externo, por más esmerada y científicamente que haya sido construído. Aquello que es del fuero íntimo se sobrepone siempre a lo externo.

Nuevamente, señor, la inevitabilidad o la cesación de la guerra depende de nosotros, de vosotros y de mí. Podemos cambiar, ciertamente. ¿No es así? Podemos transformarnos; no es difícil si ponemos en ello nuestra mente y corazón. Pero somos demasiado indolentes, dejamos eso para los demás; queremos caminos fáciles, pensamientos tranquilos, seguridad interior. Deseando seguridad interior, la buscamos mediante las cosas externas, la propiedad, la creencia, los templos, las iglesias, las mezquitas. Cuando buscáis seguridad interior, creáis inseguridad. Por el deseo mismo de estar psicológicamente seguros, causáis destrucción. Ello es obvio; se repite en la historia una y otra vez. La seguridad externa es esencial: alimento,

vestido y albergue. Pero el hombre quiere estar psicológicamente en seguridad; emplea, pues, el alimento, el vestido, el albergue y las ideas, como medio de seguridad psicológica, y a causa de ello acarrea destrucción. De suerte que, una vez más, a vosotros y a mí nos incumbe impedir lo que parece inevitable. Las guerras son inevitables mientras los seres humanos individuales estén en conflicto unos con otros, lo que es indicio de que están en conflicto dentro de ellos mismos. Deseamos la transformación mediante la legislación, la revolución en lo externo, los sistemas; pero aún no hay en nosotros transformación interior. En nuestro fuero íntimo estamos perturbados, confusos; y sin llevar el orden, la paz y la felicidad al fuero íntimo, no podremos tener paz y felicidad en el mundo exterior.

Pregunta: ¿Podemos comprender de inmediato, sin preparación previa, la verdad de que usted habla?

KRISHNAMURTI: ¿Qué entendemos por verdad? No usemos una palabra cuyo sentido no conocemos; podemos, empero, servirnos de una palabra más sencilla, más directa. ¿Podéis entender, podéis comprender un problema directamente? Eso es lo que implica la pregunta, ¿verdad? ¿Podéis entender de inmediato, ahora, lo que *es*? Porque, comprendiendo lo que *es*, comprenderéis la significación de la verdad; pero decir que uno debe comprender la verdad tiene muy poco sentido. ¿Podéis, pues, comprender un problema directamente, plenamente, y veros libres de él?

Eso es lo que la pregunta implica, ¿no es cierto? ¿Podéis comprender de inmediato una crisis, un reto, ver todo su significado y quedar libres? Porque lo que comprendéis no deja marca; la comprensión —o la verdad— es por lo tanto el libertador. ¿Y podéis libertaros ahora de un problema, de un reto? La vida —¿no es así?— es una serie de retos y respuestas; y si vuestra respuesta a un reto es condicionada, limitada, incompleta, entonces ese reto deja su marca, su residuo, que resulta más fortalecido por otro nuevo reto. Hay, pues, constante memoria residual, acumulaciones, cicatrices; y, con todas esas cicatrices, intentáis hacer frente a lo nuevo, por lo cual jamás le hacéis frente. Nunca comprendéis, por consiguiente; nunca os libráis de ningún reto. Espero que me expreso con claridad.

De suerte que el problema, la cuestión, consiste en saber si yo puedo comprender un reto completamente, directamente, sentir toda su significación, su perfume, su profundidad, su belleza y su fealdad, y así librarme de él. Señor, el reto es siempre nuevo, ¿verdad? El problema siempre es nuevo, ¿no es así? El problema es siempre nuevo; una pregunta como ésta es siempre nueva, ¿verdad? No sé si esto lo comprendéis. Un problema que teníais ayer, por ejemplo, ha sufrido tal modificación que, cuando hoy lo enfrentáis, ya es nuevo. Mas lo enfrentáis con lo viejo, porque lo enfrentáis sin transformar, sin modificar vuestros propios pensamientos.

Permitidme que lo exprese de un modo diferente. Os encontré ayer. En el ínterin habéis cambiado.

Habéis sufrido una modificación, pero todavía tengo la imagen de vosotros que tenía ayer. Os encuentro hoy con mi imagen de vosotros, y por lo tanto no os comprendo; sólo comprendo la imagen de vosotros que ayer adquirí. Señor, si yo quiero comprenderlo a Vd. que está modificado, cambiado, tengo que alejar la imagen de ayer, verme libre de ella. Es decir, para comprender un reto —que siempre es nuevo— también debo hacerle frente de un modo nuevo; no debe haber residuo de ayer; tengo, pues, que decir adiós al ayer. ¿Qué es la vida, después de todo? Es algo nuevo en todo instante, ¿verdad? Es algo que está siempre sufriendo un cambio, creando un nuevo sentir. El día de hoy nunca es igual al de ayer, y ésa es la belleza de la vida. Así, pues, ¿puedo yo, podéis vosotros, hacer frente a cualquier problema de un modo nuevo? Podéis, cuando vais a vuestro hogar, encontraros con vuestra esposa y vuestro hijo de un modo nuevo, hacer frente al reto de un modo nuevo? No lo podréis si estáis cargados de los recuerdos de ayer. Por lo tanto, para comprender la verdad acerca de un problema, de una relación, debéis abordarla de un modo nuevo, no con "mente abierta", pues eso carece de sentido. Debéis abordarla sin las cicatrices de los recuerdos de ayer, lo cual significa que, al surgir cada reto, os dais cuenta de todas las reacciones de ayer; y percibiendo el residuo, los recuerdos de ayer, encontraréis que ellos mueren sin lucha, y por lo tanto vuestra mente está fresca.

¿Puede uno, pues, realizar la verdad inmediatamente, sin preparación? Yo digo que sí, y no por alguna

fantasía de mi parte, por alguna ilusión; haced con ello un experimento psicológico, y lo veréis. Tomad cualquier reto, cualquier pequeño incidente —no esperéis alguna gran crisis— y ved cómo reaccionáis ante él. Daos cuenta de ello, de vuestras respuestas, de vuestras intenciones, de vuestras actitudes, y las comprenderéis; comprenderéis vuestro "trasfondo". Os aseguro que podéis hacerlo de inmediato si dedicáis a ello toda vuestra atención. Es decir, si buscáis el pleno sentido de vuestro "trasfondo", él rinde su significación; y entonces descubrís de un solo golpe la verdad, la comprensión del problema. La comprensión, por cierto, surge del "ahora", del presente, que siempre es atemporal. Aunque pueda ser mañana, sigue siendo el "ahora"; y el no hacer más que diferir, que prepararos para recibir mañana lo que *es*, es impediros a vosotros mismos comprender lo que *es* ahora. Podéis, por cierto, comprender directamente lo que *es* ahora, ¿verdad? Mas para comprender lo que *es*, tenéis que estar libres de perturbación, de distracción; tenéis que dedicar a ello vuestra mente y corazón. Ello tiene que ser vuestro único interés en ese momento, completamente. Entonces lo que *es* os brinda su plena hondura, su pleno significado; y así os libráis del problema.

Señor, si Vd. quiere conocer la verdad acerca de la propiedad, su significación psicológica, si en realidad desea comprenderla directamente, ahora, ¿cómo aborda el problema? Es preciso, por cierto, que sintáis afinidad con el problema, que no le tengáis miedo, que no tengáis credo alguno, ninguna respuesta

entre vosotros y el problema. Sólo cuando estéis en relación directa con el problema, hallaréis la respuesta. Pero si introducís una respuesta, si juzgáis, si tenéis una aversión psicológica, postergaréis y os prepararéis para comprender mañana lo que siempre está ahí. Por lo tanto, jamás comprenderéis. Así, pues, el percibir la verdad no requiere preparación alguna. La preparación implica tiempo, y el tiempo no es el medio de comprender la verdad. El tiempo es continuidad, y la verdad es atemporal, "no-continua". La comprensión es "no-continua"; es de instante en instante, sin residuo.

Temo estar tornando todo esto muy difícil. ¿No es así? Es fácil y sencillo comprender, si queréis experimentar con ello; pero si os ponéis a soñar, a meditar al respecto, ello se vuelve muy difícil. Cuando no existe barrera entre vosotros y yo, es indudable que os comprendo. Si estoy abierto a vosotros, os entiendo directamente; y el estar abierto no es cuestión de tiempo. ¿El tiempo hará que yo sea abierto? ¿La preparación, el sistema, la disciplina, harán que me abra a vosotros? No, señor. Lo que hará que me abra a Vd. es mi intención de ser abierto. Quiero ser abierto porque nada tengo que ocultar, porque no tengo miedo; soy abierto, por lo tanto, y a causa de ello hay comunión instantánea, hay verdad. Para recibir la verdad, para conocer su júbilo, tiene que haber inmediata receptividad, no anublada por teorías, temores y respuestas.

Son las siete y cuarto. ¿Proseguiré? ¿Sí?

Pregunta: ¿Gandhiji continúa hoy existiendo?

KRISHNAMURTI: ¿Realmente queréis saber? ¿Sí? ¿Qué va implícito en esta pregunta? Si *él* sigue viviendo, también vosotros continuaréis viviendo; queréis, pues, saber la verdad acerca de la continuidad. Si yo muero, ¿continuaré? ¿Tendré una existencia, o seré destruído del todo? Ahora bien, señores, probablemente la mayoría de vosotros cree en la reencarnación, en la continuidad. Vuestra creencia, por lo tanto, os impide hallar la verdad en este asunto. ¿Comprendéis? He aquí un reto. Vamos a experimentar con lo que dije en respuesta a la pregunta anterior. Vamos a experimentar, a descubrir la verdad acerca de este asunto; en seguida, no mañana. Para comprender en seguida, debéis apartar vuestra creencia en la reencarnación, ¿no es así? No lo sabéis; es sólo una creencia. Aunque podáis pensar que tenéis pruebas de la continuidad, ello no deja de estar en la esfera del pensamiento. La mente puede engañarse y fabricar cualquier cosa que desee. Queremos, pues, hallar la verdad acerca de este reto, y para hallar esa verdad, debemos abordar el asunto de un modo nuevo, con una mente nueva; porque, para comprender ahora, no mañana, hace falta una mente nueva, una mente lozana.

Ahora bien, para hallar la verdad, yo debo descubrir qué le impide a la mente ser lozana. No estoy respondiendo si Gandhiji vive o no; a eso llegaremos luego. Mas para comprender, tiene que haber lozanía. Voy a averiguar, pues, si mi mente está ofus-

cada. Como estoy lleno de ansiedad, de esperanza, lleno del deseo de continuidad, estoy evidentemente ofuscado; por lo tanto no puedo comprender el nuevo reto: "¿hay continuidad?". Para comprenderlo ahora, de inmediato, tengo que entender las diversas obstrucciones que impiden a la mente estar lozana, ser nueva, para que reciba lo nuevo. Ahora bien, ¿qué es la continuidad? ¿Estáis interesados en todo esto, señores, o simplemente escucháis? Por el momento, olvidad que sólo escucháis, y experimentad conmigo a medida que prosigo. Estoy pensando en voz alta con vosotros acerca de este problema. Es vuestro problema tanto como el mío; no hago más que darle expresión. Como es vuestro problema, seguidlo y experimentad con él paso a paso.

¿Qué es, pues, lo que llamamos continuidad? ¿Qué es lo que continúa? Es una de estas dos cosas: o bien es un ente espiritual, y por lo tanto más allá del tiempo, o es mera memoria que se da continuidad a sí misma mediante el residuo de la experiencia. ¿Me entendéis? ¿Me explico claramente? Esto es, si yo soy un ente espiritual, soy atemporal; por consiguiente no hay continuidad. Porque aquello que es espiritualidad, verdad, divinidad, está más allá del tiempo; no es, por consiguiente, la continuidad que conocemos como "mañana" y el futuro. ¿Me entendéis? Si lo que soy es un ente espiritual, él tiene que ser sin continuidad; no puede progresar, no puede crecer, no puede devenir. Pero, en realidad, lo que yo soy cree que debe convertirse en algo, es decir, pienso en términos de devenir. No soy, por lo tanto,

un ente espiritual. Porque, si soy un ente espiritual, no me estoy convirtiendo en algo; entonces la muerte y la vida son una sola, entonces hay "atemporalidad", hay eternidad. Pero vosotros pensáis en términos de devenir, y por eso estáis en la red del tiempo. No os durmáis oyendo esto; estamos experimentando juntos.

Si sois, pues, entes espirituales, no necesitáis molestaros acerca de la cuestión; entonces no tenéis que averiguar si hay o no continuidad. Es asunto concluído: hay inmortalidad. Pero *no* sois eso; tenéis miedo, y es por tal causa que deseáis saber si hay continuidad. No os queda, pues, más que una cosa, o sea la memoria. ¿Entendéis esto, señores? No podéis eludir la disyuntiva. Si sois entes espirituales, no os concierne la muerte, ni la continuidad, ni el tiempo, porque lo que es espiritual es eterno, atemporal. Mas vosotros no os halláis en ese estado de *ser*. Os halláis en el estado de devenir, en el estado de continuar, deseosos de saber si hay o no continuidad. Esta pregunta indica por sí misma que no os halláis en el otro estado, el de *ser*, y por lo tanto podemos prescindir de él. ¿Qué es, pues, lo que continúa? ¿Qué es lo que continúa en vuestra vida diaria? No es, por cierto, el ente espiritual. Es vuestra memoria, identificada con la propiedad, el nombre, las relaciones y las ideas. ¿No es así? Si no tuviérais memoria, la propiedad carecería de sentido. Si no tuviérais recuerdo de ayer, la propiedad no tendría sentido alguno, como tampoco las relaciones y las ideas. Buscáis la continuidad y la establecéis mediante la pro-

piedad, la familia, la idea, lo cual es el "yo"; y deseáis saber si el "yo" continúa. Ahora bien, ¿qué es ese "yo" de que habláis? Es el nombre, las cualidades, las ideas, vuestra cuenta bancaria, vuestra posición, carácter, ideación, todo lo cual es memoria, ¿verdad? Señor, yo no le obligo a aceptar nada. Afirmo lo que realmente *es*, y no me ocupo de teorías ni de especulaciones. Estamos experimentando para ver si podemos hallar la verdad acerca de la cuestión, y librarnos del problema de la continuidad.

¿Qué es, pues, lo que causa continuidad? La memoria, evidentemente. ¿Cómo surge la memoria? De un modo muy simple: hay percepción, contacto, sensación, deseo e identificación. Percibo un coche; luego hay contacto, luego sensación, luego el deseo de poseer, y luego es "mío". De suerte que el "yo" es el residuo de la memoria. Por mucho que se lo divida en "yo" superior y "yo" inferior, él no deja de estar en la esfera de la memoria, lo cual es obvio, lo aceptéis o no. Cuando pensáis en Dios, ello sigue estando en la esfera de la memoria. Cuando habláis del "yo" superior, cuando habláis de Brama, ello sigue estando en la esfera de la memoria; y la memoria es comprensión incompleta. Es decir, ¿no habéis notado que, cuando comprendéis una cosa, ella no deja la cicatriz del recuerdo? De ahí que el amor no sea memoria. El amor es un estado de *ser*, no es una continuidad. Sólo se vuelve continuidad cuando no hay amor. De modo, pues, que no hay continuidad si no hay memoria. Esto es, el pensamiento identificado tiene que continuar; pero si no hay identificación no hay con-

tinuidad, y la memoria es la base misma de la identificación. ¿Hay jamás renovación a través de la continuidad? ¿Comprendéis? El "yo" continúa de recuerdo en recuerdo: el recuerdo de mis realizaciones, de mis facultades, de mis propiedades, de mi familia, de mi ideación, de mis pensamientos, etc. Todo eso es el "yo", el "ego", ya se trate de un "yo" superior o inferior. Eso es el "yo". Ahora bien, ¿esa continuidad traerá jamás renovación, renacimento, lozanía, novedad? ¿La continuidad traerá jamás comprensión de la verdad? Por cierto que no. Aquello que continúa no tiene renovación, ni lozanía, ni novedad, porque es un mero proseguir, en forma modificada, de aquello que era ayer. Es recuerdo, y el recuerdo no es un proceso de renovación. No hay renovación por conducto de la memoria, a través de la continuidad; sólo hay renovación cuando hay cesación, sólo hay lozanía cuando hay muerte, cuando la idea cesa. Entonces hay renovación cada día. Cuando el "yo" deja de ser, día a día, minuto a minuto, hay renovación. Donde hay continuidad no hay renovación; y es la continuidad lo que todos anhelamos. Esta pregunta acerca de si Ghandiji continúa, significa en realidad "¿continúo yo?"; "yo", identificado con él. Continuaréis, evidentemente, mientras haya identificación, porque la memoria continúa; pero en eso no hay renovación. La memoria es tiempo, y el tiempo no es la puerta de la realidad; a través del tiempo no podréis jamás llegar a lo atemporal. Es preciso, por lo tanto, que haya un final, lo cual significa que para encontrar lo real tiene que haber muerte minu-

to a minuto, muerte para vuestras posesiones, para vuestra posición, no para el amor. Es obvio que hay continuidad cuando el pensamiento está identificado. Pero la continuidad nunca puede conducir a lo real, porque la continuidad es mero pensamiento identificado como "yo", que es memoria. Y sólo hay renovación, renacimiento, lozanía, novedad, un estado atemporal de *ser*, cuando hay muerte, terminación, de instante en instante. La verdad, la realidad, Dios o lo que os plazca, no se manifiesta por el proceso del tiempo. Surge tan sólo cuando el tiempo, cuando la memoria, cesa. Cuando vosotros como memoria estáis ausentes, cuando vosotros como recuerdo no funcionáis, cuando esa actividad del "yo" cesa, hay un final. En ese final hay renovación, y en esa renovación está la realidad.

Febrero 1º de 1948

IV

Creo que es importante comprender que hay *ser* tan sólo cuando ya no hay pensador; y es sólo en el *ser* que puede haber transformación radical. Las ideas no pueden transformar; la modificación de los pensamientos no puede traer revolución —una revolución radical. Sólo puede haber revolución radical cuando el pensador hace un alto, cuando el pensador termina. ¿Cuándo tenéis momentos creativos, una sensación de júbilo, de belleza? Tan sólo, por cierto, cuando el pensador está ausente, cuando el proceso del pensamiento cesa por un segundo, por un minuto, por un período de tiempo; entonces, en ese intervalo, hay júbilo creador. Eso es revolución verdadera, porque entonces el pensador cesa, y con ello surge una posibilidad de transformación radical, de renacimiento radical. Nuestro problema, pues, consiste en hacer que el pensador cese. No se trata de la transformación, de la modificación de las ideas, sean ellas de izquierda o de derecha. Sólo poniendo fin al pensa-

dor hay "creatividad". Tal vez hayáis experimentado, mientras contempláis una puesta de sol en la que hay gran belleza, que la intensidad del espectáculo aleja al pensador, y que en ese instante os penetra una extraordinaria sensación de júbilo. Ese momento creador trae revolución, la cual es un estado de *ser*. El pensador cesa, no como resultado de una transformación de pensamientos, sino tan sólo comprendiendo los movimientos del pensador y por lo mismo llegando al nudo de la cuestión, al problema en sí, que es el pensador. Cuando el pensador se da cuenta de sus propios movimientos, cuando la mente se percibe a sí misma en acción —lo cual no es que el pensador altere pensamientos sino que el pensador se da cuenta de sí mismo— entonces hallaréis que llega un período en que la mente está en una calma absoluta, en que ella no está meditativa, ni atraída ni agitada. Entonces, en ese instante en que el pensador está silencioso, surge el ser creador; y si queréis experimentarlo, hallaréis que ello es la base de toda transformación radical.

Ahora voy a contestar varias preguntas.

Pregunta: ¿Puede uno amar la verdad sin amar al hombre? ¿Puede uno amar al hombre sin amar la verdad? ¿Cuál está primero?

KRISHNAMURTI: Ciertamente, señor, el amor está primero. Porque, para amar la verdad, debéis conocer la verdad; y conocer la verdad es negarla. Lo que es conocido no es la verdad, porque lo que es

conocido está ya encajado en el tiempo; deja, por lo tanto, de ser la verdad. La verdad está en constante movimiento, por lo cual no puede ser medida en tiempo ni en palabras; no os puede caber en el puño. De suerte que amar la verdad es conocer la verdad; no podéis amar algo que no conocéis. Pero la verdad no ha de hallarse en los libros, en la idolatría, en los templos. Ha de hallársela en la acción, en el vivir, en el pensar; y como el amor está primero —lo cual es obvio— la búsqueda misma de lo desconocido es el amor; y no podéis buscar lo desconocido sin estar en relación con el prójimo. No podéis buscar la realidad, Dios, o lo que sea, retirándoos al aislamiento. Sólo podéis encontrar lo desconocido en la vida de relación; sólo cuando el hombre está relacionado con el hombre. El amor al hombre, por lo tanto, es la búsqueda de la realidad. Sin amar al hombre, sin amar a la humanidad, no puede haber búsqueda de lo real; porque cuando os conozco, por lo menos cuando trato de conoceros en la vida de relación, en esa relación empiezo a conocerme a mí mismo. La convivencia es un espejo en el que me voy descubriendo; no mi "yo" superior sino el proceso íntegro, total, de mí mismo. El "yo" superior y el "yo" inferior siguen estando en la esfera de la mente; y si no comprendo la mente, el pensador, ¿cómo puedo ir a descubrir más allá del pensamiento? La convivencia misma es la búsqueda de lo real, porque ése es el único contacto que tengo conmigo mismo; por lo tanto, la comprensión de mí mismo en la convivencia es el comienzo de la vida, ciertamente. Si no sé amaros a vos-

otros, con quienes estoy en relación, ¿cómo puedo buscar lo real y por lo mismo amar lo real? Sin vosotros yo no soy, ¿verdad? No puedo existir separado de vosotros; no puedo *ser* en el aislamiento. Por consiguiente, en nuestra interrelación, en la relación entre vosotros y yo, empiezo a comprenderme a mí mismo; y la comprensión de mí mismo es el principio de la sabiduría, ¿no es así? La búsqueda de lo real, por lo tanto, es el comienzo del amor en la convivencia. Para amar algo, debéis conocerlo, debéis comprenderlo, ¿verdad? Para amaros, tengo que conoceros, que inquirir, que descubrir y ser receptivo a todos vuestros estados de ánimo, a vuestros cambios, y no encerrarme en mis ambiciones, empeños y deseos; y al conoceros, empiezo a descubrirme a mí mismo. Sin vosotros, yo no puedo *ser;* y si no comprendo esa relación entre vosotros y yo, ¿cómo puede haber amor? Y sin amor, por cierto, no hay búsqueda alguna, ¿no es así? No podéis decir que hay que amar la verdad; porque, para amar la verdad, habéis de conocer la verdad. ¿Conocéis la verdad? ¿Sabéis qué es la realidad? No bien conocéis algo, eso ya pasó, ¿no es así? Ya está en la esfera del tiempo, y por lo tanto deja de ser la verdad.

Nuestro problema, pues, es éste: ¿cómo puede un corazón seco, un corazón vacío, conocer la verdad? No lo puede. La verdad, señor, no es algo que esté distante. Está muy cerca, pero no sabemos hallarla. Para hallarla tenemos que comprender la vida de relación, no sólo con el hombre sino con la naturaleza, con las ideas. Yo tengo que comprender mi relación

con la tierra y mi relación con la ideación, tanto como mi relación con vosotros; y para comprender es preciso ser abierto, sin duda. Si yo deseo comprenderos, debo estar abierto a vosotros, debo ser receptivo, no tener reserva alguna; no puede haber un proceso de aislamiento.

En la comprensión, por consiguiente, está la verdad, y para comprender tiene que haber amor; pues sin amor no puede haber comprensión. No es, pues, el hombre o la verdad lo que está primero, sino el amor; y el amor surge tan sólo comprendiendo la vida de relación, lo cual significa que uno está abierto a la convivencia, y por lo tanto a la realidad. A la verdad no se la puede invitar; ella debe venir a vosotros. Buscar la verdad es negar la verdad. La verdad llega a vosotros cuando sois abiertos, cuando estáis completamente sin barreras, cuando el pensador ya no está pensando, produciendo, elaborando, cuando la mente está muy serena — no forzada, ni narcotizada, ni hipnotizada por palabras, por la repetición. La verdad tiene que venir; y cuando el pensador va en pos de la verdad, él no hace más que perseguir su propio provecho. Por lo tanto, la verdad lo elude. El pensador puede ser observado tan sólo en la vida de relación; y para comprender ha de haber amor. Sin amor no hay búsqueda.

Pregunta: Vd. no puede edificar un mundo nuevo del modo como ahora lo hace. Es obvio que el método de preparar laboriosamente unos cuantos discípulos selectos, no representará para la humanidad

diferencia alguna. No lo puede. Podrá Vd. dejar su huella como lo han hecho Gandhiji, Mahoma, Buda, Krishna. Pero ellos no han cambiado fundamentalmente al mundo, ni tampoco Vd. lo hará a menos que descubra un modo enteramente nuevo de abordar el problema.

KRISHNAMURTI: Examinemos esto juntos. La pregunta implica —¿no es así?— que la ola de destrucción, la ola de confusión, es coexistente con la vida; que la ola de destrucción y la vida van siempre juntas, fluyen juntas simultáneamente, y que entre ellas no hay intervalo. El interlocutor dice, pues: "Tiene Vd. unos cuantos discípulos que comprenden, unos pocos que realmetne perciben y se transforman a sí mismos, pero ellos no pueden transformar al mundo". Y ése es el problema: que el hombre debe ser transformado, no unos pocos. Cristo, Buda y otros no han transformado al mundo, porque la ola de destrucción siempre arrastra al género humano; y el interlocutor dice: "¿Tiene Vd. un modo diferente de resolver este problema? Si no lo tiene, será Vd. como el resto de los instructores. Pocos hombres podrán salir del caos, de la confusión, pero la mayoría será hundida, destruida". ¿Comprendéis el problema, verdad? Esto es, los pocos que escapen de la casa en llamas esperan sacar a otros del fuego; mas como la gran mayoría está condenada a quemarse, muchos que se están quemando inventan la teoría del proceso del tiempo: en la próxima vida todo andará bien. Esperan, pues, que el tiempo sea un medio de

transformación. Ese es el problema, ¿verdad? Puede que unos pocos de entre nosotros estén fuera de este caos, pero la gran mayoría está atrapada en la red del tiempo, en la red del devenir, en la red del dolor; ¿y pueden ellos ser transformados? ¿Pueden abandonar la casa en llamas instantáneamente, de un modo completo? Si no, la ola de confusión, la ola de desdicha, constantemente los cubre y los destruye. Ese es el problema, ¿no es así? Sólo estoy explicando, estudiando la cuestión. ¿Hay una nueva manera de abordar el problema? De otro modo, sólo unos pocos pueden ser salvados; lo cual significa que la ola de destrucción, la ola de confusión, siempre persigue al hombre. Ese es el problema, ¿verdad, señores?

Tratemos ahora de hallar la verdad al respecto. ¿No es posible para nosotros salirnos del tiempo —para todos los que estamos aquí— no por algún proceso autohipnótico sino de un modo efectivo? Ese es el problema involucrado. ¿Podemos Vd. y yo, podéis vosotros que me escucháis, salirnos del proceso del tiempo para estar libres del caos? Porque, mientras creáis en ese proceso, es decir, mientras digáis que por el proceso del tiempo os estáis librando del caos, vosotros y el caos seréis siempre coexistentes. No sé si me explico. Quiero decir que, si pensáis que os tornaréis libres del caos, jamás seréis libres, porque el devenir forma parte del caos. O comprendemos ahora, o jamás. Si decís "yo comprenderé mañana", en realidad lo único que hacéis es aplazar; y en realidad abrís paso a la ola de destrucción. Nuestro problema, pues, consiste en poner fin al proceso del de-

venir, y por lo tanto en poner fin al tiempo. Mientras penséis en términos de devenir —"seré bueno", "seré noble", "mañana seré algo que hoy no soy"— en ese devenir está involucrado el proceso del tiempo, y en el proceso del tiempo hay confusión. De suerte que hay confusión porque pensáis en términos de devenir. Ahora bien, ¿en vez de devenir podéis *ser*? Sólo en ello hay transformación, radical transformación. El devenir es un proceso de tiempo; el *ser* está libre del tiempo. Y como antes expliqué, sólo en el *ser* puede haber transformación, no en el devenir; sólo en el terminar hay renovación, no en la continuidad. La continuidad es devenir. Cuando termináis algo, hay *ser*; y es sólo en el *ser* que puede haber transformación fundamental, radical.

Nuestro problema es, pues, el de poner fin al devenir —no al devenir cronológico del ayer que se ha convertido en hoy, y del hoy que se convierte en mañana— sino al devenir psicológico. ¿Podéis poner fin *instantáneamente* a ese devenir? Ahí está el único nuevo enfoque, ¿verdad? Todo otro modo de obrar es el viejo enfoque. ¿Comprendéis la cuestión? Actualmente, todas las formas de enfoque son graduales. "Soy esto, pero mañana llegaré a ser aquello; soy un empleado de oficina, pero dentro de diez años seré gerente; soy iracundo, pero lentamente me volveré virtuoso". Eso es devenir, que es el proceso del tiempo; y donde está el tiempo, también tiene que estar la ola de confusión. Nuestro problema, pues, es éste: ¿podemos, inmediatamente y del todo, dejar de pensar en términos de devenir? Ése es el único nuevo en-

foque; de otro modo, repetimos el viejo enfoque. Yo digo que ello es posible. Yo digo que vosotros podéis hacer eso, que podéis dejar de estar atrapados en la red del tiempo, en la red del devenir, que podéis dejar de pensar en términos de tiempo, en términos de futuro, en términos de ayer. Lo podéis, y ahora lo estáis haciendo; lo hacéis cuando os halláis tremendamente interesados, cuando el proceso del pensamiento cesa enteramente, cuando hay completa concentración, completa percepción. Es decir, señores, lo hacéis cuando estáis frente a frente con un nuevo problema. Ahora bien, éste es un nuevo problema: cómo términar con el tiempo. Como es un problema nuevo, debéis ser completamente nuevos a su respecto, ¿verdad? Porque si pensáis en términos de lo viejo, entonces, por cierto, traducís el nuevo problema a lo viejo, y por lo tanto confundís e interpretáis mal el problema. Cuando el problema es nuevo, debéis abordarlo de un modo nuevo; y aquello que es nuevo es atemporal.

Se trata, pues, de esto: ¿podéis vosotros, ahora que estáis aquí sentados escuchándome, libertaros del tiempo? ¿Podéis daros cuenta de ese estado de *ser* en que el tiempo no existe? Si ese estado de *ser* lo percibís, veréis que una tremenda revolución ocurre instantáneamente porque el pensador ha cesado. Es el pensador quien produce el proceso del devenir. Es posible, pues, terminar con el tiempo. El tiempo —no el tiempo cronológico sino el tiempo psicológico— tiene interrupción. Observad ahora que muchos de vosotros están mirando a otra persona; estáis más interesados

en ver quién viene y quién se va. ¿Qué ha sucedido, pues? No os interesa descubrir qué es *ser* sin tiempo; y sólo podéis descubrir qué es estar libre de la red del tiempo cuando dedicáis a ello toda vuestra mente y corazón, toda vuestra atención, no la atención que es simplemente exclusiva. Eso, por cierto, es recta meditación, ¿verdad? Porque la terminación del pensamiento es el comienzo de la verdadera meditación; y sólo entonces hay una revolución, un modo fundamentalmente nuevo de abordar la existencia. El nuevo enfoque es poner fin al tiempo; y yo digo que ello puede hacerse al instante, si estáis interesados. Podéis salir del río y llegar a la orilla en cualquier punto. El río del devenir cesa cuando comprendéis el proceso del tiempo; mas para comprender, debéis consagrar a ello vuestro corazón y vuestra mente. Estáis libres del tiempo cuando hay plena absorción en el entendimiento, que es lo que ahora estáis haciendo. Estáis muy serenos. Os halláis muy serenos porque estamos discutiendo, planteando vivamente la cuestión. Pero dejáis de estar serenos en cuanto ella desaparece. Si mantenéis esa cuestión claramente frente a vosotros en todo momento, el salirse del tiempo llega a ser un problema extraordinariamente absorbente; y yo digo que para quienquiera esté dispuesto a dedicar a ello su mente y su corazón, es posible salirse del tiempo. Ese es el único nuevo enfoque, y por lo tanto puede producir una transformación radical en la sociedad.

Pregunta: Cuando le escucho a Vd., todo me parece

claro y nuevo. En mi hogar, el viejo y sordo desasosiego se hace sentir. ¿Qué es lo que en mí anda mal?

KRISHNAMURTI: ¿Qué es lo que efectivamente ocurre en nuestra vida? Hay constante reto y respuesta. Eso es la existencia, eso es la vida: constante provocación y respuesta. ¿No es así? El reto siempre es nuevo, y la respuesta siempre es vieja. Lo encontré a Vd. ayer, y hoy viene Vd. a mí. Está transformado, modificado; ha cambiado, es un nuevo hombre. Pero yo tengo la imagen de Vd. tal cual era ayer. Absorbo, por lo tanto, lo nuevo en lo viejo. No me encuentro con Vd. de un modo nuevo, sino que tengo su imagen de ayer; de suerte que mi respuesta al reto es siempre condicionada. Aquí, por el momento, Vd. deja de ser bracmán, deja de ser de casta superior, o lo que sea; se olvida de todo. No hace más que escuchar, absorto, tratando de descubrir. Mas cuando abandona este lugar, vuelve a ser Vd. mismo: está de nuevo en su casta, su sistema, su empleo, su familia. Es decir, lo nuevo se ve siempre absorbido en lo viejo, en los viejos hábitos, costumbres, ideas, tradiciones, recuerdos. Lo nuevo nunca está presente, puesto que siempre hacéis frente a lo nuevo con lo viejo; el reto es nuevo, pero le hacéis frente con lo viejo. De modo que el problema, en este asunto, es éste: ¿cómo libertar el pensamiento de lo viejo, para que sea nuevo en todo momento? Cuando veis una flor, cuando veis un rostro, cuando veis el cielo, cuando veis un árbol, cuando veis un coche, cuando veis una sonrisa, ¿cómo vais a hacerle frente de un modo nuevo? ¿Por qué

es que no le hacemos frente de un modo nuevo? ¿Por qué es que lo viejo absorbe lo nuevo y lo modifica? ¿Por qué lo nuevo cesa cuando volvéis al hogar?

Ahora bien, la vieja respuesta surge del pensador. ¿El pensador no es siempre lo viejo? Como vuestro pensamiento se basa en el pasado, cuando os encontráis con lo nuevo es el pensador quien le hace frente; es la experiencia de ayer que le hace frente. El pensador es siempre lo viejo. Volvemos, pues, al mismo problema de manera diferente: ¿cómo libertar a la mente de sí misma como pensador? ¿Cómo extirpar el recuerdo, no el recuerdo "factual" sino el recuerdo psicológico, que es la acumulación de la experiencia? Porque, sin estar libre del residuo de la experiencia, no puede haber recepción de lo nuevo. Ahora bien, libertar el pensamiento, estar libre del proceso de pensar y así hacer frente a lo nuevo, es arduo, ¿verdad? Porque todas nuestras creencias, todas nuestras tradiciones, todos nuestros métodos educativos, son un proceso de imitación, de copia, de "memorización", de construcción del receptáculo de la memoria. Esa memoria responde constantemente a lo nuevo; y a la respuesta de esa memoria le llamamos "pensar", y ese pensar hace frente a lo nuevo. ¿Cómo, pues, puede existir lo nuevo? Sólo cuando no hay residuo de la memoria puede haber novedad; y hay residuo cuando la experiencia no está finalizada, concluída, terminada, es decir, cuando la comprensión de la experiencia es incompleta. Cuando la experiencia es completa, no hay residuo. Ésa es la belleza de la vida. El amor no es residuo, el amor no es experiencia; es un estado

de *ser*. El amor es eternamente nuevo. De suerte que nuestro problema es éste: ¿puede uno hacer frente a lo nuevo constantemente, aun en el hogar? Por cierto que sí. Para hacer eso hay que producir una revolución en el pensamiento, en el sentir, y sólo podéis ser libres cuando todo incidente es cabalmente pensado de instante en instante, cuando toda respuesta es plenamente comprendida, no mirada de un modo casual y luego desechada. Sólo se está libre del recuerdo acumulado cuando todo pensamiento, todo sentimiento, es completado, pensado cabalmente hasta el final. Es decir, cuando cada pensamiento y cada sentimiento es considerado acabadamente y concluye, hay un final; y entonces existe un intervalo entre ese final y el siguiente pensamiento. En ese intervalo de silencio hay renovación; la nueva "creatividad" se manifiesta.

Ahora bien, esto no es teórico ni impracticable. Si tratáis de considerar acabadamente todo pensamiento y todo sentimiento, descubriréis que eso es extraordinariamente práctico en vuestra vida diaria; pues entonces sois nuevos, y lo que es nuevo es eterno, perdurable. Lo nuevo es creativo, y ser creativo es ser feliz; y a un hombre feliz no le importa ser rico o pobre, ni a qué casta o a qué país pertenece. No tiene dirigentes, ni dioses, ni templos, y por lo tanto tampoco tiene disputas ni enemistad. Ése, por cierto, es el modo más práctico de resolver nuestras dificultades en el presente caos mundial. Es porque no somos creativos, en el sentido en que uso ese término, que somos tan antisociales en todos los diferentes ni-

veles de nuestra conciencia. Para ser muy práctico y eficaz en su convivencia social, en sus relaciones con todo, uno debe ser feliz; y no puede haber felicidad si no hay terminación, no puede haber felicidad si hay devenir. En el terminar hay renovación, renacimiento, novedad, lozanía, júbilo. Pero lo nuevo es absorbido en lo viejo, y lo viejo destruye lo nuevo, mientras haya "trasfondo", mientras su pensamiento condicione a la mente, al pensador. Para verse libre del "trasfondo", de las influencias condicionantes, del recuerdo, hay que estar libre de la continuidad; y hay continuidad mientras el pensamiento y el sentimiento no estén completamente concluídos. Señor, Vd. completa un pensamiento cuando lo sigue hasta el final, poniendo con ello término a todo pensamiento, a todo sentimiento. El amor, por cierto, no es hábito, memoria; el amor siempre es nuevo. Sólo puede haber encuentro con lo nuevo cuando la mente es fresca; y la mente no es fresca mientras haya residuo del recuerdo. La memoria es "factual" a la vez que psicológica. No me refiero a la memoria "factual", sino a la memoria psicológica. Mientras la experiencia no sea completamente comprendida, hay residuo, que es lo viejo, que es lo de ayer, la cosa del pasado; y el pasado está siempre absorbiendo lo nuevo, y por lo tanto destruyéndolo. Sólo cuando la mente está libre de lo viejo, hace frente a lo nuevo de un modo nuevo, y en eso hay júbilo.

Pregunta: Jamás menciona Vd. a Dios. ¿Él no ocupa lugar alguno en sus enseñanzas?

KRISHNAMURTI: Vosotros habláis mucho de Dios, ¿no es así? Vuestros libros están llenos de ello. Edificáis iglesias, templos, hacéis sacrificios, practicáis ritos, ceremonias, y estáis llenos de ideas acerca de Dios, ¿verdad? Repetís las palabras, pero vuestros actos no son piadosos, ¿no es así? Si bien adoráis lo que llamáis Dios, vuestros hábitos, vuestros pensamientos, vuestra existencia, no son piadosos. Aunque repitáis la palabra "Dios", explotáis al prójimo, ¿no es así? Tenéis vuestros dioses: sois hindúes, musulmanes, cristianos, y todo lo demás. Edificáis templos, y cuanto más os enriquecéis, más templos construís. *(Risas)*. No ría, señor. Vd. haría otro tanto, sólo que todavía está tratando de hacerse rico, eso es todo. Estáis, pues, muy familiarizados con Dios, al menos de palabra; pero la palabra no es Dios, la palabra no es la cosa. Seamos, pues, bien claros sobre este punto: la palabra no es Dios. Puede que uséis la palabra "Dios" o alguna otra palabra, pero la palabra que usáis no es Dios. El hecho de que la uséis no significa que conozcáis a Dios; sólo conocéis la palabra. Yo no empleo esa palabra por la razón muy sencilla de que vosotros la conocéis. Aquello que conocéis no es lo real. Además, para encontrar la realidad, todas las murmuraciones de la mente deben cesar, ¿no es así? Tenéis imágenes de Dios, pero la imagen no es Dios, por cierto. ¿Cómo podéis conocer a Dios? Es obvio que no por intermedio de una imagen, de un templo. Para recibir a Dios, lo desconocido, la mente debe ser lo desconocido. Si buscáis a Dios, en-

tonces ya conocéis a Dios, conocéis el fin perseguido; sabéis qué es lo que buscáis, ¿no es así? Si buscáis a Dios, debéis saber qué es Dios; de otro modo no lo buscaríais, ¿verdad? Lo buscáis ya sea de acuerdo a vuestros libros, o conforme a vuestros sentimientos; y vuestros sentimientos son mera respuesta de la memoria. Por consiguiente, aquello que buscáis ya ha sido creado, o por la memoria, o de oídas, y aquello que es creado no es lo eterno; es producto de la mente. Señores: si no hubiera libros, si no hubiera "gurús" ni fórmulas para repetir, sólo conoceríais —¿no es así?— el dolor y la felicidad; constante dolor y miseria, y raros momentos de felicidad; y entonces querríais saber por qué sufrís. No podríais escapar hacia Dios, pero probablemente escaparíais de otras maneras, y no tardaríais en inventar dioses como escapatoria. Pero si realmente deseáis comprender todo el proceso del sufrimiento, como hombres nuevos, lozanos, que inquieren y no se evaden, entonces os libertaréis del dolor, descubriréis qué es la realidad, qué es Dios. Pero un hombre sumido en el dolor no puede hallar a Dios o la realidad. Sólo se puede encontrar la realidad cuando el dolor cesa, cuando hay felicidad —no como contraste ni como opuesto— sino ese estado de *ser* en el que no hay opuestos.

De suerte que lo desconocido, aquello que no ha sido creado por la mente, no puede ser formulado por la mente. Aquello que es desconocido no puede ser pensado. En el momento en que pensáis acerca de lo desconocido, ya es lo conocido. No podéis, por cierto, pensar en lo desconocido, ¿verdad? Sólo podéis pen-

sar en lo conocido. El pensamiento se mueve de lo conocido a lo conocido; y lo que es conocido no es la realidad. ¿Lo es, acaso? Así, pues, cuando pensáis y meditáis, cuando os sentáis a pensar en Dios, sólo pensáis en lo que es conocido, y lo que es conocido está en el tiempo; está atrapado en la red del tiempo, y por lo tanto no es lo real. La realidad puede manifestarse tan sólo cuando la mente está libre de la red del tiempo. Cuando la mente deja de crear, hay creación. Es decir, la mente debe estar absolutamente en calma, mas no en una quietud inducida, de tipo hipnótico, lo cual es un mero resultado. Tratar de tornarse sereno a fin de "vivenciar" la realidad, es otra forma de escape. Sólo hay silencio cuando todos los problemas han cesado. Así como el lago está tranquilo cuando la brisa cesa, la mente está naturalmente quieta cuando el agitador, el pensador, cesa. Para poner fin al pensador, todos los pensamientos que él elabora deben ser pensados del todo. De nada sirve erigir una barrera, una resistencia contra el pensamiento; porque los pensamientos deben ser sentidos del todo, cabalmente escudriñados, comprendidos.

Entonces, cuando la mente está en calma, surge la realidad, lo indescriptible. No podéis invitarla. Para invitarla tenéis que conocerla, y lo que es conocido no es lo real. Es preciso, pues, que la mente sea simple, sin la carga de la creencia, de la ideación; y cuando hay quietud, cuando no hay deseo ni anhelo, cuando la mente está absolutamente en calma, en una quietud que no es inducida, entonces adviene la realidad. Y esa verdad, esa realidad, es el único agente transfor-

mador; es el único factor que trae una revolución fundamental, radical, en la existencia, en nuestra vida diaria. Y encontrar esa realidad no es buscarla sino comprender los factores que agitan la mente, que perturban esa misma mente. Entonces la mente es simple, tranquila, serena. En esa serenidad se manifiesta lo desconocido, lo incognoscible; y cuando eso ocurre, hay bienaventuranza.

Febrero 8 de 1948

V

CADA domingo he tratado de examinar un tema diferente, y de abordar el problema de la existencia desde un punto de vista diferente. Esta tarde procuraré abordarlo desde el punto de vista del esfuerzo, de esa constante batalla que libramos para sobreponernos a algo, para triunfar, para lograr, y veré si podemos disponer de un breve lapso para comprender el pleno significado de esta lucha. ¡Hay tanto dolor y tan poca felicidad en nuestra vida! Cuando hay felicidad, los problemas del poder, de la posesión y del logro llegan a su fin. Cuando hay felicidad, la lucha por llegar a ser algo cesa, y las divisiones entre hombre y hombre quedan anuladas. A menudo tenemos que haber notado, en esos raros momentos en que somos perfectamente felices y estamos serenos, que todo conflicto deja de existir. La felicidad, pues, viene con la más elevada forma de inteligencia. La inteligencia es la comprensión del dolor. Conocemos el dolor; constante compañero, él

siempre está con nosotros. El dolor bajo formas diferentes, en diferentes niveles, físicos y psicológicos, parece no tener fin. Conocemos ciertos remedios para vencer el dolor físico; pero ello es mucho más difícil en lo psicológico. El problema psicológico es mucho más complejo y requiere mayor atención, mayor estudio, más honda penetración y más vasta experiencia; pero el dolor, esté donde esté, en el nivel que sea, siempre es dolor.

Éste es, pues, el problema: ¿llega a su fin el dolor, el sufrimiento, mediante el esfuerzo, mediante un proceso de pensamiento? Bien comprendéis que por el momento no estoy hablando del sufrimiento fisiológico, de la dolorosa enfermedad, sino del sufrimiento psicológico. ¿Termina ese sufrimiento mediante el esfuerzo, mediante lo que llamamos "proceso de pensamiento"? El dolor físico puede ser vencido por el esfuerzo, investigando las causas de enfermedad. Pero el sufrimiento psicológico, el dolor, la ansiedad, la frustración, las penas innumerables, ¿pueden ser vencidas por el esfuerzo, por el pensamiento? Debemos, pues, averiguar primero qué es el sufrimiento, qué es el esfuerzo y qué es el pensamiento. Es un problema muy amplio para ser resuelto en un tiempo muy corto. Pero si queréis seguirlo con atención, creo que es posible entender su significado; y tal vez comprendiéndolo directamente podremos resolverlo, o, más bien, vislumbrar momentáneamente esa felicidad que acaba con las penas, con la soledad y con el dolor que consumen.

¿Qué es, pues, el sufrimiento? ¿No es el deseo de

devenir, con sus variadas frustraciones? ¿El dolor no proviene del deseo de ser otra cosa que lo que uno es? ¿Las acciones basadas en ese deseo no conducen a la desintegración, al conflicto, a la interminable ola de confusión? De suerte que el dolor, el sufrimiento, es el deseo de llegar a ser, de ser tal o cual cosa, ya sea en un sentido positivo o negativo. Creo que, en lo fundamental, todos podemos estar de acuerdo en eso. El sufrimiento surge cuando hay deseo de devenir. En ese devenir hay acción, sea ella social o individual; y esa acción constantemente se extiende hasta la desintegración, la inutilidad, la frustración, cosa que vemos de continuo en torno nuestro. Ahora bien, este deseo de devenir, que es la causa del dolor, ¿puede tener fin mediante el esfuerzo? ¿No es eso lo que tratamos de hacer? Cuando nos vemos frustrados, cuando sentimos pena, dolor, tratamos de vencerlo, tratamos de combatirlo. A este ataque positivo o defensivo se le llama esfuerzo, ¿no es así? Es decir, el esfuerzo existe o surge cuando hay ansiedad por cambiar lo que uno es. Soy *esto,* y quiero convertirme en *aquello.* A este cambio, a este movimiento de cambiar *esto* para que sea *aquello,* se le llama esfuerzo. ¿Pero qué es el cambio? ¿Qué es "cambiar", no la acepción que figura en el diccionario sino el significado íntimo del término? El cambio, por cierto, es una continuidad modificada. Soy *esto,* y quiero volverme *aquello;* es decir, quiero llegar a ser lo opuesto de lo que soy. Pero lo opuesto es la continuidad de lo que yo soy en una forma diferente. De suerte que lo opuesto, que siempre involucra es-

fuerzo, es la continuidad modificada de su propio opuesto. La "no codicia" es la continuidad modificada de la codicia; sigue siendo codicia, si bien bajo diferente nombre, porque en ello está implícito el devenir; y este devenir, que involucra esfuerzo, es la causa del dolor. Vemos que el esfuerzo implica continuidad en forma modificada. ¿Y el pensamiento —el proceso del pensamiento— puede darle fin al dolor?

Es probable que esto resulte algo abstracto y difícil, pero he de simplificarlo cuando empiece a contestar preguntas al respecto. Creo, con todo, que tendremos que colocar lo abstracto ante nosotros, y luego construir en forma estructural, concreta. Y eso lo haremos cuando comprendamos el principio de este problema del sufrimiento: si el sufrimiento puede ser vencido mediante el esfuerzo (el cual crea lo opuesto), y si al sufrimiento (que es el deseo de llegar a ser algo aquí o en el *más allá*), puede darle fin el pensamiento.

Ahora bien: ¿qué es pensar? Cuando decís "yo pienso", ¿qué es lo que ello significa?. Tratáis de resolver el problema del dolor mediante el pensamiento; y ¿puede el pensamiento darle fin al dolor, a la ansiedad psicológica, al temor, etc.? ¿Qué es, pues, el pensar? El pensar es ciertamente la respuesta de la memoria; si no tuvierais ningún recuerdo, no seríais capaces de pensar. El recuerdo es el resultado de la experiencia; de la experiencia que no ha sido completamente, plenamente comprendida. Cuando comprendéis algo completamente, plenamente, ello no deja ninguna huella. Sólo la experiencia incompleta, no digerida, deja una

huella que llamamos recuerdo. El pensar es, pues, la respuesta de la memoria; y cuando procuráis resolver el problema del dolor mediante el pensamiento —y éste es la respuesta de la memoria— no hay por cierto solución, porque la memoria es la continuidad del esfuerzo. Esto no es un rompecabezas hábilmente inventado; y si lo pensáis, veréis que hay tres cosas involucradas en vuestro proceso de habéroslas con el dolor: esfuerzo, pensamiento y recuerdo. No aprendáis esto de memoria; observadlo tal como actúa en vuestra vida diaria, y veréis. No necesitáis leer libros de filosofía; basta que os observéis a vosotros mismos cuando sentís ansiedad, pena, para que veáis actuar esas tres cosas. ¿Y es que ellas pueden vencer, disolver, la pena, el dolor? Es obvio que no lo pueden, porque el proceso del pensamiento es mero resultado de la comprensión incompleta, y el cambio es mera continuidad modificada, que crea lo opuesto. Nuestro problema consiste, pues, en averiguar qué es lo que puede acabar con el dolor, traer ese estado de felicidad que no es, evidentemente, resultado del esfuerzo. No sé si habéis tratado alguna vez de ser felices. Es seguro que, si lo habéis intentado, nunca lo habéis conseguido. La felicidad viene espontáneamente, sin que se la invite. No puede, pues, ser un resultado del esfuerzo; y si buscamos felicidad librándonos del dolor, no comprenderemos el dolor. De modo que el problema es éste: ¿cómo darle fin al dolor sin el proceso del pensamiento, sin esfuerzo? Porque el esfuerzo implica, como lo he señalado, creación de dualidad, de los opuestos; y lo que es opuesto no deja de estar

en el terreno de su propio opuesto. ¿Qué es, pues, lo que acaba con el dolor? Cuando comprendéis el proceso del pensamiento, el proceso del esfuerzo, el proceso de la memoria; cuando realmente comprendéis, como lo he explicado, cuando os dais cuenta de esos tres problemas, ¿qué ocurre? Cuando os dais cuenta de algo, ¿cuál es, exactamente, vuestra experiencia? Cuando os dais cuenta de algo, por cierto, no hay actitud condenatoria, ¿verdad? No hay justificación ni identificación. Os dais cuenta, simplemente. Yo percibo aquel césped, aquellas aves que vuelan. En esa percepción no hay condenación ni justificación. Ahora bien, si os dais cuenta del dolor sin que obren los tres procesos procurando vencerlo, si sois perceptivos sin condenación, entonces veréis surgir una alerta pasividad, una percepción pasiva sin ninguna exigencia. Estáis muy alertas; no hay parte alguna de vuestro ser que esté dormida, porque habéis explorado, como lo dijimos, el proceso íntegro de la memoria, del pensamiento, del esfuerzo, y por lo tanto vuestra conciencia está perfectamente despierta; y en ese estado hay perceptividad, quietud, serenidad, observación sin prejuicio, sin exigencia; y entonces hallaréis que el dolor termina. Pero semejante percepción requiere una vigilancia extraordinariamente persistente para ver cómo funciona la mente cuando se sufre, para seguir el movimiento veloz de todo pensamiento, y con ello comprender todo el proceso del esfuerzo, del pensamiento y de la memoria.

Pregunta: Dice Vd. que el amor es casto. ¿Quiere Vd. significar que es célibe?

KRISHNAMURTI: Vamos a explorar el problema y a ver lo que él implica. Os ruego, pues, que no estéis a la ofensiva ni a la defensiva; porque para comprender debéis explorar, y la exploración cesa cuando tenéis parcialidad, cuando estáis amarrados a una tradición o a una creencia. Es como un animal atado a un poste: no puede alejarse mucho; y vosotros sí debéis ir lejos para descubrir qué es la verdad. Debéis penetrar muy hondo para hallar la verdad en cualquier problema; mas si os halláis anclados en un fondeadero de creencia, de tradición o de prejuicio, jamás encontraréis la verdad en ningún problema. Os ruego pues, por esta vez al menos, que exploremos juntos sin estar anclados, lo cual es en sí una tarea sumamente ardua. Cuando tenéis prejuicios, en efecto, no hay duda de que el problema se falsea, y por lo tanto la respuesta resulta también falseada; y para encontrar la respuesta, uno debe estudiar el problema sin deformación, ya sea defensiva u ofensiva, negativa o positiva. Vamos, pues, a examinar juntos el problema y a ver adónde nos conduce.

En esta pregunta está involucrada toda la compleja cuestión del sexo. Los instructores religiosos, los sistemas tradicionales, han prohibido el trato sexual, diciendo que impide al hombre realizar lo supremo, que habéis de ser célibes a fin de encontrar a Dios, la verdad o lo que sea. Tradicionalmente, eso es lo que se acepta en general. Mas si queremos descubrir la

verdad acerca de un problema, tradición y autoridad carecen de sentido. Más aún, se convierten en estorbo, lo cual no significa que el hombre deba volverse licencioso. La verdad no se encuentra en lo opuesto, pues lo opuesto es la continuación de su propio opuesto. La antítesis es la continuación de la tesis en una forma diferente. De suerte que, para hallar la verdad acerca de este asunto, debemos abordarlo con sumo cuidado, sin la parcialidad de la tradición, sin temor a la autoridad, y sin el placer furtivo del libertinaje. Debemos considerarlo y ver su plena significación.

En primer lugar, ¿por qué el sexo ha llegado a ser un problema para la mayoría de nosotros? ¿Por qué es que prácticamente por doquiera en el mundo actual —y se trata de uno de los hechos más extraordinarios— hombres y mujeres están atrapados en este placer de los sentidos? ¿Por qué es que él ha llegado a ser un problema tan vívido e intenso? Si eso no lo comprendemos, condenaremos ese placer o nos entregaremos a él. Yo no digo que eso sea cosa buena o cosa mala; sería una manera estúpida de encarar el problema. ¿Debéis ser célibes porque los libros lo dicen? ¿Debéis llevar una vida disoluta porque otros libros lo dicen? Para considerar este problema cabalmente, debemos pensar a su respecto de un modo nuevo; y para ello debemos abandonar las bien trazadas líneas de lo viejo. De suerte que el problema es éste: ¿por qué es que el sexo ha llegado a ser una cuestión tan palpitante? En primer lugar, evidentemente, porque se lo estimula por todos los medios posibles en la

sociedad moderna; todo periódico, toda revista, los cines y las películas estimulan el erotismo. El comerciante emplea a una mujer para que atraiga vuestra atención y compréis un par de zapatos, o Dios sabe qué. Excitándonos, pues, se nos bombardea de continuo con lo sexual. Ese es un hecho, y la sociedad, la civilización en la época presente, es esencialmente un resultado del valor sensual. Las cosas –las cosas mundanas– han llegado a ser extraordinariamente importantes en nuestra vida; la posición, la riqueza, el nombre, han adquirido significación vital porque son instrumentos de poder, medios para alcanzar la así llamada "libertad". Los valores sensorios se han vuelto predominantemente significativos en nuestra vida, y ésa es también una de las razones de este abrumador problema del sexo. En el pensamiento, en el sentir, habéis dejado de ser creativos; sois simples máquinas de imitar, ¿no es así? Vuestra religión es mero hábito, sumisión a la autoridad, tradición, temor, imitación del libro, observación de la regla, seguimiento del ejemplo y del ideal. Ha llegado a ser una rutina. La "religión" consiste simplemente en mascullar palabras, ir al templo o practicar una disciplina, todo lo cual es repetición, copia, imitación, formación de hábito. ¿Y qué le ocurre a vuestra mente y a vuestro corazón cuando sois simplemente imitativos? Es natural que vengan a menos, ¿verdad? La mente, que debe ser veloz, capaz de honda penetración, de profundo entendimiento, ha sido convertida en simple máquina, en un tocadiscos que imita, copia, sigue. Ella ha dejado de ser mente, y vuestra religión se ha vuelto

cuestión de creencia. Emocionalmente, en lo íntimo, por lo tanto, no hay creación ni respuesta creativa; sólo hay embotamiento, vacuidad. Lo mismo ocurre con el pensamiento. ¿Qué es vuestro pensar, qué es vuestra existencia? Una rutina hueca, vacía: ganar dinero, jugar a las cartas, ir a los cines, leer unos cuantos libros baratos u otros de muy alta cultura. Una vez más: ¿qué es eso? ¿No es también una simple máquina de repetir, que funciona sin hondura, sin pensamiento, sin compasión, sin vulnerabilidad? ¿Cómo puede ser creativa una mente semejante? ¿Qué le ocurre, pues, a vuestra vida? No sois creadores; sois irreflexivos, desatentos, imitadores, copiadores. De ahí que, naturalmente, no os quede otro placer que el sexo, que se convierte en vuestro escape; y siendo él, por lo tanto, vuestro único alivio, caéis en sus redes. Surge así la eterna cuestión de cómo zafarse. Y vuestros ideales, vuestras disciplinas, no os sacarán de esas redes. Podréis reprimir el sexo, podréis refrenarlo, pero eso no es vivir creativamente, dichosamente, pura y noblemente; es vivir en un constante temor. El sexo es uno de los medios de olvido del "yo"; en el sexo os olvidáis momentáneamente de vosotros mismos. Y como vivís tan superficialmente, tan imitativamente, el sexo es la única cosa que os queda, y por eso se vuelve un problema. Y, naturalmente, cuando el sexo es lo único que queda, no hay vida.

No estamos procurando resolver el problema; tratamos de comprenderlo. Y comprendiéndolo plenamente, hallaremos la respuesta. No hay respuestas categóricas, por sí o por no, a los muchos y serios pro-

blemas de la vida; pero entendiendo el problema en sí, hallaremos la respuesta. La respuesta es que el problema existirá mientras no haya "creatividad", mientras no estéis libres de la imitación, del hábito, mientras la mente esté atrapada en la mera repetición, en el mero afán de ganar dinero, lo cual es una existencia despiadada. En la mera repetición, en los cánticos y todo lo demás, no puede haber "creatividad". Sólo hay "creatividad" mediante la liberación del pensamiento creador, del ser creador, de la existencia creadora, lo que significa producir una revolución radical en nuestro vivir; no una revolución verbal sino una revolución interior, una transformación completa de nuestra vida. Sólo entonces este problema tendrá un sentido diferente; la vida misma tendrá entonces diferente significación. Los que tratan de ser célibes como medio de encontrar la realidad, Dios, son incastos, son innobles, porque su corazón está seco. Sin amor, por cierto, no puede haber pureza, y sólo un corazón puro puede hallar la realidad; no un corazón disciplinado, reprimido, deformado, sino un corazón que sabe lo que es amar. Mas no podéis amar si estáis atrapados en un hábito, ya sea religioso o físico, psicológico o sensual. Así, pues, un hombre que trata de ser célibe jamás podrá comprender la realidad; pues para él el celibato es mera imitación de un ejemplo, de un ideal; y la imitación de un ideal es mera copia, y por lo tanto no es creadora. Pero el que sabe amar, ser bueno, ser generoso, entregarse completamente a algo sin pensar en sí mismo, ese

hombre conoce el amor; y un amor así es casto. Donde existe tal amor, el problema deja de existir.

Pregunta: Dice Vd. que la crisis actual es sin precedentes. ¿En qué sentido es excepcional?

KRISHNAMURTI: Toda la tarea de pensar la hago yo, y vosotros la de escuchar; eso está muy mal. Señor, en todas estas reuniones hay un peligro, y es que vosotros lleguéis a ser mero auditorio, y yo el orador. Eso es lo que ha ocurrido en el mundo. Todos vosotros vais a ver jugar al fútbol y al cricket, o vais al cine. Otros actúan, otros juegan, pero vosotros nunca. Os habéis vuelto incapaces de crear, y es por eso que tenéis tantos problemas destructivos que os roen el corazón. Entonces os ruego, si me permitís insinuarlo, que aquí no os convirtáis en auditorio; eso estaría muy mal y carecería de sentido. Es muy fácil escuchar a alguien que habla, como lo es leer libros que otra persona ha escrito; pero si no hubiera libros ni predicadores, tendríais que pensar a fondo vuestros problemas, y entonces seríais extremadamente creativos, ¿no es así? Eso es lo que procuramos hacer aquí. Por suerte yo no he leído libros, escrituras religiosas; pero vosotros sí, y por desgracia vuestra mente está atestada de ideas ajenas, lo cual constituye vuestra dificultad. Vuestra dificultad estriba en que no penséis, o en que pensáis por medio de fórmulas, de ideas, dichos y citas de otras personas. Por lo tanto no pensáis realmente, en absoluto. Estas pláticas no tendrán significación alguna si os convertís en meros obser-

vadores, en oyentes; porque encontraréis que yo no doy respuesta a ningún problema. Sería demasiado fácil, demasiado estúpido, decir "sí" o "no" a cualquier punto en discusión. Pero si juntos consideramos a fondo el problema, tranquilamente, cuerdamente, sin estar anclados en ningún prejuicio, entonces descubriremos el significado del problema; entonces habrá felicidad creadora en la búsqueda. No hay duda, señor, de que en sí misma esa búsqueda es devoción, no a una imagen, a una idea, sino que hay devoción en la investigación misma del problema y su significado. Hay júbilo, hay éxtasis creador, en descubrir lo que es verdadero; pero si nos limitamos a escuchar, las palabras tienen escaso sentido. La palabra no es la cosa; para encontrar la cosa, debéis ir más allá de la palabra.

No hay duda de que la crisis presente es excepcional. No porque yo lo diga; muchas cosas diré, pero ello no será verídico si no hacéis más que repetirlo. La propaganda es una mentira, como lo es la repetición. Es obvio que la crisis actual en el mundo entero es excepcional, sin precedentes. A través de la historia, ha habido crisis de diferentes tipos en diferentes períodos, crisis sociales, nacionales, políticas. Las crisis vienen y se van; los marasmos económicos, las depresiones, se producen, se modifican y continúan en forma diferente. Eso lo sabemos; el proceso nos resulta conocido. Pero la crisis actual es sin duda diferente, ¿verdad? Es diferente, ante todo, porque no se trata de dinero, de cosas tangibles, sino de ideas. La crisis es excepcional porque ella ocurre en el te-

rreno de la ideación. Reñimos con ideas, justificamos el asesinato. En este país, como en todo otro lugar de la tierra, cohonestamos el asesinato como medio para un fin recto, lo cual, de por sí, es sin precedentes. Antes, el mal era reconocido como mal, el asesinato era reconocido como asesinato; pero ahora el asesinato es un medio de lograr un resultado noble. El asesinato, ya sea de una persona o de un grupo de personas, se ve cohonestado porque el asesino, o el grupo que el asesino representa, lo justifica como medio de lograr un resultado que será beneficioso para el hombre. Es decir, sacrificamos el presente por el futuro; y no importan los medios que empleemos mientras nuestro propósito declarado sea alcanzar un resultado que, según decimos, será beneficioso para el hombre. Lo que ello implica, por lo tanto, es que un medio injusto producirá un fin justo; y el medio injusto lo justificáis por medio de la ideación. En las diversas crisis que antes se produjeron, el problema fué la explotación de las cosas o del hombre; pero ahora es la explotación de las ideas, que es mucho más perniciosa, mucho más peligrosa, porque la explotación de las ideas es sumamente devastadora, destructiva. Ahora hemos aprendido el poder de la propaganda, y ésa es una de las mayores calamidades que puedan ocurrir: utilizar las ideas como medio de transformar al hombre. Eso, por cierto, es lo que hoy está sucediendo en el mundo. El hombre ya no es importante; han llegado a serlo los sistemas, las ideas. El hombre ya no tiene significación alguna. Podemos destruir millones de hombres mientras produz-

camos un resultado, y al resultado se lo justifica por las ideas. Tenemos una magnífica estructura de ideas para justificar el mal; y eso, por cierto, no tiene precedentes. El mal es el mal; no puede traer el bien. La guerra no es un medio de paz. La guerra podrá producir beneficios secundarios, tales como aeroplanos más eficaces, pero no traerá paz al hombre. A la guerra se la justifica intelectualmente como medio de alcanzar la paz; y cuando el intelecto manda en la vida humana, acarrea una crisis sin precedentes.

Hay también otras causas que indican una crisis sin precedentes. Una de ellas es la extraordinaria importancia que el hombre da a los valores de los sentidos, a la propiedad, al nombre, a la casta y a la patria, al rótulo particular que ostentáis. Sois musulmanes o hindúes, cristianos o comunistas. El nombre y la propiedad, la casta y el país, han adquirido predominante importancia, lo cual significa que el hombre está atrapado en el valor sensual, en el valor de las cosas, sean ellas producto de la mente o de la mano. Las cosas hechas por la mano o por la mente han llegado a ser tan importantes, que nos matamos, nos destruimos, nos descuartizamos, nos liquidamos unos a otros por causa de ellas. Estamos acercándonos al borde de un precipicio; toda acción nos conduce hacia él, toda acción política, toda acción económica, nos lleva inevitablemente al precipicio, arrastrándonos a ese abismo de caos y confusión. La crisis, pues, es sin precedentes, y ella exige una acción sin precedentes. Para irse, para salirse de esa crisis, se necesita una acción atemporal, una acción que no se

base en ideas, en sistemas; porque toda acción basada en un sistema, en una idea, inevitablemente conducirá a la frustración. Semejante acción no hace más que llevarnos de vuelta al abismo por diferente ruta. De suerte que, como la crisis no tiene precedentes, también es preciso que haya acción sin precedentes, lo cual significa que la regeneración del individuo debe ser instantánea, no un proceso de tiempo. Debe producirse ahora, no mañana; porque "mañana" es un proceso de desintegración. Si pienso en transformarme mañana, fomento la confusión, sigo en la esfera de la destrucción. ¿Y es posible cambiar ahora mismo? ¿Es posible que uno se transforme completamente de inmediato, en el ahora? Yo digo que sí lo es. Hacer eso, transformarse inmediatamente, ahora, requiere en cierto modo que se siga de cerca todo lo que estoy diciendo; porque la comprensión es siempre en el presente, no en el futuro. Ya he hablado algo al respecto, y lo discutiremos a medida que prosigamos durante los muchos domingos que vienen.

Lo esencial es que, como la crisis es de carácter excepcional, para enfrentarla tiene que haber una revolución en el pensamiento; y esta revolución no puede producirse por intermedio de otra persona, de ningún libro, de ninguna organización. Debe llegar a través de nosotros mismos, de cada uno de nosotros. Sólo entonces podremos crear una nueva sociedad, una nueva estructura alejada de este horror, ajena a estas fuerzas extraordinariamente destructivas que se están acumulando, amontonando. Y esa transformación ocu-

rre tan sólo cuando vosotros, como individuos, empezáis a daros cuenta de vosotros mismos en todo pensamiento, acción y sentimiento.

Pregunta: ¿No hay perfectos "gurús" que nada tienen para el codicioso buscador de seguridad eterna, pero que guían de un modo visible o invisible a un corazón amante?

KRISHNAMURTI: Resulta que esta pregunta de si uno necesita un "gurú", se formula una y otra vez de diferentes maneras. Señores, la gran mayoría de vosotros tiene "gurús"; ésta es aquí una de las cosas más extraordinarias. Esta tarde, por lo menos, prescindamos de ellos e investiguemos el problema. El interlocutor pregunta: "¿Un corazón amante necesita un guía?". ¿Comprendéis? Un corazón amante, por cierto, no necesita guía alguno, pues el amor es en sí mismo lo real, lo eterno. Un corazón amante es generoso, bueno, sin reticencia, y nada reserva para sí. Un corazón así conoce lo real; conoce aquello que es sin comienzo y sin fin. Pero la mayoría de nosotros no tiene un corazón así. Nuestro corazón es seco, vacío, sumamente bullicioso. Nuestro corazón está lleno con las cosas de la mente. Y como nuestro corazón es hueco, recurrimos a otra persona para que lo llene. Recurrimos a otro en busca de esa seguridad eterna que llamamos Dios; recurrimos a otro para encontrar esa permanente satisfacción que llamamos realidad. Como nuestro corazón está seco, buscamos un "gurú" que lo llene. ¿Pero puede alguien, visible o invisi-

ble, llenar vuestro corazón? Vuestros "gurús" os brindan disciplina, ejercicios; no os dicen cómo pensar, sino, más bien, qué hay que pensar. ¿Y qué ocurre? Os ejercitáis, meditáis, os disciplináis, os adaptáis, y sin embargo vuestro corazón permanece embotado, vacío y sin amor; os disciplináis a vosotros mismos y tiranizáis a vuestra familia. ¿Creéis que meditando, disciplinándoos, conoceréis el amor? Señor, sin amor no podéis hallar la realidad. ¿No es así? Si no sois tiernos, suaves, considerados, ¿cómo podéis conocer lo real? ¿Puede alguien enseñaros a amar? El amor no es una técnica, por cierto. Mediante la técnica no podéis conocerlo, ¿verdad? Conoceréis toda otra cosa, pero no el amor. De suerte que jamás conoceréis la realidad por medio de ninguna disciplina, de ninguna práctica, de ninguna conformidad, porque la conformidad, la disciplina, la práctica, es repetición, y ésta embota la mente, congela el corazón; y eso es lo que queréis. Queréis embotar vuestra mente, porque vuestra mente es inquieta, errante, activa, porque siempre está esforzándose; y no comprendiendo esta inquieta mente, deseáis sofocarla, disciplinarla conforme a vuestro modelo, forzarla de acuerdo a una serie de reglas y reglamentos, con lo cual estranguláis la mente, la embotáis de un modo absoluto. Eso es lo que ocurre, ¿verdad? Observad vuestra mente, cuál embotada e insensible se halla, porque durante tanto tiempo habéis andado a la caza de "gurús". Ha llegado a ser un hábito, una rutina, el ir de un "gurú" al otro. Cada "gurú" os dice que hagáis algo, y lo hacéis hasta que en ello ya no halláis satisfacción; y

entonces acudís a otro, con lo cual agotáis vuestra mente por ese uso constante; pues aquello que se usa de continuo se desgasta. Lo que realmente buscáis en un "gurú" no es entendimiento sino satisfacción, seguridad permanente, que vosotros llamáis lo eterno, Dios, lo real, la verdad o lo que os plazca. Y como buscáis satisfacción, encontraréis un "gurú" que os satisfaga; pero eso, ciertamente, no es comprensión, no trae felicidad ni trae amor. Por el contrario, destruye el amor. El amor es algo nuevo, eterno de instante en instante. Nunca es el mismo, nunca es como era antes; y sin su perfume, sin su belleza y su bondad, el buscar por medio de un "gurú" aquello que debéis encontrar por vosotros mismos, es totalmente inútil. Nuestro problema, pues, no consiste en saber si un "gurú" visible o invisible nos ayudará, sino en producir ese estado de *ser* en el cual sabemos lo que es el amor. Porque el amor es la virtud, y la virtud no es una práctica; pero la virtud trae libertad. Y es sólo cuando hay libertad que lo eterno puede manifestarse.

De modo que nuestro problema es éste: ¿cómo es posible que una mente embotada, un corazón vacío, llegue a amar, a ser sensible, a conocer la belleza y la riqueza del amor? Primero, debéis daros cuenta de que vuestra mente está embotada, de que el proceso de vuestro pensamiento carece de significación. Debéis daros cuenta de que vuestro corazón está vacío, sin hallarle a ello excusas, sin justificarlo ni condenarlo. Se trata de darse cuenta, nada más. Haced la prueba, señores. Daos cuenta y ved si vuestra mente no está

embotada, si vuestro corazón no está vacío; aunque seáis casados, aunque tengáis hijos y posesiones, ¿acaso no está vacío? ¿Acaso vosotros no sois vacíos? Vuestra mente está embotada aunque conozcáis todos los libros religiosos; aunque vuestra mente sea una enciclopedia, llena de información, ella está embotada, hastiada, agotada. Daos cuenta, simplemente; sed pasivamente perceptivos sin condenar, sin justificar. Abríos para descubrir cuán embotada, cuán hastiada está vuestra mente; y también que vuestro corazón está vacío, que está solo y que sufre. No os estoy hipnotizando. Daos cuenta, simplemente, de todo esto, y si sois pasivamente perceptivos, veréis producirse una transformación, una respuesta extraordinariamente rápida; y en esa respuesta sabréis lo que es amar. En esa respuesta hay silencio, quietud; y en esa quietud encontraréis lo indescriptible, lo inenarrable.

Febrero 15 de 1948

VI

HOY trataré de aclarar, muy simple y directamente si es posible, los problemas extraordinariamente complejos de nuestra existencia. Os dais plena cuenta, según creo, de que nuestra existencia es muy compleja, vasta y sutil en extremo; y, como todo problema complejo, creo que deberíamos abordarla muy simplemente. Aunque yo pueda emplear palabras comunes de sentido difícil, o expresarme de un modo difícil, vosotros hallaréis, si os tomáis el trabajo de pensar al respecto, que el enfoque es muy simple, como el de todos los grandes problemas científicos. El problema en sí es complejo, pero debe ser abordado muy simplemente; y eso es lo que espero hacer esta tarde. Nuestra existencia es compleja, y tratamos de resolver un problema determinado sin relación con otros problemas. Es decir, el problema de la existencia no está en un solo nivel sino en diferentes niveles, y esos problemas en diferentes niveles están relacionados entre sí. El problema fisiológico está en relación con

el problema psicológico y espiritual, pero procuramos resolver el problema del alimento, albergue y vestido en su propio nivel, aparte del nivel psicológico. Tratamos de resolver el problema económico como si fuera completamente ajeno al problema psicológico, y este esfuerzo para resolver cada uno de los problemas en su propio nivel, conduce a resultados catastróficos. Esto es, si tratamos de resolver el problema económico en su propio nivel, sin relacionarlo con el problema psicológico, ello lleva a la confusión y a nuevas catástrofes. De suerte que el pensar fraccionado no puede en modo alguno resolver el problema de la existencia. Cuando los economistas, los socialistas, los comunistas, los psicólogos, procuran resolver nuestros difíciles problemas, cada uno en su propio nivel tan sólo —eso significa el pensar fraccionado— entonces no hay cómo salir de la confusión.

Debemos, pues, considerar nuestra existencia como un todo, como un proceso total, y no como muchos procesos en diferentes niveles y sin relación entre sí. Los diferentes niveles están en interrelación, y por lo tanto han de ser considerados como un proceso total, no como procesos separados, independientes. Nuestra vida, nuestra diaria existencia, es una serie de contradicciones. Hablamos de paz y procuramos vivir en paz, pero nos preparamos para la guerra; hablamos de libertad, pero la "regimentación" ocurre constantemente. Existe pobreza y riqueza, el bien y el mal, violencia y "no violencia". Toda nuestra vida es una serie de contradicciones. Tratamos de ser felices, y hacemos todo lo que trae infelicidad; que-

remos paz en el mundo, y sin embargo todo lo que pensamos, sentimos y hacemos engendra guerra. Vivimos, pues, en una serie de contradicciones, lo cual, a mi entender, es bastante obvio y nos resulta bien conocido.

Ahora bien, optar por una de las contradicciones es evitar la acción directa, porque la opción es en todo momento un proceso que consiste en evitar la acción. Es decir, si opto por una de las contradicciones, la paz, y no comprendo su opuesto, el conflicto, tal opción conduce a la inacción. No es la opción sino el recto pensar, lo que produce integración. Donde existe el recto pensar, las contradicciones no son posibles; cuando sepamos pensar rectamente, las contradicciones cesarán. Debemos, pues, averiguar qué es el recto pensar, y no caer en la red de la opción entre el bien y el mal, entre la guerra y la paz, entre la riqueza y la pobreza, entre la libertad y la "regimentación". Cuando surge el recto pensar, no hay contradicción. La contradicción es la naturaleza misma del "yo", asiento del deseo. Comprender el deseo es, pues, el comienzo del conocimiento propio, y sin conocimiento propio no hay recto pensar. Si no me conozco a mí mismo —el proceso total de mí mismo, no sólo en el nivel económico de la existencia diaria sino en los diferentes niveles psicológicos— vivo en un estado de contradicción; y el optar por uno de los opuestos no produce integración. Vemos la contradicción en torno nuestro y en nuestra vida. Hay una constante batalla de opción entre el bien y el mal, y escogemos

uno de los opuestos; pero ello no trae paz, integración. De suerte que optar es evitar la acción, y sólo el recto pensar puede producir integración.

Nuestro problema es, pues, cómo pensar rectamente. Ahora bien, el recto pensar y el pensamiento recto son dos estados enteramente diferentes, ¿no es así? El recto pensar ha de ser descubierto, mientras el pensamiento recto es conformidad con una norma. El recto pensar es un proceso, mientras que el pensamiento recto es estático. El recto pensar es constante movimiento, constante descubrimiento. Es decir, sólo mediante una alerta percepción de todos los momentos en la acción, o sea en la vida de relación, puede haber recto pensar. Pero el pensamiento recto es siempre estático; podéis aprender con la práctica el pensamiento recto. Podéis regular vuestra mente, forzarla, disciplinarla para que siga líneas rectas de pensamiento, pero eso no es recto pensar. El recto pensar puede surgir tan sólo a través del conocimiento propio, y el conocimiento propio nunca es estático. Yo empleo el término "conocimiento propio" en su pleno significado de conocimiento de uno mismo, no sólo del "yo" superior sino del inferior. Para mí el "yo", el deseo, es tanto lo elevado como lo bajo. Hemos dividido el "yo" por conveniencia, como medio escape; mas para comprender realmente el "yo", hay que entender todo el proceso de pensar, que es la conciencia.

Así, pues, el recto pensar es lo único que puede producir integración y por lo tanto librarnos del conflicto de los opuestos, librarnos de la autocontradicción. Y para comprender la autocontradicción, la batalla que

se desarrolla dentro de cada uno de nosotros y que exteriormente se expresa en el mundo, tiene que haber clara percepción del proceso de nuestro propio pensar, percepción de todo pensamiento y sentimiento; no una mera aceptación de los pensamientos agradables mientras evitamos los feos, sino una percepción de todos los pensamientos y sentimientos. Y, para comprender, es preciso que no haya condenación; porque, en el momento en que condenáis una cosa, dejáis de comprenderla. De suerte que el conocimiento propio es el principio de la sabiduría, de la cual proviene el recto pensar; y sin recto pensar no puede haber recta acción, ni puede por lo tanto crearse una nueva estructura social.

Por ello nuestro problema consiste —¿no es así?— en que, viviendo en un estado de contradicción, nos vemos atrapados en una sociedad contradictoria que es el resultado de nuestra propia proyección. Quiero, y no quiero; quiero vivir en paz, y al mismo tiempo veo que soy antisocial. Vivimos en un estado de constante contradicción, y por consiguiente hay desintegración; y cualquiera acción que dimane de ese estado de contradicción conduce forzosamente a un mayor conflicto y desintegración. Para conseguir integración, tiene que haber recto pensar. El recto pensar puede surgir tan sólo a través del conocimiento propio; y el conocimiento propio es un proceso de constante descubrimiento del pleno significado de cada pensamiento y sentimiento. Es decir, tiene que haber constante percepción, sin condenación ni justificación, de todo pensamiento, de todo movimien-

to, de todo sentimiento; percepción no sólo de la conciencia superficial sino también de los móviles, las intimaciones, la significación de todos nuestros pensamientos, empeños y deseos ocultos. A medida que seáis más y más perceptivos, hallaréis que os viene una comprensión cada vez más profunda. De esta comprensión dimana el recto pensar, y sólo el recto pensar puede traer la verdadera solución a los muchos problemas que a cada uno de nosotros se nos plantean.

Pregunta: ¿El anhelo que se expresa en la oración no es un camino hacia Dios?

KRISHNAMURTI: Vamos a examinar en primer término los problemas contenidos en esta pregunta. En ella está involucrada la oración, la concentración y la meditación. Ahora bien, ¿qué entendemos por oración? Ante todo, en la oración hay súplica, ruego a lo que llamáis Dios, la realidad. Vosotros, como individuos, reclamáis, suplicáis, rogáis y buscáis ser guiados por algo que llamáis Dios; vuestro enfoque, por lo tanto, consiste en buscar recompensa, satisfacción. Os halláis en dificultades, nacionales o individuales, e imploráis que se os guíe. O estáis confusos, y rogáis que se os permita ver claro; esperáis ayuda de lo que llamáis Dios. Esto implica que Dios, sea lo que Dios fuere —esto no lo discutiremos por ahora— habrá de disipar la confusión que vosotros y yo hemos creado. Porque, al fin y al cabo, somos nosotros que hemos producido la confusión, la miseria, el caos, la

espantosa tiranía, la falta de amor; y queremos que lo que llamamos Dios despeje todo eso. En otras palabras, deseamos que nuestra confusión, nuestra miseria, nuestro dolor, nuestro conflicto, sean disipados por otros; suplicamos a otro ser que nos traiga luz y felicidad.

Ahora bien, cuando rezáis, cuando rogáis, cuando suplicáis pidiendo algo, ello generalmente resulta. Cuando pedís, recibís; pero lo que recibís no será factor de orden porque no trae claridad, comprensión. Sólo satisface, brinda placer, pero no produce entendimiento; porque, cuando reclamáis, recibís aquello que vosotros mismos proyectáis. ¿Cómo puede la realidad, Dios, responder a vuestra reclamación particular? ¿Puede lo inconmensurable, lo indecible, tener algo que ver con nuestras pequeñas y mezquinas zozobras, miserias, confusiones, que nosotros mismos hemos causado? ¿Qué es, por consiguiente, aquello que responde? Es obvio que lo inconmensurable no puede responder a lo medido, a lo insignificante, a lo pequeño. ¿Pero qué es aquello que responde? En ese momento, cuando rezamos, nos hallamos bastante aquietados, en un estado de receptividad; y nuestro propio subconsciente nos trae una claridad momentánea. Es decir, deseáis algo, lo anheláis, y en ese momento de anhelo, de obsecuente súplica, estáis bastante receptivos; vuestra mente consciente, activa, está comparativamente en calma, de modo que lo inconsciente se proyecta en eso y recibís una respuesta. Pero no es, ciertamente, una respuesta de la realidad, de lo inconmensurable; es vuestro propio inconsciente que

responde. No nos confundamos, pues, y no pensemos que cuando vuestra plegaria es atendida estáis en relación con la realidad. La realidad debe venir a vosotros; no podéis ir a ella.

En este problema de la oración hay luego otro factor involucrado: la respuesta de aquello que denominamos "voz interior". Como ya lo he dicho, cuando la mente suplica, ruega, está comparativamente serena; y cuando oís la "voz interior", es vuestra propia voz que se proyecta en esa mente relativamente serena. Una vez más, ¿cómo puede ser eso la voz de la realidad? Una mente confusa, ignorante, pedigüeña, exigente, suplicante, ¿cómo puede comprender la realidad? La mente puede recibir la realidad tan sólo cuando está absolutamente en calma, sin exigir, sin apetecer, sin anhelar, sin pedir, ya sea para vosotros mismos, para la nación o para el prójimo. Cuando la mente está serena en absoluto, cuando el deseo cesa, sólo entonces adviene la realidad. Una persona que reclama, que ruega, que suplica, que anhela ser dirigida, hallará lo que busca, pero ello no será la verdad. Lo que reciba será la respuesta de las capas inconscientes de su propia mente, que se proyectan en lo consciente; y esa vocecilla apacible que os dirige no es lo real sino tan sólo la respuesta de lo inconsciente.

Luego, en este problema de la oración está lo relativo a la concentración. Para la mayoría de nosotros, la concentración es un proceso de exclusión. La concentración se produce por el esfuerzo, la coacción, la dirección, la imitación, por lo cual la concentración es un proceso de exclusión. Me intereso en la así lla-

mada "meditación", pero mis pensamientos se distraen. Fijo, pues, mi mente en un cuadro, una imagen, o en una idea, y excluyo todos los otros pensamientos; y a este proceso de concentración, que es exclusión, se lo considera como un medio de meditar. Es eso lo que hacéis, ¿verdad? Cuando os sentáis a meditar, fijáis vuestra mente en una palabra, en una imagen o en un cuadro; pero la mente vaga por todas partes. Hay constante interrupción de otras ideas, otros pensamientos, otras emociones, y tratáis de alejarlos; empleáis vuestro tiempo batallando con vuestros pensamientos. A este proceso vosotros lo llamáis "meditación". Esto es, procuráis concentraros en algo que no os interesa, y vuestros pensamientos continúan multiplicándose, aumentando, interrumpiendo. De suerte que gastáis vuestra energía en excluir, en desviar, en rechazar; y si podéis concentraros en vuestro pensamiento escogido, en un objeto determinado, creéis que por fin habéis logrado éxito en la meditación. Eso, por cierto, no es meditación, ¿verdad? La meditación no es un proceso exclusivo —exclusivo en el sentido de evitar las ideas intrusas, de erigir contra ellas una resistencia. La plegaria, pues, no es meditación, y la concentración excluyente no es meditación.

¿Qué es, pues, la meditación? La concentración no es meditación, porque, cuando hay interés, es relativamente fácil concentrarse en algo. Un general que hace planes para la guerra, para la matanza, está muy concentrado. Un hombre de negocios ocupado en ganar dinero está muy concentrado; hasta puede ser

cruel al prescindir de todo otro sentimiento y concentrarse completamente en lo que él desea. Un hombre que está interesado en cualquier cosa se concentra de un modo natural, espontáneo. Pero esa concentración, por cierto, no es meditación; es mera exclusión.

¿Qué es, pues, la meditación? No es, evidentemente, el fijar vuestra mente en un objeto, en una palabra, en una idea, en una frase, en una imagen, ni una esperanza especulativa. Eso, ciertamente, es mera concentración en lo que deseáis. Así como un hombre de negocios se concentra en ganar dinero, vosotros os concentráis en lo que queréis, y excluís, apartáis, combatís, las olas intrusas de pensamiento. Eso, sin duda, no es meditación, ¿verdad?

¿Qué es, entonces, la meditación? La meditación es por cierto comprensión; la meditación del corazón es comprensión. ¿Cómo puede haber comprensión habiendo exclusión? ¿Cómo puede haber comprensión cuando hay ruego, súplica? En la comprensión está la paz, la libertad; os véis libres de aquello que comprendéis. Pero el mero hecho de concentrarse, o de rezar, no trae comprensión. De suerte que la comprensión es la base misma, el proceso fundamental de la meditación. No tenéis que aceptar mi palabra al respecto; pero si examináis la oración y la concentración con mucho cuidado, a fondo, hallaréis que ninguna de ellas conduce a la comprensión. Sólo conducen a la obstinación, a la fijación, a la ilusión. Mientras que la meditación, en la cual hay comprensión, trae libertad, claridad e integración.

Ahora bien, ¿qué entendemos por comprensión? La

comprensión significa atribuir significado justo, dar su verdadero valor a todas las cosas. Ser ignorante es dar falsos valores. Está en la naturaleza misma de la estupidez la falta de comprensión de los verdaderos valores. La comprensión, pues, surge cuando existen verdaderos valores, cuando los verdaderos valores son establecidos. ¿Y cómo habrá uno de establecer verdaderos valores: el verdadero valor de la propiedad, el verdadero valor de la convivencia, el verdadero valor de las ideas? Para que surjan los verdaderos valores, es preciso que comprendáis al pensador, ¿no es así? Si no comprendo al pensador, que soy yo mismo, lo que yo escojo carece de sentido. Es decir, si no me conozco a mí mismo, mi acción, mi pensamiento, no tienen fundamento alguno. De suerte que el conocimiento propio es el comienzo de la meditación; no el conocimiento que uno recoge de los libros, de las autoridades, de los "gurús", sino el conocimiento que surge de la investigación de uno mismo, que es autopercepción. La meditación es el principio del conocimiento propio, y sin conocimiento propio no hay meditación. Porque, si no comprendo las modalidades de mis pensamientos, de mis sentimientos, si no entiendo mis móviles, mis deseos, mis exigencias, mi busca de normas de acción, que son ideas; si no me conozco a mí mismo, no existe base para pensar. Y el pensador que sólo pide, ruega o excluye, sin comprenderse a sí mismo, tiene inevitablemente que terminar en la confusión, en la ilusión.

El principio de la meditación es, pues, el conocicimiento propio, y éste significa darse cuenta de todo

movimiento del pensar y del sentir, conocer todas las capas de mi conciencia, no sólo las superficiales sino las ocultas, las actividades profundamente encubiertas. Mas para conocer las actividades profundamente encubiertas, los móviles, respuestas, pensamientos y sentimientos ocultos, tiene que haber tranquilidad en la mente consciente; es decir, la mente consciente debe estar en calma a fin de recibir la proyección de lo inconsciente. La mente superficial, consciente, está ocupada con sus diarias actividades: ganar el sustento, engañar y explotar a los demás, huír de los problemas —todas las diarias actividades de nuestra existencia. Esa mente superficial tiene que comprender el verdadero significado de sus propias actividades, y con ello lograr tranquilidad para sí misma. No puede establecer tranquilidad, calma, por la mera regulación, por la coacción, por la disciplina. Sólo puede lograr tranquilidad, paz, serenidad, comprendiendo sus propias actividades, observándolas, dándose cuenta de ellas, viendo su propia crueldad, cómo habla al sirviente, a la esposa, a la hija, a la madre, etc. Cuando la mente superficial, consciente, se da así plena cuenta de todas sus actividades, mediante esa comprensión llega ella a estar espontáneamente quieta, no narcotizada por la coacción ni regulada por el deseo; y entonces está capacitada para recibir las intimaciones, las insinuaciones de lo inconsciente, de las muchísimas capas ocultas de la mente: los instintos raciales, los recuerdos enterrados, los empeños disimulados, las profundas heridas que aún no han sido curadas. Tan sólo cuando todo eso se ha

proyectado y ha sido comprendido, cuando la totalidad de la conciencia se ha descargado y ya no está trabada por ninguna herida, por ninguna clase de recuerdo, está ella en condiciones de recibir lo eterno.

La meditación es, pues, conocimiento propio, y sin conocimiento propio no hay meditación. Si no os dais cuenta en todo momento de todas vuestras reacciones, si no sois plenamente conscientes, si no estáis plenamente enterados de vuestras diarias actividades, el mero hecho de encerraros en una habitación y sentaros frente a un cuadro de vuestro "gurú", de vuestro Maestro, de hacer "puja", de meditar, es una escapatoria. Sin conocimiento propio, en efecto, no hay recto pensar, y sin recto pensar lo que vosotros hacéis carece de sentido, por nobles que sean vuestras intenciones. La oración no tiene, pues, significado alguno sin conocimiento propio; mas cuando hay conocimiento propio hay recto pensar, y por lo mismo recta acción. Cuando hay recta acción no hay confusión, y por lo tanto no suplicáis a nadie que os saque de ella. Un hombre que es plenamente perceptivo, está meditando; él no reza, porque nada desea. Mediante la oración, la regulación, la repetición, mediante el "japam" y todo lo demás, podéis producir cierta quietud; pero eso es mero embotamiento, y reduce la mente y el corazón a un estado de lasitud. Con ello se narcotiza la mente; y la exclusión, que llamáis concentración, no conduce a la realidad; jamás lo podrá exclusión alguna. Lo que trae entendimiento es el conocimiento propio, y no es muy difícil ser perceptivo habiendo recta intención. Si os interesa descubrir todo

el proceso de vosotros mismos —no sólo la parte superficial sino el proceso íntegro de todo vuestro ser— entonces ello resulta relativamente fácil. Si realmente deseáis conoceros a vosotros mismos, escudriñaréis vuestro corazón y vuestra mente para conocer su pleno contenido; y cuando exista la intención de conocer, conoceréis. Entonces podréis seguir, sin condenación ni justificación, todo movimiento del pensar y del sentir; y siguiendo todo pensamiento y todo sentimiento a medida que surge, realizaréis una quietud que no será compelida ni regulada sino el resultado de no tener ningún problema, ninguna contradicción. Es como el lago que se vuelve apacible, sereno, cuando al caer la tarde ya no sopla el viento; y cuando la mente está serena, aquello que es inconmensurable se manifiesta.

Pregunta: ¿Por qué su enseñanza es puramente psilógica? No hay en ella cosmología, ni teología, ni ética, ni estética, ni sociología, ni ciencia política, ni siquiera higiene. ¿Por qué se concentra usted tan sólo en la mente y su funcionamiento?

KRISHNAMURTI: Por una razón muy sencilla, señor. Si el pensador puede comprenderse a sí mismo, todo el problema se resuelve. Entonces él es creación, él es realidad; y lo que haga no será antisocial. La virtud no es un fin en sí misma; la virtud trae libertad, y sólo puede haber libertad cuando el pensador, que es la mente, cesa. Es por eso que uno debe comprender el proceso de la mente, el "yo", el mano-

jo de deseos que crean el "yo": mi propiedad, mi esposa, mis ideas, mi Dios. Es ciertamente porque el pensador está tan confuso, que sus actos son confusos; es porque el pensador está confuso que él busca la realidad, el orden, la paz. Como el pensador está confuso y es ignorante, desea el conocimiento; y estando el pensador en contradicción, en conflicto, busca en la ética un control, una guía, un apoyo. De suerte que si puedo comprenderme a mí mismo, al pensador, todo el problema se resuelve, ¿no es así? Entonces no seré antisocial, no seré rico ni explotaré a los pobres, no desearé cosas, cosas y más cosas, lo cual engendra conflicto entre los que tienen y los que no tienen. Entonces no tendré casta ni nacionalidad, y no habrá separación entre hombre y hombre. Entonces nos amaremos los unos a los otros, seremos cordiales. Luego lo importante no es la cosmología, ni la teología, ni la higiene; si bien la higiene es necesaria, mientras las cosmología y la teología no lo son. Lo importante es entenderme a mí mismo, al pensador.

Ahora bien, ¿el pensador es diferente de sus pensamientos? Si el pensamiento cesa, ¿hay acaso pensador? ¿Puede la cualidad ser apartada del pensador? Cuando al pensador se le quitan sus cualidades, ¿hay pensador, hay "yo"? De suerte que los pensamientos mismos son el pensador; no son distintos los unos del otro. El pensador se ha separado de sus pensamientos a fin de protegerse; entonces él puede siempre modificar sus pensamientos según las circunstancias, y, no obstante, mantenerse apartado como pensador. No bien empieza él a modificar al pensa-

dor, el pensador cesa. Una de las tretas de la mente consiste, pues, en separar al pensador de los pensamientos, y ocuparse luego de los pensamientos: cómo cambiarlos, cómo modificarlos, cómo transformarlos, todo lo cual es un engaño, una ilusión. Porque el pensador no existe si no hay pensamiento, y la mera modificación de los pensamientos no suprime al pensador. Ese es uno de los hábiles expendientes a que recurre el pensador para protegerse a sí mismo, para atribuirse permanencia, mientras los pensamientos son transitorios. Así se perpetúa el "yo"; pero el "yo" no es permanente, ya se trate del "yo" superior o del "yo" inferior. Ambos continúan estando en la esfera de la memoria, en la esfera del tiempo.

Así, pues, la razón por la cual doy tanta importancia y urgencia a la psicología de la mente, es que la mente es la causa de toda acción; y si eso no se lo entiende, el mero hecho de reformar, de modelar, de pulir las acciones superficiales, tiene muy poco sentido. Hemos hecho eso durante generaciones, y hemos engendrado confusión, locura y miseria en el mundo. Tenemos, pues, que ir hasta la raíz misma de todo el problema de la existencia, de la conciencia, que es el "yo", el pensador; y si no se comprende al pensador y sus actividades, las meras reformas sociales de superficie carecen de significación; por lo menos para el hombre muy serio y de buena fe. De ahí que sea importante, para cada uno de nosotros, el averiguar qué es lo que acentuamos: lo superficial, lo externo, o bien lo fundamental. Porque, señores, con el mundo en tan insana disposición para la matanza, para la

destrucción, para lanzar al hombre contra el hombre, ha llegado sin duda el momento de que aquéllos que están realmente animados de seria determinación, ataquen el problema de un modo radical y profundo, y no se ocupen de reformas y arreglos superficiales. Por eso es importante que conozcáis por vosotros mismos qué es lo que debe acentuarse, y que no dependáis de otros para que os lo digan. Si dais importancia a la psicología del pensador simplemente porque así lo hago yo, seréis imitativos y se os podrá persuadir de que imitéis a algún otro cuando esto no os convenga. Debéis, pues, considerar este problema muy seria y profundamente, y no esperar que alguien os diga dónde hay que poner el acento. Esto, por cierto, es muy obvio y muy claro. La religión organizada, la política partidaria y del poder, el socialismo, el capitalismo, el comunismo, todo eso ha fracasado porque no se ocupa de la naturaleza fundamental del hombre. Quieren ajustar las influencias del ambiente; ¿y qué valor tiene eso cuando el hombre está interiormente viciado, enfermo y confuso? Un buen médico, por cierto, no se interesa tan sólo por los síntomas. Los síntomas son meras indicaciones. Él va a la causa, y extirpa la causa. Así, pues, un hombre que procede con seriedad tiene que llegar a la causa, y no jugar superficialmente con palabras; y la causa fundamental de esta desdicha en el mundo es la falta de comprensión del proceso de nosotros mismos. No queremos poner orden dentro de nosotros mismos, sino tan sólo fuera de nosotros. Habrá orden externo cuando haya orden interior, porque lo inte-

rior se sobrepone siempre a lo externo. De suerte que es preciso, evidentemente, hacer hincapié en el proceso psicológico, con todo lo que él implica. Cuando uno se comprende a sí mismo, hay felicidad, hay paz; y un hombre feliz no está en conflicto con el prójimo. Es sólo el hombre miserable, el hombre ignorante, que está en conflicto; sus actos son antisociales, y dondequiera que él vaya engendra miseria y más conflicto. Pero un hombre que se entiende a sí mismo está en paz, y por lo tanto sus actos son pacíficos.

Pregunta: Ha dicho usted que todo progreso es en la caridad únicamente, y que lo que llamamos progreso es un mero proceso de desintegración. ¿Qué es lo que se desintegra? El caos siempre está con nosotros, y no hay progreso ni regresión en el caos.

KRISHNAMURTI: Yo digo que hay progreso tecnológico, pero en lo demás no hay progreso alguno, lo cual resulta evidente en el mundo que nos rodea. Ha habido progreso —progreso tecnológico— desde la simple rueda hasta esa cosa extraordinaria llamada aeroplano, avión a chorro; ¿pero ha habido progreso de nuestra mente, de nuestro corazón? ¿Amáis, acaso? No hay duda, señor, de que la acción que sea integrante, que sea completa, sólo puede ocurrir donde hay amor, donde hay caridad; y sin caridad, sin amor, todo progreso tecnológico conduce a la destrucción, a la desintegración. Eso es lo que sucede en el mundo actualmente. Progresamos hacia el caos porque no progresa-

mos en caridad, lo cual plantea un enorme problema; y no creo que esta tarde tengamos tiempo de ahondarlo plenamente. El problema es éste: ¿existe realmente algo que pueda llamarse progreso, evolución? Sé que hay progreso técnico, evolución hacia mejores máquinas, y todo lo demás; ¿pero vosotros y yo evolucionamos? ¿Cuál es la cosa que evoluciona, y hacia qué? La ignorancia jamás puede, por evolución, hacerse sabiduría, la codicia nunca puede llegar a ser aquello que no es codicia. La codicia siempre será codicia, aunque progrese, evolucione. A través del tiempo, la ignorancia jamás podrá convertirse en sabiduría. La ignorancia tiene que cesar para que haya sabiduría; la codicia tiene que cesar para que surja aquello que no es codicia. Cuando habláis, pues, de evolucionar, de progresar, queréis decir "convertirse en algo": sois *esto*, y llegaréis a ser *aquéllo*; sois empleados, y llegaréis a gerentes; sois curas, y llegaréis a obispos; sois pobres, y llegaréis a ricos; sois malos, pero eventualmente llegaréis a ser buenos. Este devenir es lo que llamáis progreso, evolución; pero él es la mera continuidad, en una forma modificada, de aquello que *es*. El devenir es la continuidad de lo que *es* en una forma modificada, y por consiguiente no puede haber cambio fundamental en lo que llamáis progreso. Discutiremos esto en otra oportunidad, porque requiere que se lo ahonde con un cuidado muy grande.

¿En el devenir, en la continuidad, puede jamás haber evolución, puede jamás haber progreso? Sólo en el terminar hay renacimiento, no en la continuidad. Pero el progreso, por cierto, sólo puede existir en las

cosas tecnológicas, y no podéis "progresar" en caridad, es decir, en el sentido comparativo de llegar a ser más caritativo, más afectuoso. Donde hay amor no hay comparación. ¿No lo sabéis? Cuando *amáis* a alguien, amáis y os entregáis completamente; el "tú" es inexistente. Mientras el "tú" continúe, habrá deseo de devenir, y en el devenir no hay renacimiento. El devenir es tan sólo continuidad modificada, y lo que continúa declina; lo que continúa conoce la muerte. Pero aquello que termina está libre de la muerte.

Pregunta: Sabemos que el pensamiento destruye el sentimiento. ¿Cómo sentir sin pensar?

KRISHNAMURTI: Sabemos evidentemente que el racionalizar, el calcular, el negociar, destruye el sentimiento, el amor, el afecto. ¿No habéis notado que, cuanto más racionalizáis, cuanto más negociáis, cuanto más explotáis, cuanto más usáis la mente, tanto menos sentimiento existe? Porque el sentimiento es muy peligroso, sentir es muy peligroso, ¿verdad? El sentir muy fuertemente podría conduciros a lo que llamáis caos, a la confusión, al desorden; por lo tanto lo controláis racionalizando, y racionalizándolo dejáis de ser generosos. Vuestro sentimiento se ve destruído cuando interviene el proceso del pensamiento, que es el nombrar, el definir. Tenéis un sentimiento de pena, de placer, de ira, y al definirlo, al darle un nombre, o sea al pensar a su respecto, lo modificáis y con ello reducís el sentimiento. ¿No lo sabéis? Cuando os sentís generosos, cuando espon-

táneamente deseáis dar a alguien vuestra camisa, vuestra mente interviene y dice: "¿Qué ocurrirá?". Empezáis a racionalizar vuestro sentimiento, y luego os volvéis caritativos mediante organizaciones, no directamente —lo cual es eludir la acción. Los sentimientos intensos son peligrosos, el amor es muy peligroso; por lo tanto empezáis a pensar acerca del amor, lo que achica y lentamente destruye el amor.

Ésta es la siguiente pregunta: "¿Es posible sentir sin pensar?". ¿Qué entendemos por pensar? El pensar es simplemente la respuesta de la memoria, ya sea del dolor o del placer. Es decir, no hay pensar sin el residuo de la experiencia; y el sentimiento —cuando uso la palabra "sentimiento" quiero significar el amor, no el deseo, no el sentimentalismo, no esos desechos putrefactos que llamáis "sentimiento"— el amor no puede ser introducido en la esfera del pensamiento. De suerte que, cuanto más respondéis al recuerdo (lo que se llama pensar), menos amor existe. El amor es ardiente, jamás está en reposo; es de instante en instante, creador, nuevo, lozano, gozoso, y por lo tanto es muy peligroso en la sociedad, en nuestra vida de relación; de suerte que el pensamiento se introduce (y el pensamiento es la respuesta de la memoria), modifica el amor, lo controla, lo amansa, lo guía, lo legaliza, lo pone fuera de peligro. Entonces puede vivir con él. ¿No lo sabéis? Cuando *amáis* a alguien, amáis a todo el género humano, no tan sólo a una persona; amáis al hombre. Y el amar al hombre es peligroso, ¿verdad? Porque entonces no hay barrera, no hay nacionalidad, no hay ansia de dinero,

de posición, de cosas; y un hombre semejante es peligroso para la sociedad, ¿no es así? Pero todos vosotros queréis muchas cosas. Queréis renombre, erigís en torno vuestro una caperuza de ideas, de exclusiones, y es por eso que un hombre que ama es peligroso para la sociedad; y por eso la sociedad —que sois vosotros— empieza a construir un proceso de pensamiento que pronto destruye el amor. Para que el amor sea, el recuerdo, con todos sus complejos procesos, tiene que terminar. Es decir, la memoria surge tan sólo cuando la experiencia no ha sido plena y completamente entendida. La memoria es sólo el residuo de la experiencia; la memoria es el resultado de un reto que no ha sido plenamente comprendido. La vida es un proceso de reto y réplica, siendo el reto siempre nuevo y la réplica siempre vieja. Uno debe, pues, comprender lo viejo, la respuesta condicionada, lo cual significa que el pensamiento debe libertarse del pasado, del tiempo, del ayer; debe vivir cada día, cada minuto, tan completamente, tan plenamente y tan nuevamente como sea posible. Y eso lo hacéis cuando amáis, cuando vuestro corazón está lleno; no podéis hacerlo con palabras, con cosas hechas por la mente, sino tan sólo cuando amáis. Entonces la memoria —el pensamiento que es mera respuesta del recuerdo— cesa; y entonces cada minuto es un minuto nuevo, cada movimiento es un renacimiento. Y amar a uno es amar al todo.

Febrero 22 de 1948

VII

ESTA tarde contestaré preguntas tan sólo, y antes de hacerlo desearía señalar una o dos cosas. Creo que hay un arte de escuchar. La mayoría de nosotros escucha a través de un tamiz de prejuicios. O esperamos una solución definida de nuestros problemas, o no nos damos cuenta de los innumerables prejuicios que nos impiden escuchar realmente lo que otro dice, o bien no estamos lo suficientemente interesados o concentrados para escuchar nada. El escuchar de veras es escuchar sin mucho esfuerzo, sin lucha, sin el empeño de oír; es escuchar, como si fuese música, algo que conocemos y disfrutamos, algo fresco, nuevo, no la mera repetición de un disco. Bien sabéis lo que quiero decir. Cuando disfrutáis de algo: una conversación, un trozo de música, lecturas literarias, escucháis; y las palabras, la música, el sonido, el silencio entre dos notas, deslízanse y os entran sin que luchéis por comprender. Así, pues, si se me permite insinuarlo, será bueno que podamos escuchar sin ha-

cer el esfuerzo de escuchar, sin aceptar ni rechazar; que podamos escuchar sin erigir una valla defensiva ni tratar demasiado ansiosamente de entender lo que se está diciendo. Tiene que haber cierta tensión, como la de una cuerda de violín. Cuando ésta se halla convenientemente tendida, da la nota justa. Del mismo modo, si escuchamos con la tensión debida, con la percepción justa, creo que entonces comprenderemos mucho más profunda y extensivamente que escuchando simplemente la expresión verbal. Entonces, si sois realmente perceptivos, las palabras tienen diferente significado y penetran mucho más hondo. Es como una semilla plantada en suelo fértil.

Si puedo insinuarlo, pues, os ruego que escuchéis estas respuestas no tanto con la intención de alcanzar la solución del asunto, sino más bien considerando que vosotros y yo habremos de pensar juntos en voz alta el problema, y ver adónde ello nos conduce. Porque el contestar preguntas tiene que ser, para mí a la vez que para vosotros, un nuevo descubrimiento, no la simple repetición de un viejo disco que todos hemos aprendido de memoria. La música, después de todo, es el silencio entre dos notas. Si fuera un sonido continuo, no habría música. Es el silencio entre dos notas lo que da énfasis, belleza, a las notas. Análogamente, es el silencio entre las palabras, entre los pensamientos, lo que da significación y sentido al pensamiento. De suerte que, al escuchar las respuestas a estas preguntas, lo importante no es aceptar ni rechazar sino comprender lo que se está diciendo sin la barrera del prejuicio. Esto es arduo en extremo, porque casi todos

estamos tan llenos de crasos prejuicios, y somos tan inconscientes de los mismos, que resulta dificilísimo penetrar la espesa coraza de nuestras intenciones y preferencias. Mas si podemos, por una tarde al menos, dejar de lado esa gruesa coraza y escuchar como si realmente disfrutáramos de algo juntos, creo que ésta y otras reuniones tendrán una significación definida.

Pregunta: Nuestros ideales son la única cosa que se interpone entre nosotros y la locura. Está Vd. derribando un dique que aleja el caos de nuestros hogares y nuestros campos. ¿Por qué es Vd. tan temerario? Las mentes veleidosas y sin madurez serán sacadas de quicio por las arrolladoras generalizaciones de Vd.

KRISHNAMURTI: Esta pregunta se formula con referencia a lo que yo he dicho acerca de los ideales, de los ejemplos y de los opuestos. Tendremos, pues, que volver sobre lo que he dicho respecto de los ideales. Y, como acabo de expresarlo, os ruego que no escuchéis como a través de un muro de resistencia, sino más bien con el deseo de comprender. Tenéis ciertas tradiciones e ideales, y tal vez lo que voy a decir será contrario a todo lo que pensáis; y lo que yo digo podrá o no ser la verdad. Debéis, pues, escuchar con cierta elasticidad, con cierta ductilidad, con cierta libertad; pero si no hacéis más que encerraros dentro de los muros de vuestros propios ideales, de vuestro propio entendimiento, entonces, por cierto,

lo que se diga carecerá de sentido. Lo que voy a decir podrá ser —y creo que probablemente lo será— del todo contrario a lo que vosotros creéis. Hacedme pues el favor de escucharlo, no con dogmatismo ni mecanismo defensivo alguno, sino con el sentido de quien procura comprender lo que la otra persona trata de decir.

Ahora bien, yo he dicho que los ideales en cualquier forma son un modo de eludir la comprensión de lo que *es*; que los ideales, por nobles, seductores o hermosos que sean, no tienen realidad alguna. Los ideales son ficticios, sin significación, porque es más importante comprender lo que *es* que perseguir una idea, o que seguir un ideal o modo de acción. Tenemos innumerables ideales: la "no violencia", el bien, la "no codicia", la paz, el mérito, etc. Conocéis los innumerables ideales dentro de los cuales nuestra mente está encerrada. Ahora bien, ¿acaso esos ideales no son ficticios? No son realmente "factuales", son inexistentes; y puesto que son cosa inexistente, ¿cuál es su valor? ¿Me ayudan acaso a comprender mi conflicto, mi violencia, mi codicia, o son un estorbo para esa comprensión? ¿El biombo de los ideales me ayudará a comprender mi arrogancia, mi violencia, mi maldad? Si los ideales me ayudan a comprender, entonces tienen significación; pero si ellos no brindan comprensión, carecen de valor. ¿Puede un hombre violento volverse apacible mediante el ideal de la "no violencia"? ¿Puedo yo comprender la violencia a través de la pantalla de mi propio idealismo de "no violencia"? ¿No debo acaso dejar a un lado la panta-

lla, el ideal, y examinar mi violencia directamente? ¿Y el ideal me ayudará a comprender la violencia? Ésta es una cuestión muy importante y fundamental. Deberíamos dedicarle algo de tiempo, porque los problemas que de ella dimanan son muy significativos, y toda nuestra estructura social se basa en ese idealismo que no está respaldado por realidad alguna.

Éste es, pues, nuestro problema: ¿Se llega alguna vez a comprender el mal a través del ideal del bien? ¿No se transforma el mal con la comprensión directa del mal mismo, y no por obra de un ideal ni mediante la busca de su opuesto? ¿Y el ideal en cualquier forma —es decir, lo opuesto— no impide la comprensión de lo que *es*? Soy codicioso, soy violento, soy arrogante, soy iracundo, vicioso, brutal; ¿y el ideal de la "no violencia", de la "no codicia", de la bondad, me ayudará a sobreponerme a aquello que soy? Hemos ensayado, por cierto, la busca del ideal, de lo opuesto, y nos resulta bien conocido el conflicto que así se crea entre los opuestos. Todo eso lo sabemos muy bien. Estamos enteramente familiarizados con esa extraordinaria lucha por llegar a ser otra cosa que lo que somos. Nuestra educación religiosa, social y moral se basa en ese intento de llegar a ser algo, de transformar lo que *es* en algo que no es; y conocemos la lucha, el dolor, la constante batalla de los opuestos, de la tesis y la antítesis, en la esperanza de llegar a una síntesis que esté más allá de ambas. Aunque no hemos conseguido llegar a ese estado, bien conocemos la batalla constante de los opuestos que, según se supone, habrá de producirlo.

Ahora bien, ¿es necesaria esa lucha? ¿No es esa lucha falaz, irreal? ¿No es irreal lo opuesto? ¿Qué es lo real, lo "factual"? El hecho es éste: yo soy arrogante. La humildad —el ideal— es inexistente, es ficticia. Es una creación de la mente como medio de escapar a lo que *es*. Sois violentos; ¿y lo opuesto os ayudará a vencer aquello que sois? Es obvio que no. Durante siglos habéis luchado por vencerlo, y sin embargo sois violentos. De suerte que el método de nuestro enfoque tiene que ser falso, y por lo tanto tiene que haber un nuevo enfoque, un modo diferente de atacar el problema de la codicia, de la arrogancia, de la violencia. Pero primero debemos ver la falacia del ideal. Tal como me lo observaron esta mañana, la India es la nación que fabrica ideales. Vuestra industria favorita está lanzando ideales al mundo. ¿Y acaso necesitamos ideales? Notad que ésta es realmente una cuestión muy importante. Si no tenéis ideales, ¿os vendréis abajo, os volveréis inmorales? ¿Actúan vuestros ideales como un dique contra vuestros actos inmorales? ¿Vuestro ideal de la "no violencia" os impide ser violentos? El ideal de no ser codicioso, de tener tan sólo lo necesario para vivir, ¿acaso os está haciendo menos codiciosos? No, evidentemente. Señor, esto tenemos que encararlo, ¿no es así? El hombre que es codicioso, que desea perseguir la riqueza, continúa en ello a pesar del ideal de que habla. Es obvio que los ideales son inexistentes salvo en teoría, y por lo tanto carecen de valor. ¿Para qué, pues, perseguirlos? En otros términos, el idealista es realmente un hombre que elude aquello que

es, que evita la acción en el presente. A todos nos resultan muy conocidos los idealistas; sabemos cuán duros, cuán brutales son, cuánta resistencia les infunde esa cualidad de la dureza, porque ellos eluden el problema central, que es el de lo que ellos *son.* Suprimiendo, pues, los ideales, ¿serán sacados de quicio los pobres de espíritu? A los pobres de espíritu ya los están sacando de quicio los políticos, los "gurús", sus "pujas", sus ceremonias nupciales; y el hombre fuerte desprecia de todos modos los ideales y persigue lo que desea. Así, pues, ni unos ni otros prestan atención a los ideales, que son una manera muy cómoda de encubrir buena cantidad de cosas falsas.

¿Se necesita un ideal para comprender lo que *es*? ¿El ideal de la no violencia me ayudará a comprender la violencia? Es decir, si soy violento y quiero superar la violencia, ¿debo tener un ideal de "no violencia"? No hay duda de que no necesito tenerlo, ¿verdad? Es un estorbo, un positivo estorbo para mi comprensión directa del estado en que me encuentro, que es de violencia. De modo que el ideal, lo opuesto, el ejemplo, es un estorbo, un modo de eludir la comprensión directa de lo que *es.* ¿Siendo violento, no puedo acaso comprenderlo y superarlo? Sólo puedo atacar ese estado, comprenderlo, cuando no lo eludo, cuando no tengo esa fantasía del ideal, cuando puedo mirarlo, examinarlo y obrar directamente sobre él. Pero no deseo obrar directamente sobre él, y es por ello que invento esa cosa maravillosa llamada lo opuesto, el ideal, un estado que jamás puedo reali-

zar porque es un mero aplazamiento. El problema es éste, pues: cómo superar, cómo ir más allá de lo que *es*, o sea la violencia, y no cómo lograr lo opuesto. Lo opuesto no existe. Existen los opuestos hombre y mujer, un hecho biológico; pero el opuesto que la mente ha creado es inexistente. Es una cómoda artimaña, una treta de la mente para evitar de obrar directamente sobre lo que *es*. ¿Puedo superar aquello que *es*, y no transformarlo, no convertirlo en alguna otra cosa? Soy codicioso, violento. ¿Puede esa violencia, esa codicia, llegar a su fin? Es obvio que ella llega a su fin cuando puedo examinarla y darme completamente cuenta de toda su significación social y psicológica; pero sólo puedo examinarla cuando no hay evasión de lo que *es*, cosa que ninguno de nosotros quiere hacer; y ahí está la dificultad. Ninguno de nosotros es lo suficientemente honesto para reconocer que somos lo que somos, y luego para hacer algo al respecto. Saber que soy un embustero, que soy codicioso, es ya el comienzo de la liberación de la codicia, de la falsedad. Pero el reconocerlo requiere cierta honestidad, y como somos tan deshonestos en nuestro pensar, en nuestras relaciones, en casi todo lo que hacemos, somos incapaces de enfrentar lo que *es*. En esta cuestión está involucrado, pues, el ver la verdad en lo falso, es decir, ver la verdad de que el ideal es falso; y en el momento en que uno es capaz de ver la verdad en lo falso, uno también sabe ver aquello que es verdadero como tal. Esa veracidad, el reconocimiento de que sois codiciosos, de que sois violentos, el ver el hecho de lo que sois sin ex-

cusa alguna, es lo que os libra de él, no el perseguir lo opuesto.

Pregunta: ¿Desaparecerá el impulso sexual cuando rehusemos darle nombre?

KRISHNAMURTI: Me temo que la pregunta necesite considerable explicación. Ella surge, aparentemente, de lo que discutimos ayer tarde. Ahora bien, el proceso de nombrar, de definir, es un problema enteramente complejo, y debemos profundizarlo con sumo cuidado y precisión; es decir, debemos comprender el proceso de la conciencia. Lamento que en esta pregunta, aunque esté formulada muy simplemente, mucho se halle involucrado; y si la contesto demasiado directa y brevemente, los que no estuvieron en la discusión de ayer podrán entender erróneamente. Debo, pues, ahondarla con cuidado, explicando todo el problema.

Ahora bien, ¿qué entendemos por conciencia? Esta pregunta no la hago fuera de lugar; está directamente vinculada con la cuestión en sí. ¿Qué entendemos por conciencia? La conciencia, por cierto, es reto y réplica, lo cual es vivencia. Ese es el principio de la conciencia: reto, réplica y vivencia. A la experiencia se la nombra, se la define, se la rotula como agradable o desagradable, y luego queda registrada, guardada en la mente. La conciencia es, pues, un proceso de experimentar o "vivenciar", de nombrar y de registrar. Aunque complejo, ello es muy sencillo. Os ruego no lo compliquéis sin necesidad.

Sin los tres procesos en acción, que son en realidad un proceso unitario —"vivenciar", nombrar o definir y registrar, encasillar, guardar la experiencia en el armazón de la memoria— sin este proceso no hay conciencia. Y este proceso prosigue en todo momento, instantáneamente, en diferentes niveles, y eso es lo que llamáis conciencia. Repítese la canción en diferentes disposiciones de ánimo, con diferentes temas, profundamente, en las capas profundas de lo inconsciente, o superficialmente, en las capas superiores de la conciencia, en nuestra vida diaria; pero es siempre el mismo proceso de reto y réplica, "vivenciar", nombrar o definir, y registrar o memoria. Este es el tema, este es el disco que se escucha. Ahora bien, ¿qué ocurriría si el proceso intermedio, o sea el nombrar o definir, no se efectuase, si al proceso intermedio se le diese fin? ¿Por qué definimos, por qué damos un nombre a un sentimiento o a una experiencia llamándole agradable o desagradable, ira, violencia, buena, mala, etc.? ¿Por qué definimos una experiencia?

Es claro que a algunos de vosotros todo esto podrá aparecer como cosa técnica. Pero no lo es. Es muy simple, si bien requiere un poco de concentración. La mayoría de nosotros estamos habituados a las conferencias políticas, a que se nos diga qué hay que hacer o qué hay que pensar, y podrá parecernos difícil seguir llanamente, holgadamente, un pensamiento de esta clase; mas como ésta no es una conferencia política, será preciso que nos concentremos un poco.

La conciencia, pues, es un proceso de "vivenciar", nombrar y registrar; ¿y por qué le damos un nombre a una experiencia, a un sentimiento? Le damos un nombre para comunicarlo a otra persona, o bien para fijarlo en la memoria, es decir, para darle continuidad. Si no hay continuidad, la mente no existe, la conciencia no existe. Tengo que dar continuidad a una experiencia, pues de otro modo la conciencia cesa. Debo, por lo tanto, darle un nombre. El dar un nombre a un sentimiento, a una experiencia, es instantáneo; porque la mente (que es el archivero), la memoria, le pone rótulo a un sentimiento para darle substancia, para darle continuidad, para poder examinarlo, lo cual significa continuación del pensamiento. Después de todo, el pensador es el pensamiento; y sin el proceso del pensamiento, sin darle continuidad al proceso del pensamiento, no hay permanencia para el pensador. De suerte que el nombrar un sentimiento, una experiencia, brinda permanencia al pensador, al archivero, que es la mente. Es decir, ponéis un nombre a un sentimiento, a una experiencia, y con ello le dais continuidad; y la mente se nutre de esto, sintiéndose existente. Tomad una experiencia cualquiera, cualquier sentimiento o sensación que tengáis: ira, odio, amor. Dándole un nombre la habéis estabilizado, la habéis colocado en el armazón de la referencia. Así, pues, la naturaleza misma del hecho de definir una experiencia es el dar continuidad a la conciencia, al "yo". Este proceso se desarrolla en todo instante, tan velozmente que somos inconscientes de él. El disco suena sin cesar en diferentes nive-

les, en diferentes temas, con diferentes palabras, cuando se está despierto o cuando se duerme.

Ahora bien, ¿qué ocurre si no definís, si no dais nombre a una experiencia? Si no nombráis las diversas sensaciones, si no tenéis "trasfondo", ¿dónde está vuestro "yo"? Es decir, cuando no se lo nombra, el sentimiento o la experiencia se marchita, carece de continuidad. Experimentad con vosotros mismos, y veréis. Si tenéis un sentimiento muy fuerte de nacionalismo, ¿qué ocurre? Le dais un nombre, surge el pensamiento del idealismo, del amor, de "mi patria"; es decir, lo definís y con ello le dais continuidad. Es muy difícil no definirlo, porque el proceso de nombrar un sentimiento es sumamente automático, instantáneo. Pero supongamos que no nombráis un sentimiento; ¿qué le ocurre a ese sentimiento? El archivero, por cierto, no puede identificarse con ese sentimiento. No le otorga substancia, no le da fuerza, no le da vitalidad. Por lo tanto se marchita. La próxima vez que tengáis la sensación que vosotros definís como "irritación", no le déis nombre. No digáis "estoy irritado"; no la definái. Descubriréis que ocurre una cosa extraordinaria. La mente está perpleja porque a ella le desagrada encontrarse en un estado de incertidumbre. Entonces la perplejidad cobra mayor importancia que el sentimiento, éste cae en el olvido y la perplejidad persiste. Pero a la mente no le gusta estar azorada, confundida. Exige por lo tanto seguridad, y busca seguridad, certeza, en el recuerdo, en la memoria, con lo cual fortalece al archivero.

Resulta realmente muy fascinador observar el pro-

ceso de vuestra propia conciencia. Pero todo esto no podéis aprenderlo en un libro. Ningún libro puede enseñarlo, y lo que un libro enseña no vale la pena. Lo que un libro enseña, sólo podéis repetirlo. Pero si experimentáis y descubrís por vosotros mismos, sois a la vez instructor y alumno; y entonces ya no queréis "gurús", ni libros, ni nada por el estilo. Entonces sabéis atacar el problema —cualquier problema que surja— por vosotros mismos. Porque siendo a la vez instructor y alumno, conocéis los modos de funcionar de vuestra propia conciencia. Descubrís que, al no definir una sensación, al no darle un nombre, ese sentimiento, esa sensación, llega a su fin.

Ahora diréis: "He aprendido una muy buena treta; sé habérmelas con los sentimientos desagradables, hacerlos terminar rápidamente: no voy a definirlos". ¿Pero haréis lo mismo en lo que atañe a los sentimientos agradables? Me temo que no. Porque deseáis que los sentimientos agradables continúen, porque queréis dar substancia a las sensaciones placenteras; deseáis mantenerlas. Continuaréis, por lo tanto, dándoles nombres. Pero eso no conduce a ninguna parte; porque, en cuanto dais un nombre, un término, a un sentimiento que es agradable, inevitablemente creáis lo opuesto y por consiguiente tendréis siempre el conflicto de los opuestos. Mientras que si no nombráis, definís, rotuláis, una sensación agradable o desagradable, ambas se marchitan; y por lo tanto el pensador, que es el creador de los opuestos, llega a su fin. Sólo entonces sabremos lo que es el amor, porque el amor no es una sensación. Podéis nombrarlo;

mas cuando lo nombráis, lo que nombráis es la sensación del amor, que no es el amor. ¿Qué ocurre cuando amáis a alguien? ¿Qué ocurre cuando pensáis en una persona? Os las habéis, en realidad, con la sensación de esa persona; os interesa esa sensación, y cuanto más énfasis pongáis en la sensación, menos amor habrá.

Ahora bien, la pregunta reza: "¿Desaparecerá el impulso sexual cuando rehusemos darle nombre?". Es obvio que desaparecerá; pero si no entendéis todo el proceso de la conciencia, como ya lo he explicado con esmero, el mero hecho de dar fin a un impulso determinado, agradable o desagradable, no hace surgir la eterna cualidad del amor. No habiendo amor, el dar simplemente fin a un impulso carece de sentido, y os volveréis tan secos como el idealista cuyas pasiones se ven cuidadosamente refrenadas. Porque si no comprendéis todo el proceso de la conciencia, las pasiones siempre están ahí, aunque rehuséis nombrarlas. Es muy arduo comprender todo ese proceso. Podéis haber comprendido las expresiones verbales de lo que he explicado, pero la significación viviente, el sentido íntimo, sólo lo entenderéis mediante la experimentación. Como ya lo he dicho, donde hay amor hay castidad. Pero el hombre, el idealista que es apasionado y quiere ser casto, que desea llegar a ser desapasionado, un hombre así jamás conocerá el amor porque sólo le interesa llegar a ser algo, lo cual es otra forma de egoísmo. Sólo le preocupa su lucha por lograr, por alcanzar el ideal, que es inexistente. Ese hombre, por lo tanto, tiene el corazón vacío, y

a su corazón vacío lo llena con las cosas hechas por la mente. ¿Y cómo puede él conocer el amor, cuando su corazón está lleno con el ideal, que es cosa de la mente?

De suerte que es un problema muy complejo y sutil eso de definir, de dar un nombre; pero lo comprenderéis si experimentáis con ello. Hay una enorme riqueza, una enorme hondura, en la comprensión de este proceso de definir, de nombrar un sentimiento, una sensación. Una vez que abráis la puerta a esa comprensión, descubriréis vastas riquezas. Pero el descubrir requiere que haya libertad para experimentar, y la libertad viene con la virtud; no viene haciéndose uno virtuoso, sino siendo virtuoso.

Pregunta: ¿Por qué no podría Vd. influir sobre los dirigentes de un partido o los miembros de un gobierno, y obrar a través de ellos?

KRISHNAMURTI: Por la sencilla razón de que los dirigentes son factores de degeneración en la sociedad, y los gobiernos son la expresión de la violencia. ¿Y cómo podéis vosotros, cómo puede hombre alguno que quiera realmente comprender la verdad, obrar a través de instrumentos que son opuestos a la realidad? Ahora bien, ¿por qué queremos conductores, políticos o religiosos? Por la razón obvia de que deseamos ser dirigidos, deseamos que se nos diga lo que hay que hacer o lo que hay que pensar. Nuestra educación, nuestras organizaciones sociales y religiosas, se basan en eso: ellas no nos dicen cómo pensar

sino qué pensar. Es natural, entonces, que necesitéis conductores. Como estáis confusos, en desintegración, como os sentís desdichados y no sabéis qué hacer, cifráis vuestra esperanza en otras personas —dirigentes políticos, religiosos o económicos— para que os ayuden a salir de esta caótica condición de existencia. ¿Pero puede algún dirigente, político o religioso, haceros salir de esta confusión? Observad que ésta es una cuestión muy importante. Porque el caudillaje implica poder, posición, prestigio; en el caudillaje está involucrada la explotación, tanto por el secuaz como por el caudillo. El dirigente surge porque los dirigidos *quieren* ser dirigidos. O sea que el secuaz explota al caudillo, y el caudillo explota al secuaz. Sin el secuaz, ¿qué es del caudillo? Se ve frustrado, se siente perdido. Y sin el caudillo, ¿qué es del secuaz? Se trata, pues, de un proceso de mutua explotación; y donde hay deseo de poder, de posición, de dominio, de dirección, no hay comprensión. Ahí donde el líder llega a ser la autoridad, la persona a la que todo se somete, en lo político o en lo religioso, vosotros, como secuaces, os convertís en simples tocadiscos, en autómatas; y como la mayoría de la gente desea repetir, mirar, mientras los dirigentes juegan, resulta que os volvéis improductivos, negligentes. Eso, exactamente, es lo que ha sucedido en el mundo.

Nuestro problema, pues, es éste: ¿por qué necesitamos dirigentes? ¿Alguien puede haceros salir de vuestra confusión, que vosotros mismos creáis? Otros pueden señalaros las causas de vuestra confusión; pero, por cierto, eso no los convierte en dirigentes. Yo, por

ejemplo, señalo la causa de la confusión, pero no me estoy convirtiendo en vuestro líder o vuestro "gurú". A vosotros os incumbe el percibirla y obrar en consecuencia, o no hacer caso de ello. Pero si os hiciera entrar en una organización, si me convirtiese en vuestra autoridad, llegaría a ser yo lo importante. Vuestra confusión, por lo tanto, persistiría, y no haríais sino huir de ella y poner el énfasis en mí; mientras que es en vuestra confusión, no en mí, que se debe hacer hincapié. Yo no entro, pues, en este asunto. Lo importante es que comprendáis vuestro propio sufrimiento, vuestra confusión, vuestro dolor, vuestra desastrosa existencia. ¿Y acaso necesitáis ayuda ajena para comprender? Lo que necesitáis es mirar de veras, con claridad, con ojos imparciales. Y eso tenéis que hacerlo vosotros mismos. Tenéis que mirar dentro de vosotros mismos para descubrir si sois parciales, si tenéis prejuicios. Eso significa que debéis daros cuenta de vuestro propio proceso, de vuestra propia idiosincrasia; mas como la mayoría de nosotros no estamos dispuestos a descubrirnos y a penetrar el proceso del conocimiento propio, confiamos en un líder, o, más bien, creamos un líder. De suerte que el líder cobra importancia, porque él nos ayuda a huir de nosotros mismos. Al líder se lo puede reverenciar, colocar en un nicho y hacerlo objeto de cuchicheos. Él es, pues, un verdadero factor de degeneración. Cuando el individuo, una sociedad, una cultura, lo esperen todo de un líder, ello indica ciertamente un estado de desintegración. Una sociedad creativa no tiene ningún líder, porque cada individuo es una

luz para sí mismo. Una sociedad semejante es el resultado de las relaciones entre gente que busca conocimento propio y entendimiento profundo, fundamental; y esa clase de gente no necesita una sociedad estática con sus líderes, con sus organizaciones sociales autoritarias.

Pregunta: ¿Por cuál mecanismo cambiamos el mundo cuando nos cambiamos a nosotros mismos?

KRISHNAMURTI: Yo he dicho que el problema individual es el problema del mundo; que el individuo con sus conflictos íntimos, con sus luchas psicológicas, con sus frustraciones, con sus ansiedades, empeños, móviles, proyecta todo eso en el mundo; y es de ese modo que el problema individual llega a ser el problema mundial. El mundo y el individuo, por consiguiente, no son dos entidades separadas; la masa y el individuo están interrelacionados, son inseparables. Cuando consideramos al individuo, consideramos el mundo, la masa, el todo. No es posible separarlos. El mundo no es distinto de vosotros, el mundo es vosotros; no en un sentido místico sino realmente. En lo biológico y en lo psicológico, en la vida de relación, el mundo sois vosotros. Porque cualquier cosa que seáis, vuestras codicias, vuestras ambiciones, vuestras frustraciones, se proyectan en el mundo; y por sagaz y sutilmente que el sistema social sea concebido, el hombre interior se sobrepone siempre al externo. Por lo tanto, tiene que haber transformación del fuero íntimo, no en oposición con

lo externo, no en antagonismo con la masa, no separadamente del mundo, sino como proceso total. El individuo y el mundo son un proceso total, y para transformar el mundo debéis empezar cerca, por vosotros mismos. No podéis transformar el mundo; eso carece de sentido. El mundo no tiene punto de referencia; pero el individuo tiene punto de referencia, que soy yo, que sois vosotros. Puedo, por consiguiente, empezar por mí mismo, lo cual no significa oponer a la masa la perfección individual. Es muy importante comprender que no estamos discutiendo para nada la perfección individual. El buscar la perfección individual conduce al aislamiento, a la segregación; y nada puede existir en el aislamiento. No estamos discutiendo el mejoramiento de uno mismo. Por el contrario, el automejoramiento es simplemente una forma más del autoencierro. Lo que discutimos, lo que tratamos de comprender, es el proceso individual, que no es ajeno al proceso mundial. Mas para comprender el mundo, tengo que empezar por alguna parte, y sólo puedo empezar por aquello que está cerca, o sea por mí mismo. Si eso está claro, pues, podemos ver el mecanismo del cambio; cómo, cambiándome a mí mismo, puedo transformar el mundo. Es decir, mientras yo sea codicioso, mientras sea nacionalista, mientras sea adquisitivo, produzco una sociedad en la cual la codicia, el afán de adquirir y el nacionalismo llegan al desenfreno, lo cual significa conflicto y por último conduce a la guerra. Es obvio que no puede haber mecanismo de cambio mientras yo sea codicioso, mientras busque el poder, porque

mis actos inevitablemente producirán un estado de poder --poder político, religioso y social— que al final de cuentas conduce al conflicto. Siendo yo, por consiguiente, el proceso total de la sociedad, soy responsable de la guerra; y si deseo ardientemente la paz, si quiero interesarme por la paz, debo dejar de ser codicioso, adquisitivo, no debo tener nacionalidad alguna, no debo pertenecer a ninguna religión organizada ni a ninguna ideología. Yo soy el proceso total del mundo, y si cambio, si me transformo, produzco transformación radical en la sociedad. Pero el estar libre de ideología, el estar libre de creencia —las cuales separan al hombre del hombre, al hindú del musulmán, al cristiano del budista— el estar libre de espíritu adquisitivo, de envidia, es muy arduo. Y un hombre que desea comprender todo el significado de la existencia, debe entenderse a sí mismo; no como individuo opuesto a la sociedad o a la masa, sino como proceso total. Esto es, tiene que darse cuenta de todo pensamiento, de todo sentimiento, de toda acción; y comprendiendo la codicia —lo cual, como he explicado, no es nombrar la codicia ni pensar en ella— él da fin a la codicia. Un hombre así conocerá el amor. Estando libre de los elementos que engendran antagonismo —creencia, nacionalismo, afán de adquirir— él será un factor de transformación en el mundo.

Pregunta: ¿Qué es verdadero y qué es falso en la teoría de la reencarnación?

KRISHNAMURTI: Espero que después de escuchar durante dos horas y diez minutos, vuestra mente continúe en estado de frescor. ¿Es así, señoras y señores? ¿Sí? Perfectamente. Lo que aquí estamos tratando de hacer es considerar juntos el problema; no estáis simplemente escuchando un fonógrafo. Yo me niego a ser un fonógrafo; pero vosotros estáis acostumbrados a escuchar únicamente, lo cual significa que en realidad no entendéis nada. Escucháis superficialmente, y os hechizan las palabras, y por lo tanto no sois los regeneradores o creadores de una nueva sociedad. Vosotros, señores, sois el factor desintegrante, y ésa es la calamidad; pero no veis la tragedia que ello representa. El mundo, incluída la India, está al borde de un precipicio, incendiándose y desintegrándose rápidamente; y un hombre que sólo escucha al líder, que se acostumbra a las palabras y se mantiene como espectador, contribuye al desastre. Así, pues, si se me permite insinuarlo, no os acostumbréis a lo que yo digo. Yo no repito; pienso de nuevo cada vez que contesto una pregunta. Si me limitase a repetir, ello me resultaría terriblemente fastidioso. Como no deseo fastidiarme con repeticiones, lo pienso todo como cosa nueva; y así debéis hacer vosotros, si tenéis la curiosidad y el ahinco que se requieren para descubrir.

Ahora bien, ¿qué involucra esta cuestión de la reencarnación? Es un enorme problema, y no podemos resolverlo en pocos minutos. Al examinar, pues, esta pregunta, encarémosla sin prejuicio alguno, lo cual no significa mantener la mente "abierta". Eso de la

mente abierta no existe; lo que se necesita es una mente inquisitiva. Tanto vosotros como yo debemos investigar esta cuestión. Y bien, ¿qué es lo que buscamos al investigarla? Buscamos la verdad, no de acuerdo a vuestra creencia ni a la mía; porque, para encontrar la verdad en cualquier asunto, no puedo tener creencia alguna. Quiero encontrar la verdad; y es por ello que investigo, que pongo al descubierto todo lo que esta cuestión implica, sin ampararme en ninguna forma de prejuicio. Esto es, investigo honestamente, mi mente procura descubrir con toda honestidad. Por lo tanto, no me dejaré desviar por el *Bhagavad Gita,* ni por la *Biblia,* ni por mi "gurú" favorito. Yo quiero saber, y para saber debo proceder con el ahinco que la búsqueda requiere; y un hombre que está amarrado a una creencia, por larga que sea la cuerda, está cautivo y por lo tanto no puede investigar. Sólo puede investigar en el radio de su propio cautiverio, y a causa de ello jamás hallará la verdad.

¿Qué es, pues, lo que implica la reencarnación? ¿Qué es aquello que se reencarna? Comprendéis lo que entiendo por reencarnación: volver una y otra vez en diferentes formas y en diferentes épocas. ¿Cuál es esa cualidad continua que llega al renacimiento? Hay sólo dos posibilidades: o bien eso que se llama el alma, el "yo", es un ente espiritual, o él es un mero manojo de mis recuerdos, mis características, mis tendencias, mis deseos sin cumplir, mis realizaciones, etc. Estamos examinando el problema, no tomando partido; por lo tanto no defendemos cosa alguna. Quien esté a la defensiva jamás sabrá lo que es la

verdad. Encontrará aquello que él defiende, y lo que él defiende ya no es la verdad; es su propia inclinación, su propia predisposición, su propio prejuicio.

Vamos a examinar ahora eso que llamamos ente espiritual. Es obvio que el ente espiritual no puede ser creado por mí. No tiene por origen mi mente, mi pensamiento, mi proyección. Tiene que ser independiente de mí. El ente espiritual, si es espiritual, no puede ser creado por mí. Tiene que ser otro que yo. Ahora bien, si es otro que yo, ha de ser atemporal, ha de ser lo eterno, ha de ser lo real; y aquello que es lo real, que es atemporal, que es inconmensurable, no puede evolucionar, crecer. No puede volver. Está más allá del tiempo, y por lo tanto es sin muerte. Y si es inmortal, si está más allá de mí, no tengo sobre ello ningún dominio, y ello no está dentro del campo de mi conciencia; por consiguiente no puedo pensar al respecto, no puedo investigar si puede o no puede reencarnarse. Es obvio que no puedo investigar aquello que está más allá de mi control. Sólo puedo investigar aquello que conozco, que es mi propia proyección; y si el ente espiritual que llamo Krishnamurti está más allá de mí, entonces es atemporal y no puedo pensar acerca de él; y aquello en que no puedo pensar carece de realidad para mí. Por lo tanto, como ese ente espiritual es atemporal e inmortal, y como yo tengo que ver con la muerte, con el tiempo, no puedo investigarlo. De ahí que no necesite molestarme al respecto. Pero nosotros *sí* nos molestamos. Lo que nos tiene preocupados no es la continuación de un ente espiritual, sino el saber si el "yo" continúa, el

diario "yo" con mis realizaciones, mis fracasos, mis frustraciones, mi cuenta bancaria, mis características e idiosincrasia, mi propiedad, mi familia, mis creencias; el saber si todo eso continuará. Eso es lo que deseamos saber, no si el ente espiritual continúa, lo cual, como lo he señalado, es un absurdo. Porque la realidad, el ser atemporal, no puede ser conocido por una persona que está atrapada en la red del tiempo. Como el pensamiento es el proceso del tiempo, como el pensamiento se basa en el pasado, carece enteramente de sentido que el pensamiento especule sobre lo atemporal. Se trata de una escapatoria. Aquello que es el resultado del tiempo puede tan sólo conocerse a sí mismo, puede tan sólo investigarse a sí mismo.

Deseo, pues, saber si el "yo" continúa. El "yo" que es un proceso total, psicológico a la vez que fisiológico, que está con el cuerpo y es también distinto del cuerpo —deseo saber si ese "yo" continúa, si surge después que esta existencia física termina. Y bien, ¿qué entendemos por continuidad? Hemos examinado más o menos lo que entendemos por "yo": mi nombre, mis características, mis frustraciones, mis realizaciones; bien lo sabéis: todas las variedades del pensamiento y del sentir en diferentes niveles de la conciencia. Eso, pues, lo sabemos. ¿Qué entendemos entonces por continuidad? ¿Qué significa "continuar"? ¿Qué es lo que brinda continuidad? ¿Qué es lo que dice "yo continuaré, o no"? ¿Qué es aquello que se aferra a la continuidad, a la permanencia, o sea a la seguridad? Después de todo, aquí yo busco seguridad en las posesiones, en las cosas, en la familia, en las

creencias; y cuando el cuerpo muere, la permanencia de las cosas, de la familia, ha desaparecido, pero la permanencia de la idea continúa. Es la idea, pues, lo que deseamos que continúe. Vemos que la propiedad habrá de desaparecer, que ya no habrá familia; pero deseamos saber si la idea continúa, si la idea del "yo", el pensamiento "yo soy", es continuo. Notad cuán importante es ver la diferencia. Sé que seré quemado, que el cuerpo será destruído. Sé que no os veré, que no veré a mi familia; ¿pero la idea del "yo" no continuará existiendo? ¿La idea del "yo" no es continua? ("Continuo" significa devenir, avanzar de época en época, de período en período, de experiencia en experiencia). Ésta, pues, es la verdadera indagación: ¿continuará el "yo", la idea o formulación del "yo"? ¿No estáis cansados? Muy bien, señores.

¿Qué es, pues, el "yo"? Lo hemos investigado, y ya sabéis lo que es. Es obvio que el pensamiento se identifica con una creencia; y esa creencia continúa como una onda eléctrica. El pensamiento identificado con una creencia tiene continuidad, tiene substancia; ese pensamiento es definido, es nombrado, recibe reconocimiento en calidad de "yo", y ese "yo", evidentemente, tiene movimiento, continúa, deviene. ¿Pero qué le ocurre a aquello que continúa? ¿Comprendéis el problema? ¿Qué le sucede a una cosa que es continua, en constante devenir? Aquello que continúa no tiene renovación; no hace más que repetirse en diferentes formas, pero no tiene renovación. Es decir, el pensamiento identificado con una idea tiene continuación en calidad de "yo"; pero una cosa que con-

tinúa declina constantemente; conoce nacimiento y muerte. En ese sentido continúa, pero aquello que continúa jamás puede renovarse. Sólo hay renovación cuando hay terminación. Una vez más: es muy importante descubrir y comprender esto. Supongamos, por ejemplo, que me veo acosado por un problema que trato de resolver, y que sigo preocupándome. ¿Qué ocurre? No hay renovación alguna, ¿verdad? El problema continúa día tras día, semana tras semana, año tras año. Cuando esa zozobra termina, empero, hay renovación; y entonces el problema tiene diferente significación. Sólo en el terminar hay renovación, sólo en la muerte hay un renacimiento; lo cual significa morir para el día, para el momento. Pero cuando hay mero deseo de continuar, y por lo tanto identificación con una creencia o con un recuerdo —eso es el "yo"— en esa continuación no hay renovación, lo cual es un hecho obvio. Un hombre que tiene un problema, que está continuamente angustiado durante una serie de años, está muerto, y para él no hay renovación; es de los muertos en vida, pues no hace más que continuar. Pero en cuanto termina el problema, prodúcese una renovación. De un modo análogo, donde hay terminación hay renacimiento, hay creación; pero donde hay continuidad no hay creación. Ved, señores, la belleza y la verdad de que en el terminar está el amor. El amor es nuevo de instante en instante; no es continuo, no es reiterativo. Esa es su grandeza, ésa es su verdad. Un hombre que busca continuidad la hallará, evidentemente, porque él se identifica con una idea, y la idea o recuerdo

continúa; pero en la mera continuidad no hay renovación. Sólo en la muerte, en el terminar, hay renovación, no en la continuidad.

Diréis ahora que no he contestado la pregunta de si hay o no reencarnación. He contestado vuestra pregunta, ciertamente. Para los problemas de la vida, señor, no hay respuestas categóricas por "sí" o por "no". La vida es demasiado vasta. Sólo los irreflexivos buscan una respuesta categórica. Analizando la cuestión, empero, hemos descubierto buena cantidad de cosas. Sólo hay belleza en el terminar; sólo hay renovación, creación, un comienzo, en la muerte, en el morir a cada minuto, lo cual significa no acumular, no atesorar, física o psicológicamente. La vida y la muerte son, pues, una sola, y el hombre que sabe eso es el que muere a cada minuto. Esto significa no nombrar, no dejar que el archivero ponga en escena una y otra vez aquello que es su conciencia particular. Inmortalidad no es la continuación de una idea, es decir, del "yo". Inmortalidad es aquello que constantemente está muriendo, y por lo tanto renovándose sin cesar.

Febrero 29 de 1948

VIII

A menudo hemos de habernos preguntado por qué la vida, desde el nacimiento hasta la muerte, es un proceso de lucha constante. ¿Por qué es que la vida, la existencia diaria, es una lucha semejante, una constante batalla con uno mismo, con el prójimo, con las propias ideas? ¿Por qué esta constante batalla, esta lucha de todos los momentos? ¿Es necesaria, o existe un proceso diferente? Este conflicto y esta lucha, este afanarse y batallar con uno mismo y con el prójimo, ¿es acaso necesario para la existencia, para vivir? Vemos que la vida, tal como la conocemos, es un interminable proceso de devenir, de moverse de lo que *es* a lo que *no es*, de la ira a la "no ira", de la violencia a la paz, del odio al amor. El devenir, por cierto, es un proceso de repetición en el que siempre hay lucha. Está visto que, hagamos lo que hagamos en la vida, la lucha del devenir se repite de continuo. Este devenir es el cultivo del recuerdo —¿no es así?— y al cultivo del recuerdo se le llama rectitud. La rec-

titud es un proceso de autoencierro. Este constante devenir: el empleado que llega a ser gerente, lo innoble que se convirte en noble, este constante esforzarse, es una forma de autoperpetuación. Conocemos esta batalla por llegar a ser algo: siendo apegados, queremos llegar a ser libres de apego; siendo pobres, queremos llegar a ricos; siendo pequeños, queremos hacernos grandes; siendo mediocres e insubstanciales, queremos ser sagaces, profundos, importantes. Existe esta constante batalla del devenir, y en el devenir hay evidentemente cultivo del recuerdo. Sin recuerdo no hay devenir. Soy iracundo, y quiero llegar a ser libre de ira; quiero poseer el estado de "no ira", y lucho. A esta lucha se la considera justa. De modo que la rectitud, este proceso de devenir, es evidentemente un proceso de autoencierro. No bien anhelo convertirme en algo o ser algo, el énfasis se pone en el devenir, en llegar a ser; y de ahí que haya esa lucha. A esa lucha le hemos atribuído significación; decimos que es justa, que es noble. Desde el nacimiento hasta la muerte, estamos, pues, atrapados en una lucha sin fin, y hemos aceptado esta batalla del devenir como algo que vale la pena, como algo que es noble y constituye una parte esencial de la existencia.

Ahora bien, ¿la vida, la existencia, es inevitablemente un proceso de lucha, de dolor, de sufrimiento, de continua batalla? Hay, por cierto, algo de erróneo en esta acción de devenir. Tiene que haber un enfoque diferente, un modo diferente de existencia. Yo creo que lo hay; pero él puede ser comprendido tan

sólo cuando entendemos la plena significación del devenir. En el devenir hay siempre repetición, y por lo tanto cultivo de la memoria, que es acentuar el "yo"; y el "yo", por su propia naturaleza, es afán, lucha, batalla. Ahora bien, la virtud jamás puede ser un devenir. La virtud es *ser*, en lo cual no hay lucha. No os podéis volver virtuosos; sois o no sois virtuosos. Siempre podéis llegar a ser rectos, pero nunca podéis llegar a ser virtuosos; porque la virtud trae libertad, y notaréis que un hombre recto nunca es libre. Esto no significa que un hombre virtuoso sea indulgente consigo mismo; sino que la virtud, por su propia naturaleza, trae libertad. Si intentáis ser virtuosos, ¿qué ocurre? Sólo os volvéis rectos. La virtud, en cambio, trae necesariamente libertad; porque en cuanto comprendéis el proceso, la lucha del devenir, hay *ser*, y por lo mismo hay virtud.

Tomemos como ejemplo la misericordia. Jamás podéis volveros misericordiosos, ¿verdad? Si lo hacéis, ¿qué sucede? Si lucháis para llegar a ser misericordiosos, si tratáis de volveros generosos, bondadosos, ¿qué ocurre? Cuando uno trata de volverse misericordioso, hace hincapié en el devenir, lo cual significa que se acentúa el "yo", que el "yo" llega a ser algo; y el "yo" jamás puede ser misericordioso, ¿no es cierto? Puede revestirse de rectitud, pero nunca puede ser virtuoso. La virtud, pues, no es rectitud; el hombre recto jamás puede ser un hombre virtuoso. La rectitud es siempre un proceso de autoencierro; mientras que la virtud, en la cual no hay devenir sino *ser*, es siempre libre, abierta y ordenada. Experimentad con

vosotros mismos y veréis que no bien os esforzáis por ser virtuosos, compasivos, generosos, no hacéis más que erigir una resistencia. En cambio, si realmente comprendéis el proceso del devenir –que es dar énfasis al "yo"– hallaréis que surge una confianza, una libertad, un *ser* en el cual está la virtud.

Ahora bien, ¿cómo habrá uno de transformarse, de producir este cambio radical del devenir en *ser*? Una persona que deviene y por lo tanto se esfuerza, lucha, combate consigo misma, ¿cómo habrá de conocer ese estado de *ser* que es virtud, que es libertad? Espero que la cuestión os resulte clara. Es decir, he estado luchando durante años para llegar a ser tal o cual cosa: para no ser envidioso, para llegar a ser libre de envidia; ¿y cómo habré de abandonar la lucha, desistir de ella, y *ser*, simplemente? Porque, mientras yo luche para llegar a ser lo que llamo "recto", es obvio que doy origen a un proceso de encierro en mí mismo; y en el encierro no hay libertad. Todo lo que puedo hacer, pues, es ser perceptivo, darme cuenta pasivamente de mi proceso de devenir. Si soy superficial, puedo percibir pasivamente que soy superficial, sin lucha alguna por llegar a ser algo. Si soy iracundo, si soy celoso, si soy despiadado, envidioso, puedo darme cuenta de ello, nada más, y no lidiar con ello. No bien lidiamos con una cualidad, damos énfasis a la lucha, y por lo tanto fortalecemos el muro de resistencia. A este muro de resistencia se lo considera rectitud; mas para un hombre recto, la verdad jamás puede surgir. Sólo al hombre libre puede

llegarle la verdad; y no se puede ser libre si existe cultivo del recuerdo, o sea rectitud.

De suerte que uno debe darse cuenta de esta lucha, de esta constante batalla. Daos cuenta, simplemente, sin argumentar al respecto, sin condenación; y si realmente os mantenéis vigilantes, pasivamente perceptivos aunque en estado de alerta, encontraréis que se os desprenden la envidia, los celos, la codicia, la violencia y todas esas cosas, y que surge el orden. Tranquilamente, rápidamente, surge un orden que no es el de la rectitud, un orden que no encierra. Porque la virtud es libertad, no un proceso de encierro. Sólo en la libertad puede surgir la verdad. Es esencial, por consiguiente, ser virtuoso, no recto, porque la virtud trae orden. Sólo el hombre recto está confuso, está en conflicto; sólo el hombre recto desarrolla su voluntad como medio de resistencia; y un hombre de voluntad jamás podrá encontrar la verdad, porque él nunca es libre. El *ser*, que es reconocer lo que *es*, aceptar y vivir con lo que *es* —no condenarlo ni tratar de transformarlo— produce virtud; y en ello está la libertad. Sólo cuando la mente no cultiva el recuerdo, cuando no busca la rectitud como medio de resistencia, hay libertad; y en esa libertad manifiéstase la realidad, cuya bienaventuranza tiene que ser experimentada.

Pregunta: ¿No son los símbolos religiosos expresión de una realidad demasiado profunda para ser falsa? El simple nombre de Dios nos mueve como ninguna otra cosa. ¿Por qué habríamos de evitarlo?

KRISHNAMURTI: ¿Para qué necesitamos símbolos? Los símbolos existen, evidentemente, como medio de comunicarnos unos con otros; mediante el lenguaje, un cuadro, un poema, comunicáis algo que sentís o que pensáis. ¿Mas para qué necesitamos atestar nuestra vida de símbolos religiosos, ya se trate de la cruz, de la media luna o de los símbolos hindúes? ¿Por qué los necesitamos? ¿Acaso los símbolos no son un estorbo? ¿Por qué no podemos experimentar lo que *es* en forma directa, inmediata y veloz? ¿Por qué buscamos la mediación de los símbolos? ¿Acaso no son distracciones? Una imagen, una pintura, una cosa hecha por la mano con madera o con piedra, no porque sea un símbolo deja de ser un estorbo. Diréis que necesitáis una imagen como símbolo de la realidad. ¿Pero qué ocurre cuando tenéis símbolos? Los hindúes tienen sus símbolos, los cristianos los suyos, y los musulmanes los suyos: el templo, la iglesia, la mezquita; y el resultado de ello es que los símbolos han llegado a ser mucho más importante que la búsqueda de la realidad. Y, por cierto, la realidad no está en el símbolo. La palabra no es la cosa; Dios no es la palabra. Pero la palabra, el símbolo, ha adquirido importancia. ¿Por qué? Porque no buscamos verdaderamente la realidad; no hacemos más que decorar el símbolo. No buscamos lo que está más allá y más arriba del símbolo, de lo cual resulta que el símbolo ha llegado a ser vital, extraordinariamente importante en nuestra vida; y por él estamos dispuestos a matarnos unos a otros. La palabra "Dios", asimismo, nos brinda cierto estímulo, y creemos que

ese estímulo, esa sensación, tiene cierta relación con lo real. ¿Pero la sensación, que es un proceso de pensamiento, tiene alguna relación con la realidad? El pensamiento es el resultado de la memoria, la respuesta a una condición; ¿y tal proceso de pensamiento tiene conexión alguna con la realidad, que no es un proceso de pensamiento? Por lo tanto un símbolo, que es creación de la mente, ¿tiene algo que ver con la realidad? ¿Y no es un símbolo un fácil escape, una imaginativa distracción de la realidad? Después de todo, ¿para qué queréis el símbolo si realmente buscáis la verdad? El hombre que está satisfecho con una imagen es el que se apega al símbolo; pero si él desea encontrar lo que es real, es obvio que debe dejar el símbolo. Llenamos de símbolos nuestra vida, nuestra mente, porque no tenemos lo otro. Si amamos, no necesitamos por cierto el símbolo del amor, o el ejemplo del amor; amamos, simplemente. Pero el hombre que en su mente mantiene un ejemplo, un símbolo, una imagen, un ideal, no se halla evidentemente en estado de amor. De ahí que los símbolos, los ejemplos, sean estorbos, y que esos estorbos se vuelvan tan importantes, que por su causa matamos a otros y mutilamos nuestra propia mente y corazón. ¿Por qué, señor, no apreciar las cosas directamente? Uno ama a una persona, a un árbol, no por lo que representa ni porque sea manifestación de la realidad, de la vida, ni de ninguna otra cosa; eso no pasa de ser una explicación fácil. Uno ama; eso es todo. Es claro que, cuando uno es capaz de amar la vida en sí, no porque ella sea la manifestación de la realidad, en ese mismo

amor a la vida uno hallará lo que es real. Mas si tratáis la vida como manifestación de alguna otra cosa, entonces abomináis la vida; entonces queréis huir de la vida, o hacéis de ella un horrible negocio que os torna necesario escapar a lo existente. Por lo demás, una mente atrapada en símbolos no es una mente simple. Y para encontrar lo real es preciso que tengáis una mente muy simple, una mente clara, una mente inmaculada, incorrupta. Una mente enredada en palabras, en frases, en "mantrams", en normas de acción, jamás podrá comprender aquello que es real. Debe despojarse de todo para ser libre; y sólo entonces, por cierto, lo real puede manifestarse.

Pregunta: ¿Qué nos aconseja Vd. hacer cuando la guerra estalle?

KRISHNAMURTI: En vez de buscar consejo, ¿puedo sugeriros que examinemos juntos el problema? Porque es muy fácil aconsejar, pero ello no resuelve el problema. Mas si examinamos el problema juntos, tal vez podamos ver cómo hemos de actuar cuando estalle la guerra. Tiene que ser una acción directa, no una acción basada en el consejo ni en la autoridad de nadie, lo cual sería demasiado estúpido en momentos de crisis. En momentos de crisis, seguir a alguien conduce a nuestra propia destrucción. Después de todo, en épocas críticas como la guerra, se os conduce a la destrucción; mas si conocéis todo lo que la guerra implica y veis su acción, si veis cómo ella se engendra, entonces, sin buscar consejo ni seguir a nadie, actua-

réis de un modo directo y verdadero cuando la crisis se presente. Esto no significa que yo trate de esquivar el problema no contestando vuestra pregunta directamente. No me estoy escabullendo; por el contrario, voy a mostraros que podemos actuar virtuosamente —lo cual no quiere decir "rectamente"— cuando esa espantosa catástrofe caiga sobre el hombre.

Ahora bien, ¿qué haríais vosotros si hubiera una guerra? Siendo hindúes, o indios, o alemanes, siendo nacionalistas, patrióticos, es natural que os precipitaríais a las armas, ¿no es así? Porque con propaganda, horribles cuadros y todo lo demás, se os estimularía y os hallaríais listos para pelear. Estando condicionados por el patriotismo, por el nacionalismo, por las fronteras económicas, por eso que se llama "amor patrio", vuestra inmediata respuesta sería combatir. De suerte que no tendríais problema, ¿verdad? Sólo tenéis un problema cuando empezáis a poner en tela de juicio las causas de la guerra, que no son puramente económicas sino mucho más psicológicas e ideológicas. Cuando empezáis a examinar el proceso íntegro de la guerra, a inquirir cómo la guerra se produce, entonces tenéis que ser directamente responsables de vuestros actos. Porque la guerra se produce tan sólo cuando vosotros, en vuestras relaciones con los demás, engendráis conflicto. La guerra, en suma, es una proyección de nuestra vida diaria; sólo que es más espectacular y más destructiva. En la vida diaria matamos, destruimos, estropeamos a miles de personas con nuestra codicia, nuestro nacionalismo, nuestras fronteras económicas, etc. La guerra, pues, es la

continuación de vuestra diaria existencia, hecha más espectacular; y en el momento en que examináis directamente la causa de la guerra, ponéis en tela de juicio vuestras relaciones con el prójimo, lo cual significa que os interrogáis acerca de toda vuestra existencia, de todo vuestro modo de vivir. Y si inquirís inteligentemente, no de un modo superficial, cuando llegue la guerra responderéis según vuestra indagación y vuestro entendimiento. Para un hombre que es pacífico, no en virtud de un ideal de "no violencia" (cosa que ya hemos ahondado), sino que es realmente libre de violencia, la guerra carece de sentido; es obvio que no intervendrá en ella. Podrá ser fusilado porque no interviene en la guerra, pero él acepta las consecuencias. Él, por lo menos, no participará en la guerra; pero no por idealismo. El idealista, como lo he explicado, es una persona que elude la acción inmediata. El idealista que busca la "no violencia", es incapaz de estar libre de violencia. Como toda nuestra vida, en efecto, se basa en el conflicto y la violencia, si yo no me entiendo a mí mismo ahora, hoy, ¿cómo puedo actuar de un modo verdadero mañana, cuando haya una calamidad? Siendo adquisitivo, condicionado por el nacionalismo, por mi clase social —todo el proceso lo conocéis— ¿cómo puedo, condicionado como soy por la codicia y la violencia, actuar sin codicia ni violencia cuando haya una catástrofe? Es natural que seré violento. Cuando hay una guerra, asimismo, a muchos les agradan sus dádivas: el gobierno se ocupará de mí, alimentará a mi familia; y la guerra interrumpe mi diaria rutina, mis

idas a la oficina, la monotonía de mi vida. La guerra, por lo tanto, es un escape, y a muchos les ofrece un modo fácil de eludir responsabilidades. ¿No habéis oído lo que muchos soldados dicen? "¡Gracias a Dios! Es cosa bestial, pero por lo menos resulta excitante". La guerra, asimismo, da rienda suelta a nuestros instintos criminales. Somos criminales en nuestra vida diaria, en el mundo de nuestros negocios, en nuestras relaciones, pero todo ello es subterráneo y está muy cuidadosamente oculto, encubierto por un manto de rectitud, por una aceptación legalizada de dicha criminalidad; y la guerra nos permite librarnos de esa hipocresía. ¡Por fin podemos ser violentos!

Cómo actuaréis, pues, en tiempos de guerra, depende de vosotros, de la condición o estado de vuestro ser. Decir "no debes intervenir en la guerra" a un hombre que está condicionado para la violencia, es totalmente en vano. Es una inútil pérdida de tiempo decirle que no luche, porque él está condicionado para pelear, porque le encanta pelear. Pero aquellos de nosotros que tenemos intenciones serias podemos investigar nuestra propia vida, podemos ver cuán violentos somos en nuestra vida diaria, en nuestro lenguaje, en nuestros pensamientos, en nuestros actos, en nuestros sentimientos, y podemos vernos libres de esa violencia, no por obra de un ideal, no tratando de transformarla en "no violencia", sino enfrentándola realmente, dándonos cuenta de ella, nada más. Entonces, cuado llegue la guerra, sabremos actuar de un modo verdadero. Un hombre que anda en busca de un ideal actuará de un modo falso, porque su res-

puesta se basará en la frustración. Mientras que si somos capaces de darnos cuenta de nuestros propios pensamientos, sentimientos y actos en nuestra vida diaria —no condenándolos sino simplemente dándonos cuenta de ello— entonces nos libraremos del patriotismo, del nacionalismo, del flamear de banderas y de toda esa sandez. Son ésos, precisamente, los símbolos de la violencia. Y una vez que seamos libres, sabremos cómo actuar de un modo verdadero cuando llegue esa crisis que se llama guerra.

Pregunta: ¿Un hombre que aborrece la violencia puede participar en el gobierno de un país?

KRISHNAMURTI: Veamos qué es el gobierno. Después de todo, él es y representa lo que nosotros somos. En la llamada "democracia" (sea lo que fuere que eso signifique), elegimos para que nos representen a aquellos que son como nosotros, a los que nos agradan, a los que tienen la voz más fuerte, la mente más sagaz, o lo que sea. Es obvio, pues, que el gobierno es lo que nosotros somos. ¿No es así? ¿Y nosotros qué somos? Nosotros somos —¿verdad?— una masa de reacciones condicionadas: violencia, codicia, afán de adquirir, envidia, deseo de poder, etc. Es natural, pues, que el gobierno sea lo que nosotros somos, es decir, la violencia en diversas formas; ¿y cómo puede un hombre que realmente no tiene violencia en su ser, pertenecer, nominalmnte o de hecho, a una estructura que es violenta? ¿Puede la realidad coexistir con la violencia, que es lo que llamamos go-

bierno? ¿Puede un hombre que busca o que vive la realidad, tener algo que ver con los gobiernos soberanos, con el nacionalismo, con una ideología, con la política partidaria, con un sistema de poder? La persona pacífica cree que, ingresando al gobierno, podrá realizar algún bien. ¿Pero qué ocurre cuando él entra en el gobierno? La estructura es tan poderosa que ella lo absorbe, y muy poco puede él hacer. Esto, señor, es un hecho; está realmente ocurriendo en el mundo. Cuando ingresáis a un partido, u os presentáis a una elección para el parlamento, o lo que sea, tenéis que aceptar la línea partidaria. Por consiguiente dejáis de pensar. ¿Y cómo puede un hombre que se ha entregado a otros —ya sea a un partido, a un gobierno o a un "gurú"— cómo puede encontrar la realidad? ¿Y cómo el que busca la verdad puede tener relación alguna con la política del poder?

Como veis, estas preguntas las formulamos porque nos gusta confiar en la autoridad externa, en el medio ambiente, para la transformación de nosotros mismos. Esperamos que los dirigentes, los gobiernos, los partidos, los sistemas, las normas de acción, habrán de transformarnos de algún modo, habrán de traer orden y paz a nuestra vida. Ésa, por cierto, es la base de todas estas preguntas, ¿verdad? ¿Puede alguien, ya sea un gobierno, un "gurú" o un demonio, brindaros paz y orden? ¿Puede alguien traeros felicidad y amor? Por cierto que no. La paz sólo puede surgir cuando la confusión que hemos creado sea completamente comprendida, no en el nivel verbal sino en el fuero íntimo. Cuando las causas de confusión, de lucha, son

eliminadas, es obvio que hay paz y libertad. Pero sin suprimir las causas, esperamos que alguna autoridad externa nos traiga la paz; y lo externo se ve siempre sumergido por lo interior. Sea cual fuere la estructura externa, por bien construída, buena y ordenada que sea, a ella se sobrepondrá siempre la confusión íntima mientras exista el conflicto psicológico, la búsqueda de poder, de posición, etc. Por ello, ciertamente, debemos acentuar lo interior, y no simplemente cifrar esperanzas en lo externo.

Pregunta: Vd. parece no creer que hemos ganado nuestra independencia. ¿Cuál sería, a su entender, el estado de verdadera libertad?

KRISHNAMURTI: Señor, la libertad se convierte en aislamiento cuando es nacionalista; y el aislamiento inevitablemente conduce al conflicto, porque nada puede existir en el aislamiento. Ser, es estar relacionado; y si no hacéis más que aislaros dentro de una frontera nacional, provocáis la confusión, el dolor, el hambre, el conflicto, la guerra, lo cual se ha comprobado una y otra vez. De suerte que la independencia como Estado separado inevitablemente lleva al conflicto y a la guerra, pues la independencia, para la mayoría de nosotros, implica aislamiento. Y luego de haberos aislado como entidad nacional, ¿habéis conquistado la libertad? ¿Estáis libres de la explotación, de la lucha de clases, del hambre, de los antagonismos religiosos, del sacerdote, de la lucha comunal, del caudillismo? Es obvio que no. Sólo habéis ex-

pulsado al explotador blanco, mientras el moreno ha ocupado su lugar —probablemente con algo más de crueldad.— Tenemos las mismas cosas de antes: la misma explotación, los mismos sacerdotes, la misma religión organizada, las mismas supersticiones y guerras de clase. ¿Y eso nos ha dado libertad? Nosotros, señor, no queremos ser libres; no nos engañemos a nosotros mismos. Porque la libertad implica inteligencia, amor; la libertad excluye la explotación, el sometimiento a la autoridad; la libertad implica extraordinaria virtud. Como ya lo dije, la rectitud es siempre un proceso de aislamiento, pues éste y la rectitud van juntos; mientras que la virtud y la libertad son coexistentes. Una nación soberana está siempre aislada, y por lo tanto nunca puede ser libre; es, pues, una causa de constante lucha, sospecha, antagonismo y guerra.

No hay duda de que la libertad debe comenzar por el individuo, que es un proceso total, no antagónico de la masa. El individuo es el proceso total del mundo, y si él no hace otra cosa que aislarse en el nacionalismo o en la rectitud, viene a ser la causa del desastre y de la miseria. Pero si el individuo —que es un proceso total, no opuesto a la masa sino resultado de la masa, del conjunto— se transforma a sí mismo, si transforma su vida, entonces para él hay libertad; y como él es el resultado de un proceso total, cuando se libra del nacionalismo, de la codicia, de la explotación, ejerce acción directa sobre el conjunto. La regeneración del individuo no es en el futuro, sino ahora; y si aplazáis para mañana vuestra regenera-

ción, provocáis confusión y quedáis atrapados en la ola de tinieblas. La regeneración es ahora, no mañana, porque la comprensión es sólo en el presente. No comprendéis ahora porque no dedicáis vuestro corazón y vuestra mente, toda vuestra atención, a aquello que deseáis comprender. Si consagráis vuestra mente y corazón a comprender, tendréis comprensión. Señor, si Vd. consagra su mente y su corazón a descubrir la causa de la violencia, si se da plena cuenta de ella, estará libre de violencia ahora. Mas por desgracia habéis condicionado de tal modo vuestra mente por el aplazamiento religioso y la ética social, que sois incapaces de considerar la violencia directamente; y ésa es nuestra dificultad.

La comprensión, pues, es siempre en el presente, jamás en el futuro. La comprensión es ahora, no en los días que vendrán. Y la libertad, que no es aislamiento, sólo puede surgir cuando cada uno de nosotros comprende su responsabilidad ante el conjunto. Después de todo, vosotros sois el resultado de toda la India, de toda la humanidad. Podéis llamaros por el nombre que os plazca, pero sois el resultado de un proceso total, que es el hombre. Y si vosotros, lo que psicológicamente se llama "vosotros", no sois libres, ¿cómo podéis tener libertad en lo exterior, qué significado tiene la libertad externa? Podréis tener diferentes gobernadores; pero por Dios, ¿es eso libertad? El número de vuestras provincias podrá multiplicarse, porque cada persona quiere un empleo; ¿pero es eso libertad? Señor, a nosotros nos llenan con palabras sin mucho contenido; embrollamos los con-

sejos con palabras que carecen de sentido; hemos vivido de propaganda, la cual es una mentira. Estos problemas no los hemos pensado por nosotros mismos, porque casi todos queremos que se nos conduzca. No queremos pensar y descubrir, porque el pensar es muy penoso y trae muchas desilusiones. Cuando pensamos, o bien nos desilusionamos y nos volvemos cínicos, o avanzamos más allá del pensamiento. Cuando llegáis más allá y os colocáis por encima de todo proceso de pensamiento, entonces hay libertad. Y en ello hay júbilo, en ello hay ser creador, algo que un hombre recto, un hombre aislado, jamás podrá comprender.

Pregunta: Mi mente es inquieta y está angustiada. Si no logro dominarla, nada puedo hacer conmigo mismo. ¿Cómo habré de dominar el pensamiento?

KRISHNAMURTI: Señor, éste es un problema enorme; y, como ocurre con todos los otros problemas de la vida, no encontraremos un método para su solución. Pero trataremos de comprender el problema en sí, y partiendo de esa comprensión sabremos entendernos con esta pregunta. Primero tenemos que comprender el pensamiento, que el pensador quiere dominar. Espero que éste no sea un tema demasiado arduo. ¿Qué entendemos por pensamiento? ¿Qué entendemos por pensar? ¿Y el pensador, es distinto de su pensamiento? ¿Es el meditador diferente de su meditación? ¿Es el observador diferente, distinto de lo observado? ¿La cualidad es diferente del "yo"? De

suerte que, antes de que el pensamiento pueda ser dominado, sea lo que fuere que ello signifique, debemos comprender el proceso de pensar y quién es el que piensa, y averiguar si se trata de dos procesos separados o de un proceso unitario.

¿Existe el pensador cuando él deja de pensar? ¿Hay pensador cuando no hay pensamientos? Es obvio que, si no tenéis pensamientos, no hay pensador. ¿Y por qué existe la separación entre el pensador y el pensamiento? En la mayoría de nosotros existe esa separación. ¿Por qué hay tal separación? ¿Es ella "factual", verdadera, o es simplemente una cosa ficticia que la mente ha creado? Tenemos que ser muy claros acerca de este punto, porque luego indagaremos qué es el proceso del pensamiento. Debemos establecer bien claramente, primero, si el pensador es distinto, y por qué se ha separado de sus pensamientos. Luego ahondaremos el problema del pensar y del control, y todo lo demás.

¿No sustentáis la creencia de que vuestros pensamientos son distintos de vosotros mismos? La pregunta formulada implica de por sí —¿verdad?— que existe el que controla y lo controlado, el observador y lo observado. Ahora bien, ¿sabemos que este proceso es un hecho, que existe el observador y lo observado, el que controla y lo controlado? ¿Es real esta separación? Es real en el sentido de que gustamos de ella. ¿Pero no es una treta de la mente? Observad que en esta cuestión hay mucho involucrado; no aceptéis, pues, ni neguéis; no defendáis ni desechéis lo que yo sugiero. La mayoría de vosotros cree que el pensador

es distinto: el "yo" superior, el Atman, que vigila y domina al "yo" inferior, etc. ¿Por qué existe esta separación? ¿Esta separación no sigue estando en la esfera de la mente? Cuando decís que el pensador es el Atman, el que vigila, y que los pensamientos son distintos, eso, por cierto, está aún en la esfera de la mente. ¿No será entonces que la mente, el pensador, se ha separado de sus pensamentos a fin de atribuirse permanencia? Porque él siempre puede modificar sus pensamientos, siempre puede cambiarlos, poner en torno de ellos un nuevo armazón, mientras se mantiene aparte, con lo cual se da permanencia. Pero sin pensamientos no hay pensador. Él puede separarse de sus pensamientos, pero si deja de pensar ya no existe, ¿no es así? Así, pues, esta separación del pensador y sus pensamientos es una treta del pensador para darse a sí mismo seguridad, permanencia. Esto es, la mente percibe que los pensamientos son transitorios, y por lo tanto adopta el astuto ardid de decir que ella es el pensador, distinto de sus pensamientos, que ella es el Atman, el que vigila, apartado de la acción, del pensamiento. Mas si observáis el proceso muy atentamente, dejando de lado todos vuestros conocimientos adquiridos de lo que otros, por grandes que sean, hayan dicho, veréis que el observador es lo observado, que el pensador es el pensamiento. No hay pensador aparte del pensamiento; por más amplia, profunda y extensivamente que él se separe o construya un muro entre sí mismo y sus pensamientos, el pensador sigue estando en la esfera de su pensar. Por lo tanto el pensador es el pensamiento. Y así, cuando pregun-

táis "¿cómo puede ser dominado el pensamiento?", formuláis un falso interrogante. Cuando el pensador empieza a dominar sus pensamientos, él lo hace tan sólo para darse continuidad, o porque encuentra que sus pensamientos le resultan penosos. Es por eso que desea modificar sus pensamientos, mientras se mantiene permanente detrás de la pantalla de palabras y pensamientos. Una vez que admitís eso, que es verdadero, vuestras disciplinas, vuestra busca de lo superior, vuestras meditaciones, vuestros controles, todo se desploma. Es decir, si estáis dispuestos a considerar el hecho evidente de que el pensador es el pensamiento, y cuando llegáis a daros plena cuenta de ese hecho, ya no pensáis en términos de dominar, modificar, controlar o canalizar vuestros pensamientos. Entonces el pensamiento llega a ser importante, no el pensador. Entonces no se hace hincapié en el controlador ni en cómo ha de controlar, sino que el pensamiento que es controlado tórnase importante en sí mismo. La comprensión del proceso del pensamiento es el principio de la meditación, que es el conocimiento propio. Sin conocimiento propio no hay meditación; y la meditación del corazón es la comprensión. Para comprender, no podéis estar atados a ninguna creencia.

Lo que ahora nos interesa, pues, no es dominar el pensamiento, cuestión que resulta falsa, sino comprender el pensamiento; nos interesa el proceso del pensamiento en sí. Por lo tanto estamos libres de la idea de disciplina, de la idea de control; y ello representa una extraordinaria revolución, ¿no es así? Sólo podéis

estar libres de eso cuando veis la verdad de que es falso creer que el pensador sea distinto de sus pensamientos. Esto es, cuando veis la verdad acerca de lo falso, estáis libres de lo falso. Durante un largo período hemos aceptado la idea de que el pensador es distinto de sus pensamientos; y ahora vemos que tal separación es falsa. Por lo tanto, viendo la verdad acerca de lo falso, quedáis libres de lo falso, con todo lo que ello implica: disciplinar, controlar, guiar, canalizar el pensamiento, poner el pensamiento en un molde definido de acción. Cuando hacéis todo eso, aún os preocupa el pensador; por lo tanto pensador y pensamiento continuarán separados, lo cual es cosa falsa. Mas cuando veis la falsedad de todo eso, ello se os desprende y sólo queda el pensamiento. Luego podéis investigar el pensamiento; y entonces la mente es mera máquina del proceso de pensar, y el pensador no es distinto del pensamiento.

Ahora bien, la mente es el registrador, el experimentador, y por lo tanto la mente es recuerdo, memoria sensitiva; porque la mente es resultado de los sentidos. Así, pues, el pensamiento —que es producto de la mente— es sensorio; es obvio que el pensamiento es resultado de la sensación. La mente es el factor registrador, acumulador, la conciencia que experimenta, nombra y archiva. Es decir, la mente experimenta, luego designa a la experiencia como agradable o desagradable, y entonces la archiva, la pone en ese casillero que es la memoria. Esa memoria es la que responde a un nuevo reto. El reto es siempre nuevo; y el recuerdo, que es mero registro del pasado, se

encuentra con lo nuevo. Este hacer frente a lo nuevo por lo viejo se llama vivencia. Ahora bien, el recuerdo carece de vida propia. Tiene vida, resulta revivificado, tan sólo al encontrarse con lo nuevo. Lo nuevo, por consiguiente, siempre está dando vida a lo viejo. Es decir, cuando la memoria hace frente al reto —que siempre es nuevo— gana vida y se fortalece con esa experiencia. Examinad vuestra propia memoria y veréis que no tiene vitalidad en sí misma; mas cuando la memoria hace frente a lo nuevo y traduce lo nuevo de acuerdo a su propio "condicionamiento", resulta revivificada. La memoria, pues, sólo tiene vida cuando hace frente a lo nuevo; y siempre se hace revivir y se fortalece a sí misma. A esta revivificación de la memoria se le llama pensar. Observad que es muy importante comprender todo esto, pero no sé hasta qué punto deseáis ahondarlo.

De suerte que el pensar es siempre una respuesta condicionada; es un proceso de reacción ante un reto. El reto siempre es nuevo; pero el pensar, que es una respuesta derivada del recuerdo, es siempre lo viejo revivificado. Es muy importante comprender esto. El pensamiento jamás puede ser nuevo, porque el pensar es la respuesta de la memoria; y esta respuesta de la memoria se vuelve vital cuando se encuentra con lo nuevo y de él deriva vida. Pero el pensar en sí jamás es nuevo. Por lo tanto el pensar nunca puede ser creador, siendo, como siempre lo es, la respuesta del recuerdo. Ahora bien, nuestra mente, nuestros pensamientos, vagan por todas partes, y deseamos poner orden. Como lo he explicado, eso no puede ha-

cerse por el control; porque en el momento en que la domináis, vuestra mente se vuelve exclusiva y se aisla. Si sólo acentuáis un pensamiento y excluís todos los demás, desarróllase un proceso de aislamiento. Una mente así, por consiguiente, nunca puede ser libre. Puede aislarse, pero el aislamiento no es la libertad. Una mente controlada no es una mente libre.

Nuestro problema, pues, consiste en que nuestros pensamientos vagan por todas partes, y, naturalmente, queremos poner orden; ¿pero cómo ha de producirse el orden? Ahora bien, para comprender una máquina que gira rápidamente, debéis hacer que gire más despacio, ¿no es así? Si deseáis comprender un dínamo, hay que hacerlo girar más despacio y estudiarlo; mas si lo detenéis es cosa muerta, y una cosa muerta jamás puede ser comprendida; sólo una cosa viva puede ser comprendida. Así, pues, una mente que ha matado los pensamientos mediante la exclusión, el aislamiento, no puede tener comprensión; pero la mente puede comprender el pensamiento si al proceso de pensar se lo torna más lento. Si habéis visto pasar lentamente una película cinematográfica, comprenderéis el maravilloso movimiento de los músculos de un caballo cuando salta. Hay belleza en ese lento movimiento de los músculos; pero cuando el caballo salta de prisa y el movimiento termina en seguida, aquella belleza se pierde. De un modo análogo, cuando la mente se mueve con lentitud porque desea comprender cada pensamiento a medida que surge, entonces se está libre del pensar, del pensamiento controlado y disciplinado. Como el pensamiento es la

respuesta de la memoria, nunca puede ser creador. Sólo haciendo frente a lo nuevo como nuevo, a lo fresco como fresco, hay ser creador. La mente es el registrador, el colector de recuerdos; y mientras el reto haga revivir el recuerdo, el proceso de pensar tiene que proseguir. Pero si cada pensamiento es observado, sentido hasta el final, plenamente penetrado y completamente entendido, entonces hallaréis que la memoria empieza a marchitarse. Hablamos de la memoria psicológica, no de la memoria "factual".

El pensamiento, que es la respuesta de la memoria, surge tan sólo cuando una experiencia no ha sido plenamente comprendida, por lo cual deja un residuo. Cuando comprendéis una experiencia completamente, ella no deja recuerdo, ningún residuo psicológico. El pensamiento es la respuesta del residuo, o sea de la memoria; y si podéis completar un pensamiento, examinarlo a fondo, sentirlo del todo, en la plenitud de su extensión, su residuo queda suprimido. Examinar plenamente un pensamiento, un sentimiento, resulta muy arduo; porque, cuando empezáis a examinar un pensamiento, otros pensamientos se insinúan. Andáis, pues, dando vueltas, persiguiendo desesperadamente un pensamiento tras otro, a causa de la rapidez de cada pensamiento. Pero si os interesa examinar un pensamiento plenamente, experimentad anotando los pensamientos que surgen; consignadlos simplemente al papel, y luego observad lo que habéis escrito. En esa observación, vuestra mente funciona más despacio, porque, para estudiar, ella debe disminuir su rapidez; lo cual no es compulsión ni disciplina. Bas-

ta que escribáis unos cuantos de vuestros pensamientos y los observéis, los estudiéis, para que vuestra mente ande en seguida más despacio. Observad vuestra mente ahora, mientras escucháis, y ved qué hace. Se mueve muy lentamente. No tenéis innumerables pensamientos; sólo seguís uno, el que estoy explicando. Vuestra mente, por lo tanto, funciona más despacio, por lo cual es capaz de seguir un pensamiento hasta el final. Cuando todo pensamiento ha sido seguido hasta el final y la mente está desnuda de recuerdos, ella se tranquiliza y no tiene problemas. ¿Por qué? Porque el creador del problema, que es la memoria, cesa; y en esa quietud, que es absoluta, la realidad se manifiesta. Todo este proceso, que esta tarde hemos descubierto con respecto a esta cuestión en particular, es meditación. La meditación es conocimiento propio, que es la base del verdadero pensar; y cuando hay verdadero pensar hay comprensión, y por lo mismo acción justa. Pero la meditación se vuelve imitativa y no tiene sentido alguno cuando el pensador no es comprendido. Cuando el pensador se separa de sus pensamientos y busca dominarlos, avanza hacia la ilusión, mientras que el ver la verdad acerca de lo falso os libra de lo falso. Entonces sólo queda el pensamiento, y al comprender el pensamiento plenamente, viene la quietud. En esa quietud hay creación. Es decir, cuando la mente deja de crear, surge una creación que está más allá del tiempo, que es inconmensurable, que es lo real.

Marzo 7 de 1948

IX

Aunque abierta a todos, la reunión de la fecha fué convocada especialmente para provecho de educadores y maestros. Fué presidida por un miembro de la Confraternidad de la Nueva Educación, quien dió la bienvenida a Krishnamurti en nombre de su institución, agradeciéndole el honor de su presencia. Luego le solicitó que les brindara la gracia de sus consejos en materia de educación.

KRISHNAMURTI: Señor presidente y amigos: Se me han enviado muchas preguntas, y me propongo contestar esta tarde tantas como me sea posible. Todas estas preguntas han sido redactadas de nuevo, pero se ha conservado de ellas lo substancial. Algunas preguntas eran repetidas, y nos pareció que sería mejor combinarlas y escribirlas de nuevo, y hay aquí unas 15 o 16 preguntas. Pero antes de darles respuesta, desearía decir algo.

A través del mundo está tornándose cada vez más evidente que el educador necesita que se lo eduque.

No es cuestión de educar al niño sino más bien al educador, pues él lo necesita mucho más que el alumno. El alumno, después de todo, es como una tierna planta que ha menester de guía, de ayuda; pero si el que brinda ayuda es incapaz, estrecho, fanático, nacionalista y otras cosas más, es natural que su producto sea lo que él es. Paréceme, pues, que lo importante no es tanto la técnica de lo que se ha de enseñar, que es secundaria; lo que tiene primordial importancia es la inteligencia del propio educador. Bien sabéis que, a través del mundo, la educación ha fracasado, porque ella ha producido las dos guerras más colosales y destructivas de la historia; y, puesto que ha fracasado, el mero hecho de substituir un sistema por otro paréceme absolutamente inútil. Si existe, empero, una posibilidad de cambiar el pensamiento, el sentir, la actitud del maestro, entonces podrá tal vez surgir una nueva cultura, una nueva civilización. Porque es obvio que esta civilización tiene probabilidades de ser completamente destruída; la próxima guerra acabará probablemente con la civilización de Occidente, tal como la conocemos. Tal vez en este país seremos también afectados por ella de un modo profundo. Pero en medio de este caos, de esta miseria, confusión y lucha, resulta por cierto extraordinariamente grande la responsabilidad del maestro, ya se trate de un empleado del gobierno, de un instructor religioso o del que imparte mera información; y los que, teniendo la educación como medio de vida, no hacen más que medrar con ella, a mi modo de ver no tienen lugar alguno en la estructura moderna de

la sociedad, si es que un orden nuevo ha de crearse. Nuestro problema, pues, no es tanto el niño, el muchacho o la niña, sino el maestro, el educador; éste necesita mucho más que el alumno que se lo eduque. Y educar al educador es mucho más difícil que educar al niño, porque el educador ya está definido, fijo. Su función resulta puramente rutinaria, porque en realidad no le interesa el proceso del pensamiento, el cultivo de la inteligencia. No hace más que impartir instrucción; y un hombre que sólo brinda informaciones cuando el mundo entero cruje en sus oídos, no es ciertamente un educador. ¿Pretenderéis decir que la educación es un medio de vida? Considerarla medio de vida, explotar a los niños para provecho de uno mismo, a mí me parece sumamente contrario al verdadero propósito de la educación.

De suerte que al contestar todas estas preguntas, el punto principal es el educador, no el niño. Podéis proporcionar el ambiente apropiado, los útiles necesarios, y todo lo demás; mas lo importante es que el propio educador descubra lo que toda esta existencia significa. ¿Por qué vivimos, por qué luchamos, por qué educamos, por qué hay guerras, por qué hay lucha comunal entre hombre y hombre? Estudiar todo este problema, hacer que entre en acción nuestra inteligencia, es por cierto la función de un verdadero maestro. El maestro que nada exige para sí, que no se vale de la enseñanza como medio de adquirir posición, poder, autoridad; el maestro que enseña realmente, no para beneficiarse ni siguiendo una línea dada, sino dándole al niño inteligencia,

desarrollándosela y despertándosela porque cultiva la inteligencia en sí mismo —un maestro así ocupa ciertamente el principal lugar en la civilización. Porque, al fin y al cabo, todas las grandes civilizaciones han tenido por cimientos los instructores, no los ingenieros y los técnicos. Los ingenieros y los técnicos son absolutamente necesarios, pero los que despiertan la inteligencia moral, la inteligencia ética, son evidentemente de suprema importancia; y ellos pueden ser moralmente íntegros y estar libres del deseo de poder, de posición, de autoridad, tan sólo cuando nada piden para sí mismos, cuando están más allá y por encima de la sociedad, y no se hallan bajo el control de los gobiernos; y cuando están libres de la coacción que implica la acción social, la cual siempre es acción de acuerdo a una norma.

Es preciso, pues, que el maestro esté más allá de los límites de la sociedad y sus exigencias, para que le sea posible crear una nueva cultura, una nueva estructura, una nueva civilización. Pero actualmente nos interesa tan sólo la técnica de cómo educar al niño o a la niña, sin cultivar la inteligencia del maestro; y ello, a mi parecer, es absolutamente vano. Hoy nos preocupa ante todo aprender una técnica e impartir esa técnica al niño, no el cultivo de la inteligencia que le ayudará a habérselas con los problemas de la vida. Al contestar, pues, estas preguntas, espero que seáis indulgentes conmigo si no entro en ningún detalle particular, y si me ocupo principalmente, no de la técnica, sino del modo correcto de abordar el problema.

Pregunta: ¿Qué papel puede desempeñar la educación en la actual crisis mundial?

KRISHNAMURTI: En primer término, para comprender qué papel la educación puede desempeñar en la crisis mundial del presente, debemos comprender cómo la crisis ha llegado a producirse. Si eso no lo comprendemos, la mera edificación sobre los mismos valores, en el mismo terreno, sobre los mismos cimientos, traerá más guerras, nuevos desastres. Tenemos, pues, que investigar cómo ha llegado a producirse la crisis actual, y al comprender las causas comprenderemos inevitablemente qué clase de educación necesitamos.

Es obvio que la crisis actual es el resultado de los falsos valores; de los falsos valores en la relación del hombre con la propiedad, con sus semejantes y con las ideas. La expansión y predominio de los valores sensorios engendra necesariamente el veneno del nacionalismo, de las fronteras económicas, de los gobiernos soberanos y del espíritu patriótico, todo lo cual excluye la cooperación del hombre con el hombre para beneficio del hombre, y corrompe su relación con los demás hombres, que es la sociedad. Y si la relación del individuo con los demás es impropia, la estructura de la sociedad tiene por fuerza que desplomarse. De un modo análogo, en su relación con las ideas el hombre justifica una ideología —ya sea de izquierda o de derecha, sean buenos o malos los medios empleados —a fin de lograr un resultado. De

suerte que la mutua desconfianza, la falta de buena voluntad, la creencia de que un buen fin puede ser alcanzado por malos medios, el sacrificio del presente por un ideal futuro, todo ello, evidentemente, es causa del actual desastre. No es posible dedicar tiempo a entrar en todos los detalles, pero a primera vista puede uno comprender cómo se ha producido este caos, esta degradación. Todo esto, por cierto, tiene por origen los falsos valores y la dependencia en que uno se halla con respecto a la autoridad, a los dirigentes, ya sea en la vida diaria, en la pequeña escuela o en la gran universidad. Dirigentes y autoridad son factores de deterioro para cualquier cultura. No bien depende uno de otra persona, ya no depende de sí mismo, y donde no hay autodependencia es obvio que tiene que haber conformidad, la cual finalmente desemboca en la dictadura de los Estados totalitarios.

Al comprender, pues, todas estas cosas, al comprender las causas de la guerra, de la presente catástrofe, de la presente crisis moral y social, y al ver a un tiempo las causas y los resultados, uno empieza a percibir que la función del educador consiste en crear nuevos valores, no en reducirse a implantar valores existentes en la mente del alumno, lo cual no hace más que condicionarlo, sin despertar su inteligencia. Mas cuando el propio educador no ha visto cuáles son las causas del caos presente, ¿cómo puede él crear nuevos valores, cómo puede despertar inteligencia, cómo puede impedir que la próxima generación continúe en la misma huella, que al final

conducirá a un desastre aun mayor? Entonces, por cierto, tiene importancia que el educador no se reduzca a implantar ciertos ideales y transmitir mera información, sino que consagre todo su pensamiento, todo su esmero, todo su afecto, a crear el ambiente apropiado, la atmósfera conveniente, para que, cuando el niño crezca y alcance la madurez, sea capaz de habérselas con cualquier problema humano que se le plantee. La educación, pues, está en íntima relación con la actual crisis mundial; y todos los educadores, al menos en Europa y América, están dándose cuenta de que la crisis es el resultado de una educación errónea. La educación sólo puede ser transformada educando al educador, y no simplemente creando una nueva norma, un nuevo sistema de acción.

Pregunta: ¿Tienen los ideales algún lugar en la educación?

KRISHNAMURTI: Por cierto que no. En la educación, ideales e idealistas impiden la comprensión del presente. Éste es un problema tremendo, y procuraremos tratarlo en cinco o diez minutos. Es un problema sobre el cual se basa toda nuestra estructura. Es decir, tenemos ideales, y de acuerdo a esos ideales educamos. ¿Pero los ideales son necesarios para la educación? ¿Los ideales no impiden en realidad la verdadera educación, que es la comprensión del niño tal cual es y no tal como debiera ser? Si yo deseo comprender a un niño, no debo tener un ideal de lo que él debiera ser. Para comprenderlo, tengo

que estudiarlo tal cual es. Pero colocarlo en el armazón de un ideal es simplemente forzarlo a seguir determinado modelo, le convenga o no le convenga; y el resultado es que él siempre se halla en contradicción con el ideal, o bien se adapta de tal modo al ideal que deja de ser un ser humano y actúa como simple autómata sin inteligencia. ¿Un ideal no resulta, pues, un real estorbo para la comprensión del niño? Si vosotros como padres queréis realmente comprender a vuestro hijo, ¿lo miráis a través de la pantalla de un ideal? ¿O simplemente lo estudiáis porque en vuestro corazón hay amor? Lo observáis, vigiláis sus estados de ánimo, su idiosincrasia. Como en vosotros hay amor, lo estudiáis. Es cuando carecéis de amor que tenéis un ideal. Observáos y lo notaréis. Cuando no hay amor, tenéis esos enormes ejemplos e ideales mediante los cuales forzáis al niño, lo sometéis. Pero cuando tenéis amor lo estudiáis, lo observáis, y le dais libertad para ser lo que él es; lo guiáis y lo ayudáis, no hacia el ideal, no de acuerdo a cierta norma de acción, sino para inducirlo a ser lo que él es.

En este asunto surge el problema de lo que se llama el "mal muchacho", si es que puedo emplear ese término para definir rápidamente y con firmeza un caso determinado. Para hacerlo que cambie y no sea malo, no necesitáis por cierto tener un ideal. Si un chico es mentiroso, no tenéis que inculcarle el ideal de la verdad. Estudiáis por qué dice mentiras. Puede que haya diversas razones; probablemente está asustado o evitando algo. No necesitamos analizar las

diversas razones que puede haber para mentir. Pero es obvio que, cuando un niño miente, hacerlo que se adapte a un dechado de verdad —que es vuestro ideal— no le ayuda a librarse de las causas que lo inducen a mentir. Tenéis que estudiarlo, que observarlo, y hacer eso lleva mucho tiempo; exige paciencia, cuidado, cariño; y como no tenéis nada de eso, lo encajáis en un molde de acción que denomináis "ideal". Un ideal, evidentemente, es una escapatoria muy barata. La escuela que tiene ideales, o el maestro que los sigue, es evidentemente incapaz de tratar con un niño.

No tenéis que aceptar automáticamente lo que yo digo, ni negarlo. Observad, simplemente. Después de todo, la función educativa consiste en producir un individuo integrado que sea capaz de habérselas con la vida inteligentemente, totalmente, no parcialmente ni como técnico o idealista. Pero el individuo no puede ser integrado si sólo se guía por una norma idealista de acción. Es obvio, señores y señoras, que los maestros que se vuelven idealistas, que siguen una norma de acción llamada "ideal", son bastante inútiles. Si los observáis, veréis que ellos son incapaces de amar, que tienen el corazón duro y la mente seca. Porque el estudiar, el observar al niño, exige mucho más atención, mayor afecto, que el encajarlo en un molde idealista de acción. Y yo creo que los meros ejemplos, que son otra forma del ideal, también son desalentadores para la inteligencia.

Es probable que lo que estoy diciendo sea contrario a todo lo que vosotros creéis. Deberéis pensarlo

detenidamente, porque éste no es asunto para negar o aceptar. Es preciso ahondarlo con un cuidado muy grande. No soy dogmático; pero como hay muchas preguntas, tengo que ser muy breve y conciso. Lo que un ideal implica es obvio. Cuando el maestro persigue un ideal, es incapaz de comprender al niño, porque entonces el futuro, el ideal, resulta más importante que el niño, que el presente. Él tiene cierto fin en vista, que considera justo; y obliga al niño a adaptarse a ese ideal. Eso, ciertamente, no es educación, ¿verdad? Eso es igual que producir automóviles. Tenéis el diseño y hacéis pasar el niño por el molde, con el resultado de que creáis seres humanos que son meros técnicos, que no tienen relación humana con los demás y sólo campean por sí mismos, por su propia ganancia, en lo político, en lo social o en el seno de la familia. Evidentemente, es mucho más fácil seguir un ideal que observar, proceder con cuidado, despertar el amor a los niños y a la humanidad. Y ésa es una de las calamidades de la educación moderna: que el llamado "ideal", el fin en vista, ya se trate de una ideología de la extrema izquierda o de la derecha, se haya convertido en una norma de acción, dando origen a la presente catástrofe mundial.

Pregunta: ¿Es posible la educación para la "creatividad", o la "creatividad" es puramente accidental y por lo tanto nada puede hacerse para facilitar su aparición?

KRISHNAMURTI: La pregunta, para expresarla

diferentemente, es si aprendiendo una técnica seréis creadores. Es decir, practicando, por ejemplo, el piano, el violín, aprendiendo la técnica de la pintura, ¿seréis músicos, seréis artistas? ¿Surge la "creatividad" mediante la técnica, o la "creatividad" es independiente de la técnica? Podéis ir a una escuela y aprender todo lo que hay que saber acerca de pintura, acerca de la profundidad del color, la técnica de cómo manejar el pincel, y todo lo demás; ¿pero eso os convertirá en pintores capaces de crear? Mientras que si sois creadores, cualquier cosa que hagáis tendrá su propia técnica. Una vez fuí a ver a un gran artista en París. No había aprendido una técnica. Deseaba decir algo, y lo decía en arcilla y luego en mármol. La mayoría de nosotros aprendemos la técnica pero muy poco tenemos que decir. Descuidamos, pasamos por alto la capacidad de descubrir por nosotros mismos; tenemos todos los instrumentos del descubrimiento, y nada encontramos directamente. El problema consiste, pues, en ser creador, lo cual trae su propia técnica. ¿Y qué ocurre cuando queréis escribir un poema? Lo escribís; y si tenéis una técnica, tanto mejor. Pero si no tenéis técnica alguna, no importa; escribís el poema, y el deleite está en escribirlo. Después de todo, cuando escribís una carta de amor no os preocupáis por la técnica; la escribís con todo vuestro ser. Mas cuando no hay amor en vuestro corazón, buscáis una técnica, cómo poner las palabras juntas. Señores, si no amáis, no dais en la tecla. Creéis que podréis vivir dichosamente, creativamente, aprendiendo una técnica, y la técnica es lo que des-

truye la "creatividad"; lo cual no significa que no debáis tener una técnica. Después de todo, cuando deseáis escribir un hermoso poema, tenéis que conocer el metro, el ritmo y todo lo demás. Pero si queréis escribirlo para vosotros mismos, no para publicarlo, entonces eso no importa. Escribís. Sólo cuando queréis comunicar algo a otro, se necesita una técnica apropiada, la técnica justa, para que no haya mala interpretación. Pero el ser creativo es por cierto un problema del todo diferente, y ello exige una extraordinaria investigación dentro de uno mismo. No se trata de un don. El talento no es "creatividad". Uno puede ser creativo sin tener talento. ¿Qué entendemos, pues, por "creatividad"? Ella es, sin duda, un estado del ser en que el conflicto ha cesado completamente, un estado del ser en el que no hay problema ni contradicción. La contradicción, el problema, el conflicto, son el resultado de acentuar demasiado el "yo", lo "mío": "mi" éxito, "mi" familia, "mi" patria. Cuando eso está ausente, el pensamiento mismo cesa, y hay un estado de *ser* en el cual la "creatividad" puede surgir. Es decir, para expresarlo de otro modo, cuando la mente deja de crear, hay creación. Una de las causas de los problemas es vuestra creencia, vuestra codicia, etc. Y la mente crea mientras tenga un problema, mientras ella sea la que origina los problemas. Una mente que está encadenada a un problema, que está atada a la creación de su propio problema, jamás puede ser libre. Sólo cuando la mente está libre y ya no crea su propio problema, puede haber creación.

Señor, para ahondar esto plenamente y de un modo realmente profundo, hay que penetrar todo el problema de la conciencia; y yo digo que cada uno de nosotros puede ser creador en el verdadero sentido de la palabra, no sólo producir poemas y estatuas, o procrear hijos. Ser creador significa, ciertamente, hallarse en ese estado en que la verdad puede manifestarse; y la verdad sólo puede manifestarse cuando hay completa cesación del proceso de pensar. Cuando la mente está serena en absoluto sin ser forzada a ello, sin que se la encaje en determinado molde de acción, cuando la mente está serena porque comprende todos los problemas a medida que surgen, y por lo tanto ya no tiene problema alguno; cuando la mente está realmente quieta, no compelida; entonces, en ese estado, la verdad puede manifestarse. Ese estado es creación, y la creación no es para unos pocos; no es el talento de unos pocos ni el don de los menos. Antes bien, ese estado puede ser descubierto por todo el que consagre su mente y su corazón a la plena investigación del problema.

Pregunta: ¿El impartir experiencia sexual no es una parte necesaria de la educación? ¿No es la única solución racional para las cuitas de la adolescencia?

KRISHNAMURTI: Señor, la comprensión del sexo requiere inteligencia, no un ideal de esto o aquello; y es un tema en extremo difícil, como todo otro problema humano. Si el propio educador no ha entendido ese problema, ¿cómo puede educar a otra persona? Si él mismo está atrapado en la red, en la ba-

raúnda, en el problema extraordinariamente complejo del sexo, ¿cómo puede enseñar a los demás? ¿Y por qué para él es un problema? Evidentemente, porque él mismo no es creativo. Entonces el sexo se convierte en mero instrumento de placer, en una experiencia que brinda momentáneo júbilo, ausencia momentánea del "yo"; y es por eso que llega a ser un problema. En cambio, para librarse de dicho problema, hay que investigar los diversos obstáculos que impiden la "creatividad". Es obvio que uno de esos factores es la imitación, la coacción colectiva para que el hombre sea algo en la sociedad. El seguir un ideal es evidentemente una forma de coacción, de imitación; y a causa de ello no existe el pensamiento creador. Después de todo, cuando pensáis de un modo realmente creativo, cuando sentís intensamente, el sexo es de muy escasa importancia. Sólo cuando no estáis alertas al significado total de la existencia, al movimiento de las aves, a los árboles, a las sonrisas, al gozo de vivir, seáis ricos o seáis pobres, sólo entonces el sexo se convierte en un problema.

Otras cosas están involucradas en esta pregunta. ¿El significado de la experiencia sexual puede enseñarse al adolescente? Es natural que él sea curioso, que quiera saber de qué se trata. Nuevamente, ello depende del maestro o de los padres. Por lo general ellos mismos tienen tanta vergüenza, tanta timidez, que todo el asunto se vuelve absurdo. Tienen muy sucia la mente. Deberíais observaros a vosotros mismos, señores, observar cómo miráis a la gente, cómo miráis

a hombres y mujeres. ¡Y os creéis capaces de explicar a los adolescentes en qué consiste todo eso!

Hay otro problema, además: todo nuestro énfasis se coloca en los valores sensorios —los valores de los sentidos— en lo cual la radio, el cine y las revistas desempeñan importante papel. Tomad al azar cualquier revista o periódico; todos los avisos os atraen, causan sensación. De suerte que, por un lado, fomentáis la sensación, el sexo, la sensualidad, y por el otro decís: "No debéis; tenéis que santificaros, seguir el ideal del celibato". Todo eso es un desatino. Engendráis contradicción en la mente; y en ese estado de contradicción, nada sois capaces de comprender. Si vosotros mismos, en cambio, abordáis el problema directamente, como hecho biológico evidente, sin todas esas imputaciones, tradiciones y fealdad que lo acompañan, podréis prestar servicio por vuestra propia comprensión del asunto.

Como lo expliqué con motivo de la pregunta anterior, la creación no es el mero acto sexual sino algo mucho más significativo, profundo; y sólo puede haber creación cuando la mente no se consume con su propia satisfacción. Señores, cuando uno ama, el amor es casto; y cuando no hay amor, el sexo se convierte en un problema, en un feo hábito. Así, pues, nuestra dificultad en todas estas cuestiones estriba en que nosotros mismos, educadores, hemos caído en la torpeza y estamos hastiados. La vida ha sido demasiado para nosotros. Queremos que se nos consuele, queremos ser amados. Siendo, pues, insuficientes, siendo pobres en nosotros mismos, ¿cómo podemos los educadores im-

partir verdadera educación? Es obvio, como ya lo dije, que el problema es en primer término el maestro, el educador, y no sólo la educación del alumno. Señores, nuestra propia mente y corazón tiene que depurarse para que seamos realmente capaces de educar a otros. Podréis decir que todo esto es cosa muy de santurrones, sin información práctica alguna; pero si el instrumento que enseña es en sí mismo torcido, ¿cómo puede impartir recta información, recto conocimiento, recta sabiduría, recta comprensión?

Pregunta: ¿La educación por el Estado no es una calamidad? Si lo es, ¿cómo allegar fondos para escuelas que no estén controladas por el gobierno?

KRISHNAMURTI: Es obvio que la educación por el Estado es una calamidad. Con esto no estarán de acuerdo los gobiernos. Ellos no quieren que la gente piense; quieren que todos sean autómatas, porque entonces puede decírseles lo que han de hacer. De suerte que nuestra educación, sobre todo en manos de los gobiernos, se vuelve de más en más un medio de enseñar qué se ha de pensar y no cómo pensar; porque, si fuérais a pensar independientemente del sistema, seríais un peligro. Es función de gobierno, por lo tanto, no el hacer que penséis sino que aceptéis lo que se os dice. Así, pues, como lo veis a través del mundo, todo gobierno interviene en la educación. La educación y el alimento han llegado a ser los medios de dominar al hombre. ¿Y qué les interesa a los gobiernos —sean de izquierda o de derecha— fue-

ra de que seáis perfectas máquinas para producir mercaderías y balas? Hay unas cuantas escuelas privadas en Inglaterra y otros lugares, pero a todas ellas se las vigila de cerca, se las investiga, se las controla, porque el gobierno no desea que haya institutos libres que pudieran producir pacifistas, gente que piense de un modo contrario al régimen, al sistema. La verdadera educación es evidentemente un peligro para el gobierno. Es, pues, función de gobierno la de hacer que no se imparta verdadera educación. Hay en Inglaterra unos 80.000 pacifistas. Si su número aumenta, ¿no son un peligro para el gobierno? Por eso se controla a la gente desde la infancia. No hay que dejarlos pensar en términos de "no guerra" "no patria", "no sistema", ni de una ideología diferente. Esto significa supervisión gubernamental, control de la educación por el ministro del ramo. Señores, esto es lo que sucede en el mundo, os guste o no; y ello significa que vosotros, que sois los ciudadanos y tenéis la responsabilidad del gobierno, no deseáis la libertad. No queréis un nuevo estado de existencia, una nueva cultura, una nueva estructura de la sociedad. Si tenéis algo nuevo, puede que sea revolucionario, destructor de lo existente; y como queréis las cosas tales como están, decís: "Bueno, que haya un gobierno que controle la educación". Deseáis una pequeña modificación allí y allá, pero no una revolución en el pensamiento; y no bien deseáis una revolución en el pensamiento, el gobierno interviene, os pone presos u os liquida rápidamete entre bastidores, y caéis en el olvido.

Señores: un país se vuelve de más en más organizado, y en él hay creciente autoridad y coacción externa, cuando el hombre mismo carece de visión interior, de luz propia, de entendimiento. Conviértese entonces en mero instrumento de las autoridades, ya sea en un Estado totalitario o en la llamada "democracia". Porque, en momentos de crisis, los llamados "Estados democráticos" llegan a ser como los totalitarios, olvidando su "democracia" y haciendo que los hombres se sometan a una norma de acción.

Viene ahora la segunda parte de la pregunta: "¿Cómo allegar fondos para escuelas que no sean controladas por el gobierno?" Señor, el problema no es ése, por cierto. ¿No es así? En cuanto tenéis fondos, estáis arruinados. Mirad todas las escuelas que se inician del modo más idealista. Observad a sus directores, cómo engordan con esos fondos. Pero vosotros podéis poner en marcha una escuelita a la vuelta de la esquina, ahí en la calle donde vivís. Conozco varias escuelas que han sido establecidas de ese modo; y todavía funcionan, porque para ello había preparación, entusiasmo, sentimiento. Una de nuestras dificultades es que queremos transformar al conjunto del género humano de un día para el otro, o afectar a las masas, como vosotros decís. ¿Quiénes constituyen las masas, pobre humanidad? Vosotros y yo. Y si sentís de un modo profundo, si realmente pensáis acerca de estos problemas, no superficialmente durante una tarde, para pasar el tiempo, entonces haréis funcionar una verdadera escuela en algún lugar, a la vuelta de la esquina o en vuestra propia casa; porque en tal

caso os interesan vuestros propios hijos y los niños que os rodean. Entonces el dinero llegará, señor. No os preocupéis por el dinero. El dinero es la cosa menos importante. Dejadles el dinero a los idealistas, a los que quieren iniciar una escuela ideal. Mas si vosotros y yo nos damos cuenta de todo el problema de la existencia, de lo que él significa, de por qué vivimos y sufrimos, de por qué pasamos por todas estas torturas, y realmente queremos entender esto y ayudar al niño a que comprenda, entonces pondremos en marcha una escuela sin necesidad de fondos, sin redoble de tambores, sin juntar rupias por centenares de miles. ¿Qué ocurre, en efecto, cuando tenemos dinero? ¿No sabe usted lo que ocurre, señor? Teniendo sus propios recursos privados, debe usted vigilar su dinero, saber quién lo maneja, si usted o su secretario, o el comité; y entonces empiezan las sandeces, las idioteces. Mas si tenéis poco dinero y verdadera claridad de pensamiento y de sentir para respaldarlo, crearéis una escuela. Y al crearla, es obvio que tendréis la oposición o la ingerencia del gobierno. Si enseñáis a vuestros niños a no ser nacionalistas y a no saludar la bandera porque el nacionalismo es factor de guerra, si les enseñáis a no ser "comunales", si les ayudáis a comprender todo este problema de la existencia, ¿creéis que los gobiernos van a tolerarlo? Si realmente producís revolucionarios —no en el sentido de matar, sino verdaderos revolucionarios en el pensamiento y en el sentir— ¿creéis que la sociedad lo admitirá un solo instante?

De suerte, señores, que como padres y maes-

tros, vosotros sois responsables, vosotros debéis averiguar si no hacéis más que acatar los dictados del gobierno, si sólo habéis aprendido una técnica que os da cierta capacidad para ganar dinero, y si estáis contentos de continuar con la presente estructura social tal como ella es; o bien si os preocupa el recto vivir y los rectos medios de vida. Si veis que los gobiernos están erigidos sobre la violencia y son producto de la violencia, y os dais cuenta de que por medios errados no hay posibilidad de alcanzar un buen fin; y si realmente os interesa educar a vuestros hijos, es obvio que instalaréis una escuela en cualquier lugar: a la vuelta de la esquina, en el patio de vuestra casa o en vuestra propia habitación. Porque, señores, yo no creo que muchos de nosotros tengan una noción del abismo, de la degradación en que hemos caído. Si hay una tercera guerra, eso será el fin de todas las cosas. Puede que escapéis; pero vuestro problema será la cuarta guerra mundial, porque no hemos resuelto el problema del antagonismo entre los hombres. Y sólo podéis resolverlo por medios justos, es decir, por la verdadera educación; no por un ideal de "no guerra", sino comprendiendo las causas de la guerra, que estriban en nuestra actitud frente a la vida, en nuestra actitud hacia nuestros semejantes. Sin un cambio de corazón, sin buena voluntad, las solas organizaciones no habrán de traer la paz, cosa que la Liga de las Naciones y la O. N. U. han revelado. Confiar en los gobiernos, esperar de organizaciones externas una transformación que debe empezar por cada uno de nosotros, es esperar en vano.

Lo que tenemos que hacer es transformarnos a nosotros mismos, o sea llegar a darnos cuenta de nuestros propios actos, pensamientos y sentimientos en la vida de todos los días.

No os preocupéis, pues, con eso de allegar fondos. Ahora no estaréis preocupados; y durante unos pocos minutos, ante el apremio de lo que oís en esta reunión, puede que veáis el significado de todo esto. Pero después caeréis de nuevo en vuestra diaria rutina, volveréis a vuestra enseñanza y otras profesiones, porque tenéis que ganar dinero. Muy pocos, pues, habrá que tomen esto en serio. Pero son ellos los que producirán una revolución en el pensamiento. Señor, la revolución debe empezar por el pensamiento, no por la sangre; y si hay una verdadera revolución en el pensamiento, no habrá sangre. Pero si no hay recto pensar, verdadero pensar, habrá sangre, y cada vez más. Los malos medios jamás podrán conducir a un buen fin, porque el fin está en los medios.

Pregunta: ¿Qué tiene usted que decir acerca de los ejercicios militares en la educación?

KRISHNAMURTI: Todo depende de lo que vosotros deseáis que sea el ser humano. Si queréis que sea eficiente carne de cañón, la instrucción militar resulta maravillosa. Si deseáis disciplinarlo, reglamentar su mente, sus sentimientos, el entrenamiento militar será una manera óptima de hacer tal cosa. Si queréis condicionarlo de un modo determinado y hacerlo irresponsable frente a la sociedad, la instruc-

ción militar es un instrumento muy bueno. Todo depende de lo que queréis que sea vuestro hijo. Si lo que usted quiere, señor, es que su hijo viva, la instrucción militar es por cierto el procedimiento errado; pero si le gusta la muerte, la instrucción militar resulta excelente. Y como la civilización moderna busca la muerte, es obvio que todo lo militar, con sus generales, soldados, abogados y demás personal, deba considerarse muy bueno. Por ese camino tendréis muerte, muerte segura. Mas si deseáis la paz, si deseáis que haya buenas relaciones entre hombre y hombre —ya se trate de cristianos, hindúes, musulmanes o budistas, rótulos todos ellos que obstan a las buenas relaciones— entonces la educación militar es un estorbo en absoluto. Señor, la función de un general es sin duda la de preparar la guerra, y la del soldado consiste en mantenerla; y si la vida está destinada a ser una constante batalla entre vosotros y el prójimo, es indispensable que tengáis más generales. Hagámosnos todos soldados, entonces; y eso es lo que está sucediendo. La conscripción fué combatida en Inglaterra durante generaciones, mientras en el resto de Europa estaba en vigor; y ahora Inglaterra ha cedido. Inglaterra forma parte de la estructura mundial en su conjunto, y ello es un indicio de lo que ocurre. Como este país es tan enorme, la conscripción no es posible de inmediato; pero ya vendrá cuando todos vosotros estéis enteramente organizados. Guerra, entonces; más guerra, más matanza, más miseria. ¿Es para eso que vivimos: constante batalla dentro de nosotros y con los demás? No hay duda, señor, de que para descu-

brir la verdad, la realidad, la gloria de lo incognoscible, tiene que haber libertad; hay que estar libre de lucha dentro de uno mismo y con el prójimo. Después de todo, cuando un hombre no está interiormente en lucha, no da origen a luchas en el mundo exterior. La lucha íntima, proyectada hacia lo exterior, llega a ser el caos mundial. La guerra, en suma, es un resultado espectacular de nuestro diario vivir; y sin una transformación en nuestra existencia diaria, tendrá por fuerza que haber multiplicación de soldados, de ejercicios militares, de saludos a la bandera y de todas las sandeces que acompañan a esas cosas, prolongando inevitablemente la destrucción, la miseria y el caos. Un antropólogo me contó que hace dos o tres mil años un político dijo: "Espero que ésta será la última guerra"; y todavía seguimos en las mismas. Creo que realmente deseamos el servicio militar. Deseamos todo el holgorio de los instrumentos militares, las condecoraciones, los uniformes, los saludos, las bebidas, el asesinato. Porque nuestra vida diaria es eso. Destruimos a los demás con nuestra codicia, con nuestra explotación. Cuanto más ricos os hacéis, más explotadores sois. Todo eso os gusta, y vosotros también queréis ser ricos. Mientras las tres profesiones de soldado, policía y abogado sean dominantes en la sociedad, la civilización estará sentenciada a muerte. Eso es lo que ocurre en la India al igual que en el mundo entero. Esas tres profesiones se vuelven cada vez más fuertes. No creo que sepáis lo que se está produciendo en torno vuestro y dentro de vosotros, qué catástrofes estáis preparando. Lo único que de-

seáis hacer es vivir cada día tan rápidamente, tan estúpidamente y de un modo tan desintegrante como sea posible; y abandonáis a los gobiernos, a los políticos, a la gente astuta, la dirección de vuestra vida.

Todo, pues, depende de lo que deseáis que sea la vida. Si os proponéis que la vida sea una serie de conflictos, entonces la expansión militar es inevitable. Mas si la vida está destinada a ser vivida dichosamente, con pensamiento, con solicitud, con afecto, entonces el militar, el soldado, la policía, el abogado, son un estorbo. Pero el abogado, el policía y el militar no van a abandonar sus profesiones, como tampoco vosotros dejaréis vuestros hábitos de explotación, ya sea en lo psicológico o exteriormente. Es pues muy importante, señor, que usted descubra por sí mismo qué objeto tiene el vivir; no que lo aprenda de alguien, sino que lo descubra por sí mismo, lo cual significa darse cuenta de sus actos de todos los días, de sus diarios sentimientos y pensamientos. Y cuando lo perciba plenamente, esa percepción le revelará el verdadero objeto.

Pregunta: ¿Qué lugar ocupa el arte en la educación?

KRISHNAMURTI: No sé muy bien qué es lo que usted entiende por arte. ¿Entiende que es colgar cuadros en su aula, o ayudar al niño a hacer un dibujo conforme a un modelo, porque algo de técnica usted ha aprendido? ¿O bien entiende usted que se trata de enseñar al niño a ser sensible, no a usted como maestro ni a lo que usted dice, sino sensible a las mise-

rias, a las confusiones, a las penas de la vida? ¿Desea enseñarle simplemente a pintar, o quiere usted que él esté despierto a la influencia de la belleza, no de tal o cual cuadro o estatua, sino a la belleza en sí? En la civilización moderna, señor, la belleza aparece tan sólo a flor de piel: en vuestro modo de vestir, de pintaros el rostro, de peinar vuestro cabello, de caminar. Discutimos sobre arte, y si la belleza está en la superficie, o si es cuestión de amor; si es exterior, o estriba en comprender el proceso íntimo del pensamiento.

Tal como nuestra sociedad está construída, más nos interesa la expresión externa: el semblante, el "sari", que aquello que es interior. No importa lo que seáis por dentro, pero debéis presentar una apariencia pasable, usar lápiz labial. Lo que sois por dentro no tiene importancia. De suerte que más nos interesa la técnica que el vivir, la mera expresión que el amor. Por lo tanto, nos valemos de las cosas externas como medio de disimular nuestra fealdad interior, nuestra íntima confusión. Escuchamos música para escapar a nuestro dolor. En otras palabras, llegamos a ser espectadores, no jugadores. Para ser creadores habéis de conoceros a vosotros mismos, y ello es en extremo difícil; pero aprender una técnica es comparativamente fácil. De modo que, cuando habláis del arte en la educación, no sé exactamente qué queréis decir. Es obvio que a las influencias ambientales externas les corresponde su lugar; pero cuando lo externo se ve acentuado, la confusión interior no se comprende, y así la comprensión íntima, la belleza interior, se

ven desconocidas; y sin belleza interior, ¿cómo puede haber una expresión externa de belleza? Y para cultivar la belleza interior, es preciso que primero os deis cuenta de la confusión íntima, de la íntima fealdad, porque la belleza no surge de por sí. Para ser sensibles a la belleza, tenéis que comprender lo feo y lo confuso; y sólo cuando el orden nace de la confusión, hay belleza.

Pregunta: ¿A quién llamaría usted un maestro perfecto?

KRISHNAMURTI: No, evidentemente, al maestro que tiene un ideal, ni al que aprovecha de la enseñanza, ni al que ha fundado una organización, ni al que sirve de instrumento al político, ni al que está ligado a una creencia o a un país. El perfecto maestro es ciertamente el que nada pide para sí, el que no está en las redes de la política, del poder, de la posición. Nada pide él para sí, porque interiormente es rico. Su sabiduría no reside en los libros; su sabiduría está en la vivencia, y la vivencia no es posible si él busca un fin. La vivencia no es posible para el que atribuye más importancia al resultado que a los medios; para el que desea mostrar que ha preparado tantos o cuantos alumnos que han pasado brillantes exámenes, que han recibido diplomas universitarios de primera clase, o lo que sea. Es obvio que, como la mayoría de nosotros desea un resultado, prestamos escasa atención a los medios empleados, y por lo tanto nunca podremos ser perfectos maestros. Lo cierto,

señor, es que para que un maestro sea perfecto, él tiene que estar más allá y por encima del control de la sociedad. Debe enseñar sin que se le diga lo que ha de enseñar; y ello significa que no debe tener posición alguna en la sociedad. No debe tener ninguna autoridad en la sociedad, porque, en cuanto tiene autoridad, ya forma parte de la sociedad; y como la sociedad está siempre en proceso de desintegración, un maestro que forme parte de la sociedad no podrá nunca ser un maestro perfecto. Debe estar fuera de ella, lo cual significa que nada puede pedir para sí. La sociedad, por lo tanto, debe ser lo suficientemente esclarecida para proveer a sus necesidades. Pero nosotros no queremos tal sociedad esclarecida, ni tales maestros. Si tuviéramos tales maestros, la sociedad actual estaría en peligro. La religión no es la creencia organizada. La religión es la búsqueda de la verdad, que no es de ningún país, de ninguna creencia organizada, que no reside en ningún templo, iglesia o mezquita. Sin la búsqueda de la verdad, ninguna sociedad puede existir durante mucho tiempo; y mientras exista, tiene forzosamente que producir desastres. El maestro, ciertamente, no es el mero dador de información, sino alguien que señala el camino de la sabiduría; y el que indica la sabiduría no es el "gurú". La verdad es mucho más importante que el maestro. Por lo tanto vosotros, que sois los buscadores de la verdad, tenéis que ser a la vez alumno y maestro. En otros términos, tenéis que ser perfectos maestros para crear una nueva sociedad; y para que el maestro perfecto surja en vosotros, debéis comprenderos a vosotros mis-

mos. La sabiduría empieza con el conocimiento propio; y sin conocimiento propio, la mera información conduce a la destrucción. Sin conocimiento propio, el aeroplano llega a ser el más destructivo de los instrumentos en nuestra vida; pero con conocimiento propio, es un medio de ayuda humana. Un maestro, pues, tiene evidentemente que ser alguien que no esté en las garras de la sociedad, que no juegue a la política del poder ni busque posición o autoridad. Él ha descubierto en sí mismo aquello que es eterno, y por lo tanto es capaz de impartir ese conocimiento que ayudará a los demás a descubrir sus propios medios de esclarecimiento.

Pregunta: ¿Qué lugar ocupa la disciplina en la educación?

KRISHNAMURTI: Yo diría que ninguno. Un momento, que lo explicaré mejor. ¿Qué fin persigue la disciplina? ¿Qué entendéis por disciplina? ¿Qué ocurre cuando vosotros, que sois los maestros, aplicáis la disciplina? Forzáis, compeléis; hay coacción, así sea en forma bondadosa, delicada, lo cual significa conformidad, imitación, temor. Pero diréis: "¿cómo es posible dirigir una gran escuela sin disciplina?". No es posible. Es por eso que las grandes escuelas dejan de ser institutos educacionales. Son institutos provechosos, ya sea para el caudillo o para el gobierno, para el director o para el propietario. Señor, ¿si usted quiere a su hijo lo somete a disciplina? ¿Lo compele? ¿Lo encaja en un molde de pensamiento? Lo observa,

¿no es así? Trata de comprenderlo, procura descubrir cuáles son los móviles, los impulsos, las urgencias, que hay detrás de lo que él hace; y, comprendiéndolo, usted le proporciona un ambiente propicio, suficientes horas de sueño, alimento conveniente, y juego en la medida justa. Todo eso implica el querer a un niño; pero nosotros no amamos a los niños, porque en nuestro corazón no hay amor. Los criamos, nada más. Y, naturalmente, si tenéis muchos debéis disciplinarlos, y la disciplina se convierte en un modo fácil de eludir las dificultades. La disciplina, después de todo, significa resistencia. Creáis resistencia contra aquello que disciplináis. ¿Imagináis que la resistencia traerá comprensión, pensamiento, afecto? La disciplina sólo puede erigir muros en torno vuestro. La resistencia es siempre exclusiva, mientras que la comprensión es inclusiva. La comprensión os viene cuando investigáis, cuando inquirís, cuando buscáis hasta descubrir, lo cual requiere cuidado, consideración, pensamiento, afecto. Esas cosas no son posibles en una escuela grande; lo son tan sólo en una pequeña escuela. Pero las pequeñas escuelas no resultan provechosas para el propietario privado o el gobierno; y puesto que vosotros, que tenéis la responsabilidad del gobierno, no os interesáis realmente por vuestros hijos, ¿qué importa eso? Si amárais a vuestros hijos, no como simples juguetes, como pasatiempo que os divierte un rato y después os resulta un engorro, si realmente los amárais, ¿permitiríais que todas esas cosas continúen? ¿No querríais saber qué comen, dónde duermen, qué hacen durante todo el día, si se les golpea, si se les reprime,

si se les destruye? Pero esto significaría una investigación, tener consideración por los demás, ya se trate de vuestro propio hijo o del de vuestro vecino; y vosotros no tenéis consideración alguna, ni por vuestros hijos ni por vuestra esposa o esposo.

El asunto está, pues, en vuestras manos, señores; no en las de gobierno o sistema alguno. Si todos nosotros nos interesásemos por los niños, mañana mismo tendríamos una nueva sociedad; pero en realidad no nos interesamos, y por eso no tenemos tiempo. Tenemos tiempo para el "puja", para ganar dinero, para divertirnos, pero no para consagrar nuestro pensamiento o nuestra atención al niño. No estoy haciendo retórica. Éste es un hecho, y vosotros no queréis hacer frente al hecho. Porque hacer frente al hecho significa que deberíais renunciar a vuestras diversiones y distracciones; ¿y pretenderéis decir que vais a abandonarlas? Por cierto que no. Arrojáis, pues, los niños a las escuelas, y el maestro no se interesa por ellos más de lo que os interesáis vosotros. ¿Y por qué habría de hacerlo? Para él se trata de su empleo, de su dinero; y así la cosa continúa. ¡Y aquí nos reunimos toda una tarde para hablar de educación! Es realmente un mundo maravilloso el que hemos logrado. Es un mundo bien falso, superficial y repelente, si lo miráis detrás del telón; y el telón lo decoramos en la esperanza de que en el escenario todo andará bien. Señores, yo no creo que vosotros los educadores, ni los padres, os deis cuenta de cuán serias están las cosas. La catástrofe que está produciéndose en este país es evidente; pero vosotros no queréis despojaros de

todo y empezar de nuevo. Deseáis hacer reformas que son remiendos, y ése es el porqué de todas estas preguntas. Señores, es preciso un nuevo punto de partida, y no puede haber reforma parcial; porque el edificio se derrumba, los muros ceden, y el fuego lo destruye. Tenéis que abandonar el edificio y empezar nuevamente en otra parte, con diferentes valores, con otros cimientos. Pero aquellos que lucran con la educación, ya se trate del Estado o del individuo, seguirán como antes porque no ven la destrucción, el deterioro, la degradación. Los que ven, en cambio, la totalidad de la catástrofe, no sólo en unos pocos lugares sino en el mundo entero, tienen que despojarse de todo y empezar de nuevo. No pretendo que nadie se desnude del saber sobre cosas externas, del conocimiento técnico. Bien sé que de eso nunca será posible despojarse. Se trata de la desnudez interior, de que os veáis tal como sois, de que veáis vuestra fealdad, vuestra brutalidad, vuestra crueldad, vuestros engaños, vuestra deshonestidad, vuestra falta absoluta de amor. Viendo todo eso, podéis empezar de nuevo y ser honestos, claros, sencillos, directos. Sólo entonces, por cierto, existe una posibilidad de que surja un mundo nuevo y un orden nuevo. La paz no llega mediante reformas que son remiendos. La paz no llega por el mero ajuste de las cosas tal como están. La paz llegará tan sólo cuando comprendamos lo que *es*, y no en la superficie sino a fondo. La paz podrá surgir tan sólo cuando la ola de destrucción —que es la ola de nuestra propia acción— quede detenida.

Señores, ¿cómo podremos tener amor? No persi-

guiendo el ideal del amor sino tan sólo cuando no haya odio, cuando no haya codicia, cuando haya consideración, cuando haya generosidad; pero un hombre entregado a la explotación, a la codicia, a la envidia, nunca podrá conocer el amor. Cuando hay amor, los sistemas tienen muy poca importancia. Cuando hay amor hay solicitud, consideración, no sólo para con los niños sino para con todo ser humano.

Marzo 13 de 1948

X

ESTA tarde desearía tratar el problema de la acción, que en un comienzo podría ser algo abstruso y difícil. Espero, sin embargo, que si reflexionamos al respecto podremos ver claro en este asunto, porque toda nuestra existencia, nuestra vida entera, es un proceso de acción. Es acción en diferentes niveles de conciencia. Me temo —observadlo— que tendréis que prestar algo de atención a esto, porque va a resultar en extremo difícil si no lo seguís muy de cerca, si vuestra atención se distrae por los que están pasando detrás de mí. Yo no me distraeré; pero vosotros sí, desgraciadamente, y por lo tanto no podréis seguirlo y pasaréis por alto su belleza. Se trata, en efecto, de un problema sumamente difícil, que requiere perfecta atención.

La mayoría de nosotros vive en una serie de acciones, de acciones aparentemente inconexas, desarticuladas, que conducen a la desintegración, a la frustración. Es un problema que atañe a cada uno de nosotros,

porque todos vivimos por la acción; y sin acción no hay vida, no hay experiencia, no hay pensamiento. El pensamiento es acción; y el desarrollar acción tan sólo en determinado nivel de la conciencia, o sea en lo externo, el vernos atrapados en la mera acción externa sin comprender todo el proceso de la acción en sí, inevitablemente nos llevará a la frustración, a la desdicha. Si puedo sugerirlo, por lo tanto, y aunque el problema sea muy simple, es preciso que uno se concentre en cierta medida —no con esa concentración que consiste en excluir, sino con ese interés que trae consigo atención, no exclusión. Eso es lo que se necesita: estar atento con interés. Entonces vosotros y yo andaremos juntos; entonces no emprenderé yo solo el viaje, y vosotros no os convertiréis en meros expectadores. Y si podemos emprender el viaje juntos, él será mucho más creativo, mucho más interesante, vital y significativo, y por consiguiente podréis seguir esto por vosotros mismos en la acción de todos los días.

Nuestra vida, pues, es una serie de acciones, o un proceso de acción, en diferentes niveles de la conciencia. Ahora bien, la conciencia, como lo expliqué el otro día, es vivencia, nominación y registro. Es decir, la conciencia es reto y réplica, lo cual es experimentar, luego definir o nombrar, y finalmente registrar, que es la memoria. Este proceso es acción, ¿verdad? La conciencia es acción; y sin reto y respuesta, sin experimentar, nombrar o definir, y sin registrar, que es la memoria, no hay acción. Ya seáis grandes administradores o importantes hombres de negocios que se llenan de dinero y acumulan cuentas bancarias, o

escritores, o simplemente hombres comunes que se ganan la vida como el común de los mortales, éste es el proceso que se desarrolla: vivencia, nominación o definición, y registro; y este proceso en su totalidad es la conciencia, que es acción.

Y ocurre que la acción crea el actor. Es decir, el actor surge cuando la acción tiene en vista un resultado, un fin. Si en la acción no se persigue resultado alguno, el actor no existe; pero si hay un fin o un resultado en vista, la acción produce el actor. De suerte que el actor, la acción, y el fin o resultado, son un proceso unitario, un proceso único, que se manifiesta cuando la acción tiene un fin en vista. La acción hacia un resultado, es voluntad; de otro modo no hay voluntad, ¿no es así? El deseo de lograr un resultado produce voluntad, que es el actor: "yo" quiero llevar algo a cabo, "yo" quiero escribir un libro, "yo" deseo ser hombre rico, "yo" quiero pintar un cuadro. La voluntad es acción con un fin en vista, un resultado a obtener, lo cual hace surgir el actor. Así, pues, el actor o voluntad, la acción, y el fin o resultado, son un solo proceso. Aunque podamos dividirlo en partes para observar esos factores separadamente, se trata de un proceso total, unitario.

Ahora bien, los tres estados: el actor, la acción y el resultado, nos son conocidos. Eso es nuestra existencia diaria. Yo no hago más que explicar lo que *es*; pero sólo empezaremos a comprender cómo se puede transformar lo que *es*, cuando lo examinemos claramente, de modo que no haya ilusión, prejuicio ni parcialidad a su respecto. Bueno, estos tres estados cons-

titutivos de la experiencia: el actor, la acción y el resultado, son ciertamente un proceso de devenir. De otra manera no hay devenir, ¿verdad? Si no hay actor, y si no hay acción hacia un fin, no hay devenir; pero la vida tal como la conocemos, nuestra vida diaria, es un proceso de devenir. Soy pobre, y actúo con un fin en vista, que es el de hacerme rico. Soy feo, y quiero volverme hermoso. Mi vida, por lo tanto, es un proceso de llegar a ser alguna cosa. La voluntad de ser es la voluntad de devenir en diferentes niveles de la conciencia, en diferentes estados; y en ello hay reto, respuesta, nominación y registro. Pero este devenir es lucha, este devenir es dolor, ¿no es así? Es una lucha constante: soy esto y quiero llegar a ser aquello. El devenir es una constante batalla: el hombre rico que compite con el más rico para mantener su posición, el hombre pobre que trata de hacerse rico, el artista que procura lograr un resultado, escribir un libro o un poema, pintar un cuadro. Hay siempre un fin en vista, un resultado a obtener; y en ese proceso de devenir hay incesante batalla, lucha, dolor. Eso nos resulta familiar. No he descrito otra cosa que lo que *es*.

El problema es, pues, éste: ¿no hay acción sin ese devenir? Es decir, ¿no hay acción sin ese dolor, sin esa constante batalla? Si no hay finalidad no hay actor, porque la acción con un fin en vista crea el actor. ¿Pero puede haber acción sin un fin en vista, y por lo mismo sin ningún actor? Porque, no bien hay acción con el deseo de un resultado, hay actor, y por lo tanto el actor siempre deviene; y de ahí que el actor sea la fuente de la lucha, del dolor, de la miseria.

¿Y para eliminar esa lucha puede haber acción sin actor, es decir, sin deseo de un resultado? Sólo esa acción no es devenir, y por lo tanto no es lucha; hay un estado de acción, de vivencia, sin el experimentador y la experiencia. Esto suena bastante filosófico, pero en realidad es sumamente sencillo. Sabemos que en nuestras diarias acciones, en nuestra vida de todos los días, está siempre el actor o experimentador, el proceso de experimentar o "vivenciar", y la experiencia. El actor actúa para lograr un fin, y yo sé que ese proceso siempre engendra lucha, porque yo vivo en lucha con mi esposa, con mi esposo, con mis vecinos, con mi patrón. Conozco la vida de lucha y conflicto, y quiero eliminar el conflicto porque reconozco que él no conduce a nada. Sólo la felicidad creadora produce un estado revolucionario. Así, pues, para hallar una acción sin lucha, no tiene que haber actor; y sólo deja de haber actor cuando no hay fin en vista. ¿Puedo vivir en un estado de constante vivencia, sin deseo de un resultado? Tal es el único modo de resolver ese problema, ¿no es así? Mientras la acción tenga un fin en vista, tiene que haber actor, experimentador, observador, y por lo tanto un proceso de devenir que engendra lucha, y a causa de ello un estado de contradicción. ¿Es posible vivir en la acción sin un estado de contradicción? Sólo se puede estar libre de contradicción cuando no hay actor ni fin a alcanzar, lo cual significa un estado de constante vivencia sin el objeto de la experiencia, y por lo mismo sin el experimentador. Ahora bien, ese estado lo vivimos cuando la experiencia en sí es intensa. Tomad

como ejemplo cualquiera experiencia intensa que tengáis. En el momento de experimentar, no os dais cuenta de vosotros mismos como experimentador distinto de la experiencia; os halláis en un estado de vivencia. Tomad un ejemplo muy sencillo: estáis enojados. En ese momento de ira, no hay experimentador ni experiencia; sólo hay vivencia. Pero no bien salís de ese estado, una fracción de segundo después de la vivencia, surge el experimentador y la experiencia, el actor y la acción con un fin en vista, que es el de deshacerse de la ira o suprimirla. De suerte que en ese estado nos hallamos repetidas veces, en ese estado de vivencia; pero siempre salimos de él y le aplicamos un término, nombrándolo y registrándolo, con lo cual damos continuidad al devenir.

Ahora el problema es éste: ¿cómo es posible estar libre de conflicto en la acción? Como ya lo he dicho: tan sólo cuando la experiencia es vivida completamente, íntegramente, todo el tiempo. Podéis vivir completamente, íntegramente, sólo cuando no definís, cuando no nombráis y por lo mismo cuando no registráis, siendo esto último la memoria. La memoria es el registrador del resultado de la acción con un fin en vista. Señor, cuando usted tiene una experiencia y se encuentra en ese momento de vivencia, si no lo define, si no le da un nombre y por lo tanto no lo registra poniéndolo en el sistema de puntos de referencia que es la memoria, entonces esa vivencia es júbilo, esa vivencia es creación.

Experimentad con lo que he dicho. Es muy simple. Conocemos el primer proceso, que es la acción

en busca de un fin, de un resultado, y que hace surgir el actor. El actor, o acción con un fin en vista, es el proceso del devenir; y este proceso es constante lucha, constante dolor. Eso nos es familiar. Estar en lucha es esencialmente un estado de contradicción, y en un estado de contradicción jamás puede haber capacidad para vivir plenamente, porque siempre tiene que haber lucha, tiene que haber dolor. Para estar libre de dolor puede haber tan sólo un estado, el de vivencia, que es acción sin actor y sin resultado o fin en vista. No es cosa tan descabellada como parece. Si observáis bien atentamente, veréis que en momentos de gran éxtasis vivís ciertamente en ese estado de vivencia en que no hay actor o experimentador, ni objeto de experiencia. La mayoría de nosotros hemos conocido ese estado de vivencia; y habiéndolo conocido, deseamos continuarlo, con lo que una vez más damos nacimiento al devenir. Es decir, deseamos un resultado, lo cual es acción con un fin en vista; y por consiguiente fortalecemos el sistema de puntos de referencia que es la memoria. De suerte que, para producir un estado de constante vivencia, que en realidad es extraordinariamente revolucionario, tenemos que darnos cuenta de ese proceso de la acción que siempre persigue un fin, un resultado, y por lo tanto da nacimiento al actor. Tenemos que ser plenamente perceptivos de ese proceso; y cuando lo somos y vemos la verdad, la significación, el dolor del mismo, en esa pasiva percepción conoceremos el estado de vivencia en el que no hay experimentador ni experiencia.

Tengo unas ocho preguntas, y se ha sugerido que las conteste brevemente, no extensamente; porque, cuando contesto una pregunta extensamente, ello se convierte en una conferencia, y muchos de nosotros no podemos mantener una atención sostenida durante un largo período de tiempo. Si contesto cada pregunta brevemente, tal vez podréis entender mejor. Esta tarde procuraré, pues, contestar tantas preguntas de éstas como sea posible, y veremos cuál es el resultado.

Pregunta: ¿Cuál es la relación entre el pensador y su pensamiento?

KRISHNAMURTI: Bueno, ¿hay tal relación o hay una sola cosa, que es el pensamiento, y no hay pensador? Porque si no hay pensamientos no hay pensador. Cuando pensáis, cuando tenéis pensamientos, ¿hay un pensador? Si no tenéis absolutamente ningún pensamiento, ¿dónde está el pensador? Ahora bien, habiendo pensamientos y viendo la instabilidad de los mismos, surge el pensador. Es decir, el pensamiento crea al pensador; y como los pensamientos son transitorios, el pensador se convierte en la entidad permanente. Primero está el proceso del pensamiento, y luego, evidentemente, el pensamiento crea al pensador. Entonces el pensador se establece como ente permanente, separado de los pensamientos. Esto es, los pensamientos son transitorios, están siempre en estado de flujo, y el pensamiento pone objeción a su propio "impermanencia"; y es por ello que el pensamiento crea al pensador. No es al revés: el pensa-

dor no crea pensamiento. Si no tenéis pensamientos, no hay pensador; es, pues, el pensamiento que engendra al pensador. Entonces tratamos de establecer una relación entre el pensador y el pensamiento que lo ha creado. Es decir, procuramos establecer una relación entre aquello que busca ser permanente, o sea el pensador creado por el pensamiento, y el pensamiento mismo, que es transitorio. Pero es obvio que ambos son transitorios. Como el pensamiento, que es transitorio, crea al pensador, y aunque el pensador se imagine permanente, él también es transitorio; porque el pensador es el resultado del pensamiento.

Esto no es un acertijo. Es un hecho obvio. Seguid completamente un pensamiento, acompañadlo hasta el fin, pensadlo plenamente, y veréis qué ocurre. Hallaréis que no hay pensador alguno, porque es el pensamiento que engendra al pensador. No hay, por lo tanto dos estados: pensador y pensamiento. El pensador es entidad ficticia, estado irreal. Sólo hay pensamiento; y el manojo de pensamientos crea al "yo", al pensador. Y el pensador, habiéndose atribuido permanencia, trata de transformar el pensamiento y con ello mantenerse a sí mismo, lo cual es falso; y si podéis pensar cada pensamiento plenamente, completamente, es decir, dejar que cada pensamiento vaya desde el principio hasta el fin sin resistencia, veréis que no hay pensador en absoluto. La mente, por lo tanto, vuélvese extraordinariamente dúctil, tranquila. Y esa quietud, esa tranquilidad, es el estado de vivencia. Como no hay actor ni fin en vista, experimentador ni experiencia, el estado es de vivencia, que es

acción pura. Poned esto a prueba y veréis que el pensamiento da constantemente origen a más pensamiento, y por ello mantiene al pensador. Pero cuando no hay pensador —y no lo hay, sino tan sólo un proceso de pensamiento— es decir, cuando el proceso del pensamiento ha sido completamente comprendido, en esa percepción pasiva en que a cada pensamiento se le permite plena extensión, plena profundidad, se ve uno libre de todo pensamiento; y en esa libertad hay vivencia.

Pregunta: Desearía ayudar a usted haciendo propaganda por sus enseñanzas. ¿Puede aconsejarme la mejor manera?

KRISHNAMURTI: Ser propagandista es ser mentiroso. (Risas). No riáis, señores. Porque la propaganda es mera repetición, y la repetición de una verdad resulta mentira. Cuando repetís lo que consideráis que es la verdad, ello deja de ser la verdad. Supongamos que repetís la verdad acerca de la relación del hombre con la propiedad, verdad que no habéis descubierto por vosotros mismos; ¿qué valor tiene eso? La repetición no tiene valor; no hace más que embotar la mente, y sólo podéis repetir una mentira. No podéis repetir la verdad, porque la verdad nunca es constante. La verdad es un estado de vivencia, y lo que podéis repetir es un estado estático; no es, por lo tanto, la verdad. Os ruego que veáis realmente la importancia de esto. Estamos muy habituados a ser propagandistas, a leer periódicos, a contarles todo a los demás.

El propagandista es simple repetidor; él no dice la verdad. Es por eso que la propaganda hace en el mundo un daño infinito. El conferenciante que sale a hacer propaganda por una idea, es en realidad un destructor del pensamiento porque se limita a repetir su propia experiencia o la de otro. Pero la verdad no puede ser repetida, la verdad tiene que ser experimentada de instante en instante por cada uno. Comprendiendo eso, ¿qué podéis hacer para ayudar, para promover esta enseñanza? Todo lo que podéis hacer es vivirla; por poco que sea lo que comprendéis, por ínfima parte que sea, vividla completamente –no de un modo superficial sino profundamente, plenamente, tan vitalmente, tan intrínsecamente y con tanto entusiasmo como os sea posible. Entonces, como una flor en un jardín, ese vivir exhala de por sí su perfume. No necesitáis hacerle propaganda a un jazmín. El jazmín mismo la hace; su belleza, su perfume, su encanto, cuenta su historia. Cuando no tenéis ese encanto, esa belleza, hacéis propaganda por ella. Pero no bien habéis entendido un poco, habláis al respecto, lo predicáis, lo gritáis; porque con vuestra propia comprensión ayudáis a otro a comprender, y por lo tanto la comprensión se difunde de más en más, avanza cada vez más lejos. Ese, por cierto, es el único modo de hacer lo que llamáis "propaganda", que es una fea palabra. Señor, ¿cómo se difunde un pensamiento nuevo, un pensamiento viviente, no un pensamiento muerto? No, ciertamente, por medio de la propaganda. Los sistemas se difunden mediante la propaganda, pero no un pensamiento viviente. Un pensamiento viviente lo

difunde una persona viviente, alguien que vive ese pensamiento. Sin vivirlo, no podéis difundir un pensamiento viviente; pero ya veréis en el momento en que lo viváis. Es como la abeja que llega hasta la flor. La flor no necesita hacer propaganda por su miel; las abejas lo saben, y se acercan porque hay néctar. Sin ese néctar, hacer propaganda es engañar al pueblo, explotarlo, causar división en su seno, engendrar envidia y antagonismo. Pero si existe ese néctar del entendimiento, por poco que sea, él se propaga como el fuego. Sabéis cómo se obtiene la miel, cuántos viajes hace una abeja de su colmena a la flor, cómo junta una pequeña cantidad de miel cada vez. De un modo análogo, si hay néctar, si hay belleza, si hay comprensión en nuestro corazón, eso de por sí realizará el milagro de revolucionar completamente el mundo. La comprensión es instantánea, no del mañana, porque mañana no hay comprensión alguna; hay comprensión tan sólo hoy, ahora. El amor no es del futuro; no decís, "os amaré mañana". Amáis ahora o nunca.

Pregunta: El hecho de la muerte está a la vista de todos, y sin embargo su misterio jamás se disipa. ¿Tiene siempre que ser así?

KRISHNAMURTI: Señor, éste es un problema enorme, y tenemos que tratarlo en unos cuantos minutos. ¿Por qué existe el miedo a la muerte? Hay miedo a la muerte porque nos aferramos a la continuidad. Estoy escribiendo un libro, y podría morir mañana sin terminarlo; acumulo dinero, y podría morir sin

lograr lo que deseo; anhelo ser algo que no soy. Hay, pues, miedo a la muerte. Hay miedo a la muerte mientras haya deseo de continuidad: continuidad de la acción, continuidad del carácter, continuidad del logro, continuidad de la aptitud, continuidad de una cuenta bancaria, de un nombre, de una familia. Mientras exista el actor, o sea la acción en busca de un resultado, tiene que haber continuidad, y por lo tanto temor de que no haya continuidad; porque la muerte puede dar fin a mi escritura de un libro, a mi cuenta bancaria, a las cualidades, a las diversas características que he cultivado. Todo eso habrá de terminar, y por ello es que hay temor. Existe, pues, el miedo a la muerte mientras haya continuidad.

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando existe este sentido de continuidad? No estamos discutiendo si hay o no continuidad, sino el efecto que la idea de continuidad ejerce sobre la mente. ¿Habéis advertido alguna vez qué le ocurre a una cosa que continúa? Aquello que continúa está por cierto en un estado de constante desintegración, ¿no es así? Si tenéis un problema que continúa durante un período de años, causándoos constante zozobra, hay desintegración, ¿verdad? Cualquier forma de continuidad, así sea noble o innoble, es un proceso de desintegración. Si vemos la verdad de esto: de que cualquier forma de continuidad es un proceso de desintegración, entonces vemos la verdad acerca de lo falso. Hay, por lo tanto, liberación de lo falso, lo cual significa que uno vive constantemente en el presente, no en la continuidad; y por eso ya no hay miedo a la muerte. Sólo cuando la mente está

atrapada en la red de la continuidad, hay miedo a la muerte; y cuando la mente reconoce que ninguna cosa que continúa puede jamás renovarse, está libre del temor a la muerte. ¿Cómo puede haber renovación habiendo continuidad? Sólo puede haber renovación cuando hay terminación, es decir, cuando hay muerte. No sé si habéis notado que cuando habéis dado fin a un problema, hay renovación; mas cuando el problema continúa, lo que hay es decadencia. ¿No será posible vivir cada día, cada minuto, llevando cada pensamiento hasta el fin para que no sea continuado? En otros términos: ¿no será posible vivir con la muerte, muriendo de instante en instante? Sólo entonces hay renovación; porque sólo en el terminar hay renovación, no en la continuidad. La renovación y la continuidad se contradicen. En la continuidad no hay renacimiento, ni renovación, ni "creatividad"; los hay tan sólo en el terminar. Cuando un problema termina, uno nuevo puede surgir; pero en el intervalo entre dos problemas hay renovación. No hay, por lo tanto, temor a la muerte.

Para expresarlo diferentemente, la muerte es el estado de "no continuidad", que es el estado de renacimiento. La muerte es lo desconocido porque es un final en el que hay renovación. Pero una mente que es continua no puede conocer lo desconocido; sólo puede conocer lo conocido, porque sólo puede actuar y moverse en lo conocido, que es lo continuo. Por consiguiente lo conocido, lo continuo, teme siempre a lo desconocido, a la muerte, en la cual tan sólo hay renovación. En el terminar hay renovación, no en la

continuidad. De suerte que lo desconocido jamás puede ser conocido a través de lo continuo. Es por eso que la muerte sigue siendo un misterio, porque en todo momento la abordamos a través de lo conocido, de lo continuo. Si podéis acabar con esta continuidad de día en día, de instante en instante, veréis que hay renovación; hay una muerte en la que se produce la renovación. La muerte, pues, no es algo que deba temerse; porque en el terminar hay renacimiento, y en la continuidad hay decadencia, desintegración. Pensadlo bien, señores, y veréis la verdad y la belleza de esto. No es una teoría sino un hecho. Aquello que tiene un final, tiene renacimiento; aquello que es continuo jamás puede conocer la renovación. La muerte es lo desconocido, y aquello que es continuo es lo conocido. Lo continuo jamás puede conocer lo desconocido, y por lo tanto se ve atemorizado, desconcertado por lo desconocido. La inmortalidad no es el "yo" continuado. El "yo" es del tiempo, es resultado del tiempo. Aquello que es inmortal está más allá del tiempo. No hay, por lo tanto, relación alguna entre el "yo" y lo atemporal. Nos agrada creer que la hay, pero ése es otro engaño de la mente. Aquello que es inmortal no puede ser encajado en lo mortal, no puede ser atrapado en la red del tiempo. Sólo cuando el "yo" —que es continuidad, tiempo— llega a su fin, existe ese estado que es imperecedero, inmortal. Después de todo, la muerte nos amedrenta por la fuerza de la costumbre, porque el deseo busca continuidad en la realización. Pero la realización no tiene fin, porque ella constantemente busca otras formas de realización. El deseo

busca constantemente otros objetos de realización, y por lo tanto da origen a la continuidad, que es el tiempo. Pero si a cada deseo se lo comprende a medida que surge, y así él termina, entonces hay renovación. Puede que sea la renovación de un nuevo deseo; no importa. Proseguid acabando con cada deseo, poniéndole fin, y veréis que de ese terminar de instante en instante proviene una renovación que no es la renovación del deseo sino la renovación de la verdad. Y la verdad no es continua; la verdad es un estado de *ser* que es atemporal. Ese estado puede experimentarse tan sólo cuando cada deseo que da nacimiento a la continuidad es comprendido, y con ello llevado a su término. Lo conocido no puede conocer lo desconocido. La mente, que es el resultado de lo conocido, del pasado, que se basa en el pasado, no puede conocer lo inconmensurable, lo atemporal. La mente, el proceso del pensamiento, debe finalizar; entonces manifiéstase aquello que es lo desconocido, lo inconmensurable, lo eterno.

Pregunta: Tengo abundancia de dinero. ¿Puede usted decirme cuál es el buen empleo del dinero? Eso sí, no me pida que lo malgaste distribuyendo cobres a los pobres. El dinero es una herramienta con la que se trabaja, no un estorbo del que uno haya de deshacerse.

KRISHNAMURTI: En primer lugar, señor, ¿cómo tiene usted dinero? ¿Cómo acumula dinero? Es obvio que por medio de la explotación, de la crueldad, de

la barbarie. En el mundo moderno, en el que cada cual obra para sí es obvio que el hombre debe ser sagaz, astuto, deshonesto, despiadado, para acumular dinero. No nos engañemos a propósito de todo esto: ser rico implica crueldad. Señor, ¿no sabe usted que el hombre rico no puede entrar al reino de los cielos? Ello le resulta tan difícil como al camello pasar por el ojo de una aguja. ¿Qué sucede cuando usted ha acumulado dinero? Quiere saber cómo emplearlo; o se convierte en filántropo, o desea darle un uso conveniente. Es decir, usted acumula dinero por malos medios, y luego desea emplearlo bien. (Risas). Señores, éste no es asunto para reír. Eso es lo que nosotros hacemos. No riáis de los ricos. Vosotros también queréis ser ricos. Acumuláis, y luego queréis saber cómo emplear bien el dinero. ¿Cómo se puede hacer eso, señor?

Pero supongamos que a mí me han dejado dinero. (Gracias a Dios, ello no me ha ocurrido). Supongamos que se me ha dejado algún dinero. ¿Qué haré con él? ¿Qué habré de hacer luego de recibir el dinero? ¿Cómo lo emplearé? Ahí está el problema. ¿Lo regalaré todo a los pobres, empobreciéndome yo también, y dependeré de alguna otra persona? ¿Guardaré un poco y regalaré el resto? ¿Lo emplearé como un buen medio para un buen fin? ¿Me convertiré en depositario del mismo? Mi problema es, pues: habiendo adquirido o habiéndoseme dejado eso que se llama dinero, ¿qué haré con él? Señor, ello depende en un todo de su corazón, no de su mente; y una mente que ha acumulado dinero no es una mente generosa. Es

una mente dura, y ella no puede, salvo en su propio nivel, habérselas con aquello que es material. Por consiguiente, sólo un corazón que conoce el amor puede resolver este problema, no la mente, no un sistema. Si tenéis amor en vuestro corazón, sabréis qué hacer con el dinero: ya sea regalarlo todo, porque veis que es un estorbo, o actuar de otra manera, según los dictados de vuestro corazón. Pero es muy difícil conocer los impulsos de un corazón afectuoso, especialmente para aquellos que son ricos, porque jamás habéis pensado en esos términos de acción. Siempre habéis estado acostumbrados a la crueldad, a la dureza; y resulta muy difícil considerar el problema con afectuosa consideración. Así, pues, más importante que el dinero es el amor; y cuando tenéis dinero sin amor, ¡pobres de vosotros! Teniendo dinero, y comprendiendo que vuestro corazón está vacío, el problema ya no es el dinero sino el de despertar el manantial, el perfume, la belleza del corazón. Sin amor, el mero hecho de hacerse uno filántropo es otra forma de explotación. Habiendo amor, el amor mostrará el camino al rico como al pobre. Porque, señor, el amor lo resuelve todo; el amor es la única salida de la contradicción de ser rico y no saber qué hacer con la riqueza. Sin amor, la mera consideración de lo que hay que hacer con la riqueza llega a ser una nueva forma de escapar a nuestra íntima miseria, a nuestra lucha, a nuestra propia vacuidad.

Pregunta: Soy escritor, y suelo hacer frente a períodos de esterilidad en que nada parece ocurrírseme. Es-

tos periodos empiezan y terminan sin razón aparente. ¿Cuál es la causa de ello, y cuál su cura?

KRISHNAMURTI: Digamos, señor, para plantear el problema diferentemente, que hay momentos de "creatividad" y momentos de embotamiento; momentos de sensibilidad y momentos de insensibilidad. ¿Y por qué se produce esa brecha? ¿Por qué no hay un constante despliegue de la "creatividad"? ¿Por qué no hay constante sensibilidad? El problema, evidentemente, no consiste en ser creador en todo momento, sino en saber por qué hay insensibilidad. El estado creativo surge de por sí; no se lo puede provocar, ni retener por la concentración, ni mantener. Con lo que sí podemos habérnoslas es con la insensibilidad, con esos momentos de embotamiento, de falta de "creatividad". Ahora bien, ¿por qué se producen? ¿Por qué no hay "creatividad", por qué hay insensibilidad? Es obvio que porque hacemos, pensamos y sentimos cosas que en sí mismas son insensibles. ¿Cómo puede haber codicia, crueldad, crudeza, y al mismo tiempo sensibilidad? Yo escribo un libro. Alcanza popularidad; lo acepta uno de los estudios de Hollywood, y me lleno de dinero. He perdido la sensibilidad porque persigo el dinero, la posición; o porque quiero, como hombre de partido, ser electo miembro del Parlamento. Es obvio, pues, que la codicia produce insensibilidad; y, sin atacar las causas de la insensibilidad, nos aferramos a la "creatividad", la anhelamos, lo cual es otra forma de escape de lo que *es*. A partir del momento en que yo comprendo y ataco lo que *es*,

surge la existencia creadora; cuando comprendo cuáles son las muchas causas que producen insensibilidad y embotamiento, y dejo libre de ellas el pensamiento, surge un estado creador.

De suerte que, en primer término, el problema consiste en reconocer, en percibir la insensibilidad y su causa; no en que la indaguéis, sino en que os deis pasivamente cuenta de vuestra insensibilidad. Es decir, señor, dése usted pasivamente cuenta de ella, reconózcala, viva con ella sin contradecirla, sin negarla, sin condenarla. En ese estado de pasiva percepción, veréis que se os revela la causa del embotamiento; y cuando la causa se revela, surge de inmediato el estado de sensibilidad. Podéis experimentar con ello, y veréis. Existe el estado de embotamiento, y os dais cuenta de él. En el momento en que sois pasivamente perceptivos del mismo, hay una pausa, un período en que no existe contradicción ni condenación. Entonces, si no condenáis, en ese período se os muestra lo inconsciente, en el que está contenida la causa; y por el hecho de ser uno pasivamente perceptivo, la causa y el efecto quedan destruidos. Surge, por lo tanto, un estado de sensibilidad. No es preciso que aceptéis mi palabra al respecto. Podéis experimentar con ello, y veréis que eso es efectivamente lo que ocurre. Si hay percepción pasiva en que os dais cuenta del embotamiento, e inmediatamente después de esa percepción se produce un período de silencio sin condenación, entonces, en ese período de observación sin condenación, la causa de la insensibilidad, del embotamiento, se os revela. La verdad de esa percepción libra a la men-

te de la insensibilidad; y surge, por lo tanto, un estado creativo. Pero, desgraciadamente, el escritor, el pintor, el escultor, tiene que vivir. No se satisface simplemente con la belleza del mármol, con la expresión de la belleza, con la guirnalda de palabras. Quiere un resultado, quiere dinero contante, necesita alimento, vestido y albergue. Si simplemente necesitase vestido, alimento y albergue, todo resultaría relativamente sencillo. Pero él se vale del alimento, del vestido y del albergue como medio psicológico de engrandecerse; su arte, su literatura, conviértese en medio de autoexpansión, trayendo así lucha, miseria, y ese embotamiento que impide el ser creador. Pero si yo escribo un libro, y aunque él sea un medio de vida no lo utilizo como proceso psicológico de autoexpansión, entonces nunca puede haber un instante de embotamiento. Entonces hay constante renovación, porque yo no pido nada; entonces el "yo" está ausente. Donde hay ausencia del "yo", no hay continuidad, y por lo tanto hay un constante terminar; y así hay renovación, hay eterna creación.

Pregunta: ¿El efecto directo de su persona no resulta provechoso para comprender las enseñanzas de usted? ¿No entendemos mejor la enseñanza cuando amamos al instructor?

KRISHNAMURTI: No, señor. Comprendéis mejor cuando amáis a vuestros semejantes, al prójimo, no al instructor. Cuando amáis a vuestra esposa, a vuestro hijo, a vuestro vecino, blanco o de color —en el amor

no existen distinciones de clase— cuando en vuestro corazón hay un perfume, una canción, ello es lo que trae comprensión. Es obvio que, cuando me escucháis, mi explicación resulta una ayuda; porque yo me expreso muy claramente, y vosotros escucháis con atención. Os veis obligados a escuchar durante un par de horas, os guste o no. Consagráis vuestra mente y corazón a descubrir; no vendríais aquí si no deseárais descubrir. Por lo tanto, esto es recíproco. Vosotros buscáis, y yo ayudo. Pero si no buscáseis no estaríais aquí, no me escucharíais. Lo cierto, señor, es que cuando una persona comprende algo claramente, y habláis con esa persona, vuestra propia mente se vuelve clara. Pero si de esa persona hacéis vuestro "gurú" y lo amáis, si os limitáis a amar al instructor, tendréis desprecio por vuestro sirviente. ¿No habéis advertido, señores, cuán respetuosos sois conmigo, y cuán crueles con vuestros servidores, con vuestra esposa, con vuestros vecinos? ¿No es ése un estado de contradicción? En realidad, a mí no me afecta que seáis respetuosos o insolentes conmigo; es cosa de poca monta. Pero importa enormemente cómo tratáis a vuestra esposa, a vuestro criado. Cuando respetáis a uno y negáis ese respeto a todos los demás, os halláis en estado de hipocresía; y tal respeto, ofrecido a uno y negado a otros, jamás podrá conduciros a la verdad. Lo que trae entendimiento es el respeto por el hombre, el amor al hombre. Cuando vuestro corazón está lleno, buscáis la verdad en todas partes, escucháis el canto de las aves, las gotas de la lluvia, veis las sonrisas y las penas del ser humano. En cada hoja, en una hoja muerta, está

aquello que es eterno; pero no sabemos buscarlo porque nuestra mente está muy llena de otras cosas además de esta búsqueda.

De suerte que el mero respeto por uno es de muy escasa significación cuando no tenéis respeto por todos; y el respeto es afecto, bondad, consideración. Pero cuando hay amor, consideración, generosidad, cuando no causáis enemistad, entonces ya estáis muy cerca. Entonces os halláis en estado de sensibilidad, y aquello que es sensible es capaz de recibir. No podéis ir hacia la verdad, no podéis ir hacia lo desconocido; la verdad, lo desconocido, debe venir a vosotros. Pero no puede venir a vosotros si vuestra mente está agobiada, forzada, y si ella es pesada, cruel, dura. De suerte que, al escucharme, si lo que oís no hace más que estimularos, ello carecerá de significación porque todo estímulo es sensual. Sólo puede tener significación en vuestra acción de todos los días, en vuestra relación con las personas, con las ideas y con las cosas. Entonces usted descubrirá, señor, si alguna de estas cosas tiene sentido, no porque me escuche a mí durante un par de horas. Lo que importa es cómo sois con vuestro criado, con vuestra esposa, con vuestro esposo, con vuestro vecino; porque no bien hay pensamiento, una investigación despierta e inteligente, hay devoción; la búsqueda misma de la verdad es devoción. Y donde hay devoción, donde hay amor, hay entendimiento.

Marzo 14 de 1948

XI

CREO que esta tarde me dedicaré principalmente a contestar preguntas, pero antes de hacerlo desearía formular una o dos observaciones. El domingo próximo será la última plática, y después no las habrá. Las discusiones finalizarán el día 28.

Hay según creo una tendencia, especialmente entre aquéllos que han leído mucho y han experimentado de acuerdo a sus lecturas, a traducir lo que yo digo en términos de sus viejos conocimientos. Es como poner vino nuevo en viejas botellas. Cuando se pone vino nuevo en viejas botellas, el vino fermenta y quiebra la botella. Eso es lo que generalmente ocurre. De un modo análogo, tal vez, los que han seguido determinada línea de lecturas son propensos a traducir lo que yo digo de acuerdo a sus conocimientos previos, y me parece que es un error el limitarse a traducir o expresar en un viejo lenguaje lo que uno oye. Porque el traducir simplemente a viejas terminologías lo que oís, no trae comprensión. Hace que uno clasifique, co-

loque en casilleros lo que oye, lo cual impide realmente la comprensión. Lo que trae entendimiento es la comprensión directa, no la comprensión a través del viejo lenguaje, de la vieja terminología, de las viejas palabras, con sus acepciones específicas. De suerte que, si puedo sugerirlo, será beneficioso y valdrá la pena escuchar y comprender directamente, sin traducir lo que se dice a vuestra particular terminología o uso de vocablos.

La mayoría de nosotros hemos acumulado conocimientos, y conforme a esos conocimientos actuamos. Pero el conocimiento propio es diferente; el conocimiento propio, que no es conocimiento acumulativo, residual, requiere vigilancia, estar constantemente alerta. En cuanto acumulamos conocimientos, éstos se convierten en una carga; y donde hay carga, demasiado peso, el viajar se vuelve imposible o muy difícil. En cambio el conocimiento propio, el conocimiento del proceso íntegro, total, de uno mismo, no requiere para nada conocimientos previos. Por el contrario, donde hay conocimientos previos tiene por fuerza que haber mala inteligencia, falsa interpretación, traducción errónea. Es como emprender un viaje: a medida que avanzáis, empezáis a comprender la comarca, el paisaje. O como cavar un pozo y beber su agua. De un modo análogo, el conocimiento propio no es acumulativo; es un movimiento constante, un conocimiento de instante en instante que es siempre un descubrimiento, siempre viviente, siempre creador. Sólo cuando hay acumulación, cuando hay restos residuales que se convierten

en recuerdo, ese conocimiento es un obstáculo para el vivir creador, para el ser creador. Después de todo, el conocimiento que poseemos es técnico, ¿verdad? No acumulamos conocimientos acerca de nosotros mismos. Si lo hacemos, es el recuerdo de lo que otras personas han dicho, o lo que hemos aprendido en los libros; o es una repetición de palabras, mera hablilla ajena. Muy pocos de nosotros tienen conocimiento propio, el conocimiento de lo que uno realmente es. Los más viven superficialmente. Ello puede compararse a un "iceberg": sólo la décima parte se muestra sobre la superficie, mientras el resto se halla bajo el agua. De un modo análogo, nosotros vivimos un décimo sobre la superficie, y nos hallamos muy agitados; nuestras actividades, nuestra existencia social, política, religiosa, está toda en la superficie. Jamás descendemos para indagar las profundidades, donde la mayor parte de nuestra existencia se halla realmente. Mas para investigar hondamente, profundamente, es preciso que haya constante descubrimiento. Primero, evidentemente, tiene que haber conocimiento de nuestras acciones diarias superficiales, de nuestros diarios pensamientos y sentimientos. Cuando a éstos se los entiende, es posible penetrar cada vez más profundamente ese proceso total que es el "yo", el "tú". Y ese descubrimiento no exige conocimientos previos; por el contrario, los conocimientos previos llegan a ser un estorbo. Cuanto más ahondáis, más comprendéis; y el arte de la comprensión no consiste en la acumulación, en la memoria. La comprensión, por cierto, surge de instante en instante, cuando la mente es lozana, flexible, alerta,

pasiva. En ese estado, la comprensión llega silenciosa y velozmente, o lentamente; todo depende de la flexibilidad, de la sensibilidad, de la rapidez de la mente.

De suerte que el conocimiento propio no es conocimiento que se acumula. Donde hay acumulación no puede haber descubrimiento y por lo tanto recto pensar, verdadero pensar, que es de instante en instante. La verdadera acción es de instante en instante; no es disciplinada de acuerdo a una norma, a un ejemplo, o conforme a un ideal con un fin o resultado en vista. Si queréis experimentar con esto, descubriréis que el conocimiento propio es una constante renovación, no un fin que haya de ganarse o lograrse. Es un movimiento constante en el viaje del autodescubrimiento. Cuanto más profunda y velozmente puede la mente penetrar, más capaz es ella de descubrir, y tanto mayor deleite, tanto más júbilo, hay en ese descubrimiento.

Tengo varias preguntas, y voy a contestar tantas como me sea posible.

Pregunta: ¿Qué es lo que viene cuando el nacionalismo se va?

KRISHNAMURTI: La inteligencia, evidentemente. Pero me temo que eso no sea lo que esta pregunta implica. Lo que ella implica es esto: ¿qué es lo que puede substituir al nacionalismo? Ninguna substitución es acto que traiga inteligencia. Si abandono una religión y me adhiero a otra, o dejo un partido político para ingresar más tarde en alguna

otra cosa, esta constante substitución indica un estado en el que no hay inteligencia.

Ahora bien, ¿cómo se va el nacionalismo? Sólo comprendiendo plenamente lo que él implica, examinándolo, percibiendo su significación en la acción externa e interior. En lo externo, él causa divisiones entre los hombres, clasificaciones, guerras y destrucción, lo cual es obvio para cualquiera que sea observador. En el fuero íntimo, psicológicamente, esta identificación con lo más grande, con la patria, con una idea, es evidentemente una forma de autoexpansión. Es decir, viviendo en una pequeña aldea, o en una gran ciudad, o donde sea, yo no soy nadie; pero si me identifico con lo más grande, con el país, si me llamo a mí mismo hindú, ello halaga mi vanidad, me brinda satisfacción, prestigio, una sensación de bienestar; y esa identificación con lo más grande, que es una necesidad psicológica para los que sienten que la expansión del "yo" es esencial, engendra asimismo conflicto, lucha entre los hombres. De suerte que el nacionalismo no sólo causa conflictos externos, sino frustraciones íntimas; y cuando uno comprende el nacionalismo, todo el proceso del nacionalismo, éste se desvanece. La comprensión del nacionalismo llega mediante la inteligencia. Es decir, observando cuidadosamente, penetrando el proceso íntegro del nacionalismo, del patriotismo, surge de ese examen la inteligencia; y entonces no se produce la substitución del nacionalismo por alguna otra cosa. En el momento en que reemplazáis el nacionalismo por la religión, la religión se convierte en otro medio de autoexpansión, en una fuen-

te más de ansiedad psicológica, en un medio de alimentarse uno mismo con una creencia. Por lo tanto cualquier forma de substitución, por noble que sea, es una forma de ignorancia. Es como alguien que substituyera el fumar por la goma de mascar o el fruto de la areca. En cambio, si uno entiende realmente y en su totalidad el problema del fumar, de los hábitos, de las exigencias psicológicas y todo lo demás, el vicio de fumar desaparece. Sólo podéis comprender cuando hay desarrollo de la inteligencia, cuando la inteligencia funciona; y la inteligencia no funciona cuando hay substitución. La substitución es simplemente una forma de autosoborno, de incitaros a que no hagáis esto pero sí hagáis aquello. El nacionalismo —con su veneno, sus miserias y la lucha mundial que acarrea— sólo puede desaparecer cuando hay inteligencia, y la inteligencia no surge por el mero hecho de pasar exámenes y estudiar libros. La inteligencia surge cuando comprendemos los problemas a medida que se presentan. Cuando hay comprensión del problema en sus diferentes niveles —no sólo de su parte externa sino de lo que él implica en su aspecto íntimo, psicológico— entonces, en ese proceso, la inteligencia se manifiesta. Cuando hay, pues, inteligencia, no hay substitución; y cuando hay inteligencia desaparece el nacionalismo, el patriotismo, que es una forma de la estupidez.

Pregunta: ¿Cuál es la diferencia entre introspección y alerta percepción? ¿Quién, en la alerta percepción, es el que percibe?

KRISHNAMURTI: Examinemos primero lo que entendemos por introspección. Por introspección entendemos el mirar dentro de uno mismo, el examinarse. ¿Y por qué es que uno se examina? A fin de mejorar, de cambiar, de modificarse. Es decir, practicáis la introspección para llegar a ser alguna cosa, pues de otro modo no os entregaríais a la introspección. No os examinaríais si no existiese el deseo de modificaros, de cambiaros, de haceros diferentes de lo que sois. Esa, por cierto, es la razón evidente de la introspección. Soy iracundo, y para deshacerme de la ira, o hacer que ésta cambie o se modifique, me examino mediante la introspección. Ahora bien, donde hay introspección— que es el deseo de modificar o cambiar las respuestas, las reacciones del "yo"— hay siempre un fin en vista; y cuando ese fin no se logra, hay mal humor, depresión. La introspección, pues, siempre va acompañada de depresión. No sé si habéis advertido que cuando practicáis la introspección, cuando miráis dentro de vosotros mismos a fin de cambiaros, siempre hay una ola de depresión. Siempre hay una ola de mal humor contra la cual tenéis que batallar; necesitáis examinaros de nuevo para sobreponeros a ese estado de ánimo, y así sucesivamente. La introspección es un proceso en el que no hay liberación, porque es un proceso de transformar lo que *es* en algo que eso no es. Es obvio que esto, exactamente, es lo que ocurre cuando practicamos la introspección, cuando nos entregamos a ese acto en particular. En ese acto existe siempre un proceso acumulativo: el del

"yo" que examina algo con el objeto de cambiarlo. Hay siempre, pues, un conflicto dualista, y por lo tanto un proceso de frustracción. Nunca se produce un alivio; y, comprendiendo esa frustracción, uno se siente deprimido.

Ahora bien, la alerta percepción es enteramente diferente. Ella es observación sin condenación. La percepción trae comprensión porque no hay condenación ni identificación, sino observación silenciosa. Lo cierto es que si quiero comprender algo, debo observarlo; no debo criticar, no debo condenar, no debo perseguirlo como placer ni evitarlo como "no placer". Lo único que debe haber es silenciosa observación de un hecho. No hay fin en vista sino alerta percepción de todo a medida que surge. Esa observación, y la comprensión de esa observación, cesan cuando hay condenación, identificación o justificación. La introspección es mejoramiento de uno mismo, y por lo tanto la introspección es egocéntrica. La alerta percepción no es mejoramiento del propio "yo". Por el contrario, es la terminación del "ego", del "yo", con toda su idiosincrasia y peculiares recuerdos, exigencias y empeños. En la introspección hay identificación y condenación. En la alerta percepción no hay condenación ni identificación; por consiguiente no hay automejoramiento. Entre ambas hay una enorme diferencia. El hombre que desea mejorarse a sí mismo jamás puede ser perceptivo, porque el mejoramiento implica condenación de algo y logro de un resultado; mientras que en la alerta percepción hay observación sin condenación, sin negación ni aceptación. Esa alerta per-

cepción empieza con las cosas externas, dándose uno cuenta de los objetos, de la naturaleza, y estando en contacto con ellos. Está primero la alerta percepción de las cosas que a uno le rodean, el ser sensible a los objetos, a la naturaleza, a la gente (lo cual significa interrelación), y luego está la alerta percepción de las ideas. Esta percepción, el ser sensible a las cosas, a la naturaleza, a la gente, a las ideas, no está hecha de procesos separados sino que es un proceso unitario. Es una constante observación de todo, de todo pensamiento, sentimiento y acción a medida que surgen dentro de uno mismo. Y como la alerta percepción no es condenatoria, no hay acumulación. Condenáis tan sólo cuando tenéis una norma, lo cual significa que hay acumulación, y por lo tanto mejoramiento del "yo". La alerta percepción consiste en comprender las actividades del "sí mismo", del "yo", en su relación con las personas, con las ideas y con las cosas. Esa percepción es de instante en instante, y por lo tanto no puede ser practicada. Cuando practicáis una cosa, ella se convierte en hábito; y la alerta percepción no es hábito. Una mente que es habitual es insensible; una mente que funciona dentro del surco de determinada acción es pesada, rígida. La alerta percepción, antes bien, requiere constante flexibilidad, vigilancia. Esto no es difícil. Es lo que hacéis cuando estáis interesados en algo, cuando os interesa observar a vuestro hijo, a vuestra esposa, cuidar vuestras plantas, mirar los árboles, las aves. Observáis sin condenación, sin identificación. En esa observación, por lo tanto, hay completa comunión; el observador y

lo observado están en comunión completa. Esto ocurre efectivamente cuando estáis profundamente interesados en algo. Hay, pues, una enorme diferencia entre la alerta percepción y el mejoramiento autoexpansivo de la introspección. Lo uno, o sea la introspección, conduce a la frustración, a nuevos y mayores conflictos. La alerta percepción, en cambio, es un proceso de liberación con respecto a la acción del "yo"; consiste en daros cuenta de vuestros diarios movimientos, de vuestros pensamientos, de vuestros actos, y en daros cuenta de otra persona, en observarla. Eso podéis hacerlo tan sólo cuando amáis a alguien, cuando os halláis hondamente interesados en algo. Y cuando yo quiero conocerme a mí mismo, todo mi ser, todo el contenido de mí mismo y no una o dos capas tan sólo, es obvio que no debe haber condenación. Tengo entonces que estar abierto a todo pensamiento, a todo sentimiento, a todos los estados de ánimo, a todas las represiones; y a medida que hay más y más percepción expansiva, más y más libre me hallo de todo el movimiento oculto de los pensamientos, móviles y empeños. De suerte que la alerta percepción es libertad; ella trae libertad, ella brinda libertad. La introspección, en cambio, fomenta el conflicto, el proceso de autoencierro; siempre hay en ella, por lo tanto, frustración y temor.

El interlocutor desea también saber quién es el que percibe. Ahora bien, ¿qué ocurre cuando tenéis una profunda experiencia de cualquiera índole? Cuando tenéis tal experiencia, ¿os dais cuenta de que estáis experimentando? Cuando sufrís un ataque de ira, en la

fracción de segundo de la ira, o de los celos —o del júbilo— ¿os dais cuenta de que estáis gozosos o de que estáis encolerizados? Tan sólo cuando la experiencia ha terminado, existe el experimentador y lo experimentado. Entonces el experimentador observa lo experimentado, el objeto de la experiencia. Pero en el momento de experimentar, no hay observador ni cosa observada: sólo existe la vivencia. Pero la mayoría de nosotros no "vivenciamos". Siempre nos hallamos fuera del estado de vivencia, y es por ello que formulamos la pregunta de quién es el observador, quién es el que percibe. Tal pregunta, por cierto, es equivocada, ¿verdad? En el momento en que hay vivencia, no existe la persona que percibe ni el objeto del que ella se da cuenta. No hay observador ni cosa observada, sino tan sólo un estado de vivencia. La mayoría de nosotros encontramos que es extremadamente difícil vivir en un estado de vivencia, porque ello exige extraordinaria flexibilidad, presteza, un alto grado de sensibilidad; y eso resulta imposible cuando perseguimos un resultado, cuando deseamos triunfar, cuando tenemos un fin en vista, cuando calculamos, todo lo cual trae frustración. Pero el hombre que nada exige, que no persigue una finalidad, que no anda en busca de un resultado con todo lo que ello implica, un hombre así se halla en estado de constante vivencia. Todo tiene entonces un movimiento, un significado, y nada es viejo; nada se carboniza, nada resulta repetido, porque lo que *es* jamás es viejo. El reto es siempre nuevo. Sólo la réplica al reto es vieja; y lo viejo crea más residuo, que es el recuerdo, el observa-

dor, que se separa de lo observado, del reto, de la experiencia. Podéis experimentar con esto por vosotros mismos de un modo muy simple y muy fácil. La próxima vez que estéis encolerizados o celosos, o que sintáis codicia, o que seáis violentos o lo que sea, observaos a vosotros mismos. En ese estado, "vosotros" no existís. Sólo existe ese estado del ser. Pero al momento, al segundo siguiente, nombráis y definís el hecho, le llamáis celos, ira, codicia. Habéis, pues, creado de inmediato el observador y lo observado, el experimentador y lo experimentado. Cuando hay experimentador y cosa experimentada, el experimentador procura modificar la experiencia, cambiarla, recordar cosas a su respecto, etc. Él mantiene, por lo tanto, la división entre sí mismo y lo experimentado. Pero si no dais nombre a ese sentimiento —lo que significa que no buscáis un resultado, que no condenáis, que simplemente os dais cuenta del sentimiento en silencio— entonces veréis que en ese estado del sentir, en ese estado de vivencia, no hay observador ni cosa observada. El observador y lo observado, en efecto, son un fenómeno conjunto, y sólo hay vivencia. De suerte que la introspección y la alerta percepción son enteramente diferentes. La introspección lleva a la frustración, a mayor conflicto, puesto que en ella está implícito el deseo de cambio, y el cambio es mera continuidad modificada. La alerta percepción, antes bien, es un estado en el que no hay condenación, justificación ni identificación, y en el que, por lo tanto, hay comprensión; y en ese estado de pasiva y alerta

percepción no hay experimentador ni cosa experimentada.

Señor, esto que estoy diciendo no es muy difícil, aunque usted pueda hallarlo verbalmente difícil. Pero vosotros notaréis, cuando estéis interesados en algo de un modo muy grave y muy profundo, que ello ocurre realmente. Os halláis tan completamente sumergidos en aquello que os interesa, que no hay exclusión ni concentración. La introspección, que es una forma de automejoramiento, de autoexpansión, jamás podrá conducir a la verdad porque es siempre un proceso de encierro en uno mismo; mientras que la alerta percepción es un estado en el que la verdad puede manifestarse: la verdad de lo que *es*, la simple verdad de la existencia diaria. Es sólo cuando comprendemos la verdad de la existencia diaria, que podemos ir lejos. Debéis empezar cerca para ir lejos; pero la mayoría de nosotros queremos saltar, empezar lejos sin entender lo que está cerca. A medida que comprendamos lo cercano, encontraremos que no existe distancia entre lo cercano y lo lejano. No hay distancia alguna: el comienzo y el fin son uno solo.

Pregunta: ¿Es el matrimonio una necesidad o un lujo?

KRISHNAMURTI: Bueno, examinemos el problema, la cuestión. ¿Por qué nos casamos? Primero, evidentemente, por causa de la necesidad biológica, del impulso sexual, que la sociedad ha legalizado mediante el matrimonio. La sociedad quiere proteger a los

hijos, y que no los haya ilegítimos, porque mira con horror los hijos ilegítimos. Es por eso que el matrimonio se legaliza. Pero ésa, ciertamente, no es la única razón por la cual nos casamos. Nos casamos por obra de exigencias psicológicas. Necesito una compañera, alguien a quien poseer, dominar, una persona a quien pueda llamar "mía". Puedo hacer de mi mujer lo que quiera; ella está subordinada al hombre (en este país, no en América). Aquí el régimen matrimonial ha hecho de la mujer una esclava que ha de ser protegida, controlada, dominada, poseída. No miréis a otras personas, señores; todos estáis involucrados en esto. La mujer es una posesión; así como poseo bienes, poseo a mi mujer. La poseo sexualmente y la domino en lo externo. Psicológicamente, la posesión me brinda comodidad, seguridad: "mi" propiedad, "mi" esposa, "mis" hijos: todo ese horror. Tratamos a los seres humanos como tratamos a los bienes materiales, sin ninguna consideración; porque, una vez que os poseo legalmente, estáis bajo mi férula. De suerte que la sociedad legaliza el matrimonio a fin de perpetuar la raza, de mantenerla dentro de ciertos límites; pero psicológicamente, en lo íntimo, yo puedo hacer lo que me dé la gana. Y bien conocéis todo el fárrago de la existencia: los horrores, las zozobras, las miserias, de los que están casados y no se quieren. ¿Y cómo puede haber amor cuando hay espíritu de posesión? ¿Y qué sucede si no os casáis? He visto eso en varios países, donde existe lo que se llama "matrimonio de compañeros" o matrimonio a prueba. No os hagáis los escandalizados. Una vez más: si no hay amor,

el "matrimonio de compañeros" llega a ser un fácil desahogo para vuestro apetito sexual e irresponsabilidad. Ambos, pues, son un horror no habiendo amor. Pero a la sociedad no le importa un bledo que haya o no haya amor; y como casi todos nosotros estamos tan concentrados en nuestra vida de negocios, tan dedicados a ganar dinero o lo que sea, como somos despiadados en nuestros negocios y crueles en el mundo, ¿cómo es posible que tengamos amor por alguien en el hogar? No podéis por una parte explotar el prójimo, reducirlo al hambre, chuparle la sangre, y luego ir a casa y tener afecto por vuestra esposa. No, señores; no podéis hacer ambas cosas. Pero eso es lo que intentáis hacer, y por eso es que en vosotros no hay amor. Y es por eso que el matrimonio es algo tan miserable a través del mundo.

El matrimonio es también una forma de autoperpetuación. Deseo continuidad a través de mis hijos. Ellos, por lo tanto, adquieren suma importancia, no en sí mismos, sino para mi propia continuidad: mi nombre, mi clase, mi casta. Todo ese asunto lo conocéis. Y, naturalmente, cuando no hacéis más que utilizar a vuestros hijos para vuestra propia continuidad, no hay amor. ¿Cómo puede haberlo cuando os interesa más vuestra propia continuidad a través de ellos, que amarlos a ellos, sean como fueren? De ahí que la tradición y el nombre cobren mucha importancia: son los medios de perpetuaros a través de vuestros hijos.

Así, pues, para comprender este problema, para descubrir lo que él involucra, tenemos que estudiarlo, que ahondarlo. Al estudiar surge la inteligencia; y sólo la

inteligencia y el amor pueden habérselas con este problema, no la legislación. En cuanto poseo a una persona, la prostituyo; es decir, la persona adquiere importancia, no por sí misma sino porque en mi fuero íntimo yo soy vacío, hambriento, repugnante. Como soy insuficiente, pobre, me valgo de otra persona –mi mujer, mi empleado, o quien sea– para encubrir mi vacuidad interior. El poseído, por consiguiente, cobra importancia como medio de escapar a mi propia soledad; y, naturalmente, me vuelvo celoso, envidioso, cuando el otro –que me ayuda a huír de mí mismo– se fija en alguna otra persona. De suerte que para comprender todo este proceso humano, que es en extremo complejo y sutil, hay que tener inteligencia. La inteligencia también es amor, no mero intelecto; y no podemos tener amor si, por una parte, somos crueles en nuestros negocios, en la vida diaria, y, por la otra, tratamos de ser gentiles, tiernos y misericordiosos. No podéis ser ambas cosas. No podéis ser ricos y ambiciosos, y al mismo tiempo afectuosos y tiernos. No podéis ser un capitán de industria, o un gran político, y sin embargo ser compasivo. Ambas cosas no pueden ir juntas. Y es sólo cuando hay amor, misericordia –es decir, inteligencia, la más alta forma de inteligencia– que este problema puede ser resuelto. Somos seres humanos, hombres o mujeres; somos seres vivos, sensibles, no felpudos para ser pisoteados, ni para ser usados sexual o mentalmente para satisfacción de nadie. No bien nos consideremos unos a otros como seres humanos, como individuos, no como cosas para ser poseídas, surge una posibilidad de entendimiento

y de superar el conflicto que existe entre dos personas en el matrimonio.

Pregunta: ¿Quién lo alimenta a usted si no es un explotador? ¿Cómo está usted libre de explotación si explota a un explotador?

KRISHNAMURTI: ¿Qué entendemos por explotación? Evidentemente, ello significa servirse de alguien para la propia satisfacción, que es principalmente psicológica. Cuando utilizo a alguien psicológicamente, lo exploto de veras; y la mayor parte de la explotación que hay en el mundo —los ricos que explotan a los pobres, el conductor que explota a los conducidos, el secuaz que explota al líder, etc.— se basa esencialmente en exigencias íntimas, en la pobreza psicológica del ser. No habrá explotación material del hombre por el hombre cuando cese la exigencia íntima y enteramente psicológica de utilizar a los demás —ya se trate de vuestra esposa, de un jornalero o de un empleado de oficina— como medio de enriqueceros a vosotros mismos. Después de todo, el dinero, el prestigio, lo acumuláis como medio de autoexpansión. Pero os contentáis con poco, con lo necesario para la vida, cuando sois interiormente ricos, cuando no dependéis de otra persona como medio de encubrir vuestras propias necesidades y vacuidad psicológicas. Es obvio, pues, que la explotación empieza cuando utilizamos psicológicamente a otro como medio de autoexpansión.

Ahora bien, el interlocutor me pregunta si yo no

exploto al explotador. No lo creo. Él me da de comer, como ocurriría si yo saliese a ganar dinero. Yo no me valgo de él como necesidad psicológica, ni os utilizo a vosotros —al auditorio, al individuo— a fin de agrandarme personalmente. No soy, por lo tanto, vuestro líder, ni vosotros sois mis secuaces. No os necesito psicológicamente, y esto lo he puesto a prueba para mí mismo no subiendo a ninguna tribuna y absteniéndome de hablar. De modo, pues, que así como saldría a ganar dinero para cubrir mis necesidades, hago estas pláticas; y para ello se me viste y se me alimenta. Pero, tal como la sociedad está actualmente edificada, toda su estructura se basa en la explotación, que consiste en utilizar psicológicamente al prójimo como medio de autoexpansión; y hay tan sólo unas pocas personas sensatas que no se ocupan en utilizar a los demás como medio de autoexpansión, y que por lo tanto dejan de explotar. La explotación, por cierto, significa mucho más que explotar al jornalero. La base de toda explotación es la exigencia psicológica de utilizar a los demás como medio de autoexpansión, como medio de agresión y autoperpetuación. Donde no hay, pues, autoexpansión, donde no se utiliza psicológicamente al prójimo, no hay explotación. Eso significa que os contentáis con poco, no por causa de un ideal, sino porque en vuestro fuero íntimo hay un tesoro, hay belleza, éxtasis. Pero sin esa sencillez interior, el simple hecho de ponerse un taparrabo nada significa; porque exteriormente podéis tener muy poca ropa, mientras en lo íntimo utilizáis y por lo tanto explotáis a la gente. Atribui-

mos mucha importancia a la explotación material; el comunista, el socialista, todo el mundo procura poner término a esa explotación. Ello no significa que hagan mal; pero deberíamos atacar las causas íntimas de la explotación, que son mucho más complejas, mucho más sutiles; y eso no puede hacerlo la mera legislación, por lo cual resulta muy importante que el individuo se transforme a sí mismo. Y la transformación del individuo —vosotros y yo— no es cuestión de tiempo. Tiene que hacerse ahora. Cuando vosotros os transforméis, en efecto, el mundo será transformado. El mundo es el lugar en que vivís, y lo constituyen vuestras relaciones y vuestros valores; y él puede ser afectado de inmediato cuando en vosotros se produce una profunda, una íntima revolución. Y esta revolución interior puede ocurrir tan sólo cuando vosotros, como individuos, no utilicéis a nadie para vuestra autoexpansión, para vuestra satisfacción, para vuestra comodidad.

Pregunta: ¿El aquietar la mente no es un requisito previo para la solución de un problema? ¿Y no es la disolución de un problema una condición para la quietud mental?

KRISHNAMURTI: Dos preguntas están involucradas en ésta, de modo que las abordaremos una a una. "¿El aquietar la mente no es un requisito previo para la solución de un problema?". Todo depende de lo que llaméis "mente". La mente no es tan sólo la capa superficial; la conciencia no es apenas esa tor-

pe acción de la mente. Evidentemente, cuando hay un problema creado por la mente superficial, ésta tiene que aquietarse para comprenderlo. Eso lo hacéis de cualquier modo; ocurre en la vida diaria. ¿Qué hacéis cuando tenéis un problema de negocios? Desconectáis el teléfono, dais descanso a vuestra secretaria si tenéis una, y os ponéis a observar, a estudiar el problema, lo cual significa que vuestra mente queda libre de otras preocupaciones. Vuestra mente superficial se interesa por el problema, es decir, se ha aquietado. Pero la mente superficial no incluye todo el contenido de la mente. No toda vuestra conciencia se ha aquietado; tan sólo la capa superficial, que se halla en una constante agitación, se ha calmado temporariamente.

"¿Y no es la disolución de un problema una condición para la quietud mental?". Lo es, evidentemente. Sólo cuando todo problema ha sido completamente comprendido –lo cual significa que el problema no deja residuo, cicatriz ni recuerdo– la mente se aquieta. La conciencia, como lo hemos dicho, es un proceso de experimentar, de nombrar o definir, y de registrar, que es la memoria. De suerte que la conciencia es un proceso de reto y respuesta, de nombrar y registrar, o memoria. Eso es todo el proceso de la conciencia. El registrar, el nombrar, el experimentar, pueden ser reprimidos, mantenidos en sujeción en una de las capas profundas de la conciencia; pero hasta que esa represión se levante, ya sea por medio de los sueños, de la acción, o desenterrando esa cosa escondida, no puede haber quietud de la

mente. Una mente en la que hay muchas gavetas ocultas, aparadores ocultos con innumerables esqueletos que la voluntad, la negación, la represión, tiene sujetos, ¿cómo puede estar en calma una mente así? Puede ser compelida, forzada por la voluntad a estar quieta; ¿pero es eso quietud? Un hombre que persiste en la pasión, que es sensual y que ha reprimido la lujuria manteniéndola sujeta, ¿puede acaso tener una mente tranquila, serena, rica? Un hombre que está torturado por la ambición y que por lo tanto se ve frustrado, y que trata de huír de esa frustración por todos los medios de escape, ¿cómo puede un hombre así tener la mente serena? Tan sólo cuando la ambición ha sido comprendida, cuando los problemas de la ambición con sus frustraciones, con sus conflictos, con su crueldad, han sido comprendidos, aquiétase la mente. Escudriñando profundamente en uno mismo, abriendo todos los aparadores, todas las gavetas, desenterrando todos los esqueletos y comprendiéndolos, la mente se aquieta. No podéis tener quietud mental si vuestras puertas están cerradas con llave. Podéis calmar la mente mediante la voluntad, lo cual es un fácil escape; pero una mente que ha sido aquietada por la acción de la volntad es una mente muerta, insensible, que ha sido brutalizada por la acción de la voluntad. Sólo dando plena libertad a todo movimiento del pensamiento, y comprendiéndolo —lo que no significa libertinaje, malas acciones, etc.— sólo comprendiendo el contenido total de vuestro ser, la mente se aquieta. Entonces ella no está *aquietada;* la tranquilidad le llega de un modo natural, fácil, veloz.

Es como un lago que queda en calma, sin una onda, cuando las brisas dejan de soplar. De un modo análogo, la mente queda extraordinariamente serena, sin movimiento alguno, quieta en absoluto, cuando los problemas se disuelven.

Ahora bien, los problemas los engendra el pensador al separarse de su pensamiento, el actor al separarse de su acción, con lo cual se da importancia al actor, al pensador. Y la quietud le llega a la mente por el conocimiento propio tan sólo; no por la negación del "yo" o la aceptación del "yo", sino por la comprensión de todo movimiento, de todo pensamiento, de todo sentimiento del "yo", tanto los elevados como los bajos. Lo elevado y lo bajo es una falsa división a la que la mente se ha entregado. Sólo hay pensamiento, que se divide a sí mismo en elevado y bajo; y para comprender el pensamiento, todo el proceso del pensamiento, hay que tener conocimiento propio. Ello significa que todo pensamiento debe ser comprendido, sentido del todo, sin condenación. Es preciso que haya percepción silenciosa y veloz; y de ese conocimiento propio proviene una extraordinaria quietud, una serenidad que es creativa y en la cual la realidad se manifiesta. Pero el perseguir la quietud y cultivar la serenidad destruye esa realidad creadora, porque buscáis la quietud, ejercitáis vuestra voluntad para estar sereno, como medio de alcanzar un resultado, de obtener algo. El hombre que busca un resultado, que procura adquirir la verdad forzando la mente, aquietándola, jamás encontrará la realidad. Lo único que hace es embo-

tarse, huir de los aparadores, de los esqueletos que lo sujetan. Sólo abriendo las puertas al dolor podréis comprender la realidad, no escapando a las tribulaciones.

Pregunta: Como la fuerza motriz en la búsqueda de la verdad es el interés, ¿qué es lo que engendra interés? ¿Qué es lo que despierta interés en una cuestión pertinente? ¿Es el sufrimiento?

KRISHNAMURTI: Es obvio que si no hay interés no hay búsqueda. Donde no hay interés podrá haber control, dominación, esfuerzo; pero sólo hay búsqueda, indagación, donde hay interés. Esa misma búsqueda es devoción. La devoción no es un sendero separado hacia la realidad. Donde hay búsqueda, hay acción; y no existe el sendero separado del "karma yoga". Porque hay acción donde hay investigación, y esa misma búsqueda trae sabiduría. De suerte que el interés es esencial; ¿y cómo surge el interés? El interés surge, evidentemente, cuando sufrís, cuando queréis saber cuáles son las causas del sufrimiento porque él os tiene atrapados, o porque veis que otra persona está atrapada. No hay, ciertamente, otro camino que el del dolor. Pero cuando sufrís buscáis remedios, paliativos, escapes, "gurús", lo cual disipa vuestra indagación del sufrimiento. Cuando os halláis angustiados, cuando sufrís, vuestro instinto es el de huir del dolor, el de alejaros de él, buscando una explicación verbal o cualquier otro medio de evasión. Si, en cambio, observáis el sufrimiento sin escapar,

sin condenarlo —lo cual es arduo en extremo— encontraréis que él empieza a contaros cosas extraordinarias, que empieza a revelar incalculables tesoros. Vuestra dificultad no es pues, que no sufrís, sino que disipáis vuestras energías tratando de vencer el sufrimiento. Lo que ha sido vencido, tiene que serlo una y otra vez, y por consiguiente continuáis sufriendo. El sufrimiento no conduce a la inteligencia cuando procuráis vencerlo; mientras que si empezáis a comprenderlo, él sí os conduce a la inteligencia. Y si os examináis a vosotros mismos, veréis que cuando hay sufrimiento deseáis que una mano os sostenga, que un "gurú" os diga lo que hay que hacer; o hacéis funcionar la radio, u os escapáis al cine o a las carreras, o hacéis innumerables cosas, tales como rezar, practicar el "puja", para alejaros del sufrimiento, del dolor real y palpitante. Todo eso representa otros tantos medios de disipar vuestras energías; mas si no empleáis ninguno de ellos, ¿qué ocurre? Hay sufrimiento, y la parálisis que él trae; y entonces, en el silencio de ese dolor, cuando la mente ya no huye, vivís con el sufrimiento. No lo condenáis, no os identificáis con él, y por lo tanto él empieza a revelar sus causas. No habéis investigado sus causas; investigar la causa del dolor es otra forma de evasión. En cambio, si simplemente os dais cuenta del sufrimiento sin condenarlo, la causa de ese sufrimiento se os revela. Entonces el dolor comienza a explicar su historia capítulo por capítulo, y veis todo lo que ello implica; y cuanto más leéis el libro del sufrimiento, mayor es la sabiduría. Cuando escapáis al sufrimien-

to, por lo tanto, en realidad escapáis a la sabiduría. La sabiduría puede encontrarse en cualquier sufrimiento; no es necesario que tengáis grandes crisis. La sabiduría está ahí para el que busca, el que no se retrae, el que no huye, el que no emprende la fuga sino que percibe pasivamente, en estado de alerta, aquello que *es*. En esa alerta y pasiva percepción, compréndese el pleno significado de lo que *es*. Y cuando él ha sido comprendido, la verdad se manifiesta; y es la verdad lo que a uno lo libra del dolor, es la verdad lo que trae bienaventuranza, es la verdad lo que brinda libertad; y en ese estado el sufrimiento se disuelve completamente. Como el dolor es negativo, el dolor debe ser abordado negativamente; toda acción positiva frente al dolor es una evasión. Tan sólo mediante la más elevada forma del pensar, que es el pensamiento negativo, hay comprensión; y donde hay comprensión hay serenidad, hay quietud. La verdad, entonces, libra al pensamiento de todos los problemas.

Marzo 21 de 1948

XII

Como ésta es la última plática, trataré de hacer un breve resumen de lo que hemos estado discutiendo y hablando durante los últimos tres meses. Naturalmente, tiene que resultar más bien conciso, y podrá tal vez ser desconcertante en un comienzo; pero si tenéis la bondad de pensarlo bien, creo que ciertas cosas resultarán claras, aun cuando otras necesiten mayor explicación, más ahondamiento, lo cual hemos procurado hacer durante las discusiones. Pero creo que subsiste el hecho obvio de que la mayoría de nosotros tenemos muchos problemas, muchos conflictos y ansiedades, y que parecemos incapaces de resolverlos. Ello ocurre, a mi entender, porque no vemos el cuadro claramente, no leemos el problema profunda y cuidadosamente, sin prejuicio, sea él lo que fuere: problema emocional, psicológico, intelectual, social o económico. El problema en sí contiene la respuesta; la respuesta no está alejada del problema. Todo lo que debemos hacer, entonces,

es leer el problema muy clara y velozmente, porque el problema nunca es el mismo. Constantemente varía, se mueve; jamás está quieto. Es como un río de rápida corriente. Y para comprender tal problema, tenemos que comprender al creador del problema, que es la mente, el "ego", el "yo". Pero la mayoría de nosotros nos sentimos felices con las cosas creadas por la mano o por la mente; nos contentamos con las cosas que ha producido la máquina, o la ideación, el pensamiento, la creencia. Pero las cosas hechas por la mano o por la mente son todas sensorias; no tardan en consumirse y desaparecer, tal como una máquina, que se gasta por el uso constante. Así se gastan las cosas hechas por la mano; y lo mismo acontece con lo que la mente produce: ideas, opiniones, creencias, dogmas. El valor de esas cosas hechas por la mente decae pronto, de suerte que hay una lucha constante para mantener la permanencia de las cosas que son intrínsicamente transitorias. La mente abusa de las cosas hechas por la mano. Al alimento, al vestido y al albergue, la mente atribuye falsos valores; y una mente que atribuye valores falsos engendra miseria. Nuestro conflicto, entonces, surge de los valores que la mente establece para las cosas hechas por la mano; y en el abuso de las mismas estriba nuestra desdicha.

Es preciso, pues, que la mente —que es el intelecto, con su voluntad y su capacidad de evaluación— sea comprendida; porque, mientras no sea comprendida la mente con sus deseos, con sus empeños y su capacidad para evaluar de acuerdo a sus prejuicios,

nociones y conocimientos —mientras la mente no sea comprendida, es obvio que habrá conflicto, que habrá miseria. La voluntad, después de todo, es la expresión del deseo, el resultado de la apetencia, del deseo de ser; y mientras esa voluntad —con su capacidad de evaluar, que es función del intelecto— no haya sido ahondada, comprendida, y mientras no se le asigne su pleno significado, es forzoso que haya conflicto, que haya desdicha. De suerte que si no hay comprensión de la voluntad, del intelecto y de las creaciones de la mente —que no son procesos distintos sino un proceso total— es forzoso que haya conflicto; y la comprensión de la mente es el conocimento propio. El conocimiento propio hace que uno sea derecho. Lo que es torcido es el evaluador, el intérprete, el abusador, el corruptor, o sea la mente; y mientras no haya conocimiento propio, que es la alerta percepción del proceso de la mente, del "yo", tiene que haber evaluación errónea de las cosas hechas por la mano o por la mente, y por lo tanto tiene que haber conflicto, miseria. El conocimiento propio es el principio de la sabiduría, y sin conocimiento propio no hay felicidad.

A fin, pues, de comprender un problema, por complejo que pueda aparecer, ya se trate de un problema económico, social o psicológico, es preciso poder verlo claramente, sin deformación; pero ello no es posible mientras no haya conocimiento propio. Y el conocimiento propio no puede realizarse mientras no haya meditación. Porque la meditación es un proceso de constante revelación de todo pensamiento y todo

sentimiento; no es la fijación en determinada imagen o idea, sino una constante percepción, una constante comprensión, de todo pensamiento y sentimiento a medida que surge. La meditación no consiste en escoger determinada forma y dilatarse en ella, sino en un continuo descubrimiento del significado de todo pensamiento y de todo sentimiento. Para hacer eso no tiene que haber condenación. Nuestro problema es el dolor, el dolor que existe en la vida de relación, el dolor que proviene de la falsa evaluación, el dolor cuyo origen es la ignorancia; y el dolor puede ser disipado, disuelto, tan sólo cuando se desarrolla el conocimiento propio. Este conocimiento no es el del "yo" superior o el del "yo" inferior; ésa es una división dentro del ámbito de la mente, y por lo tanto una falsa división, una división autoprotectora sin realidad alguna. El conocimiento propio es la percepción del "yo" sin división; y mientras no haya conocimiento propio, la multiplicación y reproducción de nuestros problemas continuará. Por eso es que el individuo tiene enorme significación. Porque él es el único transformador; sólo él puede revolucionar su vida de relación, y por consiguiente causar una revolución en el mundo —en el mundo de su relación. Sólo por el conocimiento propio puede haber transformación, y esa transformación no puede producirse por obra de ningún milagro, de la erudición que se saca de los libros, sino tan sólo por la experimentación constante, por el constante descubrimiento del proceso del propio ser. Se trata de un proceso total, no de un proceso separativo. No está

en antagonismo con el mundo, porque el individuo es un proceso total, un resultado del mundo. Sin el mundo, sin los demás, sin vida de relación, el individuo no existe; y el que quiera transformarse y realizar la felicidad no puede aislarse. Sólo cuando hay constante descubrimiento de las actividades del "ego", del "yo", con sus apetencias, ansiedades, empeños y falsas creaciones, sólo cuando hay completa comprensión de las modalidades del "yo", del funcionamiento oculto y del trabajo manifiesto de la mente; sólo entonces puede haber felicidad. La felicidad no llega evaluando, sino cuando la mente no está ocupada consigo misma, cuando la mente está en silencio; entonces surge la felicidad. Y el hombre que así es feliz, puede resolver los problemas que se plantean en torno suyo.

Pregunta: ¿Por qué no hace Vd. milagros? Todos los instructores los hicieron.

KRISHNAMURTI: ¿Qué entendéis por milagros? ¿Curar a los que están físicamente enfermos y a los que sufren males psicológicos? Ambas cosas han sido hechas. Otros lo han hecho, y yo también. Pero eso, por cierto, no es importante, ¿verdad? Ser curado psicológicamente es más importante que serlo físicamente, porque los males psicológicos afectan al cuerpo, lo que a su vez trae enfermedad. El estado de salud psicológica, por lo tanto, es mucho más importante que la salud física, lo cual no significa que debamos negar el bienestar físico. Pero el concen-

trarse nada más que en la salud física no traerá bienestar psicológico. En cambio, si se produce una transformación en la psiquis, en la mente, eso inevitablemente afectará el bienestar físico. De modo, pues, que el milagro que todos deseamos y esperamos ver ocurrir, es en realidad un signo de pereza, de irresponsabilidad. Deseamos que otra persona haga nuestro trabajo. Si se me permite hablar de mí mismo, yo también en un tiempo hice curas; pero encontré que era mucho más importante curar la mente, el estado interior del ser. Porque, cuando cada uno de nosotros pueda hallar riqueza interior, habrá alivio de la mala salud física. El concentrarse simplemente en la curación de lo externo podrá contribuir a la popularidad, podrá atraer grandes grupos de gente, pero no conducirá al hombre a la felicidad. Deberíamos, pues, dedicarnos a curar nuestra vacuidad interior, los males íntimos, la corrupción y la deformación de nuestro fuero interno; y eso no lo podéis hacer sino vosotros mismos. Nadie puede curaros interiormente; y en ello está el milagro. Un médico puede curaros exteriormente, un psicoanalista puede ayudaros a ser normal, a concordar con la sociedad; pero ir más allá de eso, lo cual significa ser realmente sano, ser interiormente puro, claro, totalmente incorrupto— eso podéis hacerlo vosotros mismos, y nadie más; y creo que el curarse uno mismo completa y seguramente es el mayor milagro. Eso es lo que aquí hemos estado haciendo durante los últimos tres meses: viendo por nosotros mismos las causas de malestar interior, de contradicción y conflicto íntimos. Hemos

estado viendo las cosas como son, de un modo muy claro, puro y preciso; y cuando todas las cosas se ven claramente, el milagro se produce. Porque, cuando aquello que *es* se percibe sin deformación, hay comprensión; y esa comprensión trae consigo una virtud curativa. Pero la comprensión sólo puede venir por vuestra propia percepción individual y no por obra y milagro de otra persona; ni por la impresión, la influencia, la coacción o la imposición de una idea ajena. Los milagros ocurren, ciertamente. Ocurren en todo momento, aunque no nos demos cuenta. Física y psicológicamente, interior como exteriormente, vosotros no sois los mismos hoy que ayer. El cuerpo sufre constante transformación, como asimismo la naturaleza íntima, la mente; y si podemos seguirla fácil y velozmente, veremos qué extraordinario milagro se produce en nosotros y en torno nuestro; y ese milagro es la novedad constante, la lozanía de la vida, la infinita belleza, la flexibilidad y hondura de la existencia. Pero uno no puede seguir la transformación velozmente si está amarrado, atado, si se halla ocupado sin cesar con las propias realizaciones, ansiedades y empeños. Para el hombre ambicioso no hay milagros, porque él sabe lo que quiere, y lo lleva a cabo; mas para el hombre que está inseguro, que nada pide, la vida es un milagro, un milagro de constante renovación; y esa renovación no la tendremos si sólo buscamos un resultado, un fin.

Pregunta: Ha dicho Vd. que cierta transformación se ha producido en todos sus oyentes. Presumiblemen-

te, ellos tendrán que esperar las manifestaciones de esa transformación. ¿Cómo puede entonces llamarla inmediata?

KRISHNAMURTI: Mientras estemos a la espera de la transformación, no habrá por cierto transformación alguna. Mientras pensemos en términos de ayer, hoy y mañana, es obvio que no puede haber transformación, porque la mente está aún atrapada en la red del tiempo. Si quiero cambiar inmediatamente, ahora, si ésa es mi intención, entonces ello no resulta posible porque yo pienso en términos de tiempo, de hoy y de mañana. Mientras pensemos en términos de tiempo, de presente y de futuro, no puede haber transformación, porque entonces la transformación es un mero cambio, una continuidad; pero no bien el pensamiento está libre del tiempo, hay una transformación atemporal que no es una contradicción. Es decir, mientras se piense respecto de un problema, el problema continuará. El pensamiento, que es resultado del pasado, crea el problema; y aquello que es resultado del pasado no puede resolver el problema. Puede considerarlo, examinarlo, analizarlo, pero no puede resolverlo. El problema —cualquier problema, sea matemático, de convivencia o de ideación— se resuelve tan sólo cuando el proceso del pensamiento llega a su término; sólo cuando la mente, que es el pensamiento, el resultado de muchos "ayeres", cesa. Aquello que es el resultado del tiempo no puede producir transformación; y cuando lo hace, o habrá un cambio que es una continuidad modificada, o el pro-

blema se tornará más complejo. Mientras que si hay percepción pasiva del problema, observación del mismo sin condenación ni justificación, veréis que ocurre una inmediata transformación, una inmediata cesación del problema. Después de todo, ¿qué entendemos por transformación cuando hablamos de ella? La cesación de un problema, por cierto. ¿Por qué desea un hombre transformarse? Porque es desdichado, porque está en conflicto, porque tiene diarias ansiedades; y puede haber transformación, solución del problema, tan sólo cuando la mente —el pensador que es el creador del problema— se entiende a sí misma, o sea cuando el proceso de pensamiento acerca de un problema llega a su término. Esto siempre lo hacéis cuando tenéis un problema agudo. Pensáis al respecto, os atormentáis, y el pensamiento no puede ir más lejos; y entonces lo abandonáis. Luego, en esa quietud, el problema es comprendido y resuelto, y en ese momento hay inmediata transformación. Señor, si Vd. se da cuenta de ello, éste es el proceso por el que diariamente pasamos, ¿no es así? Así como un labrador cultiva el campo en primavera, luego siembra y recoge la cosecha, y deja que el campo quede en barbecho durante el invierno, nosotros veremos, si somos perceptivos, que la mente cultiva, siembra y cosecha; pero, desgraciadamente, nunca se deja a sí misma en barbecho, y es en ese descanso, tal como en el campo, que ocurre la renovación. Así como en la época de invierno, por las lluvias, las tempestades y los rayos del sol, el campo se rejuvenece, la mente renace y se renueva cuando todo problema ha sido disuel-

to. Es decir, cultivando cada problema y ahondándolo de un modo pleno, profundo y completo, prodúcese la muerte de dicho problema, y por lo tanto una renovación. Experimentad con esto y veréis con cuán extraordinaria rapidez y facilidad todo problema se resuelve cuando se lo ve claramente, distintamente y de un modo puro. Mas para ver un problema muy claramente, sin deformación, tenéis que consagrarle vuestra plena atención; y ahí reside la dificultad. Nuestra mente está constantemente distraída y es huidiza, porque el ver claramente un problema podría significar acción, la cual traería mayor perturbación; y así la mente rehuye en todo momento hacer frente al problema, con lo cual lo acrecienta. Pero cuando se ve la cosa muy claramente, sin deformación, encontraréis que el problema en sí tiene una respuesta.

De suerte que, mientras pensemos en términos de transformación, no puede haber transformación, ahora o en adelante. La transformación se produce de inmediato cuando todo problema es comprendido a medida que surge, y lo inmediato de esa transformación depende de vuestra comprensión del problema. Comprendéis un problema tan sólo cuando no hay condenación ni justificación, cuando os resulta posible amar el problema. Entonces veréis que el problema brinda su respuesta, y por lo tanto hay libertad; y en el momento de la libertad hay renovación, hay una transformación. La mente se ha renovado, por lo cual está libre para atacar el siguiente problema cuando se presenta. Señor, la vida no ne-

cesita ser una sucesión de problemas. La vida es reto y réplica; el reto siempre es nuevo, y si la réplica está siempre condicionada por lo viejo, los problemas continúan presentándose. Pero si la réplica es tan nueva como el reto, entonces hay constante renovación, constante transformación; y la réplica es nueva tan sólo cuando el pensamiento, que es el producto de la memoria —de la memoria psicológica, no "factual"— es comprendido y no almacenado. Entonces la réplica es tan nueva como el reto, y por lo tanto la vida es un constante movimiento, un "ser" sin esfuerzo en el que hay bienaventuranza, no esta lucha constante por llegar a ser, por transformarse en algo.

Pregunta: ¿En qué se basa el modo correcto de ganarse la vida? ¿Cómo puedo descubrir si yo proveo a mi sustento en la forma debida, y cómo habré de encontrar buenos medios de vida en una sociedad básicamente injusta?

KRISHNAMURTI: En una sociedad básicamente injusta no puede haber buenos medios de vida. ¿Qué sucede actualmente a través del mundo? Sean cuales fueren nuestros medios de vida, ellos nos llevan a la guerra, a la miseria general y a la destrucción, lo cual es un hecho obvio. Cualquier cosa que hagamos conduce inevitablemente al conflicto, a la decadencia, a la crueldad y al dolor. De suerte que la sociedad actual es fundamentalmente mal constituída; está basada —¿no es así?— en la envidia, en el odio y en el deseo de poder; y es forzoso que semejante so-

ciedad engendre malos medios de vida, tales como los del soldado, los del policía y los del abogado. Por su propia naturaleza, ellos son un factor desintegrante en la sociedad; y cuanto más abogados, policías y soldados hay, más evidente resulta la decadencia de la sociedad. Eso es lo que hoy ocurre a través del mundo: hay más soldados, policías y abogados, a los que se agrega, naturalmente, el hombre de negocios. Así, pues, todo eso tiene que ser cambiado para fundar una sociedad justa; y consideramos imposible semejante tarea. No lo es, señor; pero somos vosotros y yo quienes tenemos que crearla. Porque, hoy en día, cualesquiera medios de vida que adoptemos causan desdicha al prójimo o conducen a la destrucción final del género humano. Ello se comprueba en nuestra existencia diaria. ¿Cómo, pues, puede cambiarse eso? Sólo puede cambiarse cuando vosotros y yo no busquemos poder, no seamos envidiosos, no estemos llenos de odio y de antagonismos. Cuando vosotros, en vuestra vida de relación, efectuéis esa transformación, ayudaréis a crear una nueva sociedad, una sociedad en la que haya gente emancipada de la tradición, que nada pide para sí misma, que no persigue el poder porque interiormente es rica y ha encontrado la realidad. Sólo el hombre que busca la realidad puede crear una nueva sociedad; sólo el hombre que ama puede producir una transformación en el mundo. Sé que ésta no es una respuesta satisfactoria para quien desea descubrir cuáles son los buenos medios de vida en la estructura actual de la sociedad. Tendréis que arreglaros lo mejor posible en la estructura

actual de la sociedad: seréis fotógrafos, comerciantes, abogados, policías o lo que fuere. Pero en ese caso, sed conscientes de lo que hacéis, sed inteligentes, daos cuenta y estad plenamente informados de lo que perpetuáis; reconoced toda la estructura de la sociedad, con su corrupción, con sus odios, con su envidia. Y si vosotros personalmente no cedéis a esas cosas, tal vez podréis crear una nueva sociedad. Pero en el momento en que preguntáis cuáles son los buenos medios de vida, todas esas cuestiones surgen inevitablemente, ¿no es así? Porque vosotros no estáis satisfechos con vuestros medios de vida: deseáis ser envidiados, tener poder, mayores comodidades y lujos, posición y autoridad, y por lo tanto, inevitablemente, creáis o mantenéis una sociedad que acarreará destrucción al hombre, a vosotros mismos. Y si ese proceso de destrucción lo véis con claridad en vuestros propios medios de existencia, si veis que él es el resultado de vuestro propio modo de buscaros la vida, entonces hallaréis medios correctos de ganar dinero. Pero es preciso que veáis primero el cuadro de la sociedad tal como es: una sociedad corrompida, en plena desintegración; y cuando lo veáis muy claramente, los medios de ganaros el sustento llegarán. Pero primero tenéis que ver el cuadro, ver el mundo tal cual es, con sus divisiones nacionales, con sus crueldades, ambiciones, odios y controles. Entonces, a medida que lo veáis más claramente, encontraréis que los medios correctos de vida surgen para vosotros; no necesitaréis buscarlos. Mas la dificultad para casi todos nosotros es que tenemos demasiadas responsabi-

lidades; padres, madres, esperan de nosotros que ganemos dinero para sostenerlos. Y como resulta difícil conseguir trabajo en la sociedad tal como es actualmente, cualquier empleo es bienvenido; y así caemos en el engranaje de la sociedad. Pero aquéllos que no se hallan tan constreñidos, que no tienen necesidad inmediata de empleo y por lo tanto pueden mirar la totalidad del cuadro, sobre ellos recae la responsabilidad. Pero, es claro, los que no están necesitados de trabajo inmediato, están atrapados en alguna otra cosa; les interesan su autoexpansión, sus comodidades, sus lujos, sus diversiones. Tienen tiempo, pero lo disipan. Y a los que disponen de tiempo les incumbe la alteración de la sociedad; los que no están sometidos a la urgencia de ganarse la vida deberían realmente interesarse por todo este problema de la existencia, y no enredarse en la mera acción política, en actividades superficiales. Los que tienen tiempo y eso que se llama "ocios", deberían buscar la verdad, porque ellos son los que pueden producir una revolución en el mundo, no el hombre cuyo estómago está vacío. Pero, por desgracia, los que disponen de tiempo no se ocupan de lo eterno; se ocupan de matar el tiempo. Ellos también, por lo tanto, son causa de miseria y confusión en el mundo. Así, pues, aquellos de vosotros que escucháis, aquellos de vosotros que disponen de algo de tiempo, deberían dedicar pensamiento y consideración a este problema; y por vuestra propia transformación produciréis una revolución mundial.

Pregunta: ¿Cómo puede un hombre que nunca ha alcanzado los límites de su mente, ir más allá de su mente para experimentar directa comunión con la verdad?

KRISHNAMURTI: Señor, cuando Vd. conoce los límites de su mente, ¿no está ya más allá de dichos límites? Daros cuenta de vuestros límites es por cierto el primer paso, el primer proceso, que es muy difícil porque los límites de la mente son enormemente sutiles. Al saber que soy limitado, al darme cuenta de ello sin condenación, empiezo a verme libre de esa limtación, ¿no es así? Saber que soy mentiroso, darme cuenta de ello sin condenación, sin justificación, es ya, ciertamente, una liberación de la mentira. Conocer los límites de la mente, ya es una tremenda liberación, ¿verdad? Saber que estoy atado a una creencia es ya estar libre de esa limitación; pero una mente que justifica esa creencia, esa servidumbre, la defiende y dice "está muy bien, la necesito", una mente así no puede nunca conocer su limitación. Cuando sé que estoy atado, limitado por una creencia, y me doy cuenta de esa limitación sin condenación ni justificación, eso es ya una liberación de la creencia. Señor, experimente con esto y verá cuán extraordinariamente activo y verdadero resulta. Conocer un problema, darse cuenta de él, es estar libre de él; y una mente no puede experimentar la verdad si no conoce su propia limitación. Es por eso que resulta muy importante el conocimiento de uno mismo. El conocimiento propio no es una meta final, no es la

finalidad esencial. El conocimiento propio consiste en conocer la propia limitación de instante en instante, y por consiguiente en percibir la verdad de instante en instante. La verdad que es continua no es la verdad, porque aquello que continúa jamás puede renovarse; pero en el terminar hay renovación. Así, pues, una mente que no percibe su propia limitación, nunca podrá experimentar la verdad; pero si la mente se da cuenta de su limitación sin condenarla ni justificarla, si es puramente perceptiva de su limitación, entonces hallaréis que os veis libres de la limitación; y en esa libertad la verdad se realiza. No hay un "vosotros" unificado con la verdad: el "vosotros" jamás podrá hallar la verdad. El "vosotros" debe cesar para que la verdad surja, porque el "vosotros" es la limitación. Debéis, pues, comprender en qué sois limitados, el alcance de vuestra limitación; debéis daros pasivamente cuenta de ello, y en esa pasividad la verdad se manifiesta. La luz no puede unificarse con la oscuridad. Aquello que es ignorancia no puede fusionarse con la sabiduría. La ignorancia tiene que cesar para que la verdad sea. La sabiduría no es un objetivo final, sino que ella surge cuando la ignorancia se disuelve de instante en instante. La sabiduría no es una acumulación que dé continuidad; sabiduría es comprender el problema completamente cada minuto, cada segundo. De suerte que la sabiduría, la realidad, no se halla atrapada en la red del tiempo. Sólo por el conocimiento propio pueden terminar las limitaciones que el "yo" ha creado; y esas limitaciones pueden comprenderse tan sólo de instan-

te en instante, a medida que surgen. Y cada limitación, cuando la observáis, trae la verdad; y a cada instante en que veis lo falso, percíbese la verdad. Pero el ver lo falso como falso, y la verdad como verdad, resulta arduo, difícil; exige claridad de percepción. Una mente que está distraída, jamás podrá ver lo falso como falso y lo verdadero como verdadero; y el ver la verdad en lo falso requiere prontitud mental, una mente que no esté atada a ninguna servidumbre, a ninguna limitación.

Pregunta: El apego es la substancia de que estamos hechos. ¿Cómo podemos vernos libres del apego?

KRISHNAMURTI: El apego no es un problema, por cierto. ¿Acaso lo es? ¿Por qué estáis apegados, y por qué queréis estar desapegados? ¿Por qué existe esa constante lucha entre el apego y el desapego? Sabéis qué se entiende por apego: el deseo de poseer a una persona, de poseer cosas. Señor, ¿por qué está Vd. apegado? ¿Qué ocurriría si no lo estuviese? El apego, ciertamente, conviértese en problema tan sólo cuando se persigue el desapego, cuando aquello que está apegado no ha sido comprendido. Tomemos un ejemplo. Si os examináis a vosotros mismos, ¿por qué estáis apegados a vuestra esposa, a vuestro esposo, a vuestro dinero, a vuestra casa, a vuestra propiedad, a vuestras ideas? ¿Por qué? Porque sin esa persona estáis perdidos, vacíos; sin propiedad, sin un nombre, nada sois; y sin vuestra cuenta bancaria, sin vuestras ideas, ¿qué sois? Una cáscara vacía, ¿verdad?

Como estáis, pues, temerosos de ser "nada", os apegáis a algo; y estando apegados —con todos los problemas, los temores, las crueldades, las ansiedades y frustraciones que ello trae— procuráis volveros desapegados, renunciar a la propiedad, a vuestra familia, a vuestras ideas. Pero en realidad no habéis resuelto el problema, que es el miedo a ser "nada", y es por eso que sois apegados. Al fin y al cabo, *nada sois*. Despojaos de vuestros títulos, de vuestros diplomas universitarios, de vuestras profesiones y pequeñas cualidades, de vuestras casas y propiedades, de vuestras pocas joyas, y de todo lo demás, ¿y qué sois? Sabiendo que en vuestro fuero interno hay una extraordinaria vacuidad, un vacío, la nada, y teniendo miedo de ello, dependéis y os apegáis, poseéis; y en esa posesión hay aterradora crueldad. No os interesa nadie más que vosotros mismos, y a eso le llamáis amor. Estando, pues, atemorizados, teniendo miedo de esa vacuidad, estáis dispuestos a matar a otros, a destruir al género humano. Ahora bien, ¿por qué no aceptar lo evidente, es decir, que nada sois —no que *deberíais* ser "nada"— sino que realmente nada sois? Señor, cuando Vd. acepta eso de veras, no hay renunciación, ni apego ni desapego. No poseéis, simplemente; y entonces hay belleza, hay riqueza, hay bendición, algo que no tenéis la posibilidad de comprender mientras tengáis miedo al vacío. Entonces la vida está llena de significación, entonces la vida se convierte realmente en un milagro. Pero el hombre temeroso de la vacuidad, de ser "nada", está apegado; y con el apego surge el conflicto del desapego, de la re-

nunciación, y toda la espantosa desdicha y crueldad que acompañan al apego, a la dependencia. El hombre que es "nada", conoce el amor; porque el amor es "nada".

Pregunta: ¿La percepción "extensional" es lo mismo que el vacío creador? ¿La percepción no es acaso pasiva, y por lo tanto no creadora? ¿No es el proceso de la autopercepción un penoso y fastidioso proceso?

KRISHNAMURTI: Si se practica la alerta percepción haciendo de ella un hábito, entonces se vuelve penosa y fastidiosa; pero la alerta percepción no puede ser practicada, no puede ser controlada, no puede ser convertida en un conflicto, en una disciplina; y en eso consiste su belleza. Sois perceptivos o no lo sois. Así, pues, todo lo que se practica se vuelve pesado, fastidioso, penoso; significa ejercer la voluntad y desplegar esfuerzo, lo cual produce deformación. Y la alerta percepción no es nada por el estilo. ¿Qué es la alerta percepción, qué es ser perceptivo? Ser perceptivos de las cosas que os rodean exteriormente —del color, de los rostros, de las puestas de sol, de las sombras, de las aves en vuelo, del agitado mar, de los árboles al viento—, todo eso es simple percepción de lo superficial. A un pájaro que vuela no lo condenáis; lo observáis, simplemente. Pero no bien os dais cuenta de vuestra naturaleza íntima, empezáis a condenar, sois incapaces de considerarla sin condenación ni justificación. Mas para comprender no tiene que haber condenación ni justificación. Así, pues, el

ser perceptivo, el observar simplemente vuestros pensamientos, el conocer simplemente lo que pensáis y sentís, sin condenación, defensa ni justificación; el darse cuenta, simplemente, no es por cierto fastidioso ni penoso. Pero si decís "debo ser perceptivo a fin de obtener un resultado", entonces ello se vuelve fastidioso. Si tratáis de ser perceptivos para extirpar la ira, los celos, el espíritu posesivo, lo que sea, entonces ello resulta penoso. Tal cosa no es alerta percepción. Es un mero proceso de introspección, es tratar de llegar a ser algo. En la alerta percepción no hay devenir sino mera observación, silenciosa observación; como cuando vais al cine y veis una película. Ahora bien, si podéis observar, si podéis daros cuenta de vosotros mismos en acción, en movimiento, sin identificación, encontraréis que hay percepción "extensional". Ella comienza, como lo he dicho, por las cosas superficiales. Luego, a medida que penetráis más y más profundamente, hay percepción amplia, "extensional". Esa percepción es necesaria porque en ella todas las capas ocultas, todas las ocultas intimaciones, se manifiestan. A medida que la percepción se hace más profunda y amplia, más "extensional", las intimaciones y los conflictos de lo oculto se disuelven; y entonces veréis surgir el vacío creador. Todo esto es un proceso total, no un proceso paso a paso; porque en la alerta percepción no hay comienzo ni fin. Es un solo proceso total. En el momento en que observáis un problema sin condenación, es forzoso que haya percepción pasiva; y cuando hay percepción pasiva prodúcese la disolución del problema. Es decir, en la

percepción pasiva hay quietud creadora, vacío creador. Entonces, en ese vacío creador, la realidad se manifiesta; y ella disuelve el problema. De suerte que cuando hay conflicto, una sensación de tedio, aburrimiento, no hay alerta percepción sino mente embotada. En la alerta percepción, por el contrario, la sensibilidad se exalta; y la percepción pasiva es creadora. La más alta forma del pensar es el pensamiento negativo; y cuando ocurre la completa cesación del pensamiento, cuando hay una pasividad que no es un estado soñoliento, hay ser creador. No sé si habéis notado que cuando la mente está llena de problemas, cuando está llena de pensamientos, no hay creación. Sólo cuando la mente está vacía, cuando está serena, cuando no tiene problemas, cuando está pasivamente alerta, sólo en ese vacío hay creación. La creación sólo puede ocurrir en la negación, que no es lo opuesto de la afirmación positiva. No empleo la palabra "negación" como opuesto de lo positivo. Nada ser, no es la antítesis de ser algo; el ser "nada" no está relacionado con el ser algo. Cuando el "ser algo" cesa completamente, entonces está la nada. Sólo cuando todos los problemas que la mente crea han cesado, cuando la mente es "nada", cuando está vacía —lo cual no es inducido por la disciplina, por el control— sólo entonces surge esa alerta y pasiva percepción. Y es preciso que la pasividad exista para que un problema se disuelva. Sólo podéis comprender un problema cuando no lo condenáis, cuando no lo justificáis, cuando sois capaces de considerarlo en silencio; y eso no es posible cuando buscáis un resultado. Un

problema sólo existe en la busca de un resultado; y el problema cesa si no se busca un resultado. Cuando la mente observa en silencio, y por lo tanto está pasiva, surge el ser creador; y el ser creador es renovación constante. No es continuidad, es un estado atemporal del ser. Ese es el único estado en que puede haber creación; y solamente en ese estado, por lo tanto, hay revolución.

Pregunta: ¿Qué entiende Vd. por amor?

KRISHNAMURTI: Una vez más vamos a descubrir, comprendiendo lo que el amor no es; porque, como el amor es lo desconocido, a él tenemos que allegarnos descartando lo conocido. Lo desconocido, ciertamente, no puede ser descubierto por una mente que está llena de lo conocido. Lo que vamos a hacer, pues, es descubrir los valores de lo conocido, considerar lo conocido; y cuando se lo considera, y nada más, sin condenación, la mente se libra de lo conocido. Entonces sabremos lo que es el amor. Tenemos, pues, que abordar el amor negativamente, no positivamente.

Ahora bien, ¿qué es el amor para la mayoría de nosotros? Cuando decimos que amamos a alguien, ¿qué queremos dar a entender? Queremos decir que poseemos esa persona. De esa posesión surgen los celos, porque si lo pierdo a él —o a ella— ¿qué sucede? Me siento vacío, perdido; por lo cual legalizo la posesión. Lo tengo a él —o a ella. Del hecho de tener, de poseer a esa persona, provienen los celos, el temor

y todos los innumerables conflictos que surgen de la posesión. Esa posesión, ciertamente, no es amor. ¿Acaso lo es? No meneéis la cabeza en señal de asentimiento; porque si concordáis conmigo, sólo lo hacéis verbalmente, y tal concordancia carece en absoluto de sentido. Sólo podéis concordar cuando no poseéis vuestros bienes, vuestra esposa, vuestras ideas.

Es obvio que el amor no es sentimiento. El ser sentimental, el ser emotivo, no es amor, porque el sentimentalismo y la emoción son meras sensaciones. Una persona religiosa que llora nombrando a Jesús o a Krishna, a su "gurú" o a alguna otra persona, es simplemente sentimental, emotiva. Se entrega a la sensación, que es un proceso de pensamiento; y el pensamiento no es amor. El pensamiento es resultado de la sensación. Así, pues, la persona que es sentimental, emotiva, no tiene posibilidad de conocer el amor. Nuevamente, ¿no somos emotivos y sentimentales? El sentimentalismo, la emotividad, es una mera forma de la autoexpansión. Estar lleno de emoción no es amor, evidentemente, porque una persona sentimental puede ser cruel cuando sus sentimientos no se ven correspondidos, cuando no tienen salida. Una persona emotiva puede ser incitada a odiar, lanzada a la guerra, a la matanza. Y el hombre que es sentimental, lleno de lágrimas con motivo de su religión, carece ciertamente de amor. Es obvio que no hay amor cuando no hay verdadero respeto, cuando no respetáis a los demás, ya se trate de criados o de amigos. ¿No habéis advertido que no sois respetuosos, buenos, generosos, con vuestros servidores, con las personas que, según se dice,

están "por debajo" de vosotros? Pero sentís respeto por los que están arriba, por vuestro patrón, por el millonario, por el hombre con título y una gran casa, por el que puede brindaros mejor situación, un empleo mejor, por la persona de quien podéis obtener algo. Pero golpeáis a los de condición más baja que vosotros, con quien usáis un lenguaje especial. Donde no hay, pues, respeto, no hay amor. Donde no hay misericordia, piedad, perdón, no hay amor. Y como la mayoría de nosotros nos hallamos en ese estado, carecemos de amor. No somos respetuosos, ni compasivos, ni generosos. Somos posesivos, llenos de sentimientos y emociones que pueden ser dirigidos en uno de estos sentidos: matar, asesinar, o hacer causa común con otros para algún fin disparatado, fruto de la ignorancia. ¿Cómo, pues, puede haber amor? Sólo podéis conocer el amor cuando todas esas cosas hayan cesado, terminado; sólo cuando no poseéis, cuando no sois meramente emotivos en vuestra devoción por un objeto. Tal devoción es una súplica, es buscar algo en forma diferente. El hombre que reza no conoce el amor. Como sois posesivos, como buscáis una finalidad, un resultado, mediante la devoción y la plegaria —lo cual os torna sentimentales, emotivos— es natural que no haya amor; y es obvio que no hay amor cuando no hay respeto. Podréis decir que sí tenéis respeto, pero vuestro respeto es para el superior; es el respeto que resulta simplemente de desear algo, el respeto del temor. Si realmente sintiérais respeto, seríais respetuosos con los inferiores y no sólo con los llamados "superiores"; y como ese respeto no lo tenéis, en

vosotros no hay amor. ¡Cuán pocos entre nosotros son generosos, magnánimos, misericordiosos! Sois generosos cuando os conviene, compasivos cuando veis algún provecho. Así, pues, cuando esas cosas desaparezcan, cuando no ocupen vuestra mente, y cuando las cosas de la mente no llenen vuestro corazón, entonces habrá amor; y sólo el amor puede transformar la actual locura e insanía del mundo, no los sistemas, ni las teorías de izquierda o de derecha. Sólo amáis realmente cuando no poseéis, cuando no sois envidiosos, codiciosos, cuando sois respetuosos, cuando tenéis misericordia y compasión, cuando tenéis consideración por vuestra esposa, vuestros hijos, vuestro vecino, vuestros infortunados servidores que no tienen un día franco, que han llegado a ser vuestros esclavos. Cuando seáis respetuosos con ellos, no sólo con vuestros "gurús", con el hombre que goza de posición más alta que vosotros, conoceréis el amor. Ese amor es lo único que puede transformar el mundo, lo único que puede llenar el mundo de misericordia, de belleza. Mas si llenáis vuestro corazón con las cosas hechas por la mente o por la mano, no hay amor; y como vuestro corazón está lleno de esas cosas, os halláis en constante batalla unos con otros. Pero si comprendéis, si percibís todas esas cosas sin entrar en conflicto con ellas, se produce una liberación; y en esa libertad está el amor, que no es una teoría. Podéis experimentar el amor con sus bendiciones, con su perfume, con su encanto, sólo cuando el "vosotros" deja de ser, cuando el "vosotros" deja de lograr algo, de convertirse en algo; y sólo ese amor puede transformar el mundo.

Pregunta: ¿Podemos solicitarle que manifieste claramente si hay o no hay Dios?

KRISHNAMURTI: ¿Por qué, señor, desea usted saber? ¿Qué diferencia hay entre que yo lo manifieste claramente o que no lo manifieste? O voy a fortalecerlo a usted en su creencia, o se la voy a debilitar. Si confirmo su creencia, ello le agradará; y continuará usted con sus amables y feos hábitos. Si lo perturbo, dirá: "bueno, no tiene importancia"; y continuará desgraciadamente siendo como es. ¿Pero por qué queréis saber? Esto, ciertamente, es más importante que averiguar si hay o no hay Dios. Para conocer a Dios, señor, para conocer la verdad, no debe usted buscarla. Si la busca, huye usted de lo que *es*; y es por eso que pregunta si hay o no hay Dios. Vosotros deseáis alejaros de vuestro sufrimiento, huír hacia una ilusión. Vuestros libros están llenos de dioses, y cada templo está lleno de imágenes hechas por la mano del hombre; pero ahí no está Dios, porque ésos son otros tantos modos de esquivar vuestro sufrimiento real. Para encontrar la realidad, o, más bien, para que la realidad se manifieste, el sufrimiento tiene que cesar; y la mera búsqueda de Dios, de la verdad, de la inmortalidad, es una evasión del sufrimiento. Pero resulta más agradable discutir si hay o no hay Dios, que disolver las causas del sufrimiento; y por eso tenéis innumerables libros que tratan de la naturaleza de Dios. El hombre que discute la naturaleza de Dios,

no conoce a Dios; porque esa realidad escapa a toda medida y no puede ser atrapada en una guirnalda de palabras. No podéis atrapar el viento en vuestro puño; ni podéis apresar la realidad en un templo, ni en el "puja", ni en innumerables ceremonias. Todas esas cosas son escapatorias, como tomar un trago. Bebéis y os emborracháis porque queréis huír. De un modo análogo, vais a un templo, hacéis "puja", practicáis ritos, o lo que fuere que hagáis: todo eso es huír de lo que *es*. Y lo que *es*, es el sufrimiento, la constante batalla con uno mismo, y por lo tanto con el prójimo; y hasta que comprendáis y superéis ese sufrimiento, la realidad no podrá manifestarse. De suerte que vuestra indagación acerca de si hay o no hay Dios, resulta vana, carece de sentido y sólo puede conducir a la ilusión. ¿Cómo puede una mente que está atrapada en la baraúnda de las penas y sufrimientos de cada día, en la ignorancia y la limitación, conocer aquello que es indefinible, indecible? ¿Cómo puede aquello que es un producto del tiempo, conocer lo atemporal? No lo puede. Por consiguiente, ni siquiera puede pensar al respecto. Pensar acerca de la verdad, de Dios, es otra forma de evasión; porque Dios, la verdad, no puede ser atrapado por el pensamiento. El pensamiento es el resultado del tiempo, del ayer, del pasado; y siendo el resultado del tiempo, del pasado, siendo el producto de la memoria, ¿cómo puede el pensamiento encontrar aquello que es eterno, atemporal, inconmensurable? Como no lo puede, lo más que vostros podéis hacer es libertar la mente del proceso del pensamiento; y, para libertar la mente

del proceso de pensar, tenéis que comprender el sufrimiento y no huir de él, no huir del sufrimiento en el nivel físico ni en ninguno de los diferentes niveles de la conciencia. Ello significa ser abierto, vulnerable al sufrimiento, no defenderos contra el sufrimiento sino vivir con él, abrazarlo, mirarlo. Porque ahora vosotros sufrís. Sufrís de la mañana a la noche, con uno que otro rayo de sol, uno que otro espacio sin nubes en el cielo sombrío. Y puesto que sufrís, ¿por qué no considerar ese hecho, por qué no ahondarlo plenamente, profundamente, completamente, y resolverlo? Y eso no es difícil. La búsqueda de Dios es mucho más difícil, porque se trata de lo desconocido, y lo desconocido no puede buscarse. Pero podéis buscar la causa del sufrimiento y extirparla, comprendiéndola, dándoos cuenta de ella, no huyéndole. Como habéis huído del sufrimiento mediante diversas escapatorias, consideradlas a todas ellas, apartadlas y enfrentaos cara a cara con el sufrimiento. En la comprensión de ese sufrimiento, hay una liberación. Entonces la mente se libra de todo pensamiento, y ya no es el producto del pasado. Entonces la mente está serena, sin ningún problema; no está *aquietada* sino *quieta,* porque no tiene problema alguno y ya no engendra pensamiento. Y entonces el pensamiento ha cesado, el pensamiento que es recuerdo, que es acumulación de experiencias, cicatrices del ayer; y cuando la mente está tranquila en absoluto, no aquietada, la realidad se manifiesta. Esa experiencia es la vivencia de la realidad, no de la ilusión, y tal experiencia es una bendición para el hombre. La verdad, el amor, es lo

desconocido, y lo desconocido no puede ser capturado por lo conocido. Lo conocido tiene que cesar para que lo desconocido sea; y cuando lo desconocido se manifiesta, hay bienaventuranza.

Marzo 28 de 1948

INDICE DE PREGUNTAS

GLOSARIO

Atman: Espíritu universal. El alma suprema.

Bhagavad-Gîtâ: Literalmente "El Canto del Señor". Es un episodio del *Mahâbharata,* el gran poema épico de la India.

Brama: El ser supremo, lo absoluto, la suprema divinidad, el espíritu universal y eterno. El principio creador del universo.

Ghandhiji: Nombre del Mahatma Gandhi, en su expresión familiar y religiosa.

Gurú: Instructor espiritual; maestro o preceptor religioso, cualquier persona venerable.

Japam: Musitar entre dientes oraciones, repitiendo en tono de susurro pasajes de las escrituras.

Karma: Físicamente acción, metafísicamente la ley de retribución, de causa-efecto o causación.

Karma-Yoga: Devoción por medio de las obras. Sendero de acción.

Krishna: Octava encarnación avatara de Vishnú; el "Salvador" y el dios más popular de los hindúes.

Mahâtma: "Gran Alma". Un ser de elevadísima espiritualidad.

Mantras: Versos de las obras védicas usadas como encantamientos.

Pûjâ: Servicio devocional en honor de una divinidad; adoración, fiesta religiosa.

Sârî: El traje típico de la mujer hindú.

ÍNDICE

UN MUNDO NUEVO • J. KRISHNAMURTI

$ 15.— m/arg.